

ANJA DE JAGER

CASO CERRADO: ASESINATO EN ÁMSTERDAM

NOVELA

bóveda

ANJA DE JAGER

CASO
CERRADO:
ASESINATO EN
ÁMSTERDAM

bóveda

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Agradecimientos](#)

[Creditos](#)

Voor mijn vader
Para mi padre

CAPÍTULO 1

Aquellos minutos que se iban lentamente a la espera de que apareciese la ambulancia no parecían reales. Mientras tanto, lo único que conseguía hacer era concentrarme en detener la hemorragia.

No tenía que entrar en la gasolinera, pero las luces tan brillantes ya me habían llamado la atención a un kilómetro de distancia y pensé que tal vez allí podría encontrar algo de compañía y calor en una noche tan fría. Aunque solo estaba a unos diez minutos de casa, miré el indicador del nivel de combustible y el tanque medio vacío me pareció una excusa más que suficiente para entrar. Puse el intermitente. Eran las dos de la madrugada y la carretera estaba desierta, pero fue un acto reflejo, un gesto dictado por la memoria muscular y no por un pensamiento concreto, al igual que el coger el bolso y enfundar la pistola.

Al salir del coche me quedé helada. Cada vez que respiraba se me formaban nubes de vaho delante de la boca. Un escalofrío me recorrió el brazo en cuanto puse la mano en la tapa metálica del depósito de gasolina. Si me hubiera quedado allí más tiempo, la mano se me habría quedado congelada pegada al coche. Introduje la pistola del surtidor con la otra mano metida por debajo del brazo.

No solía salir del coche durante aquellos paseos nocturnos que me llevaban de un extremo al otro del país, aunque en los Países Bajos eso tampoco es que quisiera decir nada: desde mi casa, en Ámsterdam, se tardaban dos horas en llegar a la frontera alemana; a una hora estaba Bélgica, y con cuarenta y cinco minutos de camino hacia el norte terminaría en el mar, de forma que intentaba limitarme a una hora, con el ruido del motor como única compañía en la oscuridad de la carretera. Normalmente, eso era suficiente para ayudarme a dormir al volver a casa. Cuando tenía una de esas noches no podía quedarme en el piso. Tenía que salir. Me habían aconsejado que siguiera una terapia, pero me negué. Si hubiera aceptado, habría tenido que hablar de todo aquello. Contárselo a alguien habría sido como volver a vivirlo, ¿y qué sentido tenía, si yo lo que estaba intentando era olvidar?

Mientras veía correr los números del surtidor por fin empecé a sentirme un poco más tranquila. Hasta habría podido mirarme al espejo sin que me entraran ganas de arrancarme la piel. Aquella era una de mis malas noches.

En ese momento entró otro coche y se paró delante de la tienda. El conductor salió del coche, pero no lo veía bien porque una de las columnas de metal que sujetaban el techo se interponía entre nosotros. Seguramente se había quedado sin tabaco, o a lo mejor él también estaba buscando a alguien con quien hablar. Me di la vuelta para mirar los números que seguían corriendo en el surtidor.

No habían llegado ni a los veinte euros cuando noté la primera sacudida de la manguera. Insistí un poco más para redondear y fui a pagar. El camino de luces se adentraba en la oscuridad invernal y hacía que los charcos de hielo relucieran como diamantes incrustados en el suelo. Ya llevaba unos cuantos minutos fuera y tenía los pies helados a pesar de las botas. Las predicciones meteorológicas preveían nevadas desde hacía varios días, pero no había caído ni un copo de nieve. Lo único que seguía cayendo era la temperatura. Con los cielos despejados, estábamos a punto de llegar a menos diez grados y todavía haría más frío al rayar el alba, en esos momentos de soledad que transcurren antes de que el sol amanezca y nos traiga un nuevo día.

Apreté los puños dentro de los bolsillos para que las manos me entraran en calor y me sentí inmensamente agradecida cuando se abrió la puerta automática y me recibió una oleada de calor junto con una versión moderna de *Noche de paz*.

El hombre que estaba detrás del mostrador —joven, tal vez estudiante— se volvió hacia mí y me miró de tal forma que me quedé donde estaba. Vi al otro hombre, con una mano metida en el bolsillo. Llevaba un pasamontañas, por lo que solo se le veían los ojos. Me habría gustado poder verlo mejor cuando llegó.

—No te muevas —me advirtió.

Me quedé quieta. La puerta automática volvió a abrirse y a cerrarse con un chirrido seguido por un chorro de aire helado que me alcanzó el cuello. No me moví. Pero cuando se abrió y se cerró otra vez, di un paso hacia delante.

—He dicho que no te muevas.

Señalé hacia atrás.

—La puerta.

Asintió, con la mano todavía en el bolsillo, y se dirigió al chico del mostrador.

—Dame el dinero y nadie saldrá herido.

Al oír esas palabras tan trilladas estuve a punto de sonreír, pero no lo hice.

—Soy policía —le espeté—. Estás detenido.

Lo dije totalmente tranquila y no perdí la calma ni cuando el hombre sacó una pistola del bolsillo y me apuntó. Con el rabillo del ojo vi que el dependiente se agazapaba detrás del mostrador y escondía la cabeza detrás de un árbol de Navidad de plástico.

—No lo hagas —le dije—. Tira la pistola y acércate despacio.

Bamboleó la pistola apuntando a todas partes. Debería haber usado la otra mano para sostenerla.

—Solo te quedan dos opciones, tirar la pistola o dispararme —añadí.

Todos los manuales me habrían dicho que tenía que seguir hablando. Sin embargo, me llevé la mano a la pistola y abrí el botón de la funda sin dejar de mirarlo a los ojos. Agarré la culata con la palma de la mano. Después de haber pasado unos minutos resguardada sobre la cadera, me transmitió una sensación de calor en los dedos fríos. La saqué lentamente.

El disco de villancicos terminó y la noche volvió a sumirse en el silencio. Me imaginé el impacto de la bala en el cuerpo, el dolor que arrastraría consigo los demás dolores y pondría punto final a todo lo demás. Los acontecimientos de los últimos seis meses, que llevaron al descubrimiento del cuerpo de Wendy Leeuwenhoek, me cruzaron la mente en un instante, todos los errores y complicaciones, con el mismo apremio y claridad de lo que estaba pasando en aquel momento en la tienda de la gasolinera. Hice el movimiento muy despacio, levantando la pistola centímetro a centímetro, dándole tiempo a decidirse y dispararme. Quizá debería haberlo hecho más rápido, llevada por una reacción automática. Me miraba fijamente a los ojos. Nos quedamos así unos cuantos segundos en los que toda mi concentración se dirigía hacia la eternidad.

Todo lo que había notado al entrar se esfumó: las postales de Navidad a mitad de precio, las cajas de velas apiladas a un lado, las tabletas de chocolate delante del mostrador y los paquetes de tabaco detrás. Solo era consciente de sus ojos, que me miraban desde el pasamontañas negro. Hasta el ruido de los latidos del

corazón contra el pecho se me hicieron lentos, por más que tuviera que tener el pulso acelerado. Respiré hondo.

Cuando por fin salió la bala, sonó como una explosión en el silencio. Me chirriaron los oídos. Olía el humo, pero no sentía nada. Por un segundo pensé que la adrenalina estaba manteniendo a raya el dolor y esperé a que estallara la agonía. Miré hacia abajo y vi que había fallado. Solo estaba a unos metros de mí y no me había alcanzado.

Apreté el gatillo y le disparé en el brazo. Era una maniobra de manual: la mano izquierda debajo de la muñeca derecha para estabilizar el arma. No era difícil desde aquella distancia. Dejó caer la pistola con un gesto que parecía de alivio y se dejó caer de rodillas. Di tres pasos hacia él, me incliné, le cogí el brazo con la mano izquierda para tapar la herida y le pedí al chico de detrás del mostrador que llamara al 112. Después de enfundar la pistola, sin dejar de ejercer presión sobre la herida, le quité el pasamontañas y le vi los rizos rubios. Era muy joven, tal vez un niño. ¿Por qué no le había dejado intentarlo otra vez? De pronto me pregunté si el chico de la tienda había corrido realmente algún peligro.

El niño quería decir algo y le leí sus derechos. Me dijo su nombre: Ben van Ravensberger. Le dije que se le asignaría un abogado. Intenté que no hablara porque no quería oír lo que tenía que decir. Pero él siguió insistiendo:

—¿No sabes quién soy? Mi tío es famoso.

Esperé unos diez minutos que se me hicieron una eternidad hasta que me empezaron a doler las piernas de estar agachada a su lado y la voz se me puso ronca de hablar sin parar. Le hice un torniquete en el brazo para detener la hemorragia. El chico de la tienda llamó a la ambulancia, pero fue incapaz de hacer nada más. Estaba pálido y conmocionado, y las manos le temblaban demasiado como para poder ayudarme con Ben.

Se oyó el sonido de la ambulancia e inmediatamente me sentí aliviada: por fin podría apartar la mirada del niño. Los paramédicos ocuparon mi lugar, lo vendaron y lo sacaron en una camilla, aunque solo por precaución. Uno de ellos me dijo que no era más que una herida superficial y que se recuperaría bien. Mis compañeros se reunirían conmigo en el hospital. No tenía por qué preocuparme: él me había disparado primero, la bala seguía incrustada en la pared de la gasolinera y yo había seguido el procedimiento establecido.

Seguí a la ambulancia en mi coche hasta el Slotervaart Hospital de Ámsterdam, caminé al lado de la camilla mientras cruzábamos los pasillos y esperé con Ben hasta que llegaron los médicos. Hacía más calor allí dentro, pero no me quité el abrigo porque debajo solo llevaba la parte de arriba del pijama.

Ben no paraba de hablarme de su tío famoso.

Yo no quería seguir escuchándolo.

—Estoy estudiando Derecho —dijo—. Esto es un error.

—En este momento, ya te puedes olvidar del derecho.

—Pero le podría contar una cosa que...

—¿Qué hacía un estudiante de Derecho asaltando una gasolinera? —lo interrumpí.

Se empeñaba en cogerme la mano como si fuera su madre y le rodaban las lágrimas por las mejillas.

—¿No podemos llegar a un acuerdo? Yo le podría contar...

—No hables ahora. Ya se lo contarás a mis compañeros después.

—Mi tío es muy famoso, pero ha matado a alguien —dijo mirándome a los ojos—. O por lo menos eso dijo —añadió balbuceando.

No le contesté. Me quedé sentada a su lado, cogiéndolo de la mano, hasta que se lo llevó la enfermera.

CAPÍTULO 2

Las campanas de Westerkerk resonaron por las calles de Ámsterdam. Eran las siete de la mañana y la ciudad seguía sumida en la oscuridad. Llevaba tres horas en casa. Cuando alargué la mano para encender la lámpara de la mesita de noche, empujé algo con los dedos y enseguida oí cómo se esparcían las pastillas que el médico me había recetado dos semanas antes asegurándome que me ayudarían a dormir profundamente y evitar las pesadillas. Me dijo que tenía estrés postraumático y que en los últimos tiempos había visto a otros oficiales de policía con el mismo trastorno, y que gran parte de ellos eran mujeres. Me molestó que generalizara de aquel modo. Después de todo, llevaba más de diez años en el CID, y en servicio aún más tiempo, y nunca había tenido que tomar pastillas ni nada parecido. No necesitaba la medicación. Me merecía las pesadillas.

Saqué las piernas del edredón. El suelo de parqué absorbió el calor de los pies y las paredes celestes que solían recordarme a un cielo despejado de verano me parecieron del color de extremidades congeladas. Aparté las cortinas y vi que la nevada que esperábamos había caído por la noche. Casi todos los pecados y suciedad de Ámsterdam habían quedado ocultos bajo la nieve. Era demasiado tarde para una blanca Navidad, pero llegó justo a tiempo para cubrir el año nuevo de una capa de inocencia. Los canalones estaban cubiertos por varios centímetros de blanco que ocultaban los bordes y donaban a los tejados un contorno suave.

Puse la ropa limpia encima de la cama dispuesta a quitarme lo que llevaba, meterme en la ducha y vestirme lo más rápido posible. Daba igual lo que me pusiera. Cualquier cosa iría bien. Los pantalones gordos, quizá —los marrones de lana que me había puesto el día anterior—, con una chaqueta marrón casi del mismo tono encima de un jersey de lana color beis. Y eso era solo para estar dentro.

En el cuarto de baño, un chorro de aire helado se colaba por una rendija de la ventana que nunca había conseguido tapar del todo. En el cristal se había formado una capa de hielo. Habría preferido que fuera en el espejo para no verme. La falta de sueño me estaba pasando factura. Me recogí el pelo con una cola de caballo y luego me hice una trenza que me hizo sentir peor porque no escondía nada. No quería disimular. No me puse maquillaje. No me merecía un

aspecto mejor.

Tenía cuarenta y dos años y aparentaba cincuenta.

Me duché, me vestí, bajé, abrí la puerta y me adentré en la ventisca en la oscuridad. Se me hundieron los pies en la nieve, tenía que haber por lo menos diez centímetros. La calle estaba desierta, y en la nieve virgen, que parecía crujir a cada paso como si estuviera aplastando algo frágil, se fueron quedando mis huellas. Me habría gustado cerrar los ojos ante el viento, cerrar los ojos ante el mundo. Pero seguí adelante sin pensar, demasiado cansada como para preocuparme por los resbalones.

Los copos se me arremolinaban delante de la cara y los ojos, flotando, girando y corriendo de un lado a otro como mis pensamientos. No podía dejar de pensar en la pesadilla. Había visto la cara de Wendy Leeuwenhoek como salía en las fotografías, y luego vi cómo se iba pudriendo, poco a poco, hasta quedarse en el esqueleto blanco que encontré. Vi las moscas dejando sus huevos. Vi las larvas comiéndose la carne. Las seguía viendo en los copos que caían.

Pasé por delante de la panadería de la esquina, el pequeño bar en el que nunca entraba a tomar nada, la iglesia que compartían los judíos ortodoxos sirios y los católicos romanos, emblema de la pluralidad de culturas en Ámsterdam, y la infinita fila de casas flotantes del siglo XVII convertidas en sedes de bancos y negocios. Seguí caminando despacio hasta que crucé el último canal y llegué a la comisaría de Marnixstraat. Me detuve un momento en el puente y seguí el movimiento de los copos hasta que por fin relucían a la altura de las luces de las farolas. Entraban y salían de la luz antes de girar hacia la calle o desaparecer en la oscuridad. Uno me fue a caer en las pestañas y tiñó el mundo de blanco hasta que se derritió en una lágrima, otros flotaron en el aire hasta posarse en la finísima capa de hielo que se había formado en el agua durante la noche y que apenas lograba soportar el peso de los copos.

Puse las manos enguantadas en la barandilla de hierro y me incliné para mirar la oscuridad de abajo. Era temprano, pensé, no había mucha gente. Hacía frío. No me cogerían a tiempo. Solo tenía que inclinarme un poco más y...

Una mano me tocó la espalda.

—Buenos días, Lotte. ¿Se te ha caído algo?

Me incorporé.

—Hola, Hans, no, estaba mirando el hielo.

Mi compañero me habría puesto la mano enorme en el brazo si no lo hubiera apartado. Hans Kraai descendía de una larga serie de generaciones de fuertes agricultores y su cuerpo robusto, hecho para soportar los eternos vientos del norte, estaba fuera de lugar en la oficina, donde tenía que agacharse cada vez que pasaba por la puerta y quedarse clavado en la silla como la pala en el suelo de las tierras de sus padres. Hasta el pelo rubio sucio tenía el color de las peladuras de patata.

Cruzamos juntos la puerta de la comisaría, pero luego me quedé un poco atrás, de forma que mis pisadas tuvieran su propio sonido.

Era la hora del almuerzo cuando me llamaron para decirme que estaban interrogando a Ben van Ravensberger. Bajé inmediatamente y entré en la sala de observación. Quien hubiera estado antes allí había dejado un vaso de plástico marrón y un ligero olor a sudor. Me senté delante del cristal apretando entre las manos mi taza de café, la quinta del día, pensando que estaría mejor en cualquier otro sitio que allí mirando al niño al que había disparado, pero me sentía obligada. Ya que había empeorado tanto su situación, por lo menos tendría que oír la historia de lo que se suponía que había hecho su tío.

Desde la penumbra de la sala de observación veía la sala en la que André Kamp estaba interrogándolo. El pelo del inspector estaba surcado de rayas grises del mismo tono que el de la chaqueta. Solíamos trabajar juntos antes de mi traslado a la otra unidad.

—Cuéntame lo que oíste —le dijo.

El micrófono de la mesa le distorsionaba la voz haciéndola más aguda y electrónica.

—Ya se lo he contado dos veces.

La luz brillante relucía en los pómulos marcados del chico y la piel sin arrugas. Saldría muy bien en las cintas. Era un poco mayor de lo que pensé en la gasolinera. Debía de tener unos veinte años, más o menos. Los rizos rubios le caían a los lados de la cara como signos de interrogación. También tenía uno de

los brazos vendados, que intenté no mirar. Le di otro sorbo al café. Ben había sido sincero en algo: su tío era famoso. Ferdinand van Ravensberger salía mucho por televisión. Más que nada era famoso por ser rico y relacionarse con estrellas del cine y otras celebridades, y ahora parecía que también iba a ser culpable de asesinato. Creí que no nos tomaríamos en serio las acusaciones de Ben, pero por lo visto mis compañeros se las tomaron lo suficientemente en serio como para llevarlo a la sala de interrogatorios.

—Estaban gritando —dijo—. Ella tenía una aventura y le dijo: «Tú no estás nunca aquí, siempre estás fuera por trabajo».

—¿Tu tía y tu tío?

El inspector levantó los dedos y se los llevó a los labios.

—Sí, y luego dijo: «No me eches la culpa a mí. Todo esto es culpa tuya». Y así siguieron un rato. Hasta que él dijo: «Si no dejas de verlo, lo mato. Ya sabes que no sería la primera vez que mato a alguien».

Se me cerraban los ojos. Escribí: «Ferdinand van Ravensberger dijo que había matado a alguien», para mantenerme despierta. Me puse a dibujar círculos concéntricos con el bolígrafo azul en el bloc de notas y luego los rodeé con cuadrados con el lápiz. Miré el reloj. Llevaba cinco minutos en la sala de observación, así que decidí quedarme otros cinco. Ya había oído lo principal. Podía ponerlo en el informe sobre Ben y terminar ya con aquello. Tenía que revisar todos los informes del caso Wendy Leeuwenhoek para asegurarme de que no faltara nada antes de llevárselo al fiscal.

—¿Ferdinand van Ravensberger dijo eso? —André Kamp se tocó los labios con los dedos.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Seis años.

El inspector empujó la silla hacia atrás y se levantó. Dio un paso a la derecha para que yo pudiera verlo bien.

—¿Dónde estabas tú?

—En el pasillo. Había ido al baño.

André dio un paso hacia el espejo y se miró por encima de mí. Se colocó mejor la corbata y guiñó. No sé si me guiñó a mí o al chico.

—¿Tiraste de la cadena?

Ben levantó la cabeza sorprendido, se recostó en la silla y se cruzó de brazos.

—¿Qué más da?

—Deja que te lo pregunte de otra forma: ¿se dieron cuenta de que estabas allí?

André seguía mirando al chico por el espejo. De no haber sido por el cristal, habría invadido mi espacio personal. Le miré la corbata, que tenía una mancha de salsa de albóndigas, el menú del día, rodeada por otra mancha más grande, señal de que había intentado quitarla con agua en el servicio de caballeros.

El chico se relajó y se pasó una mano por el pelo enrollándose los rizos en los dedos como si fueran anillos. El otro brazo permanecía inmóvil, sujeto con vendas enormes.

—No creo. Bueno, tiré de la cadena, eso sí, pero al principio no sabían que estaba allí.

La puerta que tenía detrás de mí se abrió y se oyó el suave sonido de la cerradura. Fingí estar concentrada en lo que estaba pasando en la sala de interrogatorios y no miré hacia atrás. Alguien puso una silla a mi lado. Alguien que olía a tabaco.

—Hola, Lotte, ¿me puedo quedar contigo? —preguntó Stefanie Dekkers.

Asentí porque no sabía cómo negarme. No me sorprendía que a alguien del departamento de Fraudes Fiscales pudiera interesarle el tío de Ben. Se sentó y tiró de la silla hacia delante. Me dio un golpe en el pie con los tacones.

—Perdona.

Mi bota recia, hecha para el mal tiempo, salió mejor parada que su zapato negro de piel, de los que solo te puedes poner si sabes que no vas a tener que andar. Seguro que su marido la había llevado al trabajo. La miré de lado, pero no a la cara. Tenía las piernas juntas y dobladas hacia un lado para acomodar la postura a la apretada falda de tubo. La pretina había desaparecido entre los michelines y los bordes de la ropa interior se le hundían en la grasa de las caderas.

—Enhorabuena por cerrar el caso de Wendy Leeuwenhoek —resonó su voz como un móvil en el cine.

No habíamos intercambiado más que un «hola» en los últimos diez años. Aparté la taza de café.

Stefanie acercó aún más su silla a la mía y dijo:

—Ya sabía yo que se te daría muy bien revisar los casos antiguos. Hasta en la facultad se notaba que tenías muy buen ojo para los detalles y te costaba ir al grano.

Seguí mirando por el cristal. No me moví, no le di ni un centímetro de espacio.

—Decías que era una quisquillosa —repliqué y apreté los dientes.

Hizo un gesto con la mano luciendo una manicura perfecta y con la alianza bien incrustada en el dedo.

—Quiero mi foto en primera plana, igual que tú en el caso de Wendy Leeuwenhoek.

¿Para qué querría eso? Para mí, aquella foto y aquella portada me recordaban todos los errores que había cometido. Negué con la cabeza y pasé la mirada de la sala de interrogatorios al bloc de notas. Hice otro círculo. La trenza me caía por el hombro como la cuerda de una horca. Me la eché para atrás con el lápiz y me froté las manos en los pantalones.

Stefanie me cogió el bolígrafo que había dejado sobre el bloc y empezó a darle vueltas pasándoselo entre los dedos.

—Quiero que detengas a Ferdinand van Ravensberger —dijo—. No me importa con qué cargo.

Tracé otro cuadrado alrededor del círculo con el lápiz. Quería irme de allí, pero la silla de Stefanie me bloqueaba el paso.

Apuntó al cristal con el bolígrafo.

—Estaba asaltando una gasolinera y tuvo la mala suerte de que entrara un policía. Aunque tú eso ya lo sabes —se rio—, porque le disparaste.

El café se me revolvió en el estómago.

En la otra parte del cristal, el interrogatorio continuaba.

—O sea que tu tío dijo que había matado a alguien. ¿Y lo recuerdas exactamente así? —André Kamp empujó la silla hacia atrás—. Eras muy joven en aquel momento —dijo y se sentó.

El chico seguía al inspector con la mirada. No perdió el contacto visual.

—Fue una experiencia traumática para mí. Sobre todo cuando mi tía me vio detrás de mi tío. Se dio la vuelta y se puso de ese color verde, como si estuviera a punto de vomitar.

Intenté ignorar la proximidad de Stefanie tratando de imaginarme la cara de Ferdinand van Ravensberger del color de las paredes de la sala de interrogatorios. No era fácil. Solo lo había visto muy bronceado en televisión o en las páginas en blanco y negro de la sección de economía.

—Así que no dije nada y me fui —declaró Ben.

—¿Volvió a mencionarlo alguna vez?

—Mi tía sí, mientras desayunábamos al día siguiente. Mi tío no estaba, lo más seguro es que estuviera en la cama con resaca. Y me dijo: «Sabes que estaba bromeando, ¿no?». Yo le contesté que no me había parecido una broma y entonces ella dijo: «Puede que “broma” no sea la palabra adecuada. Era más bien una amenaza. Pero él nunca me mataría a mí, como tampoco ha matado nunca a nadie».

Stefanie apoyó el codo izquierdo en la repisa que formaba el marco de la ventana y se giró hacia mí.

—Llevamos siglos intentando coger a Ferdinand van Ravensberger por evasión fiscal y blanqueo de dinero. Cuando nos enteramos de que este chico era su sobrino, le apretamos las tuercas. Al fin y al cabo, te disparó. —Dio unos golpes con el bolígrafo sobre mi bloc. El olor a tabaco rancio era insoportable—. A ti siempre te toca lo más emocionante. Me sorprende que estés aquí, admirando tu obra.

Me entraron ganas de quitarle el bolígrafo de un manotazo, pero pasé la hoja y fingí tomar apuntes escribiendo unas cuantas palabras al azar con el lápiz. Se partió la punta.

—Entonces, ¿por qué no le has preguntado sobre los negocios de Van Ravensberger? Eso estaría más en tu línea.

—Eso intentamos, pero él sigue empeñado en hablar del asesinato.

Tenía que estirarme para ver por encima del hombro de Stefanie qué estaba pasando en la otra sala.

—Tu tía te dijo que era una broma, pero tú no la crees —estaba diciendo André Kamp.

—Mató a alguien —insistió Ben.

El inspector echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. Volvió a mirar al sobrino de Ferdinand van Ravensberger y se rascó el pelo cano.

—El problema es que tú no crees a tu tía y yo no te creo a ti.

Dejé el lápiz sin punta encima de la hoja, paralelo a las líneas, y susurré:

—Eso ya me lo dijo en el hospital. No es nada.

—Ferdinand van Ravensberger mató a alguien, por el amor de Dios —replicó Stefanie y tiró el bolígrafo sobre el bloc. Chocó con el lápiz y se cayó al suelo.

Aparté la mirada del cristal y me volví hacia ella.

—Su sobrino dice que mató a alguien. No es lo mismo.

Stefanie echó la silla para atrás.

—Ese chico te disparó, así que estás enfadada y lo entiendo. Pero seguiremos trabajando en esto dos semanas más. ¿No te lo ha dicho tu jefe? —Se levantó, y cuando ya estaba en la puerta, justo antes de dar un portazo, añadió—: Ah, y feliz año nuevo.

Arranqué la hoja de los garabatos y la tiré a la papelera.

La oficina seguía vacía cuando subí a sentarme a mi mesa. Saqué una carpeta del montón que tenía en el suelo y le pasé las yemas de los dedos por la tapa gris oscuro antes de abrirla. Cuando oí los pasos de Hans Kraai por el pasillo, miré por última vez mi foto preferida y me despedí de la niña antes de cerrar la carpeta y volver a dejarla en el suelo. Encendí el ordenador para ver si encontraba algún expediente anterior de Ferdinand, el tío de Ben.

Dos horas más tarde, y sin haber encontrado nada sobre Van Ravensberger, me puse a trabajar en el informe de Wendy Leeuwenhoek.

—Te traigo uno —me dijo Stefanie por detrás.

Di un respingo. No me gustaba tener que sentarme de espaldas a la puerta porque la gente llegaba sin avisar. Hans Kraai, que se sentaba delante de la ventana, soltó una risilla.

Stefanie se me acercó por detrás y se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Café? —preguntó.

—Estoy ocupada —dije señalando los papeles.

Se asomó por encima de mí para mirar.

—Wendy Leeuwenhoek, ya veo.

Recogí todos los papeles en un solo montón y empecé a leer el primero, con el lápiz en la mano, buscando erratas.

Stefanie lanzó una carpeta rosa sobre el escritorio.

—Este expediente podría estar relacionado con Van Ravensberger —dijo y lo lanzó sobre la mesa.

Al aterrizar, la carpeta empujó todas mis cosas y el lápiz me dejó una raya en el papel. Mientras cogía una goma y la borraba, le devolví la carpeta. Stefanie se sentó enfrente, en la mesa de Thomas Jansen, que seguía de vacaciones de Navidad.

Comenzó a decir algo, pero en ese momento pasé la página y el ruido de los folios le ahogó la voz. De todas formas, en cuanto empecé a leer sobre Wendy fue como si apagara aquel chorro de palabras, que quedaron reducidas al zumbido de un mosquito, molesto pero irrelevante. Ya iba por la tercera página cuando la oí decir: «Alkmaar...». Levanté la mirada.

—Ah, ¿ves? —dijo—, sabía que eso te interesaría, el caso de asesinato que llevó Moerdijk antes de su ascenso, antes de que se convirtiera en tu jefe.

No la corregí.

—No te metas en eso —dijo Hans Kraai—, es un campo de minas. ¿Quieres ser la que demuestre que lo hizo mal? Te quedarías sin trabajo.

—Pero vosotros trabajáis con él —repuso Stefanie, que se volvió hacia Hans señalándolo con el dedo—, así que sabe que sois buenos.

Hans negó con la cabeza.

—Qué va. No vale la pena.

—¿Un asesinato en Alkmaar? ¿Cuándo fue eso? —quise saber.

—Hace más de diez años. —Rebuscó entre los papeles—. Doce..., en 2002.

Alargué la mano para coger la fina carpeta rosa que contenía la información sobre la muerte de Otto Petersen y la hojeé rápidamente.

—¿Le dispararon? —pregunté.

Stefanie se recogió el pelo hacia atrás con las dos manos.

—Sí, una hora después de salir de prisión.

—¿Dónde? ¿Fuera de la cárcel?

—No, fuera de su casa.

Le hice una mueca irónica a Hans.

—Entonces tuvo que ser su mujer. No tiene nada que ver con Ferdinand.

—Su mujer tenía una coartada perfecta —dijo Stefanie sin sonreír.

Yo estaba leyendo y hablando al mismo tiempo, intentando dar con la información que necesitaba.

—¿Por qué lo encerraron?

Stefanie levantó la cejas.

—¿No te acuerdas?

—¿Debería?

—Era el director de Petersen Capital. Lo encerramos por fraude.

Me encogí de hombros. Las finanzas nunca me habían interesado.

—Fueron los líderes de la industria financiera durante años. Ofrecían un fondo de inversiones muy ambicioso, con unos intereses espectaculares, pero al final resultó que todo era mentira. Desaparecieron varios millones de euros y jamás se encontró el dinero.

—¿Y qué tiene que ver con Van Ravensberger?

—Fue uno de los inversores que Petersen desfalcó.

Asentí.

—Tráeme todos los informes que tengamos del caso.

—Están en mi despacho. Puedes ir tú a por ellos.

—Quieres que me encargue de esto, ¿no? Pues tráeme lo que tengas. Yo voy a ir a hablar con el jefe.

El inspector jefe Moerdijk estaba escribiendo con la cabeza hundida sobre la mesa. Me quedé un momento esperando en el pasillo antes de llamar al marco de la puerta para que me viera.

—Hola, Lotte —dijo con amabilidad—. Espero que no te moleste mucho tener que trabajar con tus amigos de Fraudes.

Me senté. Yo nunca habría llamado amiga a la inspectora Stefanie Dekkers.

—No.

Moerdijk era un hombre práctico. No tenía ni un gramo de sobra en todo el cuerpo, ni una sola capa de grasa que no necesitara. El pelo blanco y la figura esbelta le daban el aspecto de un zelote, el tipo de hombre que hace siglos habría sido un predicador enardecido, pero que en la sociedad moderna se dedicaba a la adoración en el templo del atletismo. En su día fue un gran corredor de maratón y atleta de triatlón. Decía que correr le ayudaba a pensar, aunque creo que más bien le ayudaba a olvidar.

—¿Has terminado el informe de Wendy Leeuwenhoek? No se te habrá olvidado que mañana tienes que llevarle toda la información al fiscal, ¿no?

Me imaginé dándole los informes al fiscal, hablando con él sobre el asesinato y el juicio que seguiría y me sentí como si una rata me estuviera mordisqueando el estómago. Entonces supe que no sería capaz de hablar de todo aquello, ni siquiera de lo que había incluido en el informe. No podía pasar por eso. No podía ir a la fiscalía al día siguiente. Estaba demasiado cansada, sería demasiado difícil. No estaba preparada para mentir.

—Sí, ya está listo —le aseguré.

A lo mejor cuando ese informe desapareciera de mi mesa por fin sería capaz de dejar de pensar en aquella niña y en todos los errores que habían desembocado en el descubrimiento del cuerpo.

—Muy bien. ¿Has comprobado que esté todo sellado? —insistió.

—Sí.

—Entonces, ¿ya puedes empezar con el caso Van Ravensberger?

—No tenemos mucho, aunque Stefanie Dekkers ha encontrado algo.

—¿Prometedor?

—Otto Petersen...

—Uno de mis viejos casos. —Levantó la voz a la mitad de la frase convirtiéndola en una especie de pregunta—. De hace mucho tiempo. —Le puso el tapón a la pluma y la dejó en la mesa—. ¿Crees que nos llevará a algo?

—Creo que no, pero si quieres que trabaje con Stefanie dos semanas, tendré que echarle un vistazo a algo de lo que me pida.

—Claro, aunque creo que no investigué a Van Ravensberger por nada relacionado con ese caso. —Se quitó las gafas y las dejó colgando de la mano—. No me acuerdo de todo, pero seguro que me acordaría de él.

—Era un inversor.

—¿De Petersen Capital?

—Sí.

El inspector jefe apretó los labios.

—Está bien, ¿por qué no? Investigamos a algunos inversores, sobre todo después de que en la policía de Alkmaar lo liaran todo. No es que uno se espere que la policía local llegue a mucho, pero...

—¿Quién se ocupó del caso? —Intenté mantener un tono neutro, como si no me importara la respuesta.

—No me acuerdo. De todas formas, léete el informe. Petersen lleva más de diez años muerto, así que puede esperar —dijo y señaló sus papeles—, pero esto no.

Volvió a desenroscar el tapón de la pluma.

—Gracias, Lotte —dijo, me miró y añadió—: ¿Estás bien? Trabajando en esto, quiero decir.

—Sí, estoy bien.

—Los disparos...

—No tuve elección.

—Lo sé, lo sé.

Volvió a mirar a la pantalla.

—No habrá complicaciones. Él me disparó primero.

—Sí, eso está muy bien para el informe, pero... Bueno, si tú estás bien, pues adelante.

Se concentró de nuevo en su trabajo y me fui. Sabía lo que estaba pensando: que estaría enfadada y molesta porque me hubieran disparado. Pero yo sabía lo que le había obligado a hacer a aquel chico y no estaba enfadada ni molesta. Me sentía culpable.

Tras aquellos años en el departamento de Fraudes Fiscales, Stefanie había aprendido a ser mucho más eficaz que antes. Me dejó una pila de informes en la mesa. Los hojeé. Tenía razón: a Otto le dispararon tan solo una hora después de salir de la cárcel. Seguí pasando papeles hasta que di con las fotografías. Me gustaba empezar por las fotos. Hallaron el cuerpo en el camino de entrada, a dos metros de la puerta principal. No había ningún arma. La escena del crimen estaba limpia y no se encontraron huellas. El inspector jefe recogió en el informe la declaración de Karin Petersen, la mujer de Otto. Dijo que ella estaba esperando fuera de la cárcel cuando le dispararon a su marido. Seguí pasando páginas hasta que encontré la transcripción de la declaración del funcionario de prisiones. Se acordaba de Karin y confirmó su declaración: estaba allí a la hora de la muerte de Otto. Tomé unos cuantos apuntes con el lápiz. Quería comprobarlo. ¿Qué hacía ella en la cárcel cuando su marido acababa de salir y estaba volviendo a Alkmaar, a su casa?

Hans pasó por detrás de mi silla al salir. Se despidió y usó el mal tiempo como excusa para volver antes a casa. Yo asentí y miré el reloj. Eran las cuatro y

media. Cuando se fue, me asomé a la ventana y vi los nubarrones sobre el canal. Eran tan grandes que apenas lograban flotar en el aire. La gravedad los obligaría a dejar más nieve antes de que acabara el día.

Busqué el informe de Alkmaar. Parecía que no estaba. Fui mirando las páginas una a una. Al final lo encontré hacia la mitad del expediente: seis páginas grapadas en la esquina izquierda. Aquella grapa era un insulto contra el fallecido. ¿Es que no se merecía una carpeta? Observé las páginas con atención: un informe técnico, una página en la que se describía a la persona que llamó a la policía y varias fotos. Aquello no podía ser más que el trabajo de un primer día. El inspector jefe tuvo que cerrar la investigación muy rápido. Saqué el informe de Moerdijk y busqué la fecha de sus primeras anotaciones. A Otto Petersen lo asesinaron el 17 de abril de 2002. La fecha del informe era del 3 de agosto de 2002. Casi cuatro meses después. ¿Qué había pasado mientras tanto? Encontré varias solicitudes de información del inspector jefe y ninguna respuesta desde Alkmaar. En total había cinco solicitudes de Moerdijk, pero ninguna señal de que nadie le hubiera contestado.

Y entonces vi su nombre en uno de los formularios del final del expediente: «Oficial de investigación policial de la comisaría de Alkmaar: inspector Piet Huizen». Levanté las seis páginas con la grapa, las sopesé en una mano, las enrollé y me di unos golpecitos con el rollo en la otra mano.

Cuando me incorporé al cuerpo de policía no mencioné a mi padre en ningún momento, ya que no tenía por qué interesarle a nadie, y con el paso del tiempo, el no hablar de él se había convertido en una costumbre.

No quería ir a hablar con el fiscal al día siguiente. Tenía que evitar aquella reunión. Por lo menos conseguiría aplazarla si iba a Alkmaar a ver a mi padre. Con un poco de suerte, mandarían a algún miembro de la fiscalía a recoger los informes. Después de todo, podía usar el claro conflicto de intereses como excusa para dejar el caso Petersen en manos de Stefanie.

CAPÍTULO 3

Barajé y saqué el cinco de corazones. Al final de la escalera solo me quedé con tres cartas. Nos habíamos sentado a la mesa como siempre, mi madre presidiendo y yo a su izquierda, y estábamos entretenidas con nuestro juego de naipes de todos los miércoles.

Me recosté en la silla y casi le doy al árbol de Navidad que estaba en el rincón. Con el árbol, prácticamente no quedaba espacio para nada más. Todos los muebles estaban muy cerca unos de otros, incluso la pata de la silla de roble rozaba el brazo del sillón y apenas podíamos movernos por el salón. Dos tiras de postales de Navidad colgaban a ambos lados de la puerta, casi todas de feligreses que iban a la parroquia de mi madre.

—Lotte, no tienes buen aspecto —me dijo mientras ponía en la mesa un seis al lado de mi cinco.

Alargó la mano y me metió un mechón de pelo por detrás de la oreja.

Me eché hacia atrás.

—Estoy bien.

Por los huecos del bordado del mantel se veía el enorme arañazo de la mesa. Como solía hacer, pasé los dedos por donde una vez intenté grabar mis iniciales con un cuchillo. No lo había hundido con la fuerza suficiente como para lograrlo, pero en la madera había quedado una línea gruesa que mostraba el principio de una L. Tenía ocho o nueve años. No me acordaba de qué me empujó a hacerlo, pero recordaba perfectamente el enfado de mi madre y el castigo que siguió.

—Estoy muy preocupada por ti —continuó—. He visto las fotos y se te ve muy cansada.

—¿Qué fotos?

Cogí las cartas con una mano y la taza de té con la otra buscando un poco de calor. Mi madre tenía el piso a un par de grados menos de lo que resultaría agradable para ahorrar en calefacción. La taza con el payaso sonriente era la

misma que usaba cuando tenía cinco años. Mi taza, mi plato y los cubiertos con mis iniciales volvían a aparecer en cuanto llegaba a casa. Hasta el olor de la col hervida que mi madre se había tomado para cenar, con puré y seguramente una salchicha o trozos de panceta, me recordaban a la infancia.

—Las del periódico —dijo y cogió su taza igual que había hecho yo mientras protegía sus cartas apoyándoselas contra el pecho. Esperé que el calor le templara los dedos de nudillos protuberantes y sin anillos—. El *Telegraaf*. Lo tiré. Salías fatal.

—Gracias, mamá.

Reordené la escalera y puse mi cuatro de corazones en medio. Me quedaban dos. Sabía a qué foto se refería. Yo la había recortado y la había guardado en el archivador negro con los demás recortes del periódico, la historia de todos los casos en los que había trabajado durante mis dieciocho años de carrera. Me la sacaron en cuanto descubrimos el cuerpo de Wendy. Salía con la cabeza gacha y de perfil, así que solo se me veía un lado de la cara, pero los surcos de las lágrimas en la mejilla se veían claramente; tenía la trenza medio deshecha y los mechones me caían hacia abajo. Me acordaba del destello del *flash* del fotógrafo y la rabia que me dio que me inmortalizara así.

—Tienes que cuidarte, te estás quedando muy delgada.

Me reí. Mira quién fue a hablar. A ella se le veían todos los huesos del cuerpo. Tenía los pómulos tan puntiagudos que parecía que iban a rasgarle las arrugas que los protegían. Con setenta y tres años necesitaba algunos kilos más o la primera gripe que se cogiera se la llevaría por delante. Tenía el pelo, corto y rizado, tan blanco como el jersey de lana que se había hecho. Daba la impresión de que se iba a derretir en la nieve.

—No te gustó que te hicieran la foto, ¿verdad?

Sacó otra carta de la baraja, sonrió y la metió con su borde rojo entre dos azules. El reverso de los dos paquetes estaban descoloridos; las rojas tenían el color de los labios agrietados de mi madre, y las otras eran como sus ojos, antes celestes y ahora de una tonalidad azulona como de huevo de pato. Siempre usábamos aquellos dos mazos. Tras más de veinte años jugando, no se había perdido ni una sola carta.

—No, no me gustó nada, con todos aquellos fotógrafos apuntándome y deslumbrándome continuamente.

—Eras igual de pequeña —sonrió al recordar—. Empezabas a gritar en cuanto cogía la cámara.

—No me gusta ser el centro de la atención.

—Se ha formado demasiado alboroto con ese caso.

No podía deshacerme de ninguna de las dos cartas, así que tuve que coger otra, un tres de bastos, con la esquina desgastada por el uso.

—Los periódicos se han pasado años hablando de eso, ha habido mucha especulación —expliqué.

—Hay muchas más cosas sobre las que se puede escribir. Noticias de verdad. No hace falta que te saquen a ti en primera página.

—Eso es lo que vende, supongo.

—¿Tú vendes?

Observó las cartas que había encima de la mesa. Ella tenía tres escaleras, bastos, espadas y diamantes, y las reorganizó en tres montones de números iguales. Las cartas se deslizaban con el rumor de las hojas secas que caen de las copas de los árboles en otoño. Añadió la cuarta carta y la sonrisa le apiñó las arrugas en los pómulos.

—No, yo no, Wendy Leeuwenhoek. Los periódicos han estado vendiendo durante años por su desaparición.

Cogí otra carta sin apenas mirar las que tenía.

—Pero no es una noticia para la portada.

—Ni tampoco la boda de un futbolista, y sin embargo salen en primera plana. Al fin y al cabo, esto era más importante, ¿no?

Mi madre puso un ocho de diamantes en la mesa y yo cogí otra carta.

—Pues sí —admitió—, supongo que sí, pero es horrible que hagan dinero a costa del sufrimiento de los demás —añadió con la mirada clavada en la mesa.

—Por lo menos ahora sabemos lo que pasó y tenemos un cuerpo que enterrar.

Recoloqué mis cartas en la mano, rompiendo grupos y creando otros nuevos. Jamás llegaríamos a saber lo que pasó. Jamás llegaría a descubrir por qué la mató. Otro motivo más para no dormir.

—Pero tú has pagado un precio muy alto. Ese trabajo no te hace ningún bien.

Miró detenidamente las cartas que estaban sobre la mesa mientras sujetaba la suya entre los dedos. La dejó bocabajo y le dio un sorbo al té.

Intenté adivinar qué carta le quedaría basándome en las que estaba observando con más atención. Seguramente sería un número bajo, porque son las más difíciles de soltar.

—Pero eso es a lo que me dedico, es mi trabajo.

Suspiró y cogió otra carta del mazo.

—Tú fuiste a la universidad. Tenías muchas oportunidades y las sigues teniendo, y sin embargo te pasas la vida viendo cosas horribles, sospechas de todos los que se cruzan en tu camino y nunca pasa nada bueno. Y todo eso te pasa factura, se te ve en la cara.

—Lo único que pasa es que estos días no he dormido mucho.

Tenía una escalera de bastos y los puse sobre la mesa, pero ella usó mis cartas para deshacerse de las dos que le quedaban. Cogí otra y esperé que ella también tuviera que coger alguna. Me miró y observó las cartas que acababa de dejar en la mesa, seguramente adivinando mi estrategia.

—Creía que en esta nueva unidad estarías mejor porque te ocuparías de casos archivados. Se te veía más contenta, mucho más tranquila de lo que lo has estado durante mucho tiempo.

—Y así es. Cuando empiezas a trabajar en un caso se nota la emoción. Es algo nuevo. Un desafío.

Se quedó callada un momento antes de sacudirme una mota de polvo de la manga del jersey.

—Estoy preocupada por ti —insistió—. Nunca te había visto así. Es porque era una niña pequeña, ¿verdad?

Entre otras cosas. «Sus manos recorriéndome el cuerpo entero. Los dedos hundidos en mi pelo».

—¿Has hablado con Arjen últimamente? —quiso saber.

No tenía ningún motivo para hablar con mi exmarido.

—No, desde hace meses.

Pasé el dedo por la esquina desgastada del tres de bastos.

—Lo vi ayer con su esposa en Kalverstraat.

Me bebí un sorbo de té sin esperar a que se enfriara y dejé que me quemara el paladar y la garganta.

—Se le veía muy bien —comentó.

—Me alegro por él —dije—. Venga, echa tu carta. Ya llevas un buen rato pensándotelo y sabes que no tienes nada que hacer.

Cogió otra.

—Deberías mantener el contacto con él. Nunca se sabe.

Suspiré.

—Estás loca.

Me entraron ganas de acariciarle la mano, con cuidado de no hacerle daño en los nudillos abultados, pero me limité a sacar la escalera de bastos. Solo quedaban dos cartas, un diez y la reina de espadas.

—No, qué va, leí un libro en el que pasaba eso.

—No voy a volver con él.

—¿Por qué no? Tampoco es que haya una cola de hombres esperándote en la puerta. Y tienes cuarenta y dos años. Te costaría mucho encontrar a otro.

—Sí, eso es lo que me dices siempre.

Sacó otra carta. Tenía cuatro. Por fin le estaba ganando.

—Pero podría pasar, ¿no? ¿Todavía podríais volver?

Me eché la trenza para atrás por encima del hombro.

—No.

—Pero ¿por qué no?

—Bueno, ahora tienen un niño.

—Ah, es verdad, el niño.

Metí el diez en mitad de mi escalera. Guardamos silencio durante un momento. La reina de espadas que acaba de coger me miraba con un ojo como diciéndome que me callara. De todas formas, ya sabía lo que mi madre estaba pensando aunque no lo dijera. No quería hablar de la niña que perdí.

—Tú tampoco mantuviste la amistad con papá —dije.

—Eso es distinto.

—¿Por qué?

Sacó sus cartas. Era una escalera de diamantes, de siete a diez. Y eso que creía que tenía números bajos.

—¿Por qué fue distinto? —insistí.

—Es la hora de *Lingo* —dijo—. No quiero perdérmelo.

Se levantó, cogió el mando y encendió la televisión.

Dejé la carta que me quedaba en la mesa. Mi madre no estaba dispuesta a perderse su programa de televisión preferido, el más popular entre los mayores de sesenta años, tanto que hasta el anterior primer ministro mencionó una vez su descontento por que lo hubieran pasado a un horario más temprano. Y en este caso, también era una excusa perfecta para dejar de hablar. Ella nunca había querido decirme por qué se separó de mi padre.

Aunque el piso era tan pequeño que se veía perfectamente la televisión desde la mesa, se fue al sofá. Las reglas eran las reglas: la mesa era para comer y jugar a las cartas, y el sofá, para ver la televisión.

El programa se comió el resto del tiempo hasta que tuve que marcharme. Volví a ponerme todas mis capas, el abrigo, los guantes, la bufanda y el gorro, y me despedí de ella. Bajé por las escaleras de hormigón del bloque pasando la mano por la barandilla roja de plástico. Una vez abajo, abrí la cadena con la que había atado la bicicleta a la valla de la casa de mi madre y pedaleé lo más fuerte que pude por la oscuridad helada. Enero siempre había sido un mes deprimente.

CAPÍTULO 4

Después de otra noche sin dormir, aquel viaje por la A-9 desde Ámsterdam a Alkmaar no me parecía tan buena idea. La carretera que se abría ante mí relucía a la luz de la mañana y se extendía por las llanuras nevadas como la raya gris que deja un lápiz en una página en blanco. Los pueblos aislados rompían la monotonía de un paisaje interminable. Los campanarios de las iglesias señalaban hacia el cielo como dedos en señal de advertencia. «Ten cuidado —decían—. Parece un camino muy largo, pero no todo es lo que parece».

Mi coche todavía olía a nuevo. Se notaba el olor a cuero mezclado con el del polvo quemado que dejan las estufas cuando las enciendes por primera vez en octubre. Era verde hiedra, y ya me imaginaba a mi exmarido, Arjen, llamándolo la Rana y haciendo bromas sobre ir a dar un salto a las tiendas o ir al pueblo en un salto. El vendedor no lo entendió. «Qué tontería —decía con la mirada—, elegir un coche solo por el color». A lo mejor no sabía que el verde es el color de la envidia.

Una curva larga hacia la izquierda, que hizo que me oprimiera el cinturón de seguridad, me llevó a la rotonda de la circunvalación que llevaba a Alkmaar. No me detuvo ningún semáforo en rojo, sería imposible retrasarse, ni siquiera había otros coches por la carretera. Cambié la marcha. El motor zumbó como si hubiera despertado un nido de avispas con la palanca de cambio. La fina carpeta rosa que descansaba en el asiento del pasajero era la única prueba de que aquel viaje solitario era una flagrante violación a las normas de la policía.

Consulté el mapa que había impreso la noche anterior —segunda a la derecha, primera a la izquierda—, y aparqué detrás de un BMW azul marino muy vistoso. Volví a comprobar la dirección y vi que no me había equivocado. Nada más abrir la puerta, una ráfaga de viento helado inundó el habitáculo. Hasta me costaba respirar. Cogí la carpeta y el bolso y saqué las piernas. Alguien había esparcido sal en el suelo y la nieve se había derretido.

La casa, con forma de triángulo blanco, habría desaparecido en la nieve de no haber sido por los cedros que flanqueaban el camino de entrada y la señal roja de «No pasar» que colgaba de la puerta principal. Llamé al timbre, que emitió un extraño ruido mecánico, como el de una bicicleta. Se oyeron pisadas, aunque esperaba que no hubiera nadie. Esperé no tener que ver cómo se abría la puerta,

pero se abrió.

Estaba cambiado. No lo había vuelto a ver desde mi boda, catorce años antes. El pelo casi rapado todavía recordaba a un campo tras la cosecha, aunque había pasado del color del acero al del hielo, y las arrugas de la cara eran como un mapa de carreteras, con líneas que indicaban qué camino tomaría la risa y por dónde girarían al fruncirse el ceño.

—Hola, papá —dije.

Mi padre me cogió el abrigo y lo puso en el mismo perchero del que colgaba otro escarlata que tenía que ser de su nueva mujer. El mío abrazaba el de ella y me entraron ganas de quitarlo de allí. Apreté las manos a los lados de la carpeta e hice todo lo que pude por sacudirme la nieve de las botas en la alfombrilla. No quería dejar huellas en la alfombra, tan lisa y estéril como una pista de patinaje. Pero un puñado de nieve se negaba a despegarse de la suela, así que me di por vencida y me las quité. Las dejé al lado de la puerta.

Mi padre señaló el enorme sofá de cuero marrón oscuro con forma de L. Me senté en mitad de la parte más larga para obligarlo a no sentarse a mi lado. Quería mirarle a la cara mientras hablábamos.

—¿Te traigo algo? ¿Té? ¿Café?

—Café, gracias.

Tenía las manos heladas y entumecidas.

Se dio media vuelta y se fue. Lo observé mientras se alejaba y me fijé en la curva de la espalda, con la parte de arriba redondeada y encorvada.

El ruido del molinillo retumbó desde la cocina seguido por el silbido y el olor del café, que se mezclaba con el aroma de limón de una limpieza recién hecha. La casa estaba reluciente.

Enseguida llegó con el café.

—¿Quieres azúcar? —me preguntó, aunque me dio la taza antes de que me diera tiempo a contestar. Seguro que se acordaba de que no le ponía.

Negué con la cabeza. Con un clic, se echó un par de pastillitas edulcorantes en el suyo. Las tazas eran de la comisaría. Reconocí la llama, el símbolo de la policía, que decoraba en relieve la porcelana blanca. La policía era lo único que teníamos en común.

Se sentó.

—Se te ve muy bien —comentó.

—Gracias.

—¿Cómo está Arjen? —dijo y me miró la mano derecha, que hacía más de un año que no lucía el anillo.

—Bien.

—Me alegro.

Dejé la taza en la mesa. Cogí la carpeta rosa, la abrí y saqué el primer folio.

—No has venido solo para verme, ¿eh? —dijo.

—Hemos vuelto a abrir el caso de Otto Petersen.

—Mi último caso —sonrió enseñando unos dientes blancos perfectos. Estaba segura de que antes estaban amarillos y con manchas—. Leí los artículos de Wendy Leeuwenhoek. Vi tu nombre. Y te vi en la portada del *Telegraaf*. —Cogió la taza y bebió—. Estuve a punto de llamarte para darte la enhorabuena.

—Pero no lo hiciste.

Se pasó la mano por el pelo cano un par de veces. Lo tenía tan corto que no se le notó.

—Pensé que no te habría gustado que lo hiciera.

Miré el folio como si necesitara volver a leérmelo.

—No estamos satisfechos con el trabajo que realizó la policía de Alkmaar.

—¿Cómo?

La línea que le surcaba el ceño pasó de ser una hondonada a convertirse en un profundo despeñadero.

—Tuvisteis el caso Petersen durante cuatro meses y lo único que hicisteis fue esto.

Saqué los seis folios de la carpeta y se los moví por delante de la cara como si fueran un abanico. El que tenía las fotos era más grueso y chocaba contra los demás folios cada vez que los movía hacia delante y hacia atrás.

—Trabajamos mucho en eso.

—¿Y solo escribisteis seis páginas?

—Estuvimos a punto de resolver el caso.

—¿En qué página dice eso?

Fingí observarlas de una en una.

—Eso no puede ser lo único que tenéis —afirmó—. Había mucho más. Dos cajas enteras.

Se inclinó hacia delante para coger los papeles, pero los recogí y los volví a meter en la carpeta, aunque luego se la di con un movimiento brusco antes de que me diera tiempo a arrepentirme. Fue sacando los folios de uno en uno. Cuando llegó al último, se empujó las gafas hacia arriba y me miró.

—¿Qué has hecho con el resto? —me preguntó en voz baja.

—¿Que qué he hecho con el resto? ¡No hay nada más! Eso es lo que te estoy diciendo. Esto es lo único que he encontrado en los archivos.

—Han tenido que archivarlo mal.

—El inspector jefe se dio cuenta de que apenas nos habían mandado información desde Alkmaar. —Volví a coger los papeles—. Mira aquí —dije y señalé una página con el dedo—: «12/09/02: se solicita información al inspector Huizen». Y aquí —insistí señalando otro sitio—: «09/11/02: se le solicita de nuevo información». No se archivó mal. No nos llegó nada más.

—Vale, vale. —Se le había puesto la cara del color de la nieve salada de fuera, blanca mezclada con la tierra del sendero—. A lo mejor se perdió por el camino.

—¿Medio informe? No creo.

—No era medio informe. Eran dos cajas enteras.

—Sí, eso me has dicho, pero en ese caso es todavía más difícil que se hayan perdido. —El corazón me latía con fuerza, tenía la cara encendida—. No las mandasteis. ¿No es eso, papá?

Se levantó y se alejó. En la cocina se oyó el agua del grifo. Volvió con un vaso, se metió una pastilla en la boca y se la tragó.

—Teníamos un testigo —dijo con la mirada clavada en la ventana—. Vio el Porsche dorado metalizado de Anton Lantinga delante de la casa de Petersen una hora antes del asesinato.

—¿Lantinga?

Cogí el informe y hojeé las notas del inspector jefe. En los márgenes de las páginas, la escritura enrevesada del inspector recogía sus pensamientos. Había tres socios en Petersen Capital: Otto Petersen, Anton Lantinga y Geert-Jan Goosens. El inspector consideraba a este último el principal sospechoso y lo había interrogado dos veces más que a los demás, incluida la mujer.

—Lantinga era uno de los directores de Petersen Capital, ¿no? El inspector jefe lo interrogó alguna vez, aunque nunca fue el principal sospechoso.

Mi padre levantó las cejas.

—Ah, ¿no? Y entonces, ¿quién era?

—Estamos revisando el caso Petersen porque hemos recibido un soplo sobre Van Ravensberger. Es sobre algo de unos años antes.

—¿Ferdinand van Ravensberger? ¿El rico ese que sale tanto por televisión y que tiene un club de fútbol? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Me recosté en el sofá y me crucé de piernas, pero después me acordé de dónde

estaba y puse los pies en el suelo.

—Era uno de los inversores de Petersen Capital.

—Interesante. A él nunca llegamos a investigar porque nos centramos en Anton Lantinga. —Mi padre había recuperado el color que tenía cuando me abrió la puerta—. Y creo que todavía merece la pena investigar un poco más.

Me encogí de hombros.

—Puede ser. ¿Qué relación tenía Lantinga con el caso?

—Lo tuvimos claro desde el principio. Lantinga estuvo tonteando con la mujer de Petersen, Karin, durante los siete...? —Cogió el informe—. Sí, los siete años que Petersen estuvo en la cárcel. Además, dirigió la sociedad, o tal vez fue una filial, ya no me acuerdo, pero el caso es que se hizo con todos los clientes y está claro que no le interesaba que Petersen volviera. Ni a él ni a Karin. Aquel día, Karin fue a la cárcel... Mira, ¿por qué no te quedas a almorzar y así te cuento todo lo que sé?

Miré el reloj. Sí, era mediodía, pero si me quedaba a comer no podría irme cuando quisiera. La comida me tendría atrapada, sentada a la mesa enorme del comedor y obligada a quedarme hasta el final y quizá hasta tendría que ayudarlo a recoger los platos. Además, no tenía hambre. De pronto deseé poder levantarme de aquel sofá lo antes posible, meterme en el coche verde y volver a Ámsterdam. El deseo de que las visitas duraran lo menos posible seguía intacto después de tantos años.

—Tengo muchas cosas que hacer, papá.

Hundió los hombros. Parecía decepcionado.

—Sí, claro, lo entiendo. —Recobró la compostura—. ¿Por qué no hablas con Ronald de Boer? Trabajó conmigo en el caso. Podría llevarte a la escena del crimen y a lo mejor podrías hablar con el testigo. Es mejor que vayas con él que conmigo.

—Gracias, papá, pero no estoy segura de lo que haremos con esto, sobre todo si no es Van Ravensberger.

—Tú ve a ver a Ronald. Habla con él y luego decides.

—Está bien, ¿por qué no?

Siempre que pudiera volver a Ámsterdam antes del anochecer...

—Si no te vas a quedar a comer, ¿por qué no te tomas por lo menos otro café?

Negué con la cabeza.

—¿Un té?

—No, gracias, papá.

—Bueno, pues deja que llame a Ronald, a ver si está.

Se fue. Había un teléfono al lado del sofá, así que debía de tener algún motivo para usar el otro. No quería que escuchara lo que le iba a decir. ¿De qué tendrían que hablar en privado? ¿Lo estaría avisando? ¿Le estaría diciendo a ese tal Ronald de Boer lo que me tenía que decir?

Volví a mirar las fotografías de la escena del crimen. Había un primer plano de Otto Petersen. Estaba tumbado bocarriba. Tenía cuarenta y ocho años cuando le dispararon. Aparentaba más edad. También parecía distinto del ambicioso hombre de negocios que Stefanie me había descrito. Me esperaba una chaqueta cara, un buen reloj, alguien con aspecto de ser rico.

Levanté la fotografía hacia la luz que penetraba por la ventana. Tenía el pelo gris tan corto que parecía una barba incipiente, varios pliegues de papada le cubrían el cuello y el abultamiento carnoso sobre los ojos se los reducía a dos hendiduras. El pelo tan corto dejaba claramente visible el pequeño agujero de la sien izquierda. El círculo concéntrico de la herida indicaba que era la entrada. La siguiente fotografía mostraba la herida dentada con forma de estrella que había producido la bala al salir. El informe del forense decía que se había tratado de un disparo a quemarropa, a juzgar por la forma de las heridas. Las fotografías de cuerpo entero, tomadas desde varias perspectivas distintas, mostraban un cadáver voluminoso vestido de blanco. En las fotografías de los alrededores se veía una casa común y corriente, con un camino cubierto que llegaba desde un lateral.

Dejé las fotografías a un lado y observé la habitación.

En una repisa del mueble del salón había una fotografía de mi padre con su nueva mujer, en la de arriba había varias copas de cristal y en la de abajo, unos libros de tapa blanda. Me acerqué para mirarlos. Eran guías de viaje: *Lonely Planet Tailandia*, *Lonely Planet Grecia*. Todas eran de sitios que mi madre jamás podría permitirse visitar. «Nunca acepté ni un céntimo de él», me había repetido mi madre una y otra vez. Por lo que veía, debía de tener mucho dinero.

En la fotografía que tenía un marco negro se veía a la pareja jubilada en unas vacaciones exóticas. Maaike, su nueva mujer, estaba recostada contra él y le pasaba los brazos por la cintura. Parecía robusta y cariñosa, y lucía una enorme sonrisa. Mi padre también sonreía, aunque no tanto, y tenía los brazos caídos a los lados, con una mochila en la mano.

Miré el reloj. Ya había pasado un buen rato. Estuve a punto de llamarlo, pero al final decidí sentarme en el sofá. Me dolía la cabeza, era como una punzada constante entre las cejas. Saqué un par de pastillas de paracetamol del bolso y me las tragué con lo que me quedaba de café. Tenía ganas de cerrar los ojos, de estar ya en mi casa para meterme en la cama hecha un ovillo e intentar dormir. ¿Dónde se habría metido? Por fin se oyeron sus pisadas saliendo de la cocina.

—Ronald acaba de irse, pero volverá dentro de media hora —me dijo—. Venga, tómate algo conmigo o te morirás de hambre.

—No, papá, estoy bien.

Se hizo un silencio entre nosotros tan pesado e inevitable como los nubarrones que me esperaban fuera.

—Entonces, ¿has estado en Tailandia? —comenté.

—No, todavía no. Maaike quiere ir, pero allí hace demasiado calor para mí.

—Podrías ir durante la estación de las lluvias.

No era una broma, pero soltó una carcajada seguida por una risa un poco exagerada. Cuando volvió a hacerse el silencio miró por la ventana.

—¿El coche es nuevo? —preguntó.

—Sí, lo compré hace unas semanas.

—Es bonito. ¿Qué marca es?

—Peugeot.

Asintió.

—Me gusta. ¿Puedo verlo?

—Claro.

Me levanté aliviada. Mi padre se puso unos zapatos recios y abrió la puerta.

—Será mejor que te pongas un abrigo —le dije—. Hace mucho frío.

Se le formaron unas arrugas alrededor de los ojos.

—Gracias, Lotte.

Se puso un abrigo gris y me ayudó a ponerme el mío. Me volví a poner las botas e inmediatamente me sentí agradecida por volver a tener los pies protegidos del frío.

—Es un color bonito —comentó mi padre—. Verde como la hierba.

—Verde como las serpientes —dije.

Dejó de sonreír y miró hacia delante. Después de darle una vuelta al coche, nos subimos y hablamos de detalles técnicos unos cinco minutos. Luego volvió a hacerse el silencio.

—Tengo que irme —apremié.

—Ronald no habrá vuelto todavía.

—Tengo que echar gasolina.

—Vale —me dijo mirándome, pero yo miré hacia otro lado.

Tiré del cinturón de seguridad y lo enganché entre los dos.

—La carpeta —se acordó mi padre—. Te la traigo.

Esperé en el coche mientras entraba a por ella. Me empezaron a temblar las manos y las puse sobre el volante. Cuando lo vi llegar, bajé la ventanilla y me dio la carpeta.

—Gracias, papá. —Fue lo único que le dije y él se despidió con la mano.

Cerré la ventanilla y metí la marcha atrás dirigiendo la mirada hacia el final del camino de entrada, lejos de él y de su casa. Me incorporé a la carretera y lo saludé con la mano. Me di cuenta de que me estaba diciendo algo, pero no lo oía, así que bajé la ventanilla otra vez.

—¿Qué? —grité.

—Vuelve otro día y me cuentas.

Asentí y le dije adiós con la mano.

Justo antes de que la ventanilla se cerrara por completo, añadió:

—Me alegro de que hayas venido.

Me ardieron los ojos al instante y se me hizo un nudo tan grande en la garganta que apenas podía respirar. No habría podido contestarle aunque hubiera querido. Se le veía tan mayor. Levanté la mano otra vez y metí la marcha.

CAPÍTULO 5

Aparqué delante de la comisaría de Alkmaar, de aquel edificio con forma de crucero blanco que parecía que estaba a punto de zarpar hacia un viaje transoceánico, y casi me sorprendió que siguiera anclado al canal. A la izquierda, un tren de dos pisos estaba cruzando el puente en su camino hacia el norte desde Ámsterdam, la ruta que seguían todos los días miles de personas que iban a trabajar al sur o a estudiar a la universidad. En primavera, los turistas pasaban por el otro lado para admirar los campos de tulipanes y jacintos que tan bien arraigaban en el terreno arenoso, y en verano llegaban a manadas provistos de cubos y palas para recorrer el corto camino que llevaba de Alkmaar a la playa dispuestos a cocerse al sol. Pero en invierno no venía mucha gente al norte. Por más que fuera la ciudad más grande del norte de Ámsterdam y la capital de la región agrícola del norte de Frisia, apenas había ningún motivo para visitar la zona en enero.

Dentro de la comisaría había varios grupos de personas que conversaban e iban de un lado a otro, probablemente entrando y saliendo de la cafetería. La gente me miraba y susurraba. Debían de haber leído algo sobre mí, seguramente el artículo en el que explicaba cómo había resuelto el caso Leeuwenhoek. Aquellas palabras se me habían grabado en la mente. Era capaz de repetir las sin vacilar, sin evitar el contacto visual y sin tocarme la nariz como corresponde al lenguaje de los que mienten. Cuando se repiten las mismas mentiras una y otra vez, al final terminan formando una verdad alternativa.

Me acerqué a la recepción.

—Soy Lotte Meerman, he venido a ver a Ronald de Boer.

—Muy bien.

La recepcionista marcó el número sin mirar a la pantalla.

—Hola, Ronald, soy yo —dijo.

Tenía la piel tan clara y el pelo tan rubio que parecía una lechera que no se hubiera alimentado más que de queso y leche en toda la vida. Apartó de mí los ojos azules y ladeó la cabeza de forma que el pelo le cubrió el auricular. Sonrió para sus adentros.

—Lotte Meerman está aquí. ¿Puede subir? —sonrió abiertamente—. De acuerdo, te veo dentro de unos minutos, entonces —dijo con una expresión de deleite que la hizo parecer más joven de los treinta que me imaginaba que podría tener.

Bajaría él a por mí. Eso estaba bien, porque yo nunca había estado allí. Era un gesto amable, no un intento de vigilarme. La recepcionista colgó y me miró.

—Llegará enseguida. —Se estiró la parte delantera de la camiseta y se la remeti6 un poco más por la falda. Una cruz de plata relució en el cuello de pico de la camiseta—. Lotte Meerman, ese nombre me resulta familiar. —Me miró—. ¿Es usted la inspectora que resolvió el caso Leeuwenhoek?

—Sí —dije.

En los Países Bajos todo el mundo estaba obsesionado con Wendy Leeuwenhoek. En todas las oficinas se había hablado de ella delante de la máquina del agua. Todavía era imposible hojear un periódico sin encontrarse una foto de ella o mía. La gente llamaba a los programas para pedir que se volviera a aplicar la pena de muerte y muchos seguían preguntándose qué podríamos haber hecho, como nación, para evitar el asesinato. Solo hacía dos semanas que descubrí el cuerpo, pero desafortunadamente para los periodistas, al contrario que el resto del país, yo no estaba dispuesta a seguir hablando de los detalles del caso una y otra vez. Parecía que era la única que no quería hablar de ella en cada una de las conversaciones que pudiera mantener. De hecho, prefería no hablar de ella en absoluto.

—Ha hecho un trabajo estupendo. Me encantaría hacer el trabajo que hace usted —dijo.

«No, no le gustaría —pensé—. Deberías alegrarte por poder estar ahí sentada, detrás del mostrador, protegida de todo tipo de sufrimiento mental». En voz alta dije:

—Usted ha debido de ver todo tipo de cosas aquí.

Sonrió.

—Al principio quería unirme a la policía, pero luego vi el tipo de personas con las que tendría que tratar y la verdad es que prefiero verlas desde este lado.

—Buena decisión. Estoy segura de que está haciendo un gran trabajo.

Mucha gente seguía pasando detrás de mí pero no me volví hasta que la chica con cara de lechera me hizo entender que Ronald de Boer había llegado: se le iluminó la mirada y se remeti6 el pelo por detrás de la oreja.

Ronald era mayor de lo que me esperaba por el comportamiento de la recepcionista. El pelo oscuro se le estaba encaneciendo y ya lo tenía blanco por detrás de la sien. Iba perfectamente peinado y engominado hacia atrás, sin un solo pelo fuera de su sitio. Llevaba una chaqueta del color de las nubes tormentosas, una camisa blanca y una corbata azul eléctrico. Los zapatos negros le relucían con un brillo militar.

—Hola, Ronald, soy Lotte.

Llevaba la chaqueta desabrochada y tenía la mano izquierda metida en el bolsillo de los pantalones. No la sacó cuando me dio la otra. Aquel era el hombre que tenía toda la información que a mí me habría gustado tener. Había trabajado con mi padre y sabía qué clase de persona era. Sabía todo lo que yo habría tenido derecho a saber. Él era el hombre con el que mi padre había pasado todo su tiempo en lugar de pasarlo conmigo.

—Encantado de conocerte.

Me sonrió. Pero ¿hasta qué punto era sincero? ¿Le había llegado la sonrisa a los ojos, a aquellos ojos de un gris un poco más claro que la chaqueta?

—Lo mismo digo.

—Piet estaba muy contento por tu visita.

«Ah, ¿sí? ¿Y cuándo te lo ha dicho? Me dijo que no estabas cuando te llamó, así que una de dos, o me mintió cuando me lo dijo o te ha vuelto a llamar cuando yo estaba de camino. ¿Eres mi enemigo, Ronald, el amigo de mi padre?». Estreché la carpeta rosa entre los brazos pegándomela al cuerpo.

Ronald le guiñó a la lechera antes de echar a andar a buen paso, por lo que por un momento me quedé atrás. Lo alcancé a grandes zancadas, al tiempo que mis botas chirriaban contra el suelo de mármol.

—Así que vas a volver a abrir el caso Petersen —dijo sin mirar atrás.

—Todavía no lo sé. Estamos buscando algo relacionado con Van Ravensberger.

—Pues no está relacionado con ese.

Empujó la puerta de cristal y entró sin sujetármela, así que tuve que dar varios pasos rápidos para entrar antes de que se cerrara.

—Cuando nuestro inspector jefe investigó el caso no sabía que tuvierais un testigo —dije sin aliento—. No le llegaron los informes de Alkmaar.

—No sé lo que pudo pasar.

Ronald se sacó un paquete de chicles del bolsillo de los pantalones, abrió el papel de plata y se lo metió en la boca. No me ofreció ninguno. Me picaban los dedos con los que estaba sujetando la carpeta rosa. Estaba deseando comprobar si él era la persona a la que el inspector jefe le había solicitado la información que no recibió, pero tendría que esperar hasta que volviera al coche.

—Ya, yo tampoco —dije—. ¿Pudo ser un error del servicio de correos?

—Vinieron dos personas a recogerlos.

—¿Sabes cómo se llamaban?

—No, pero eran de Ámsterdam. Tu padre debe saberlo.

—Se lo preguntaré.

Cogimos el coche de Ronald para ir a ver la escena del crimen, la casa de Otto Petersen, y cruzamos Alkmaar en un silencio que solo rompían el sonido de Ronald al masticar el chicle y el ruido del motor. Así tuve ocasión de charlar con él y preguntarle sobre Karin Petersen y Anton Lantinga, aunque esas no fueran las preguntas que le quería hacer. Me senté lo más hacia la derecha que pude, tan cerca de la puerta como me fue posible sin llegar a caerme al suelo. Estaba nerviosa y no dejaba de pasarme las manos por el pelo y cruzar los pies a la altura de los tobillos.

Ronald dobló a la derecha por encima de un badén y embocó una calle tranquila

que no era lo suficientemente ancha como para que pasaran dos coches sin que uno de ellos tuviera que invadir las plazas de aparcamiento.

—Hemos llegado —dijo mientras frenaba—. Esta es la casa, el número 21.

Abrí la puerta y respiré profundamente el aire helado. Las nubes eran entre amarillentas y grises, del color de las palomas sucias, y estaban tan bajas que me dio la impresión de que podría tocarlas si alargaba la mano. Era como si las sostuvieran en el aire las ramas más altas de los árboles. El cielo estaba tan cerca que me sentía sin oxígeno para respirar.

La zona no era como me la imaginaba, por más que hubiera visto las fotografías. Estábamos en un barrio común. No era la casa de un hombre rico, sino de alguien común y corriente. Unos arbustos nos protegían del viento. Sus dos colores, un blanco immaculado por encima y el verde brillante de debajo, aislaban la entrada principal del resto del mundo. Avancé unos pasos por el camino flanqueado de vegetación hasta que por fin vi la puerta. Apenas se reconocía el sitio después de haber visto las fotografías. Lo habían vuelto a pintar todo y, evidentemente, ya hacía mucho tiempo que habían desaparecido las líneas blancas que rodeaban al cadáver. Una puerta nueva, verde con cristales de colores, protegían a los habitantes de la casa. El camino de entrada estaba sin barrer y todavía tenía una capa de nieve. Las líneas negras paralelas eran las huellas de un niño que disfrutaba del invierno con un trineo junto a sus padres. En el jardín trasero habría un muñeco de nieve. Era ese tipo de casa, ese tipo de zona.

—Es un sitio agradable, ¿verdad? —dijo Ronald y sus palabras flotaron a mi lado envueltas en una nube de vaho.

Era el tipo de casa con la que soñaba de pequeña, cuando mi madre y yo vivíamos en nuestro piso de dos habitaciones en Ámsterdam. No era tan grande como la de mi padre, pero transmitía paz y seguridad. No había pasado ni un coche desde que llegamos. Lo único que oía era mi respiración y las voces de unos niños a lo lejos. Era esa clase de sitio en el que dejarías jugar a los niños en la calle.

—¿Ha cambiado mucho el jardín? —pregunté.

—Los arbustos eran un poco más pequeños, pero seguían siendo demasiado altos para mirar por encima. Cualquiera habría podido estar delante de la puerta

principal sin que lo vieran los vecinos.

—¿Había alguna señal de que hubieran intentando entrar?

—No, nada en absoluto. Todo parecía en orden. Aparte del cadáver, claro.

—¿Y los vecinos llamaron a la policía?

—Al principio creyeron que había explotado un coche, pero no estaban seguros y salieron a ver qué había pasado.

Alguien movió los visillos cuando los actuales ocupantes de la casa notaron nuestra presencia.

—Podemos entrar si quieres, pero ya no queda nada de como era antes —dijo Ronald.

Negué con la cabeza y seguí el camino lateral. Llevaba a una plaza pequeña en la que había varios garajes con senderos que se dirigían hacia los jardines de atrás, que estaban todos vallados y con entradas separadas. Sería igual de fácil entrar sin ser visto por la puerta principal que por la parte de atrás, o sea que habría sido igual de fácil esconderse en cualquiera de esos sitios y esperar a que Otto Petersen llegara a casa. Me apunté unos cuantos datos, le dije a Ronald que había terminado y volvimos al coche.

—¿Qué hacemos ahora? —me preguntó—. Si tienes tiempo, podríamos ir a casa de Wouter Vos para ver si está. Es el que vio a Anton. Así podría contarte lo que vio.

Todavía era temprano.

—Buena idea —dije.

Ya que estaba allí, lo mejor sería conseguir toda la información que pudiera de Alkmaar. Me abroché el cinturón de seguridad.

—Antes de ver al testigo —continué— me gustaría saber qué pasó con aquellos informes. Los solicitamos varias veces, pero no nos llegó ninguna respuesta.

Ronald hizo como si no hubiera dicho nada. Arrancó y condujo en silencio,

como había hecho antes. Cruzó el centro de Alkmaar de camino al piso de Wouter Vos, que estaba en un barrio en el que los bloques modernos se alzaban al lado de casas mata del siglo XVIII. El bloque en el que vivía Wouter Vos era de ladrillos amarillos, del color de los quesos que se vendían en el mercado de los viernes en verano, del que mi padre se sentía tan orgulloso. Era el mercado que Alkmaar recibió en el siglo XVII en agradecimiento por haber sido el primer pueblo en salir en defensa de Guillermo III de Inglaterra contra los españoles. Mi padre solía contármelo durante las visitas de los domingos cuando yo le decía que Alkmaar no tenía nada que no tuviera Ámsterdam, pero nunca habíamos ido a visitar el legendario mercado.

Los balcones estaban pintados de celeste, lo que daba al bloque el aspecto de una bandera sueca descolorida. Era el tipo de pisos que más apreciaban los jubilados que querían vivir cerca de las tiendas, cines y teatros, y los solteros a los que les gustaban las líneas rectas y la arquitectura moderna.

Cuando abrió la puerta vi que Wouter Vos debía de tener unos cincuenta años, o sea que no había llegado todavía a la edad de la jubilación. Los primeros centímetros del pelo entre gris y rubio, peinado con la raya en medio, estaban tan engominado que se notaban las marcas que le habían dejado los dedos al peinarse y se había afeitado la barba incipiente de forma que diera la impresión de que tenía el mentón cuadrado donde los carrillos se unían al cuello.

—¿Qué te trae por aquí? —saludó a Ronald al tiempo que le daba un apretón de manos.

—Esta es Lotte Meerman, una compañera de la policía de Ámsterdam.

—Hola, encantado de conocerte —dijo y me dio la mano estrechando la mía con firmeza pero sin exagerar. Nos invitó a entrar—. ¿Puedo ofreceros algo? ¿Té? ¿Café?

Mientras lo seguía por el pasillo pude apreciar que por detrás se le veía el cuero cabelludo entre el pelo.

Unos focos sujetos por cables de metal iluminaban los cuadros de las paredes. Yo no sabía mucho de arte moderno, pero aquellas pinturas no parecían copias, debían de ser originales. Una de ellas, pequeña, de unos sesenta centímetros por cuarenta, en la que se veía a un hombre dormido bajo un árbol con todo un mundo que le salía de la cabeza, me llamó la atención y me detuve. Los colores

brillantes de su sueño eran totalmente distintos al blanco y negro de los míos: unos loros rojos volaban por un bosque rebosante de vegetación y el cielo, de un azul profundo, flotaba entre los árboles. Me habría gustado tener aquel cuadro.

—Me estaba preparando para ir a una reunión —le dijo Wouter a Ronald antes de dirigirse a mí—. ¿Te gusta? Es uno de mis favoritos.

—¿Tus sueños son así? —dije antes de poder contenerme.

—Ojalá.

Se puso serio un momento antes de sonreír de nuevo.

—Perdonad, voy a recoger esto —añadió.

Cogió unas revistas del sofá. Parecían técnicas. Cuando terminó, le puso una mano en la espalda a Ronald y dijo:

—Me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo. —Miró el reloj—. De verdad que lo siento, pero voy a tener que irme dentro de media hora —se rio y se estiró una arruga del pantalón—. Por eso voy vestido así.

—¿En qué trabajas? —le pregunté mientras me alejaba de los cuadros de la pared y me sentaba en el sofá.

Wouter se sentó en un sillón de piel que había enfrente.

—Soy informático y hago todo tipo de cosas, como instalación de redes en casas o equipos más complejos en pequeñas empresas, y también trabajo para una sociedad de diseño. —Se quitó las gafas de montura dorada y les limpió los cristales con un pañuelo—. Halstra, ¿los conoces?

—He oído hablar de ellos.

Ronald se sentó a mi lado y yo me corrí un poco más hacia la esquina.

—Ellos se encargan del diseño de interiores y la decoración, y yo me ocupo del wifi y esas cosas. También construyo ordenadores desde cero, por encargo, para apasionados perezosos. —Señaló a la esquina del salón, cerca del gran escritorio moderno, donde había un ordenador desmontado—. Ellos eligen cada uno de los

componentes pero no quieren molestarse en montarlos.

Estaba todo lo que la gente común prefiere tener escondido dentro de la torre: los intestinos de plástico amarillo y verde, finos y brillantes, como gusanos de lluvia que salen del suelo mojado, peligrosamente enchufados a piezas electrónicas.

—Lotte es del CID de Ámsterdam —dijo Ronald—, así que supongo que ya te puedes imaginar por qué estamos aquí. Estamos revisando otra vez el caso del asesinato de Otto Petersen.

Miré atentamente a Wouter, que primero miró a Ronald y luego a mí.

—Cuéntale a Lotte lo que viste aquella tarde —le dijo Ronald.

—De acuerdo.

Wouter dejó caer los brazos en las piernas con las manos entre las rodillas y dijo:

—Vi el coche de Anton Lantinga en la calle, delante de la casa de Petersen, alrededor de las cinco de la tarde, pero no me llamó la atención porque solía ir a menudo, ya sabes.

Sacó un paquete de tabaco.

—¿Os importa que fume?

Negué con la cabeza. No podía decirle que no fumara en su propia casa. Se acercó un cigarro a la boca.

—O sea, que sí, Anton estaba allí. —Wouter nos ofreció el paquete, pero los dos le dijimos que no y él se encendió su cigarrillo—. Era un coche que llamaba la atención, un Porsche dorado metalizado. —Dio una calada y soltó un anillo de humo hacia arriba mientras sujetaba el cigarro entre los dedos.

—¿Viste a Lantinga? —le pregunté.

—Bueno, vi su coche. Lo conducía alguien, pero no vi quién era.

Asentí. Me acordé del coche azul de la gasolinera y la dificultad para ver al conductor.

—Pero cuando vi en las noticias que le habían disparado a Petersen llamé inmediatamente a Ronald y Piet... Piet Huizen, y les conté lo que había visto.

—¿Y estás seguro de que era su coche?

—Bueno, yo no, pero Piet lo reconoció en cuanto se lo describí. —Miró a Ronald sonriendo y dio otra calada—. Me alegro de que hayáis reabierto el caso. No entiendo por qué no arrestaron a Lantinga. ¿Tú qué opinas? —dijo volviéndose hacia mí.

Me encogí de hombros. En aquel momento no sabía qué pensar.

Ronald se puso las manos sobre las rodillas y se levantó.

—Gracias, Wouter —dijo—. No queremos entretenerte más por hoy.

Wouter se levantó también.

—Siempre es un placer verte, Ronald. ¿Lo del miércoles sigue en pie?

—Sí, nos vemos el miércoles.

Ronald le puso la mano en el brazo y se lo apretó. Luego me miró.

—Vámonos.

Mientras bajábamos las escaleras, dijo:

—¿Quieres hablar? Pues hablemos.

Sonó como una amenaza.

CAPÍTULO 6

Una vez en el coche, Ronald me miró un momento antes de concentrarse en el tráfico.

—Querías saber por qué no le contesté a la policía de Ámsterdam —dijo, y no era una pregunta.

—Mi padre...

—Tu padre me dijo que no os llevabais bien.

Sin apartar la mirada de la carretera se sacó otro chicle del bolsillo de la chaqueta y se lo metió en la boca. Hacía mucho ruido al masticar.

Recorrió el Singel, el canal que en su día fue el foso que rodeaba el centro de Alkmaar. Ni siquiera eran las cuatro, pero el último rayo de luz ya se había apagado en el cielo. Las enormes palas del molino de la esquina eran como fantasmas, con sus alas blancas apenas visibles al batir el aire. No estaba segura de si el molino seguía funcionando, moliendo algo o bombeando agua, o si solo estaba allí para aparentar. Ese era el tipo de cosas que solía preguntarle a mi padre cuando iba a verlo algún fin de semana. Por lo que yo recuerdo, él nunca sabía las respuestas, así que seguíamos paseando en un incómodo silencio por las murallas. Él nunca había sabido de qué hablar con una niña.

Pasaron ocho años desde el divorcio de mis padres en los que no volví a verlo, ni a oír hablar de él, ni recibí ninguna felicitación de cumpleaños ni me llamó. Durante aquellos ocho años me quedó claro que no me quería ni quería tener nada que ver conmigo. Cuando decidieron que tenía que volver a verlo, yo ya tenía trece años y ningunas ganas de tener que ir a visitarlo. Las visitas no duraron mucho, solo seis meses, porque de todas formas a mi madre no le había gustado la idea desde el principio y yo había terminado hecha un lío y tan enfadada que al final me peleaba con ella por que me obligara a ir a ver a mi padre después de tanto tiempo sin saber nada de él.

—No es que no nos lleváramos bien —le dije a Ronald. El semáforo se puso en rojo y nos paramos. No pasó ningún coche por el cruce—. Creo que ya lo conoces.

Ante el silencio de Ronald, dije:

—¿Y Wouter Vos?

Ronald aparcó en una zona de estacionamiento, echó el freno de mano y apagó el motor y las luces. Nos tragó la oscuridad. Se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Está bien, vamos a hablar.

Yo también me quité el cinturón y alargué la mano hacia la manilla de la puerta, pero él dijo:

—Quédate en el coche. No quiero que nadie nos oiga.

Me volví hacia él. Estaba mirando hacia delante. No encendió la luz interior y la oscuridad daba una sensación de aislamiento y anonimato. Dejó las manos en el volante y vi que se estaba mordiendo el labio. Me quedé callada para darle tiempo a pensar.

Al cabo de un momento me miró con sus ojos grises como si me estuviera analizando.

—Te pareces mucho a él, ¿sabes? —dijo—. Esto me recuerda a cuando trabajaba con él. El estar hablando aquí, sentados así en el coche.

Miré por la ventana. Había empezado a nevar otra vez. Unos copos enormes flotaban por todas partes. Caían sobre el parabrisas y se deslizaban hacia abajo. Las farolas iluminaban las ramas de los álamos que se agitaban con el viento. Con cada movimiento pendular llovían perlas de nieve al suelo. El camino de vuelta a casa sería una pesadilla. Con el motor apagado, ya empezaba a hacer frío en el coche y me eché el abrigo por encima.

—El último día... —estaba diciendo Ronald—. No creo que quisiera hacerlo, es solo que... —suspiró y se pasó las manos por el pelo—. Era un jueves, y el jefe llamó a tu padre a su despacho. Le dijo que lo apartaba del caso Petersen porque solo le quedaban dos semanas para la jubilación. Piet lo habría entendido si me lo hubiera dado a mí, estoy seguro, porque habíamos trabajado juntos, pero el jefe le pasó el caso a Ámsterdam. Lo más seguro es que lo decidiera tomándose una copa con su colega de Ámsterdam en el club de golf. —Soltó una carcajada,

se aflojó la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa—. En cualquier caso —dijo bajando la voz—, cuando Piet volvió a su mesa estaba lívido. Le temblaban las manos de la rabia. Se puso a recoger la mesa, a apilar todos los papeles, todos los expedientes e informes, y los fue metiendo en unas cajas amarillas, ya sabes cuáles son. «Tengo una hora», me dijo con voz ronca. Cuando terminamos de empaquetarlo todo quiso bajarlo él solo. Me ofrecí a ayudarlo, pero no quiso. «Es mejor que te quedes aquí», me dijo. Creo que quería mantenerme al margen, ya sabes, que no me involucrara.

Ronald empezó a dar golpecitos por la parte de atrás de mi asiento. El ritmo de los golpes que notaba en la espalda me resonaron hasta el estómago.

—Fue la última vez que vi esos informes. No sé lo que hizo con ellos. Estoy seguro de que lo único que quería era retrasar un poco a los de Ámsterdam, hacer esperar a los chicos de la gran ciudad, pero aquella noche tuvo el infarto.

Me quedé sin respiración y me llevé la mano a la boca.

Ronald dejó de tamborilear en el asiento.

—¿No lo sabías?

Me habría gustado decirle que sí, por supuesto, que fui a verlo todos los días al hospital, pero Ronald se habría dado cuenta de que era mentira al ver las lágrimas que se me estaban formando en los ojos. Negué con la cabeza.

—No me... —Se me quebró la voz y tosí antes de continuar—. No me lo dijo nadie. Hacía tiempo que no lo veía.

Me enjuagué las lágrimas. No sabía por qué me estaba afectando tanto.

—Lo siento, no lo sabía.

Levantó el brazo de detrás de mi asiento y alargó la mano, aunque no llegó a tocarme, porque se arrepintió en el último momento y volvió a ponerla en el volante. Tosió antes de continuar.

—Parecía tan vulnerable, tan débil. Tenía aquellos dos círculos afeitados en el pelo del pecho, donde le habían puesto los electrodos —dijo haciendo un gesto con el índice y el pulgar para indicar el tamaño. Estaba respirando más rápido y

el ruido resonó en el coche—. Y luego empezaron a llegar aquellas cartas — continuó levantando la voz—, del inspector de Ámsterdam. Entonces fue cuando entendí lo que había hecho. Hasta entonces, ya sabes, seguí pensando que habría bajado las cajas y las habría dejado en recepción o que habría estado esperando a que alguien de Ámsterdam viniera a por ellas. Pero cuando empezaron a llegar las Solicitudes de Información —dijo parándose en las letras mayúsculas— supe que algo no iba bien. Pero ¿qué podía hacer yo? —suspiró profundamente—. Me limité a ignorarlas, hasta que dejaron de llegar.

Cogió la llave, arrancó y las luces se encendieron. Mientras metía la marcha atrás, añadió:

—O sea que Lantinga sigue libre. ¿Y qué? Le disparó a un criminal. Le sigo la pista desde entonces y no ha vuelto a hacer nada más. No me parece un precio demasiado alto que pagar.

Todo mi mundo se reducía al interior de mi coche y el triángulo luminoso que se extendía ante mí. Eran las cinco, poco antes de la hora de los atascos, nevaba con fuerza y estaba siguiendo a un quitanieves hacia el sur. Los limpiaparabrisas estaban formando montones de nieve en las esquinas de la luna delantera. De pronto me di cuenta de que estaba extasiada mirando aquel movimiento hipnótico. Tenía que concentrarme más en los cincuenta metros que se extendían ante mí, en las luces traseras del camión que tenía delante. En el retrovisor se veía una fila de coches siguiéndome. Llevaba una media hora conduciendo y tenía los ojos cansados de mirar a través de la espesa capa de nieve.

Estaba indecisa entre dos direcciones, como los limpiaparabrisas. Sabía que no podía decirle a nadie que Piet Huizen era mi padre si no quería que me apartaran del caso. Me lo quitarían de inmediato, por razones obvias. Eso ya lo sabía por la mañana, cuando me metí en el coche y recorrí la A-9 en dirección contraria, pero todo había cambiado. ¿Debía protegerlo igual que había hecho Ronald o debía contarle al inspector jefe que el policía de Alkmaar tenía un testigo y que teníamos que reabrir el caso? Apreté el volante entre las manos. Contarlo o no contarle, esa era la cuestión. ¿Podía mencionar lo del testigo pero dejando fuera a mi padre? ¿Hablar y protegerlo al mismo tiempo? Pero si eso fuera posible, ¿no lo habría hecho Ronald de Boer?

La fila llegó al túnel de Noordzeekanaal y me recosté aliviada por el breve descanso que me ofrecía aquel interludio de la nieve. Un coche me adelantó

aprovechando la luminosidad para acelerar, pero yo me quedé detrás del quitanieves e incluso desaceleré un poco, esperando que algún coche se metiera entre nosotros y me protegiera de las salpicaduras de nieve del camión. Pero aparte de aquel coche, todos los demás guardaron su sitio en la cadena que habíamos formado varios kilómetros antes.

Me salí de la autopista al tomar la circunvalación de Ámsterdam. Cuando por fin aparqué en el canal, la capa de nieve recién caída era de unos veinte centímetros de profundidad. Fue un milagro que encontrara un sitio delante de la casa, un rectángulo oscuro que había dejado el coche que acababa de salir. Aparqué despacio y con cuidado.

Tiré de mi cuerpo por las escaleras prácticamente verticales. Al llegar a casa no me paré a quitarme el abrigo y las botas antes de marcar el número de mi padre, pero me contestó la secretaría telefónica.

Mi madre estaba segura de que había entrado en la policía para ser como mi padre, pero hasta aquel momento nunca había tenido ninguna relación con él. Sin embargo, el saber lo que había hecho creaba una especie de vínculo inesperado.

Por un momento creí que podría entender mis problemas, pero enseguida lo descarté. Me fui al cuarto de baño y me obligué a mirarme en el espejo. Yo era mucho peor que él. Él solo había ocultado unos informes. Yo me había acostado con un asesino. Eché la cabeza hacia delante, rápido y con fuerza. Al ruido del espejo que se resquebrajaba siguió la reconfortante sensación del dolor en la piel.

Levanté las manos delante de mí y separé los dedos para no notar mi propia piel. Un chorro de sangre me cayó por la frente y se acumuló en la punta del ojo izquierdo. La repulsión me atravesó todos los poros del cuerpo.

La primera semana después de encontrar el cuerpo de Wendy Leeuwenhoek creía que todos iban a darse cuenta de que estaba mintiendo y me sentía morir cada vez que alguien me creía. Me entraban ganas de gritar la verdad cuando asentían tan seriamente ante mis enormes falsedades. Cuando el impulso de confesarlo todo a gritos pasó, lo que me quedó fue el miedo a que me descubrieran y un creciente desprecio hacia mí misma. Iba a trabajar todos los días como si estuviera haciendo algo bueno, mientras que en mi casa, en la oscuridad, a solas, solo podía pensar en mis pecados.

Me empezaron a temblar las manos. Mi padre había debido de sentirse así durante más de una década. Había retrasado la entrega de aquellas cajas como protesta ante su jefe, que ya no lo consideraba competente porque era viejo. Había sido una tontería, un delito menor que se complicó cuando tuvo el infarto. Lo que hizo mi padre como protesta me hizo sonreír. Dejaron de temblarme las manos. Me prometí que protegería a mi padre. Me llevé las manos a la cara y noté la humedad de las lágrimas en las mejillas. Abrí el grifo, dejé caer el agua helada y me limpié la sangre de la frente y los ojos.

CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente entré en la oficina dispuesta a saludar a Hans, pero se me atragantaron las palabras. Mi mesa estaba vacía, desnuda y expuesta como jamás lo había estado antes. El nudo de la madera volvía a verse después de mucho tiempo. Las vetas se juntaban y separaban como si las atrajeran y repelieran a intervalos irregulares unos imanes colocados a cada lado de la mesa. Todos mis papeles y carpetas habían desaparecido. Donde el día anterior estaban mis informes sobre el caso Wendy Leeuwenhoek y las fotos que marcaban mi territorio en la oficina, ya no quedaba más que un espacio vacío que parecía dispuesto a acoger a un nuevo compañero. ¿Habían podido descubrir lo de mi padre tan rápido? ¿O por fin habían descubierto la verdad sobre Wendy?

Seguí las vetas de la madera con el dedo y me pregunté si no estaría tocando mi mesa por última vez. Me apreté la carpeta rosa contra el pecho con la otra mano, temiendo que si la soltaba, la mesa pudiera tragársela como parecía haber hecho con todo lo demás. A la sombra de la pantalla del ordenador, el lapicero con siete bolígrafos azules y un lápiz se alzaba solitario en el escritorio como un espantapájaros en mitad del campo. Mi teléfono estaba en el suelo. Lo recogí y lo puse en su sitio.

—¿Qué ha pasado con mis cosas? —pregunté en voz alta sin dirigirme a nadie en particular. Intenté parecer tranquila.

—Ah, se las ha llevado el jefe —dijo Hans sin apartar los ojos de su pantalla.

—¿Moerdijk? —Tuve que esforzarme para no perder el control de la voz.

Hans asintió sin decir nada.

Me acerqué a su silla y miré la pantalla por encima de él. Ni siquiera intentó disimular que estaba metido en Facebook.

—¿Todo?

Se dio la vuelta.

—Ya lo ves —dijo y señaló al vacío con la mano enorme como si estuviera sembrando semillas en un terreno yermo.

—¿Y le has dejado? —Me temblaron las manos—. ¿Has dejado que se lleve todas mis carpetas? ¿Por qué? ¿Me han despedido?

—¿Despedido? ¿Por qué te iba a despedir? —Volvió a concentrarse en la pantalla—. Aunque estaba muy enfadado contigo. Farfulló algo sobre una reunión con el fiscal. Pero tú no estabas. Y por cierto, ¿dónde estabas?

Al alivio por que no me hubiesen despedido, por que el inspector jefe no hubiera descubierto el motivo por el que había ido a Alkmaar, se sumó una rabia repentina.

—¿Y se lo ha llevado todo a la fiscalía? No tenía que dárselo todo, solo el informe —protesté—. ¿Me ha dejado algo?

Levanté el periódico del día anterior para ver si había algo debajo. No me molesté en ponerlo en su sitio. Lo dejé caer en el suelo, descartándolo como si fuera un par de medias con una carrera. Tenía que haber dejado algunas fotos, por lo menos algún papel.

Hans me observó mientras abría los cajones a su izquierda y a su derecha. Me arrodillé y miré por encima de sus piernas y los zapatos negros de piel con la suela desgastada para ver qué había en la papelera. Alargó la mano para tocarme el hombro, pero yo me aparté enseguida. Empecé a dar vueltas por toda la habitación, aunque en algún rincón de mi mente febril aún había alguna neurona que sabía que era inútil. En una esquina, las cajas en las que guardaba la información relativa al caso Petersen me recordaron que tendría que haber estado allí en lugar de ir a Alkmaar. Ahogué la frustración revolviendo entre los papeles. Fotos, informes y copias de solicitudes volaron por los aires creando una tormenta de nieve dentro de nuestras cuatro paredes.

—Lotte —dijo Hans—, se lo ha llevado todo. Puedes dejar de rebuscar. Habla con el jefe. Fue muy meticuloso, no ha dejado nada.

—¿Cómo ha podido llevárselo sin consultarme?

Para entonces ya me estaba entrando el pánico. Apenas podía respirar. Me estaba quedando sin oxígeno. Intenté calmarme, concentrarme en la obra de arte moderno que adornaba la pared, una naturaleza muerta de intestinos azules y rojos que me recordaban al ordenador que estaba construyendo Wouter Vos en su casa, pero no logré tranquilizarme.

Volví a mi mesa. La cabeza me iba a explotar. Se había llevado mis fotografías. ¡Aquellas fotos eran mías! Tendría que haberlas guardado en mi casa. Si no hubiera ido a Alkmaar habría podido darles los informes y quedarme las fotos. La carpeta rosa descansaba sobre la mesa como una condena. En aquel momento, alguien estaría viendo aquellas fotografías. Alguien estaría tocando la foto que yo había acariciado día tras día, la de Wendy Leeuwenhoek tal y como la conocía todo el mundo, la foto que sus padres, Paul y Monique, nos habían dado a la prensa y a nosotros quince años antes, cuando Wendy desapareció, la que ellos creían que representaba mejor a su hija. Se la hicieron cuando tenía seis años, cinco meses antes de desaparecer. En la foto, Wendy salía con dos coletas que le caían a ambos lados de la cara como dos tirabuzones rubios, llevaba unas zapatillas de deporte blancas y una camiseta rosa decorada con manchas de barro, y tenía una regadera pequeña de plástico, blanca con margaritas amarillas, que sujetaba por el mango con las dos manos para aguantar el peso. Estaba en el huerto del jardín trasero de la casa de sus padres, sonriéndole abiertamente al que le estuviera haciendo la foto. Le faltaba una de las paletas.

Me sabía todos aquellos detalles de memoria; no necesitaba ver la foto. También sabía que nunca llegaría a crecerle ese diente. Ahora ya tendría que tener veintiún años y tal vez estaría yendo a la universidad, y sin embargo nunca llegaría a cambiar, se quedaría para siempre como en la fotografía que había entrado a formar parte del recuerdo de todo el país.

—Esto no se puede quedar así. No me han dado la oportunidad de... —empecé a decir mientras me llevaba una mano a la frente intentando aplacar el dolor que estaba a punto de reventarme la cabeza.

Hans se levantó.

—Tranquilízate, Lotte —dijo con una voz tan suave como el papel de lija.

El corazón me daba punzadas en el pecho.

—¡Que te jodan! ¡Has dejado que se la lleve! —Las palabras me ardían en la garganta.

Dos compañeros se pararon y nos miraron desde el pasillo.

—¡Que os jodan a todos! —grité.

Hans me puso la mano en el brazo y yo lo aparté de un tirón.

—¡Me lo tendría que haber dicho! ¿Por qué no me llamó?

Me iba a explotar la cabeza. Se me quedó la lengua pegada al paladar.

—Hijo de puta —susurré.

Todo empezó a darme vueltas. Se hizo la oscuridad. Me agarré al respaldo de la silla y parpadeé. La oficina recobró su color gris rojizo.

—Lotte.

Hans volvió a cogerme del brazo, con más fuerza esta vez. Me dolió. Intenté respirar más despacio. Inspiré: un, dos, tres. Expiré: un, dos, tres.

—Lo siento —dije—. Lo siento, Hans.

Le quité la mano del brazo y salí disparada para el único lugar que podía darme privacidad: el lavabo.

Cuando volví, Hans se había ido, pero me había dejado una nota amarilla pegada al teléfono con un mensaje escrito con su letra aplastada: «El jefe quiere hablar contigo».

Cogí el teléfono, pero no llamé al jefe. Marqué el número de una psicóloga. No podía seguir negando que necesitaba ayuda. Me dieron cita para la mañana siguiente. Tendría que aguantar un día más.

CAPÍTULO 8

Me fui arrastrando los pies lentamente por el pasillo hacia el despacho del inspector jefe Moerdijk. La puerta estaba cerrada. Llamé, sujetando el vaso de plástico lleno de agua sobre una libreta nueva.

—¿Lotte? Sí, pasa. —La cara del inspector jefe era el retrato de la desaprobación. Como un papel de origami usado, las líneas de la sonrisa seguían visibles, aunque apenas marcadas—. Siéntate.

Me senté delante de la mesa, en el borde de la silla. Resistí la tentación de hundir los hombros y enderecé bien la espalda, aguantando casi todo el peso de mi cuerpo con los músculos en una demostración de control total. Dejé el vaso de agua en mi parte de la mesa, abrí la libreta y esperé a que él comenzara la conversación.

—¿Dónde estuviste ayer? —me preguntó juntando las manos.

Reuní valor al ver los libros bien alineados en la estantería. Los libros mantenían sus secretos escondidos hasta que alguien abría las tapas.

—En Alkmaar.

Las arrugas del ceño se le marcaron aún más.

—Tenías que llevar toda la información a la fiscalía.

Miré la libreta en busca de inspiración, pero no la encontré. Los círculos de la espiral eran casi paralelos menos el tercero, que se hundía e invadía el espacio del cuarto anillo. Lo enderecé con el lápiz.

—Sí, lo sé, pero el caso Petersen...

—Eso no es una excusa. Tuve que cubrirte.

El ordenador emitió un sonido y la mirada escudriñadora del inspector jefe dejó de concentrarse en mí para dirigirse a la pantalla. Pinchó dos veces y se desplazó por la página con la rueda del ratón.

—¿Y tienes algo interesante, por lo menos?

—Puede que haya averiguado algo útil —admití.

Con la mirada clavada en la pantalla, tecleó algo con dos dedos y le dio al botón de «enviar» con un movimiento distinto. Cuando terminó, me miró.

—¿Como qué? Vamos, Lotte, no me obligues a sacártelo a la fuerza.

Me quedé sentada, totalmente quieta. Sin mover las manos ni los pies, lo miré directamente a los ojos.

—Dame unos días. Necesito comprobar un par de cosas.

Me miró por encima de la montura de las gafas. Fue una mirada larga y profunda, como si aquellos ojos celestes que me miraban desde un poco más abajo del pelo blanco estuvieran intentando atravesar los míos para penetrarme la mente. Se empujó las gafas hacia arriba y añadió:

—Ya te habrás dado cuenta de que ayer le llevé los informes al fiscal. —Abrió un cajón y revolvió entre unos papeles. Con la cabeza inclinada hacia el cajón, continuó—: Le llevé todo lo que tenías sobre Wendy Leeuwenhoek para ir sobre seguro. Los informes y las cintas.

—Sí, mi mesa se ha quedado vacía.

Había otra persona mirando aquellas fotos. Solo de pensarlo me entraron ganas de llorar. Me toqué el ojo con un dedo y enseguida alargué el movimiento hasta el pelo para disimular tocándome la trenza.

—El fiscal lo estudiará todo antes del juicio —prosiguió—. Todavía no se ha fijado la fecha. —Sacó una agenda nueva del cajón y hojeó las páginas finísimas que al pasar me recordaron el ruido que hacen las páginas de una Biblia o un breviario—. Aunque seguramente será para el mes que viene.

Asentí.

—Tienes que testificar —me dijo—. Tu declaración será decisiva. Es una pena que no se haya recogido la última conversación en las cintas. Una confesión grabada sería una prueba irrefutable.

La debilidad que había sentido en la oficina me reptó por las piernas, desde los pies hasta el estómago, y todo lo que contenía, principalmente café, se me subió a la boca. Apreté los dientes, esperé y respiré hondo hasta que se me pasó. Fui a coger el agua y me tembló la mano, aunque no se notó. Levanté el vaso.

De pronto se me vino a la cabeza la imagen de Wendy tal y como la encontré. La tierra que la rodeaba tenía las marcas que yo había ido dejando con los dedos al escarbar. El terreno había cedido fácilmente, como si quisiera devolvérsela. Al principio solo encontré gusanos y cochinillas conforme la tierra se me iba hundiendo bajo las uñas. Luego toqué el suave hueso del cráneo. Dejé de escarbar y llamé al resto del equipo. En aquel momento supe lo que había encontrado. Hasta entonces no había querido aceptar la verdad.

Esperé agachada a su lado, sin tocarla, hasta que por fin llegaron el equipo forense y el fotógrafo de la policía. Habría preferido sacar las manos de la tierra, liberarme de la sensación de su cuerpo, pero esperé, observé y no me moví mientras el fotógrafo hacía las fotografías del esqueleto parcialmente extraído de la tierra. El cráneo, tan delicado, era como un huevo abierto con una cucharilla. Sin embargo, el asesino tuvo que necesitar más fuerza para fracturarle los huesos. Para cuando llegó el forense, ya había conseguido dejar de llorar y pude secarme las lágrimas de la cara.

Me acordé de cómo me había manchado con el fango de las manos, pero logré resistir sin perder la entereza.

—Espero que no estés preocupada por la declaración —dijo el jefe—. Cuestionarán tus métodos.

No sabía cuánto tiempo más podría resistir. La idea de subir al estrado para contestar a las preguntas del juez y los abogados me aterrorizaba.

—No entiendo por qué has ido a Alkmaar —continuó—. Fueron totalmente incompetentes en la primera investigación. Fue un acierto que me pasaran el caso.

—Tenían un testigo —expliqué, aunque inmediatamente deseé no haberlo dicho.

El inspector jefe Moerdijk se quitó las gafas.

—¿Un testigo? ¿Quién? ¿En el caso Leeuwenhoek?

Las dejó sobre la agenda con un gesto brusco. Las páginas se cerraron y ocultaron lo que había debajo como si en aquella primera semana del año todavía no estuvieran acostumbradas a quedarse abiertas.

—No, en Alkmaar. La policía de allí tenía un testigo que vio llegar al sospechoso a la casa de Petersen justo antes del disparo.

El inspector jefe arrastró la silla para atrás y se puso de pie. Se volvió hacia la ventana, dándome la espalda con todas las arrugas de la chaqueta.

—Por un momento había pensado... No importa. —Me miró—. ¿Estás segura?

—Me lo dijeron ellos.

Volvió a darse la vuelta. Había empezado a nevar. La delgada silueta del jefe con su chaqueta gris oscuro destacaba sobre el fondo blanco.

—¿A quién vio el testigo?

—A Anton Lantinga, o por lo menos su coche.

—No sabía nada de ningún testigo. —Se puso las manos en la cintura y se masajeó la espalda moviendo las caderas de derecha a izquierda para estirarse un poco más—. ¿Es de fiar?

—Parece que el inspector de Alkmaar lo conoce bastante bien —dije—. Pero a nivel personal, no por ningún asunto relacionado con la policía.

Volvió a la mesa y se sentó.

—¿Hablaste con él?

—Sí, me acompañó el policía de Alkmaar.

—Es extraño que nos mandaran tan poca información —dijo y se pellizcó la nariz.

—Me dijeron que tenían cajas enteras repletas de informes.

El ordenador volvió a emitir un pitido. El inspector jefe entrecerró los ojos aguzando la vista y se inclinó hacia la pantalla. Puso la mano en la mesa.

—¿Por qué no me lo dijeron a mí?

—No lo sé. —Rebuscó por toda la mesa—. Y eso que les pedí más información. Tres veces, si no recuerdo mal. —Se dio unos golpecitos en la chaqueta y luego buscó en los bolsillos—. Pero no me contestaron.

Señalé.

—Debajo de la agenda.

La levantó y encontró las gafas.

—Anton Lantinga, pues eso sí que es una sorpresa. Hablamos con él, pero no encontramos nada. Estoy seguro de que después de aquello he vuelto a verlo en algún acto de beneficencia. En fin, encontrar a un testigo después de todo este tiempo es un buen motivo para reabrir el caso. —Leyó lo que ponía en la pantalla y empezó a escribir otra vez—. Puedes trabajar con Hans y Stefanie, y a ver qué encontráis.

Siguió moviendo los dedos por el teclado. Aquel era el momento en el que tenía que decirle que el inspector Piet Huizen era mi padre; el momento de decirle que no sería —ni podría ser— imparcial, que había un claro conflicto de intereses y que mi participación en el caso iría contra todas las reglas. En cambio, me limité a dibujar círculos en la libreta.

—A los de Fraudes les encantará el caso. Otro pez gordo —continuó—. Lantinga montó su propia empresa cuando Petersen Capital se fue al garete y le ha ido muy bien. Si puedo ayudar en algo, avísame —prosiguió sin dejar de escribir—. Siempre pensé que habría sido Geert-Jan Goosens, el otro socio de Petersen. No que lo matara él, pero sí que contratara a alguien para hacerlo. Y el dinero nunca apareció... Ya sabes, el dinero que habían puesto los inversores.

—¿Cuánto era?

—Noventa millones de florines, más de cuarenta millones de euros. No hace falta que te lo apuntes, está todo en el informe. Investiga a Lantinga, y también a la viuda de Petersen. Ella tenía una coartada perfecta. Demasiado perfecta para mi gusto.

Asentí y me levanté. La noche anterior había decidido mantener a mi padre al

margen y sin embargo acababa de ponerlo en el punto de mira. ¿Y para qué? ¿Para defenderlo de las quejas del jefe? Me sentí una traidora, porque en el fondo sabía que lo había hecho para distraerlo y que no volviera a mencionar el caso Leeuwenhoek, la confesión que no había grabado, ni saliera el tema de la violencia que usé para conseguirla.

Tenía que proteger a mi padre. Tenía que seguir trabajando en el caso para mantenerlo a salvo. ¿Y si lo descubrían? Mi trabajo era lo único que tenía. Me fallaron las piernas y me agarré al brazo de la silla antes de conseguir enderezarme.

El inspector jefe no se dio cuenta, estaba demasiado ocupado con lo que quiera que estuviese escribiendo.

—Nos vemos el lunes —dijo.

Me fui a la cafetería y me tomé el tercer café de la mañana. Estreché la taza entre las manos y me acordé de las tazas de la casa de mi padre, con la llama en la porcelana blanca. ¿Había sido un gesto de venganza por que me hubiera abandonado de niña? Di un sorbo. El sabor amargo que me quemaba la lengua era lo que estaba buscando; la necesidad de cafeína en la sangre era secundario.

La cafetería tan vacía parecía distinta. Las sillas esperaban la hora de comer y solo había un puñado de policías de uniforme susurrando algo de lo que no podían hablar en la oficina. Se había hecho la calma que precede la aglomeración como en una iglesia el domingo por la mañana antes de que empiece el servicio. La cabeza me dolía como si tuviera el pelo demasiado tirante hacia atrás. Me deshice la trenza y observé a los escasos grupos de personas que había desperdigados por las mesas. Todo estaba demasiado blanco y luminoso. Me dolían los ojos, como si alguien me hubiera clavado un destornillador en el globo ocular. Los cerré esperando que se me pasara. Dejé la taza en la mesa y me puse las manos en la cabeza. El pelo me cayó hacia delante y me tapó la cara.

—¿Cuándo vamos a arrestarlo? —La voz de Stefanie me desgarró la mente como la alarma de un despertador destruye el sueño.

Sacó la silla que tenía enfrente arrastrándola por el suelo.

—No podemos arrestarlo... —contesté mientras escondía las manos debajo de la

mesa para que no viera que me temblaban.

—Pero tenemos un testigo, ¿no? Me lo ha dicho Moerdijk.

Me dejé caer hacia atrás en la silla. El pico del respaldo se me clavó en la espalda.

—Me ha llamado —insistió.

—Tengo que irme —dije y me levanté. Necesitaba estar sola.

—Está bien, voy contigo.

Me acompañó mientras salíamos de la cafetería.

Intenté dejarla atrás. Apenas había espacio suficiente para que caminaran dos personas juntas hacia la entrada. A la derecha, el hueco del patio ejercía una poderosa atracción sobre mí mientras cruzábamos de la parte antigua del edificio a la nueva. Miré hacia abajo por encima de la barandilla de madera y pasé la mano por las suaves barras de acero que la sostenían.

—Anton Lantinga, ¿quién lo habría pensado? Vamos a arrestarlo ahora mismo.

—Stefanie tenía que dar dos pasos por cada uno de los míos. Hasta poniéndose los tacones le sacaba casi una cabeza—. Esto sí que va a salir en primera página.

—Estás loca.

Alargué el paso aún más. El cansancio me había llevado a una conclusión errónea. Por un momento creí que estaba diciéndome que teníamos que arrestar a mi padre. Cuando me di cuenta, por fin pude respirar de nuevo. Con todo, me sentía aliviada por cada centímetro que lograba poner entre nosotras.

—¿Puedo traerlo para un interrogatorio? —jadeó Stefanie, que se había quedado prácticamente sin respiración, aunque tanto podía ser porque le costara seguirme el ritmo como por la emoción que le producía el pensar que podría arrestar a Lantinga.

No le contesté. Mi oficina estaba dos plantas más arriba. Pasamos por delante de los ascensores, pero seguí adelante hacia las escaleras.

—¿Cómo es que el inspector jefe no sabía nada de ese testigo?

Stefanie se había parado para pulsar el botón del ascensor, así que tuvo que correr para alcanzarme.

—Supongo que se perderían los informes.

Subí los escalones de dos en dos, como hacía siempre.

—No puede ser —resopló—. No tiene sentido.

—Se perderían por el camino.

El ruido de las botas resonaba por el hueco de las escaleras amplificado por los escalones de hormigón.

—¿No fue nadie a recogerlos?

De algún modo estaba consiguiendo seguirme el paso.

—En ese momento fue cuando se perdieron.

Una planta menos.

—Pero él pidió más información —replicó Stefanie. Yo no iba lo suficientemente rápido como para dejarla atrás ni conseguir que dejara de hablar—. Es raro, ¿no?

Empujé la puerta al final de las escaleras.

—No, no tiene por qué.

—¿Cómo que no? Un testigo después de todos estos años...

Llegamos a la oficina.

—No es «después de todos estos años». El testigo apareció inmediatamente.

—¿Cómo es?

Stefanie estaba jadeando acalorada y se abanicó tirando del borde de la chaqueta

ajustada.

—¿Quién?

Ojeé mi mesa vacía y los informes del expediente Petersen que había dejado esparcidos por el suelo.

—El testigo, ¿quién va a ser?

El rubor le subió por encima del último botón de la blusa blanca hacia los dos lados del cuello y le cubrió las mejillas, haciendo juego con el rosa fucsia de la chaqueta. Se secó unas gotas de sudor de la frente, que tenía rellena y por lo tanto sin arrugas, no como yo.

—No lo sé..., como cualquier informático al que le va bien, supongo.

—Perfecto. Será un testigo excelente. Al juez le gustará.

—Stefanie, todavía no tenemos suficiente...

—Todavía no, pero tenemos tiempo. ¿Y el inspector?

—¿Qué pasa?

Me agaché para recoger los papeles y volví a meterlos en la caja.

—¿Cómo es?

Mientras estaba agachada le vi una carrera en las medias. Se horrorizaría cuando se diera cuenta.

—De unos cincuenta años. Parecía profesional y disciplinado.

—Creía que sería mayor, ese tal... ¿Piet Huizen?

Volví a bajar la mirada para seguir recogiendo.

—Ah, bueno, sí... Está jubilado.

—Interesante.

—¿Por qué?

—Pues no sé, un policía jubilado, testigos perdidos, información desaparecida..., creo que vale la pena seguir investigando.

Fingí mirar el reloj.

—Creía que querías interrogar a Lantinga. Todavía tenemos tiempo, estará trabajando.

A Stefanie se le estampó una sonrisa en la cara y yo suspiré aliviada, esperando que con aquello se le olvidara cualquier relación que se le hubiera podido ocurrir entre mi padre y los informes desaparecidos.

CAPÍTULO 9

La reluciente placa de cobre que colgaba de la puerta leía simplemente: «Omega». Las casas del siglo XVII del Herengracht hacían lo que podían para adaptarse al semicírculo del canal. Las fachadas se inclinaban hacia delante y hacia atrás llevadas por el hundimiento del terreno de turba y arena que las había desplazado unos centímetros hacia un lado u otro. Actividades, comercios y hoteles se alzaban con su propia personalidad el uno al lado del otro a lo largo del amplio canal, cada uno ligeramente distinto del contiguo: unos de tres pisos, otros de cuatro; un frontón de estilo distinto o de diferente color; algunos con unos cuantos escalones que subían desde la calle, otros con la entrada a ras de suelo. Y a pesar de la variedad, todos formaban un conjunto armónico.

Subimos la escalera de piedra de la planta baja, diez escalones que probablemente nos situaron por encima del nivel de la tienda de bicicletas de al lado. Habían barrido la nieve de los escalones. Cuando la recepcionista nos abrió, empujé la puerta, que tenía el verde de los antiguos billetes de mil florines.

Un modelo de una embarcación cuyas velas habían adquirido el tono amarillento de la nicotina con el paso del tiempo descansaba en un aparador a la izquierda de la zona de recepción. El empapelado de las paredes era un estampado verde claro de flores de lis. La señorita que estaba detrás del mostrador y el ordenador parecían haber aterrizado por error en una película de época.

—Policía, departamento de Fraudes Fiscales —anunció Stefanie enseñando el distintivo—. Hemos venido a ver a Anton Lantinga.

—¿Al señor Lantinga? Está en Nueva York esta semana. ¿Tenían ustedes cita?

—La mujer morena de tez clara miró la pantalla y tecleó algo—. Vuelve el miércoles.

—¿Y Karin Petersen?

—No creo que tengamos a nadie con ese apellido... Ah, no, claro, se refieren a Karin Lantinga.

Stefanie y yo nos miramos. O sea que Karin se había casado con Anton. ¿Cuánto habrían tardado en casarse después de la muerte de Otto?

La recepcionista marcó un número y nos miró.

—¿Por qué le digo que la buscan?

—Se lo diremos a ella en persona —contestó Stefanie.

La joven se encogió de hombros.

—Señora Lantinga —dijo al teléfono—, aquí hay dos policías que desean hablar con usted... No lo sé, no me lo han dicho... Está bien... De acuerdo, les pediré que esperen.

Colgó.

—Ahora mismo está reunida —nos dijo—, pero bajará lo antes posible. Tomen asiento, por favor.

Me di la vuelta y me senté con cuidado en un sillón de rayas verdes y blancas que no parecía tener mucha estabilidad. No me atreví a apoyar la espalda. Stefanie se quedó de pie, admiró el barco y volvió a acercarse al mostrador.

—¿Tiene algún folleto de Omega para inversores? —preguntó.

Con gesto imperioso, la recepcionista se echó por encima del hombro un mechón de pelo negro planchado.

—Omega no acepta nuevos inversores —explicó—, y antes la inversión mínima era de diez millones de euros. Si lo desea, puedo apuntarme su nombre y pedirle al departamento que se encarga de las relaciones con los inversionistas que se ponga en contacto con usted cuando busquen nuevos inversores.

—¿Tiene alguna información sobre rendimiento de fondos?

—La señora Lantinga le dará todo lo que necesite. No tardará en bajar. Tome asiento, por favor.

Stefanie no se sentó. Se dio una vuelta por el *hall*, cogió una ejemplar de *Het Financieele Dagblad* y miró la portada. Pasó la página tan rápido que se notó que solo se había leído los titulares.

—¿Cuánto tiempo tardará la señora Petersen, ahora Lantinga?

En ese momento se abrió la puerta y aparecieron dos hombres enchaquetados de unos cuarenta y tantos años acompañados por una mujer esbelta que aparentaba la misma edad. Se dieron la mano y la oí decir:

—Gracias por su tiempo. Sonja les dará sus abrigos.

Sonja, la recepcionista, abrió un panel que resultó ser la puerta de un armario y les dio los abrigos. En ningún momento nos prestaron la más mínima atención.

La mujer abrió la puerta principal, volvió a estrecharles la mano y cerró antes de dirigirse hacia nosotras.

—Ustedes son las inspectoras, supongo.

La sonrisa le había desaparecido y parecía mayor, aunque seguía aparentando menos de los cincuenta y tres que sabía que tenía.

Stefanie se presentó y le enseñó el distintivo. Karin era un poco más alta que ella, aunque para lograrlo necesitaba unos tacones de diez centímetros. Tenía el pelo de un rubio dorado con mechones plateados. Lo llevaba recogido en un moño bajo que le tiraba de la cabeza hacia atrás eliminando cualquier rastro de flojedad de la piel al tiempo que le donaba un aspecto que transmitía la elegancia y el aplomo de Grace Kelly.

Me miró y dijo:

—¿Y usted es...?

Me levanté del sillón y me presenté.

Karin lanzó una mirada a la recepcionista y nos acompañó hacia la puerta.

—No vamos a mi despacho —dijo mientras recorríamos el pasillo rodeadas de óleos del Barroco holandés.

No reconocí a los artistas. Íbamos demasiado rápido como para poder contemplar los cuadros con detenimiento, pero parecían originales. Me acordé de la casa de Wouter Vos, que tenía los pasillos decorados con obras de arte

moderno.

—Estaremos mejor en la sala de reuniones —concluyó mientras nos precedía.

Karin abrió una puerta e inmediatamente pude ver lo que era la verdadera opulencia. Los frescos del techo mostraban una batalla naval en la que unas grandes embarcaciones —una de ellas idéntica al modelo de la planta baja— navegaban a toda vela en un mar que haría las delicias de los surfistas. Los nubarrones parecían aún más oscuros en contraste con el rojo, el blanco y el azul de la triunfante bandera holandesa.

—Admirante Michiel de Ruyter —explicó Karin—. Los frescos representan su famosa victoria contra los ingleses en Medway. Toda la decoración de las instalaciones se basa en esta sala.

Karin se sentó presidiendo la mesa de madera de cerezo, lo que le confería un aspecto regio, poderoso y seguro de sí.

Stefanie se sentó a su derecha. Yo habría preferido quedarme de pie, de ser posible en una esquina, desde donde lo habría visto todo perfectamente, pero Stefanie señaló la silla que tenía a su lado y con un gesto me pidió que me sentara. Por lo menos, no tuve que sentarme en medio y además podía verlas a las dos al mismo tiempo. Pasé los dedos por la madera, que brillaba como un castaño de Indias. Entre los frescos del techo y el empapelado verde y blanco a rayas, en la sala también había signos de presencia de la era moderna, como el teléfono de conferencias con forma de estrella, los micrófonos incrustados en la mesa y el proyector de la pared del fondo. En una mesita auxiliar había una bandeja con agua mineral, una tetera y un surtido de galletas de chocolate, aunque a nosotras no nos ofreció nada.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo Karin al tiempo que sacaba el BlackBerry del bolso.

Al ver que la luz roja parpadeaba, deslizó los dedos con su perfecta manicura francesa por la lista de los correos recibidos sin apartar la mirada de la pequeña pantalla.

Me resultaba imposible identificar su acento. Parecía neutro, estudiado, como si hubiera tenido un acento regional y se hubiese esforzado muchísimo por quitárselo. Intenté imaginármela con los tonos más suaves del sur o la cadencia

rural del norte, pero ninguno de los dos le pegaba. Un delicado perfume, con una pizca de manzana y jazmín, flotaba sobre la mesa.

—Estamos investigando de nuevo el asesinato de su marido, Otto Petersen — anunció Stefanie con seriedad y profesionalidad.

Karin dejó el BlackBerry en la mesa, se recostó y juntó las manos. En la derecha solo tenía una alianza, pero en la izquierda, toda la parte baja del anular estaba ocupada con una piedra cuadrada azul encajada en un anillo de oro.

—¿Tienen...? ¿Han salido a la luz nuevas pruebas? —preguntó.

—Sí —afirmó Stefanie—. Contamos con nueva información, pero aún no podemos divulgarla.

El rostro de Karin se convirtió en una máscara. No movió un músculo, ni contrajo los labios, ni siquiera parpadeó. Hasta las arrugas de la frente se suavizaron. Me miró. Los ojos, del profundo azul del zafiro que llevaba en el dedo, se estrecharon entre las patas de gallo.

—Perdóñenme, pero creía que eran del departamento de Fraudes Fiscales.

—Yo pertenezco a esa unidad —dijo Stefanie—. La inspectora Meerman es del CID.

—Entiendo —dijo mientras desplazaba la mirada hacia Stefanie.

—¿Podría contarnos su versión de los hechos ocurridos la tarde en que murió su marido? —dijo Stefanie.

—¿Algo en concreto o quieren que les cuente todas las minucias? —replicó levantando la ceja.

—Lo que hizo usted aquella tarde.

—No me acuerdo de todo —dijo ladeando la cabeza hacia el final de la frase.

—Condujo hasta la cárcel... —apuntó Stefanie, que se inclinó hacia delante, por lo que tuve que estirarme lo más que pude para poder seguir viendo a Karin.

—Otto me había pedido que fuera a recogerlo a la cárcel a las cinco.

—¿Le llamó?

—En cuanto se decidió el día en que lo pondrían en libertad.

Volvió a concentrarse en el BlackBerry, abrió un correo y lo leyó.

—¿Se lo esperaba?

—Sí, creía que quería que lo llevara a casa —dijo sin dejar de mirar el móvil.

—De acuerdo, así que fue a la cárcel —continuó Stefanie.

Karin no contestó.

Stefanie aprovechó el silencio:

—¿A qué hora llegó allí?

Karin sonrió mirando al teléfono y lo dejó encima de la mesa.

—Llegué antes de las cinco; eran menos cuarto o menos diez, aproximadamente, y lo esperé. Me quedé media hora allí, y como seguía sin salir, entré para preguntarle al guardia. Pero no había ni rastro de Otto. Luego el guardia habló con uno de sus compañeros, que le dijo que mi marido había salido a las cuatro. Por lo visto, había cogido un taxi.

—¿Se enfadó? ¿Le molestó?

Karin abrió las manos y con la derecha se pasó unos mechones rubios por detrás de la oreja.

—No, no me enfadé —dijo mirando a Stefanie a los ojos—, pensé que habría pasado algo y que no había podido avisarme.

Stefanie asintió.

—Un cambio de planes.

—Exacto.

—¿Podría haberle llamado?

—Supongo que llamaría a casa.

—¿Y lo hizo?

—¿Perdón?

—¿Había algún mensaje en el contestador cuando usted llegó a casa?

—Cuando llegué a casa, Otto estaba muerto —anunció limitándose a relatar los hechos con la misma voz que habría usado para decir que estaba lloviendo.

Se tocó el collar de tres filas de perlas que llevaba ajustado al cuello, seguramente para tapar alguna arruga.

—Pero ¿había algún mensaje en el contestador?

Observé aquel juego entre Stefanie y Karin. ¿Se podía saber la verdad después de tanto tiempo? ¿Alguien podía acordarse de lo que había hecho, visto u oído diez años más tarde?

—No, no había mensajes.

¿Se habría enfadado? A menos que hubiera cambiado considerablemente en estos diez años, no me parecía una mujer a la que se le pueda dejar esperando. ¿Se habría alegrado por el retraso, por el tiempo que aquella situación le daba para seguir pensando en cómo decirle que iba a dejarlo, por poder retrasar el momento en el que tuviera que decirle que tenía un amante? Me la imaginé en el coche, esperando fuera de la cárcel. Nerviosa, pero dueña de sí misma. Él le había pedido que fuera, y allí estaba, cumpliendo con su deber. Estaba lloviendo, las gotas caían como lágrimas sobre el coche y resbalaban por los cristales. No quería estar allí, seguramente prefería estar en cualquier otro sitio.

—Entonces, si no había ningún mensaje, ¿por qué cree que Otto le pidió que fuera a recogerlo?

Karin bajó la mirada a la mesa, respiró hondo y dijo:

—Creo que quería quitarme de en medio. No sé lo que tendría pensado hacer ni

a quién querría ver, pero quería estar seguro de que yo no estuviera en casa.

Anoté en mi cuaderno: «¿Qué había planeado? ¿Con quién iba a hablar?».

Karin se rio. La carcajada sonó como un cristal roto.

—A su compañera le ha gustado la explicación —le dijo a Stefanie—. ¿Es que no lo habíais pensado?

—Tenía una aventura con Anton Lantinga, con el que después se casó. — Stefanie esperó a que Karin asintiera para continuar—. Alguien lo vio en la escena del crimen.

Le di un puntapié a Stefanie, lo suficientemente fuerte como para que se callara pero no tanto como para que se quejara.

—¿Quién?

—No puedo decirlo.

—Él no estaba allí. Se fue a su casa por la mañana.

—Pero... —empezó a decir Stefanie.

—¿Dónde está Anton ahora? —la interrumpí.

—En Nueva York, buscando nuevos inversores.

—No mantuvisteis el nombre de Petersen Capital —dije.

—No, claro que no. Esta es una sociedad totalmente distinta.

—¿Cuándo la fundasteis? —preguntó Stefanie.

—Tuvimos que cerrar Petersen Capital después de la investigación y la condena de Otto. Trabajamos con nuestros inversores para ver si querían transferir los fondos a la nueva sociedad, Omega.

—¿Y lo hicieron?

—Muchos sí. Se dieron cuenta de que el problema era Otto y que, por lo demás,

la empresa estaba fundada sobre principios sólidos.

—¿Y usted no sabía nada de lo que él hacía?

—El juez solo condenó a Otto. Al resto nos consideró inocentes. Muchos de nuestros inversores estuvieron de acuerdo con él y nosotros les hemos hecho ganar suficiente dinero como para corresponder a su confianza.

—¿Cuándo vuelve Anton?

—Hacia mediados de la semana que viene. Le pediré que se ponga en contacto con ustedes. Si son tan amables de darme su tarjeta...

Stefanie le dio la suya.

—¿Eso es todo? —dijo a modo de despedida.

—Sí, gracias.

Nos fuimos. Karin no nos acompañó, no éramos inversores importantes.

Recorrimos el siguiente canal hasta llegar a la oficina. En el plano, los canales de Ámsterdam eran como los círculos concéntricos que yo dibujaba en la libreta o como los anillos que indican los años que tiene el árbol cuando el tronco se corta por la mitad, y además había otros canales que los conectaban como los radios de la rueda de una bicicleta. Los patos se resbalaban y deslizaban por el hielo hasta que encontraban un hueco y conseguían unirse a sus compañeros. Los patinadores los odiaban porque mantenían los huecos abiertos. El hielo era blanco, formado por agua mezclada con nieve. En este canal, en el que las embarcaciones turísticas no rompían el hielo cada hora, la capa era tan gruesa que podría aguantar el peso de una persona durante un par de días y el agua helada formaba una especie de suelo temporal para las dos casas flotantes que se hallaban permanentemente atracadas, para las que el hielo hacía las veces de una segunda ancla.

—Apuesto a que iba a ver a Anton Lantinga —dijo Stefanie.

Las palabras le salieron de la boca junto con una nube blanca. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos y la bufanda enrollada al cuello. Se volvió para mirarse en un escaparate. No llevaba gorro, seguramente por temor a que le

despeinara la melena perfectamente cortada a la altura de los hombros.

—Si fuera por lo de Anton y Karin, no.

—¿No?

—¿Tú crees que lo sabría? ¿Quién se lo habría dicho?

—Puede que Karin.

—Y lo estuvo carcomiendo por dentro hasta que explotó tan solo una hora después de salir.

Lo dije en voz alta para ver si tenía sentido, pero no estaba segura. Todavía no conocía a Otto Petersen. No sabía cómo era. Primero tenía que hacerme una idea de su personalidad. Podía ser un calculador: «Consigo cuarenta millones de euros a cambio de siete años de cárcel», o un megalómano: «Soy tan listo que no me cogerán», o simplemente alguien que terminó arrastrado por las circunstancias, por algo que empezó siendo pequeño y que luego fue creciendo como una bola de nieve hasta hacerse tan grande que lo arrolló, posiblemente a causa de su esposa.

—Tú trabajaste en el primer caso Petersen, ¿no?

—Solo ayudé, sobre todo cuando fuimos a recoger las cosas de su despacho.

—¿Y conociste a Otto?

—No, ya lo habían arrestado. Solo conocí a Anton. Me acuerdo de sus protestas cuando le confiscamos el ordenador. Se negó. Fue gracioso. Me soltó lo típico, que quién me creía que era. Yo le dije: «La policía», y me lo llevé. Se quedó lívido. No dejaba de dar vueltas. Me dijo que desenchufar aquel ordenador le costaría más dinero del que yo llegaría a ganar en toda mi vida, y probablemente tenía razón —dijo y suspiró.

O sea que tendría que buscar a alguien que pudiera hablarme de él.

—¿Con quién más habría podido querer hablar Otto?

—No sé, ¿Freek Veenstra no era el que trabajaba con él? Falleció el año pasado.

—¿Veenstra? Madre mía, siempre se me olvida cuánto tiempo hace del fraude de Petersen Capital.

Se me ocurrió que a lo mejor mi padre pudo conocer a Otto, aunque después pensé que no había ningún motivo por el que hubiera podido conocerlo. De todas formas, no me había contestado al mensaje que le dejé.

—Sí, hace mucho tiempo de aquello. El ordenador que nos llevamos del despacho de Anton se suponía que era un portátil, pero pesaba una tonelada, y eso que era de última tecnología. Todos tenían equipos muy modernos para la época. La gente corría de aquí para allá como pollos sin cabeza, intentando hacer su trabajo mientras nosotros nos llevábamos los equipos. Me encantó. Fue el mejor día que he tenido nunca en el trabajo. Me muero de ganas de verle la cara cuando volvamos a arrestarlo.

No sabía qué contestar a eso, así que Stefanie y yo seguimos caminando en silencio. Lo único que se oía era el crujido de las botas en la nieve.

—¿Vamos a hablar con Geert-Jan Goosens el lunes? —dije mientras cruzábamos la cancela de la comisaría.

Las modernas estatuas del jardín, cuyas curvas terminarían parcialmente cubiertas de plantas en primavera, en aquel momento no eran más que formas que rompían la cuadrada monotonía del edificio y las ventanas.

—Buena idea. Lo llamaré para pedirle una cita. No tiene sentido intentar pillarlo por sorpresa. Estoy segura de que Karin ya lo habrá llamado para decirle que estamos investigando de nuevo el caso.

—¿Tú crees?

Yo no estaba tan segura. Karin Petersen, o ahora Lantinga, tenía todos los motivos del mundo para no ayudar a Goosens.

CAPÍTULO 10

A las seis menos cuarto tenía la última cita del día, en la peluquería Cyber Salon. Estaba tan torpe que hasta me costó ponerle la cadena a la bicicleta. No solía ir por allí, con tanta gente a la moda y aquellos peinados con los que uno jamás querría que lo vieran muerto, pero aquella vez me lo tomé como un regalo.

—Hola, quería ponerme el tinte y cortarme el pelo. Me llamo Lotte —vacilé un instante— Meerman.

Ya había pasado más de un año, pero cada vez que daba mi apellido de soltera era como admitir mi vergonzoso fracaso.

El hombre del mostrador pasó los dedos por la agenda. Era difícil no quedarse mirando el triángulo naranja que le adornaba la ceja izquierda.

—Sí, muy bien —me miró el pelo—, corte y tinte. De acuerdo, pasa por aquí. Quítate el abrigo y ponte esto. Trudelines llega enseguida.

Trudelines, que podía ser mi hija y seguramente era rubia, tenía el pelo de color cereza y de punta, como si lo llevara lleno de pinchos. Me pasó las manos por el pelo para tantearlo.

Me miré en el espejo. Tenía las ojeras más moradas que las berenjenas por no dormir y moteadas de rojo donde se me había irritado la piel de tanto llorar. El pelo desaliñado me caía por los hombros. Tenía aspecto de haberme ahogado hacía una semana, con la cara tan hinchada como la de los cadáveres que rescatábamos en los canales. Me daba asco mi pelo. Me recordaba a cómo me lo había acariciado, a lo bonito que decía que era. Siguió jugueteando con él cuando aún estábamos en la cama. Me dijo que era como el de ella.

—Quiero que me lo rape —susurré.

—¿Cómo?

—Me lo he pensado mejor —dije mientras levantaba la cabeza y miraba a Trudelines a los ojos en el espejo—, quiero que me lo rape.

Trudelines soltó una risilla nerviosa.

—Va en serio. Rápalo y ya está. Al número 2, por toda la cabeza, ¿no lo llamáis así?

—No puedo.

—¿Por qué no? Yo soy la clienta.

—En Cyber Salon no podemos hacer ese corte.

—Qué más da, tú hazlo.

Cogió las tijeras y se las escondió detrás de la espalda.

—No.

—Corta.

—No.

Miré hacia abajo para quitarme la capa de plástico.

—Espera, espera. —Me puso una mano en el brazo—. Te lo puedo dejar corto y así ves cómo queda. Si no te gusta, vuelve dentro de una semana y te lo rapo. Gratis.

Estaba demasiado cansada para discutir, así que volví a sentarme, me cogí el pelo con una mano y le dije:

—Esto tiene que desaparecer.

—¿Y te hago el tinte?

—No.

—¿No quieres que le devuelva el color natural?

¿Y cuál era? En cuanto mi madre me dejó, me lo aclaré. Pero antes era castaño. Sí, castaño iría bien: marrón, sin brillo, apelmazado y pardusco. Asentí.

—De este color —dije tocándome la raíz—, del mismo color por todas partes.

La peluquera sonrió y se oyó el ruido de las tijeras.

—Te lo corto y te pongo el tinte. La forma se la damos al final.

No contesté.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un té? ¿Un café?

—Solo corta.

Clavé los ojos en el espejo para no mirar la montaña de pelo que se estaba formando en el suelo. No era más que pelo, no dolía. En realidad, cuanto más cortaba, más ligera me sentía la cabeza. Me estaba quitando un peso de encima. Cerré los ojos cuando me empezó a poner la crema del tinte. Me escocía la cabeza y me picaba la nariz por el amoníaco.

Quemaba y cortaba. Cortaba y quemaba.

Trudelines se había animado y me trajo unas cuantas fotos de distintos cortes de pelo para que las viera.

—¿Te gusta este? Es bastante llamativo; o este, un poco más suave.

Ni siquiera las miré.

—Haz lo que quieras. Yo quería rapármelo y no me has dejado, así que ahora decides tú.

Me miró en el espejo y ladeó la cabeza. El pelo puntiagudo no se le movió en absoluto. Al final, le dije:

—Corta lo más que puedas.

Me llevó a otra silla y una de las chicas que estaban en prácticas me encontró y masajé todas las irregularidades del cráneo con una profesionalidad que hacía soportable la inevitable sensación de que alguien estaba violando mi intimidad. El champú, la crema y el enjuagado duró exactamente lo mismo que el número 19 de la lista de éxitos del año que estaban poniendo en la radio; se suponía que debía ser una música de fondo, pero estaba tan alta que tenía que oírse fuera. Cuando terminó, Trudelines me secó con una toalla y se dirigió hacia la otra silla

esperando que la siguiera; y por supuesto, lo hice.

Me agitó la mano entre el pelo, que estaba oscuro, no castaño, cogió las tijeras y empezó a cortar hasta que llegó a la nuca. Noté el helor del aire en el cuello y la sensación se me coló por la espalda. Me lo peinó hacia la cara y luego me lo secó con el secador hasta que las puntas se me quedaron como un rastrillo. Cuando terminó, me alisó la parte de arriba con movimientos suaves de la mano y dijo:

—Es genial. Te queda muy bien.

No contesté. No parecía yo. Pero, de todas formas, yo ya había dejado de ser yo.

Algo me incomodaba aquella tarde. El árbol de Navidad, con sus ramas encorvadas que soltaban agujas en el suelo de madera, parecía reírse de mí. Había llegado el momento de desvestirlo, pensé, de quitarle las diez bolas y las luces.

Descorché una botella, me llené una copa y la dejé en la mesa para ir a sacar del armario del pasillo la bolsa de plástico en la que metía la decoración de Navidad. Poco a poco fui quitando todos los aderezos del árbol, cada una de las bolas doradas, tan frágiles que se me podían romper con el primer movimiento torpe de los dedos, y enrollé las tiras de espumillón. El olor a pino se me pegó a la piel, tan viscoso como la savia, y las luces siguieron brillando tristemente entre el verde hasta que las apagué. El árbol volvió a su estado natural, una mezcla de verde y marrón salpicado de agujas tan afiladas que hasta se podría coser con ellas, y pequeños bultos marrones que mostraban dónde habrían crecido las hojas nuevas si no lo hubiéramos arrancado de sus raíces. Sin todo su oropel, se quedó asombrosamente feo. Lo puse en el suelo. En algún sitio tenía que tener la cuerda que había usado para ponerlo allí. Le di siete vueltas para atarlo a la cruz de madera que tenía clavada en el tronco. Corrí las cortinas y abrí la ventana. Entró una ráfaga de aire helado.

Sonó el teléfono. Dejé que saltara el contestador.

«Hola, Lotte, soy Stefanie. Perdona que te moleste tan tarde, pero he estado pensando... ¿Estás en casa?».

No me aparté de la ventana.

«Estoy aquí fuera. Tienes las luces encendidas... y la ventana abierta. Coge el teléfono».

Suspiré, cerré la ventana y me fui para la mesa.

«Sé que estás ahí, Lotte. Te he visto moverte. Vives en el piso que tiene la ventana abierta, ¿no? Venga, coge el teléfono».

Alargué la mano hacia el contestador, aunque no sabía qué botón apretar. ¿Qué sería mejor, contestar o colgar?

«He estado pensando en Piet Huizen».

Decidido.

—Hola, Stefanie.

—¿Puedo subir?

—Te abro.

Abrí la puerta y esperé hasta que la vi aparecer por las escaleras. Al entrar, se quitó el abrigo como si fuera la primera capa de una cebolla.

—Menudo corte te has dado.

Sin hacer caso al comentario, me dirigí hacia el salón.

—Siéntate.

Soltó el abrigo en el sofá. Me entraron ganas de cogerlo para ponerlo en el perchero, pero lo dejé donde estaba y me senté en el sillón.

—No deberías beber sola —dijo señalando la copa—. Ponme una a mí también.

Saqué una copa del aparador de caoba y le eché un poco, puede que dos dedos.

Se lo tomó casi entero de un sorbo.

—¿Qué pasa con el árbol? ¿Por qué está en el suelo? ¿He llegado en mal momento?

Evidentemente, sí. Era un mal momento, aparte de que fuera tarde.

—Tienes un piso muy bonito —dijo—. Está bien. Conozco a mujeres divorciadas que lo llevan bastante peor. —Levantó la copa hacia mí y pasó la mano por el terciopelo azul marino del sofá—. Un poco austero para mi gusto, ya sabes, sin cojines ni alfombras. Un poco frío y vacío, pero te pega.

No entendía cómo las paredes celestes y los muebles de madera oscura le podían parecer fríos. A mí me parecía espacioso, precisamente por no estar muy cargado. Los cojines y las alfombras habrían roto las líneas entre las ventanas y la mesa, las preciosas líneas paralelas que se creaban entre el aparador y los cuadros. Le había comprado el piso a una decoradora de interiores que estaba pasando por un mal momento. Yo podía pagar al contado y ella necesitaba el dinero. La compra, en la que se incluían casi todos los muebles, concluyó enseguida. Como se llevó algunas cosas, moví algunos muebles para rellenar los espacios vacíos. Me dijo que podía ir a su tienda, que estaba en el PC Hooftstraat, la zona comercial más prestigiosa de Ámsterdam, que además estaba rodeada de tiendas de ropa de marca. Lo que sacaba con la venta de la casa le iba a ayudar a mantener la tienda algún tiempo y me dijo que, si iba, me podría hacer un descuento. De todas formas, yo no quise comprarle nada. Fue una decisión entre tantas. No sabía si le habría sentado mal, o a lo mejor esperaba sacarme algo más de dinero, pero el caso es que a mí me gustaba vivir en ambientes que habían creado otras personas.

Stefanie se levantó y cogió dos bombones de chocolate y menta de una caja abierta que había encima de la mesa. Llevaba varias semanas allí. La había abierto un poco antes de Navidad porque me gustaba el olor del chocolate y la menta mezclados con el del pino. No le dije nada.

—Bueno, y hablando de Piet Huizen. ¿Lo has conocido? —dijo antes de abrir la boca y meterse el primer bombón entero, casi empujándolo con los dedos.

Me imaginé el polvo dándole vueltas entre los dientes mientras masticaba.

—Lo vi antes de hablar con Ronald de Boer.

—Es verdad, así que viste su casa. ¿Era grande?

—Cómoda.

—Pero ¿grande? ¿Como este piso? —se rio y se quitó el chocolate que se le había pegado en la lengua con otro trago de vino—. ¿O demasiado grande?

—¿Demasiado grande para qué?

—Bueno, tal vez no sería demasiado grande para una mujer que se quedó con la mitad de la antigua sociedad de su esposo solo porque ella le había dado la mitad del capital que necesitó para montarla.

Apreté los puños entre las rodillas para no darle un bofetón. Debería haberla echado, estaba envenenando mi casa. ¿Qué sabía exactamente?

La noche que me lo contó, yo había llegado a casa temprano. Después de abrir la puerta en silencio, entré pisando la alfombra, me quité el abrigo y lo colgué. Mis zapatos hacían ruido sobre el parqué. No sabía qué hacer. Me senté y encendí la televisión. Cogí el mando y puse un canal, luego otro, luego otro, y así seguí hasta que agoté todos los canales y la apagué. En el salón solo se oía el tictac del reloj que sus abuelos nos habían regalado en nuestra boda.

Al rato se oyeron las llaves en la puerta. Las pisadas fueron desde la puerta hasta la cocina. Después subieron las escaleras. Volví a encender la televisión. Dejé Nederland 1. Un hombre estaba hablando de algo y su voz tapaba el ruido del reloj. Las pisadas ya estaban justo encima de mí.

Me levanté, rodeé la mesa, corrí las cortinas para que los vecinos no nos vieran y me senté otra vez a esperar más pisadas, con lo que sabía que ya estaba listo para hablar. Lo oí bajar las escaleras y cruzar todo el mar de parqué hasta ponerse a mi lado. Apagó la televisión. Miré mi taza de té y esperé a que el sofá de piel anunciara la llegada de su peso. El reloj marcaba cada segundo de nuestro matrimonio. Esperé callada para no interrumpir el tictac. Yo no era la tenía que hablar.

«Lo siento», dijo.

«Si lo sientes, no lo hagas».

«No, lo siento, yo...». El reloj sonaba como un metrónomo marcando el compás de un réquiem. «He sido un idiota —dijo—. He estado... —tictac, tictac— viéndome con una persona».

Solté la taza con demasiada fuerza. No lograba controlar las manos. Se oyó el golpe, pero el cristal de la mesa aguantó.

«Pues deja de verla».

«No puedo».

Cerré los ojos y dejé caer la espalda contra el respaldo del sofá. La piel suspiró y lloró por mí. Me tapé la cara con la mano y me apreté los dedos con fuerza contra los ojos. Luego me obligué a mirarlo. Sus ojos eran dos diminutos guijarros azules en un lago. Miré alrededor, hacia la habitación, e intenté aguantar las lágrimas. Me las tragué con los últimos sorbos amargos del té. Le vi la cara reflejada en el cristal. Tenía esa extraña falta de familiaridad que dan los espejos. Me oprimí la taza de té contra el pecho. Aquello no me podía estar pasando a mí.

«Por favor», dije.

«Está embarazada».

El corazón me latía tan fuerte que ya no oía el reloj. Lo miré petrificada, incapaz de reaccionar.

De pronto levanté la taza y la lancé con todas mis fuerzas contra su reflejo en la mesa. El cristal se rompió. La taza se partió por la mitad y aterrizó en el parque.

«Hijo de puta. Eres un cabrón», susurré. Me levanté y me llevé la mano a la parte derecha de la cadera. Mi marido dio un paso atrás. «Sal de aquí. ¡Vete!». Menos mal que no encontré la pistola.

El ruido del reloj volvió a resonar por todo el salón. Me fui a la repisa de la chimenea, agarré el maldito reloj y lo estampé contra el suelo. Cuando los tornillos, las ruedecillas y las esquirlas dejaron de alejarse de mí despavoridas, por fin se hizo el silencio.

La voz de Stefanie me devolvió al presente.

—¿Es una casa demasiado grande para un policía jubilado? —me preguntó mientras cogía otros dos bombones sin dejar de mirarme—. Podría haber aceptado un soborno.

Se me había olvidado de lo que estaba hablando.

—He leído los informes —prosiguió—. Fue su último caso antes de la jubilación. Su último caso..., la declaración de un testigo desaparece y el rico se escapa.

—¿Y?

—¿No te das cuenta? Anton Lantinga es multimillonario. Habría pagado cualquier cosa con tal de librarse de todo aquello.

Dio otro trago y volvió a coger la botella.

—No creo.

Me llevé la copa a los labios para tener algo que hacer con las manos y taparme la boca. Tragué lo menos que pude.

—Pero ¿se notaba que tenía dinero?

—¿Vas a conducir? Porque si vas a coger el coche...

—Estoy bien, ni me acerco al límite. Entonces, ¿qué? ¿Tenía dinero?

—No me dio esa impresión —mentí.

Podría apuntarme la matrícula y llamar a la policía de tráfico.

—Es una pena. Pero, en fin, eso no significa que no haya hecho cualquier otra cosa con el dinero. Deberíamos interrogarlo.

—Vamos a interrogar a Goosens el lunes por la mañana. Es mucho más interesante.

—¿A primera hora? —me preguntó con el tono de un niño que quiere que Papá Noel le traiga los regalos en ese mismo momento.

—Sí, será lo primero que hagamos.

Sonreí sin ganas y le acerqué la caja de bombones. Por lo menos, si se los comía, no tendría que tirarlos.

Pero los rechazó con un rápido movimiento de la mano y cogió el abrigo.

—Tengo que irme, Patrick estará esperándome para cenar.

La acompañé a la puerta.

Stefanie se volvió.

—Deja que te ayude con el árbol —me dijo—. Entre las dos podemos bajarlo por las escaleras.

Dudé.

—Y si no, ¿cómo vas a hacerlo?

Podría sacarlo por la ventana, pensé, que al fin y al cabo era por donde había entrado. Pero no sería nada fácil, así que asentí y fuimos a por él.

Me metí la anilla del llavero en el pulgar de la mano derecha y agarré con fuerza la base del tronco. Cuando Stefanie estabilizó la parte de arriba, la levanté. Dejé caer el peso sobre el brazo izquierdo hasta donde me permitió el enchufe. Cogidas al árbol, bajamos las escaleras. Como yo iba tres escalones por debajo, por fin pudo sacarme una cabeza. Me dolía la mano, pero como ella seguía, yo tampoco me paré. Incluso al llegar al descansillo, donde normalmente lo habría dejado en el suelo, lo mantuve en alto mientras abría la puerta. Tenía la sensación de que se me iba a resbalar por más que las agujas se me hincaran en la piel y la savia me pegara los dedos al tronco como Super Glue. Seguí bajando con la mirada clavada en el suelo, midiendo cada paso y contando los escalones de madera, veintidós en total. Bajábamos al mismo ritmo. Nuestros pasos resonaban como un eco en el suelo.

Cuando por fin llegamos al portal, de pronto tomé conciencia de la presencia de mi compañera.

—Ya hemos llegado.

En cuanto Stefanie enderezó el árbol, me lo apoyé en el hombro y le pasé las llaves. Cuando abrió, lo arrastré hasta la calle para que el ayuntamiento pudiera llevárselo al día siguiente para hacer leña.

—Gracias por ayudarme —le dije, aunque tampoco es que aquello fuera tan difícil.

Sonrió.

—Gracias por el vino y los bombones. Nos vemos el lunes.

Tras despedirse, se dirigió hacia el coche y yo me subí a la casa, saqué una escoba y barrí las agujas de las escaleras y el suelo de mármol del portal y el descansillo. Las fiestas habían terminado.

Puede que Stefanie tuviera razón. La casa de mi padre era más grande de lo que cabría esperar para un policía jubilado, sobre todo al estar en una de las zonas más caras de las afueras de Alkmaar. Al estar tan solo a media hora en tren de Ámsterdam, el precio de aquellas casas se había disparado en los últimos diez años. En mi despacho, que antes era el de la decoradora, encendí el portátil y busqué en Google. No tardé nada en descubrir que vivía al lado del alcalde y enfrente de dos directores de grandes empresas. Ni siquiera cuando estaba trabajando habría podido permitirse una casa en Oranjepark.

Cogí un rotulador y me fui a la mesa de arquitectura. Era perfecta como versión horizontal de la pizarra de la oficina. Me detuve un momento ante la virginidad del papel en blanco pensando que era una pena echar a perder su maravillosa pureza con mis malos pensamientos. En el centro escribí «Otto Petersen». Rodeé con un rectángulo el nombre del difunto. Desde las dos esquinas inferiores del rectángulo tracé dos líneas que iban a otros dos rectángulos con los nombres de los otros directores de Petersen Capital: Anton Lantinga y Geert-Jan Goosens, que eran los principales sospechosos en las investigaciones que llevaron a cabo mi padre y mi jefe, respectivamente. Con una regla verde de plástico transparente medí la distancia entre ambos nombres y tracé una línea vertical desde el centro. Sobre esa línea puse la cantidad de dinero desaparecida: cuarenta millones de euros. Cogí un bolígrafo rojo, escribí el nombre del testigo a la izquierda de Anton Lantinga y dibujé una flecha de puntos con la regla. La dejé así porque la información que nos había proporcionado Wouter Vos no era concluyente. Él había visto el coche de Anton, pero eso no significaba que el conductor fuera Anton.

En lo alto de la página, sobre el rectángulo que contenía el nombre de Otto, puse el de su mujer. Hice un círculo entre ella y Anton Lantinga y anoté «relación»

encima. Con un lápiz, escribí «Piet Huizen» debajo del nombre de Anton, dentro de un pequeño cuadrado que hice lo más fino y suave que pude porque no podía dar crédito a las palabras con las que Stefanie había calumniado a mi padre. Ronald me dijo que mi padre no le pasó los informes a la policía de Ámsterdam, pero que fue por despecho. «¿Le pagó?», escribí sobre la línea. Seis rectángulos alrededor de seis nombres, seis personas relacionadas, cinco vivas y una muerta.

CAPÍTULO 11

A la mañana siguiente descorrí las cortinas y me encontré ante un mundo en el que la noche estaba dejando paso al día. Los niños corrían hacia dondequiera que fuesen los sábados por la mañana, se deslizaban por el suelo con trineos o se tiraban bolas de nieve unos a otros. Sus risas eran como un repiqueteo de campanas entre las casas del canal. Un camión del ayuntamiento se abría paso por la carretera levantando capas de nieve que chorreaban por la pala y se acumulaban a los lados formando montañas de municiones para los niños. A su paso iba soltando un reguero de sal por la calzada. Dentro de nada, lo único blanco serían los tejados de las casas.

La suave luz invernal se colaba por la ventana, pero apenas alcanzaba a tocar el suelo. Me senté a la mesa y dejé que el sol de la mañana me acariciara las mejillas. En invierno, el reflejo de la luz en el suelo formaba un ángulo más pequeño que el del verano.

Encendí el portátil para ver si tenía algún correo, pero no había ninguno. Me levanté y salí a buscar contacto humano. Cerré la puerta y bajé las escaleras. Después de un año viviendo allí, ya me estaba acostumbrando a la tremenda inclinación de los escalones, que además eran tan estrechos que apenas cabía el pie en cada peldaño.

Aunque la panadería estaba muy cerca, no más allá de la esquina, se me helaron la nariz y las mejillas por el camino. Saludé a la dependienta. Eso era lo normal, lo que todo el mundo hacía cada día: hablar, sonreír y comprar el pan. Pero yo no era como las demás personas que estaban en la tienda, con sus sencillas aspiraciones y preocupaciones. Estaba segura de que ninguna de ellas habría soñado con niñas muertas o abrazar calaveras. Volví a casa, dejé el pan y me monté en la bicicleta para ir a la cita con la psicóloga.

La había elegido al azar. No quería que la gente supiera que estaba buscando ayuda, así que no podía pedirle a nadie que me aconsejara uno, y aunque hubiera preguntado, no sabía si alguno de mis amigos o compañeros había ido alguna vez al psicólogo y lo más seguro era que se hubiesen sentido incómodos por sacar el tema, así que elegí una que tuviera un nombre que me gustara y estuviese a una distancia a la que pudiera llegar en bicicleta.

Maria Kerkstra tenía la consulta en el Jordaan. Era muy joven, puede que recién

graduada. Seguramente, todavía estaba creándose su grupo de pacientes. En cuanto entré y me dio la mano flácida supe que no volvería. Tenía un diván largo de piel, una mesa y una silla de escritorio. Todo era como me imaginaba que podía ser la consulta de un psicólogo. Lo único que desentonaba era el empapelado de flores.

Me senté en el diván, de cara a la mesa, y me ofreció un vaso de agua.

—¿De qué quieres hablar? —me preguntó con un tono de voz suave con el que seguramente pretendía crear un clima relajado, pero que hacía que tuviera que esforzarme bastante para oírla—. Cuando me llamaste ayer parecía muy urgente.

—Tengo problemas en el trabajo.

—¿En qué trabajas?

—Soy policía.

No quería hablar de aquello, pero ya que estaba allí, por lo menos tenía que intentarlo. Hundí la cabeza entre las manos. Me estaba cayendo por el borde del precipicio y sabía que necesitaba ayuda.

—He trabajado en un caso que me ha afectado mucho —le expliqué— y no consigo superarlo.

Bebí un poco de agua.

—¿No te han ofrecido atención psicológica en el trabajo?

—Sí, pero quedaría reflejado en mi expediente. Además, no me fío de ellos. Estoy segura de que no serían capaces de mantener la boca cerrada.

—Todo lo que digas aquí es estrictamente confidencial.

—Tampoco quiero que lo sepa nadie que tenga que ver todos los días.

«Y a ti no te voy a volver a ver», pensé.

Maria Kerkstra asintió.

—Háblame de ese caso.

—Era una niña pequeña, Wendy Leeuwenhoek. —Volví a coger el vaso—. Seguro que habrá leído algo sobre ella. Como se cumplen quince años de la desaparición, nuestro jefe ha querido que volvamos a mirar todo el expediente para hablar sobre el caso en televisión. A lo mejor lo ha visto.

Su expresión no cambió. Anotó algo, pero no dio muestras de saber nada sobre Wendy. Sin embargo, algo tenía que saber. Todo el mundo había oído hablar del caso. Todo el mundo creía que sabía lo que había pasado. Aunque, en realidad, nadie lo sabía.

—¿Fue distinto de otros casos?

—Fue difícil, pero supongo que no muy distinto.

—Sin embargo, fue distinto para ti. Te ha producido una reacción nueva. ¿O crees que solo ha sido el cansancio acumulado a lo largo de los años?

—No ha sido por eso.

—¿Entonces?

No podía contarle nada más. Negué con la cabeza y me levanté.

—Esto ha sido un error. No debería haber venido.

—Ya que has pagado, tenemos una hora para hablar. Podemos hablar de cualquier otra cosa, si quieres.

—¿Del tiempo? ¿Los deportes? —repliqué, pero me senté.

—De lo que quieras.

—Es porque era una niña pequeña —dije repitiendo las palabras de mi madre.

Estaba allí porque necesitaba ayuda, de forma que me obligué a intentarlo.

—¿Tienes hijos?

—Tenía una hija. Murió de muerte súbita —susurré.

Poppy, que llegó después de dos abortos, cuando estaba a punto de rendirme y

renunciar a la maternidad. Poppy, que se pasaba las noches llorando. Hasta que un día me desperté descansada porque por primera vez en mucho tiempo por fin pude dormir toda la noche. Arjen se fue a trabajar después de asomar la cabeza para decirme que la niña seguía dormida. Pero en cuanto la vi supe que no estaba dormida. La toqué y estaba fría. «Estas cosas pasan —me dijo el pediatra—. Nadie sabe por qué». Yo nunca hablaba de aquello. Se me había hundido el mundo con la muerte del bebé. Cuando me incorporé al trabajo antes de que se terminara la baja de maternidad, porque qué otra cosa podía hacer aparte de trabajar, nadie me preguntó nada. Nadie comentó nada. Solo el jefe que tenía en aquel momento intentó hablar conmigo, pero yo me negué. Me empeñaba en pensar que si no hablaba de ello sería como si no hubiera ocurrido. Sin embargo, me pasaba el día entero con náuseas a causa de todas las lágrimas que me tragaba. Era como si tuviera una piedra en el estómago, una piedra enorme y de bordes afilados. Cuando nos ocupamos del caso de Wendy Leeuwenhoek, ya llevaba varios años trabajando y aquella piedra se había convertido en un guijarro, más pequeño y suave, pero no había desaparecido del todo.

—Y allí la tenía, otra niña —dije—. Su madre se negaba a creer que hubiera muerto.

Durante la investigación me pidieron que me encargara de los padres. Habían sido críticos con la primera investigación y mi jefe quería arreglar las cosas. Los padres se divorciaron seis años después de la desaparición de Wendy. Fui a ver muchas veces a Monique, la madre de Wendy, pero no porque sospechara que hubiese podido matar a su hija, sino porque aquello era lo que el jefe quería que hiciera. Monique mantenía las distancias conmigo, como seguramente habría hecho con cualquier otro miembro de la policía.

No parecía nunca muy dispuesta a darme el consentimiento cuando le preguntaba si podía grabar nuestras conversaciones. La tez tan pálida y el pelo largo y tan rubio que casi parecía blanco le daban un aspecto frágil. Era como si estuviese hecha de cristal, como si cualquier intromisión en su vida personal pudiera hacerla añicos. Yo no quería que sufriera, realmente entendía su dolor, pero tampoco la trataba con todo el tacto que parecía necesitar. No había nada que probara ningún tipo de negligencia por haber abandonado a su hija en el parque en el que encontramos el zapato azul de la niña, pero tuve que preguntarle por qué motivo había dejado que la niña se quedara jugando fuera de casa hasta tan tarde. Me dijo que ella estaba preparando la cena y que veía a Wendy desde la ventana de la cocina, pero luego miró y la niña ya no estaba. De

todas formas, aquello no le preocupó, porque era un juego al que Wendy solía jugar. Paul salió a buscarla, pero volvió una hora más tarde, nervioso porque no la había encontrado.

No me esperaba que Monique llorara. Ya había contestado mil veces a esa misma pregunta. Sin embargo, las lágrimas brotaron como si llevaran quince años en su interior y tan solo entonces les hubiera permitido salir. Le ofrecí un pañuelo, pero ella usó los suyos. La casa estaba immaculada. Daba la sensación de que estaba esperando a que me fuera para ahuecar los cojines del sofá. Había una foto grande de Wendy en la repisa de la chimenea, pero ninguna más. No había ni rastro de otros hijos, un nuevo marido, un novio, ni siquiera una mascota. Tan solo su perfecto aislamiento.

—Todos los meses pintaba a Wendy como sería en ese momento —le conté a la psicóloga—. Observaba a todas las niñas que veía por la calle para fijarse en los cortes de pelo y la ropa. Tenía una habitación llena de pinturas como esas, debía de tener casi doscientas. Era espeluznante. Le pregunté que si le consolaba verlas. Me miró como si estuviera loca y me dijo: «No, ya no hay nada que me dé consuelo. Mi único consuelo es la ausencia de dolor».

Bebí un poco más de agua. Lo que me había dicho la madre de Wendy describía tan bien lo que yo sentía que había escuchado las grabaciones una y otra vez. Las oía y rebobinaba; las oía y rebobinaba.

—Cuando Wendy desapareció se le acababa de caer el primer diente de leche, así que había un montón de fotografías en las que salía mellada, pero después estaban las pinturas en las que le faltaban más dientes, y otras en las que ya le habían salido los nuevos. Todo aquello me hacía pensar en cómo habría sido mi hija. Hacía más de cuatro años que había muerto y allí me tenías a mí, mirando las fotografías de Wendy con seis años. En una de ellas salía con una mella en los dientes, una regadera en la mano, un vestido rosa y unas botas de agua rosa, y pensé: «Así habría sido Poppy». —Me tapé la cara con las manos y respiré hondo—. Me quedé con aquellas fotografías. Era como si mi pequeña, mi Poppy, hubiera crecido, como si no hubiera muerto y estuviera en aquellas fotos.

Los primeros días, después de quedarme con las fotos y llevármelas a casa, hasta llegué a pensar que aquella podría ser mi nueva familia, mi nueva hija. Aunque Wendy ya no tendría seis años, sino veintiuno, y tal vez estaría estudiando o trabajando, pensé que podría ser mía. Podría ser mi niña. Podría reemplazar a

Poppy.

—Y ahora...

—Y ahora las fotos de Wendy tampoco están.

Y al perder esas fotografías era como si Poppy hubiera vuelto a morir.

—Entiendo por qué este caso ha sido tan difícil para ti. ¿Cómo lo lleva tu marido? ¿Habláis de todo esto?

—Estamos separados.

Aunque llevaba los guantes puestos, tenía las puntas de los dedos blancas y heladas. Me los quité y me los metí en los bolsillos del abrigo. Llamé al número 6. Eran las once de la mañana. Se sorprendería al verme, pero era seguro que la encontraría en casa.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

Sin ningún comentario, la puerta se abrió y entré. Subí los escalones de hormigón de dos en dos. Si los miraba con atención, era capaz de ver el rastro de las miles de veces que había pasado por allí. Dentro del cavernoso portal hacía el mismo frío que fuera.

La puerta del piso de mi madre estaba entreabierta. La empujé, entré y colgué el abrigo en el perchero. Mi madre estaba sentada a la mesa, leyendo el periódico mientras se tomaba una taza de té. Mi visita no implicaba que tuviera que romper la costumbre de leerse cada una de las páginas del *Telegraaf*.

Miró por encima del periódico.

—¡Ay, no! —exclamó mientras alargaba la mano para tocarme el pelo—. ¿Qué le ha pasado a mi maravillosa hija rubia?

—Solo me he cortado el pelo —contesté, cogí una silla y me senté.

—No pasa nada, volverá a crecer. Seguro que ya te has arrepentido.

Me metí un mechón de pelo oscuro por detrás de la oreja.

—En realidad, me gusta.

—Es más cómodo, supongo.

—Me gusta cómo queda.

—Ah, ¿sí? ¿Y habías ido alguna vez a ese peluquero? —me preguntó mientras me miraba con la cabeza un poco ladeada, como un petirrojo que acaba de ver un gusano en el suelo y está a punto de abalanzarse sobre él.

—No, es la primera vez.

—Ya me lo imaginaba, ni siquiera está parejo.

—Es que es así.

Asintió.

—Seguro que te lo hiciste por rabia. Estarías enfadada y fue una forma de autolesionarte. He leído sobre eso en el periódico.

—No estaba enfadada y no me he autolesionado. ¿Quieres que te enseñe los brazos?

Me remangué para que no se me fueran las manos a la herida que me había hecho en la frente.

—No digas tonterías —replicó. Volvió a levantar el periódico y pasó las páginas —. Tienes que sentirte muy sola —dijo desde detrás del *Telegraaf*.

—Estoy bien.

Volvió a bajarlo y me miró.

—Entonces, ¿qué haces aquí un sábado por la mañana?

En lugar de contestarle, dije:

—¿No has quitado el árbol todavía?

—Podemos quitarlo ahora, si quieres.

Abrió un armario y sacó la caja en la que guardaba las bolas. Tenía las esquinas pegadas con cinta adhesiva. Mientras tanto, cogí una bola plateada del árbol. El color estaba desgastado.

—Me acuerdo de cuando las compramos —comenté.

—¿Fue en el 90 o el 91?

—Tuvo que ser el 91.

—Sí, tú ya ibas a la universidad.

Las compramos para reemplazar las que le había roto el año anterior, cuando llegué borracha a casa después de una fiesta en la casa de unos amigos y se me olvidó que el árbol estaba allí.

—Quiero hablar de papá y de ti —dije.

Nunca había querido contarme qué les pasó. Incluso en ese momento se hizo el silencio. Se oía el tráfico más allá de la ventana. Cogí del árbol el pájaro de la cola de fibra de vidrio. Tenía una textura metálica. Todavía me acordaba de la primera vez que me dejaron tocarlo. Debía de tener unos ocho o nueve años. Unas cuantas fibras se me pegaron a los dedos y se quedaron un poco levantadas cuando lo solté. Se estaba poniendo viejo, como mi madre y como yo.

—Mamá, es importante —insistí.

—Lo nuestro fue distinto.

Quitamos las luces entre las dos. Cogí una que tenía forma de racimo de la rama que tenía más cerca y se la di.

—Nosotros no éramos como Arjen y tú —continuó—. No te serviría de nada.

No sabía si me estaba poniendo nerviosa o furiosa. Seguramente sería una mezcla de las dos cosas.

—Mamá, por favor. Algún día tendrás que contármelo.

—Tú cometiste tus propios errores. Lo nuestro fue diferente.

Le pasé otra tira de luces y ella se las enrolló alrededor de la mano antes de atarlas con una tira de plástico verde.

—No te serviría de nada saberlo —zanjó.

Siempre me decía lo mismo. El día que le conté que Arjen y yo íbamos a separarnos estábamos en la cocina fregando los platos. Yo estaba muy nerviosa. Me sudaban las manos y me las sequé con un paño de cocina. Me costaba articular las palabras con las que tenía que admitir ante ella que Arjen iba a dejarme.

«¿Qué has hecho?», me preguntó. Le dije que yo no había hecho nada y ella replicó que algo había tenido que hacer para que me dejara. En su mente, la parte que había sufrido el daño era la que se iba, como había hecho ella. Le dije que yo no había hecho nada, que había sido él, con otra persona. Se encogió de hombros y siguió lavando los platos. Se me quedó la garganta como papel de lija.

«Mamá, ¿qué voy a hacer ahora?», le pregunté.

«No lo sé —me dijo—. A mí no me mires».

Se me encogió el corazón.

«Ya te las arreglarás. De todas formas, nunca has querido escuchar mis consejos». Iba a decir: «Te lo dije», pero consiguió tragarse las palabras. Y si me lo hubiera dicho, habría tenido razón. Me lo había advertido cientos de veces. Me había dicho que tenía que poner a mi marido por delante de mi carrera, que tenía que tener otro hijo antes de que fuera demasiado tarde, que el trabajo no me haría feliz a la larga, que me sentiría mucho más realizada si me quedaba en casa preparando la cena y lavando pañales. Yo nunca le había dicho que después de perder a la niña me daba miedo —o más bien, terror— que pudiera volver a pasarme lo mismo. Y allí me quedé, con el paño de la cocina colgando de las manos, ansiando con todo mi ser un abrazo que sabía que no iba a llegar.

Terminamos de quitarle las luces y la decoración al árbol. Lo puse en el suelo, plegué la base de metal y lo metí en su tubo de cartón, listo para el año siguiente. Era mucho más fácil que el mío, que era un árbol de verdad. Al suyo nunca se le

caían las agujas, pero tampoco olía a pino.

Cuando terminé de meter toda la decoración en la caja, cogí un vaso del aparador. Era un vaso barato, todo lo contrario de las finas copas de cristal de mi padre.

—¿Por qué no aceptaste el dinero de papá? —le dije sin apartar la mirada del mueble.

—Parece que tienes frío. Te voy a hacer un té.

No me preguntó si lo quería. Se levantó y se fue. La seguí a la cocina y me quedé en la puerta. Levantó la tapa y llenó la tetera de metal. Las dos nos quedamos mirándola sin decir nada, esperando a que hirviera el agua. La llama de gas danzaba con reflejos naranja. Desde la puerta a la que yo le estaba haciendo guardia hasta una pequeña ventana que había en el otro extremo se extendía una fila de aparatos de cocina dispuestos debajo de los armarios con la pintura desportillada. Una lavadora que tenía el dispensador de jabón roto desde que yo vivía allí sobresalía formando una repisa en la que mi madre tenía unos botes viejos llenos de hierbas que vivían de la poca luz que entraba en la cocina.

El silbido de la tetera rompió el silencio. Mi madre abrió uno de los armarios y sacó mi antigua taza, una taza de porcelana blanca con la cara de un payaso sonriente dibujado con el color rojo del ketchup y el tono amarillento de la mayonesa. Pasé los dedos por el asa que tantas veces había agarrado, salí de la cocina y fuimos a sentarnos a la mesa del comedor.

—¿Cuándo me la compraste?

Mi madre sonrió.

—Fue tu primera taza de verdad después de los vasos de plástico. Debías de tener unos tres o cuatro años.

El té me calentó el cuerpo. Era enternecedor que me siguiera dando aquella taza. El payaso me sonreía de oreja a oreja.

—Vi a papá la semana pasada —dije.

—¿En serio? ¿Dónde?

—En Alkmaar. Fui a verlo.

—Después de tantos años te pones de su parte.

—No me he puesto de su parte.

—Deberías venir a pedirme los consejos a mí.

—No fui a pedirle consejo. Fue por trabajo.

—Y de ahí vienen todas tus preguntas.

—Sí. —Me alegré de que me entendiera—. He reabierto el caso en el que trabajó...

—¿Qué mentiras te ha contado sobre mí? ¿Qué te ha dicho de mí?

—No hablamos de ti. —Nada más decirlo, me arrepentí de haber dicho precisamente eso.

Levantó las cejas.

—¿Estuviste hablando con él en su casa y no aprovechó para hablar mal de mí?

—dijo con tono severo, aunque al mismo tiempo parecía decepcionada.

—Estuvimos hablando de trabajo.

—Él sigue mintiendo.

—Y también hablamos de coches.

No pude evitar sonreír al recordarlo.

—¿De coches? ¿Desde cuándo te gustan los coches?

—Me he comprado un coche y...

—No me lo habías dicho. ¿Dónde está? —preguntó mientras se acercaba a la ventana.

—He venido en bici.

—¿Y le enseñaste tu coche nuevo?

—No podía ir a Alkmaar en bici —bromeé, intentando que sonara razonable.

—Me lo podrías haber enseñado.

—La próxima vez me vengo en coche.

—Da igual.

Se recostó y volvió a abrir el periódico. Pasó una hoja y fingió estar leyendo, aunque enseguida añadió:

—Y entonces, ¿qué sabios consejos te ha dado tu padre sobre tu vida solitaria?

—No hablamos de eso. Estuvimos hablando del trabajo.

—Ya me lo has dicho un montón de veces.

Levanté las manos.

—Pero no me estás escuchando.

—¿Y él?

—Hemos vuelto a abrir un caso en el que él trabajó y quería que me contara lo que sabía.

—Y te mintió.

Me encogí de hombros.

—Puede ser.

—¿Sigue casado con esa mujer?

—¿Maaike? Supongo. Había fotos de ellos dos juntos.

—O sea, que me estás echando la culpa —dijo con todo resentido.

—¿De qué?

—De la separación. Está claro que tu padre ha sido capaz de mantener su matrimonio durante todos estos años, mientras que yo lo único que he hecho es ocuparme de ti.

—Yo no te estoy echando la culpa de nada —le dije, aunque tenía claro que no quería terminar como ella, enfadada y amargada cuarenta años más tarde. ¿De qué servía?—. Háblame del dinero.

Levantó las cejas grises y las juntó.

—¿Qué dinero?

—He estado en su casa...

—No es la primera vez.

—Ya, pero esta vez me ha impresionado —dije mientras jugueteaba con el borde deshilachado del mantel enrollándolo y desenrollándolo, y pasé el dedo por la marca de la madera—. Nunca me había dado cuenta de que tuviera tanto dinero. Nosotros no teníamos nada. Y tú tampoco tienes nada.

Pasó otra hoja del periódico haciendo un ruido molesto.

—Algo tengo.

—Sí, pero poco.

¿Cuál era el último mueble que había comprado mi madre? Todo lo que había en aquel piso ya estaba allí cuando me fui de casa después de la universidad y ya hacía casi veinte años de aquello. La piel gris del sofá estaba arrugada y agrietada donde ella se sentaba todas las noches y el empapelado beis de las paredes tenía las flores descoloridas y estaba levantado por la esquina del techo.

—¿Preferirías que te hubiera dejado con él? ¡Mira esto! —Me enseñó una hoja del periódico en la que salía alguien supuestamente famoso prácticamente desnudo—. Pero ¿qué se ha puesto?

—No, claro que no —reliqué y empujé el periódico hacia ella.

—¿Me estás diciendo que no te he cuidado bien? —preguntó enfadada mientras

pasaba a la siguiente página.

—Yo no te estoy diciendo eso.

Me entraron ganas de ponerle la mano debajo de la barbilla y obligarla a mirarme a los ojos.

—Tenía dos trabajos para poder criarte y sacarte adelante.

—Y yo te estoy muy agradecida. Lo único que te estoy preguntando es por qué no aceptaste su dinero.

Cuando tenía doce años, mi madre me compró unos pantalones en C&A. Eran los más bonitos que había tenido en mi vida, con unos cordones entre púrpura y azulados con una tira blanca en las costuras. Mi madre me pidió que tuviera mucho cuidado con ellos, pero al salir del colegio me puse a jugar y me caí. No lloré por que me hubiera hecho daño, sino por el desgarrón que me hice en los pantalones. En vez de volver a casa, seguí patinando alrededor del parque de juegos hasta mucho después de que todos los demás niños se hubieran ido. Un profesor se me acercó para preguntarme qué me pasaba. «Puedo acompañarte a casa —me dijo— y decirle a tu madre que ha sido un accidente». Pero yo no había vuelto a casa por que me diera miedo lo que pudiera decirme mi madre, sino porque me sentía avergonzada. Sabía que había estado mucho tiempo ahorrando para poder comprarme aquellos pantalones. Deberían haberme durado dos años por lo menos y ya les había hecho un desgarrón debajo de la rodilla. La herida me escocía, pero lo que de verdad me dolía era defraudarla. Cuando volví a casa no me dijo nada. Me hizo un gesto para que me cambiara, sacó la máquina de coser y cosió los bordes en silencio. Me los seguí poniendo un año más, con la pernera izquierda un poco más corta que la otra.

A pesar de todo, mi madre seguía sin poder ahorrar prácticamente nada, y eso que le pasaba cien euros cada semana porque no estaba dispuesta a aceptar más.

—No acepté su dinero porque no quise. —Cerró el periódico, lo dobló y se levantó—. Deberíamos poner la mesa en su sitio, donde estaba antes de montar el árbol de Navidad.

—Pero podrías haberlo hecho —repuse mientras me levantaba—. Te has pasado la vida trabajando. ¿Por qué no dejaste que colaborara económicamente para mantenerme?

—Tú eres mi hija. Eres responsabilidad mía.

—Pero también soy su hija, ¿no?

Miró a su alrededor. El hueco que había dejado el árbol era como una cicatriz en el salón. Cogió una silla y la acercó al hueco para rellenarlo.

—Pues claro.

—Entonces, ¿por qué no dejaste que pagara la pensión de alimentos? Si no quería pagar, lo podrías haber obligado.

—No lo entiendes.

—Intenta explicármelo.

—Fue por orgullo, ¿vale? Solo por orgullo. Seguramente hice mal en dejarlo. Te teníamos a ti. —Se fue para un extremo de la mesa y señaló hacia el otro lado para que yo la cogiera por el otro extremo—. Mis padres estaban muy enfadados conmigo. Querían que me quedara con él. Se suponía que el matrimonio era para siempre, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, que estaba bendecido por Dios, pero yo no podía, no podía quedarme después de descubrir... Venga, uno, dos, ¡arriba!

Levantamos la mesa y la llevamos a su sitio dejando caer las patas en los agujeros que había formado en la alfombra.

—Así, muy bien. —Se apoyó en la silla—. Y cuando me fui, me sentía tan culpable por haberlo dejado que pensaba que si hubiera querido su dinero habría tenido que quedarme con él y compartir mi vida con él. Darle algo a cambio. Aunque seguro que no lo entiendes.

—En realidad, sí que lo entiendo.

Coloqué las demás sillas en su sitio sin mirarla a los ojos.

—No podía aceptar su dinero —dijo en voz baja—, aunque tuviera mucho.

—¿Lo dejaste por el dinero?

—El problema no era el dinero, sino de donde venía. —Respiró hondo. Era evidente que no quería decir nada más—. No aceptaba de donde salía ese dinero.

Mientras mi madre me confirmaba lo que Stefanie había pensado, y lo que yo ya había sospechado la noche anterior, me invadió una maraña de sentimientos que era incapaz de desenredar. En parte era conmoción, un nudo en el estómago que se parecía mucho al que noté cuando Ronald me contó lo del infarto de mi padre. Pero sobre todo era rabia. El corazón me latía desbocado y me habría gustado poder darle una patada a algo. ¿Por qué mi padre no me había contado nada de eso cuando hablé con él? ¿Por qué me había pedido que volviera a abrir el caso de Otto Petersen? ¿Por qué había querido que hablara con Ronald? No tenía sentido. ¿Por qué quería que lo descubriera? Tenía el estómago encogido. Era como si alguien se hubiera puesto a hacerme nudos en los intestinos. ¿Quería que lo delatara? No estaba segura de poder hacerlo. Si lo hiciera, me delataría a mí también. ¡No podía perder mi trabajo para que él pudiera perdonarse! Cogí la última silla que me quedaba por poner en su sitio y la metí debajo de la mesa de un empujón. ¿Por qué tenía que seguir poniéndomelo todo tan difícil?

—¿De dónde salía el dinero? —le pregunté con sequedad.

—No puedo hablar de eso, es demasiado...

Esperé, pero no terminó la frase.

—Demasiado, ¿qué?

—No puedo decírtelo, Lotte. Por favor, no me obligues a hablar de eso. No puedo contarte esas cosas de tu padre.

Le di un abrazo, agradecida por que hubiera intentado protegerme de todo esto.

—¿Ya te vas? Te digo lo que quieres saber, ¿y ya te vas?

—Sí, mamá, tengo que volver al trabajo —le dije en voz alta.

Asintió.

—¿El sábado? Está bien, nos vemos el miércoles.

Me dio un beso en la mejilla.

—A ver si me da tiempo.

—¿Si te da tiempo? Claro, como ya no tengo nada más importante que decirte, ¿a lo mejor ni siquiera vienes el miércoles?

Me froté el brazo.

—Yo no he dicho eso.

—Pues lo parece.

—Mamá, de verdad que lo siento, pero no quería decir eso. Ya sabes cómo es cuando estoy en mitad de un caso.

—Eso es lo que siempre me decía él.

Se sentó a la mesa y volvió a abrir el periódico.

—Gracias por todo, mamá. Sé que no es nada fácil para ti.

Siguió leyendo sin contestar. Me levanté, le acaricié el pelo, me puse el abrigo y me fui. Bajé las escaleras de hormigón corriendo.

Pedaleando lo más rápido que pude me alejé de la zona nueva en la que vivía mi madre para volver a mi casa, al cordón que formaban las antiguas casas del canal. Tenía la espalda como si me estuvieran echando agua hirviendo por la médula espinal. Un caleidoscopio de sentimientos, desde tristeza hasta furia, tiraba de mí en muchas direcciones distintas.

Estaba nevando otra vez. Sin viento, los copos de nieve me rozaban las mejillas y las pestañas. Solté una mano del manillar y me la metí en el bolsillo para calentármela. La nieve empezó a caer con más fuerza cuando llegué al primer canal. Un coche me adelantó por la calzada estrecha y me empujó hacia fuera, cerca de los pequeños bolardos metálicos con la triple equis en relieve, que era el símbolo de Ámsterdam.

Mantuve la cabeza lo más agachada posible mientras seguía mirando hacia delante y enseguida pasé por Westerkerk. El azul brillante de los adornos de la aguja y el símbolo de Ámsterdam en negro y rojo fuerte destacaban sobre el gris recatado del resto del edificio. Tres calaveras sobre cada una de las puertas

laterales les recordaban a los feligreses la brevedad de sus vidas. Las tiendas de postales, que estaban cerradas durante todo el invierno, volverían a abrir a los pocos meses para acoger hordas de turistas. Llegarían personas de todo el mundo con sus cámaras a cuestas para inmortalizar el pintoresco corazón histórico de Ámsterdam, con sus canales y puentes, además de los sórdidos alrededores de la estación. Le echarían fotografías a la torre ligeramente inclinada de Westerkerk o el Homomonument dedicado a la comunidad homosexual, que estaba justo detrás de la iglesia del siglo XVII, y harían sus comentarios sobre la interesante mezcla de culturas de la ciudad.

Pero en enero, sin tantos turistas, la ciudad parecía desierta. No había vuelto a pasar ni un alma después del coche. En aquel tramo solo había casas altas por un lado y agua helada por el otro. Las únicas señales de vida eran las luces de las casas, que se imponían sobre la oscuridad de las nubes aunque todavía fuera por la mañana.

¿Debería llamar a mi padre? ¿Exigirle una explicación? ¿Decirle que, de todas formas, yo ya lo sabía? ¿Explicarle que tenía que protegerme, con lo que tendría que cubrirlo, aunque él no quisiera? No me había llamado. Estaba claro que no le importaba; que no quería hablar conmigo. Era como si lo estuviera viendo: mayor, encogido, delante de la puerta de su casa, diciéndome adiós con la mano, diciendo que se había alegrado de verme. Si se había alegrado, ¿por qué no me había llamado todavía?

Metí la bicicleta en la ranura vacía, até la rueda delantera a la barra de metal con la cadena y subí a mi casa. Tenía las mejillas mojadas por la nieve. Me quité los guantes, la bufanda y el abrigo, me puse las zapatillas, me tiré en el sofá y me quedé mirando la luz que entraba por la ventana. Me pesaba todo el cuerpo, hasta los dedos: era como si los tuviera atados con cuerdas y el núcleo de la tierra estuviera tirando de ellos. El bote rojo de las pastillas me llamaba desde la habitación. Me volvieron todos los recuerdos a la cabeza.

Ronald me había dicho que me parecía a mi padre. Me incorporé y miré la fotografía de la boda de mis padres que tenía en el aparador. Estaban muy jóvenes. No todos mis rasgos eran como los suyos, pero sí teníamos la nariz parecida, larga y aplastada en la punta. Así que también nos parecíamos en la personalidad, porque yo tampoco era capaz de distinguir el bien y el mal. Cogí la foto y me decidí. No podía decirle nada sobre él y el soborno al inspector jefe Moerdijk. No estaba dispuesta a crearle más problemas a mi padre y, sobre todo,

no estaba dispuesta a meterme en más problemas de los que ya tenía. Si mi padre quería descargar el peso de su conciencia, tendría que buscarse a otro confesor.

Me fui al despacho, cogí un lápiz y repasé con fuerza las débiles líneas que antes había trazado con ingenuo optimismo. Había aceptado dinero —me lo había dicho mi madre—, así que lo más seguro era que Anton Lantinga le hubiera pagado para que destruyera los informes.

CAPÍTULO 12

Estaba leyendo los informes de Otto Petersen al abrigo de mi escritorio cuando Hans entró. No veía a mi compañero desde el viernes por la mañana.

—Hans, lo siento —dije—. No debería haberte gritado.

Así debía de ser tener un hermano pequeño: primero te peleas con él y luego le pides perdón.

—No pasa nada, Lotte, ya me han gritado otras veces. Sobreviviré.

Colgó su abrigo junto al mío en el perchero que estaba al lado de la puerta.

—De todas formas, estuvo mal.

—No hace falta hablar de eso. —Me puso la mano en el hombro al pasar por detrás de mí para ir a su mesa. Intenté no sobresaltarme—. Sé que lo has pasado mal.

—Eso no es excusa —objeté—. Por cierto, hablé con el jefe el viernes. ¿Has hablado con él después?

—Sí, me dijo que habías descubierto a un nuevo testigo.

O sea, que la suerte estaba echada. No había vuelta atrás.

—Bueno, tampoco es que sea nuevo.

—Nuevo para él, supongo.

Asentí.

—Entonces ya es oficial. Reabrimos el caso tú y yo. Bueno, y esa tal Stefanie Dekkers.

—Vino a verme el viernes por la noche —le dije acercándome—. ¿Te lo puedes creer? Hasta tuve que invitarla a una copa.

—Lo que no me puedo creer es que le abrieras la puerta.

Sonreí y me tapé la boca con la mano para esconder el inesperado sentimiento.

—Apuesto a que solo quería ver mi casa. Y tú, ¿qué tal el fin de semana?

—He ido a ver a mis padres. —Se pasó las manos enormes por el pelo del color de las peladuras de patata y se acomodó mejor en la silla, que apenas podía contenerlo—. Siguen dándole vueltas a lo de vender. Dicen que se están haciendo demasiado mayores para labrar las tierras y ocuparse del ganado y que no tiene sentido seguir adelante si ninguno de nosotros queremos hacernos cargo de todo aquello. —Se rascó la nuca—. He estado pensando mucho en eso...

—No deberías.

—Si creyera que se me pudiera dar bien, tal vez lo haría.

—Pero Irene no querrá dejar su trabajo.

Hans y su novia iban a casarse en abril y la verdad es que no me la imaginaba como la mujer de un granjero. La conocí a las tres semanas de entrar en la unidad. Acabábamos de empezar a trabajar en el caso de Wendy Leeuwenhoek y Hans me invitó a su casa a cenar. Me dijo que Irene quería conocerme y supuse que querría saber cómo era la compañera de su novio. En realidad, no tenía nada que temer porque, aunque fuera la última en llegar, les sacaba más de diez años a los dos. Pero me equivoqué, no quería conocerme por eso. Estaba obsesionada con Wendy Leeuwenhoek y quería saber cómo eran sus padres, pero no le conté nada que no supiera ya por la interminable especulación de los periódicos y las entrevistas que los padres concedían todos los años para que nadie se olvidara de su hija.

La casa de Hans, que estaba en una de las zonas periféricas de la ciudad, era agradable y las paredes estaban llenas de fotos de sus padres, la casa de labranza, las tierras y el ganado, pero no me imaginaba a Irene como la mujer de un granjero. Ella era médico, trabajaba en el VU Hospital y había sudado sangre para llegar hasta donde había llegado. Tenía que resultar muy difícil construir una vida entre dos personas que trabajan por turnos. Yo había pasado cinco años en la unidad anterior, pero nunca había ido a la casa de ninguno de mis compañeros. Cuando estaba casada, habría tenido que ir con Arjen, pero él nunca se mostró muy dispuesto a pasarse toda la noche hablando con mis compañeros y tener que aguantar nuestra jerga, así que después de declinar las primeras invitaciones, no volvieron a invitarme.

La semana anterior, Irene quiso que fuera a cenar con ellos para darme las gracias por haberle cambiado el turno a Hans en Navidad. Me invitó a ir a su casa en Nochevieja, pero yo le dije que tenía otros planes. Pensé que querría presentarme a alguno de sus amigos y no me sentía con fuerzas para pasarme toda la noche charlando alegremente con un desconocido que se suponía que tenía que gustarme pero al que inevitablemente no tenía intención de volver a ver.

—Me dijo que podríamos intentarlo. La ganadería mueve mucho dinero.

—Ni se te ocurra dejarme sola con Thomas. Si te vas, seríamos un equipo de dos.

—Hola, Lotte. Hola, Hans.

Me volví como una estudiante traviesa.

—Hola, Stefanie. ¿Estás lista?

—Geert-Jan Goosens. Vamos allá.

—Si os puedo ayudar en algo... —dijo Hans.

—Podrías buscarnos algunas fotografías —le dije y señalé la pizarra.

Cogí la pistola, me ajusté el cinturón con la funda y me puse la chaqueta por encima. El problema con las chaquetas era que nunca quedaban bien porque no estaban hechas para tener ese bulto en la cadera. Cuando empecé a trabajar de paisano era joven y quería vestir bien, así que intentaba buscar ropa con la que pudiera esconder el arma. Dejé de intentarlo después de un incidente en los probadores de C&A. Estaba mirando si se me veía el arma por debajo de la chaqueta que me estaba probando, desabrochándomela, dándome la vuelta, ajustándome el cinturón con la pistola para que cayera bien en la cadera, cuando una dependienta me vio por la rendija de la cortina que no había cerrado bien. Nos miramos directamente a los ojos a través del espejo. Si no le hubiera enseñado el distintivo en ese mismo momento se habría puesto a gritar y habría llamado a la policía. Desde entonces, simplemente me compro una talla más.

Geert-Jan Goosens trabajaba en uno de los edificios de cristal y metal del parque tecnológico de Ámsterdam como director del departamento de investigación del

Chicago Bank.

—El que tenga ese cargo tiene que estar a un paso de tener su propia empresa — le dije a Stefanie.

Se me habían taponado los oídos en el ascensor, a mitad de camino hacia la trigésima planta.

—Tiene cincuenta y siete años —me dijo—, y hace un par de años que le vendió su empresa al Chicago Bank. —Había hecho los deberes por mí—. Es un cargo honorario, más que nada. Lo han mantenido en un nivel alto, probablemente por sus contactos. Su red de peces gordos y esas cosas.

Nos llevaron al enorme despacho que Geert-Jan Goosens tenía en una de las esquinas del edificio pasando por delante de filas y filas de hombres jóvenes y unas pocas mujeres también jóvenes. Muchos de ellos estaban hablando por teléfono, pero todos miraban a sus pantallas. Me sentí mayor entre ellos. ¿Qué posibilidades habría tenido mi padre para entenderlos? Independientemente de lo que pensara de ella, Stefanie me era muy útil como guía e intérprete del mundo de las finanzas.

Geert-Jan Goosens estaba sentado tras una mesa de despacho inmensa; incluso parecía que la habían hecho así con el único objetivo de intimidar. Tenía una pila de papeles en una esquina, un ordenador en la otra y una hoja de papel secante en el centro, pero por lo demás, solo se veían acres de madera delante de él. Era un hombre muy corpulento, casi tanto como para hacerle justicia al escritorio. Cuando se levantó, calculé que debía de medir alrededor de dos con diez metros. A juzgar por el traje de chaqueta bien entallado, parecía que toda aquella masa corporal era deliberada, como si hubiera tenido que esforzarse mucho para conseguirla.

Le di la mano, me acerqué a la ventana, miré el paisaje y sin que nadie se diera cuenta me limpié la palma de la mano en la pierna. Fuera, treinta plantas más abajo, la gente y los coches eran tan pequeños que parecían de Lego. Desde aquella distancia era como si sus vidas no fueran reales y carecieran de importancia. Seguramente por eso a los altos mandos les gustaban aquellos edificios tan altos; desde allí arriba podían ignorar a la gente común, pensar que no eran más que juguetes, mientras que ellos eran los que tomaban las grandes decisiones. Las persianas despedían un ligero olor a puro. Me imaginé a Goosens

por las tardes, con la puerta cerrada porque incluso para un director era ilegal disfrutar de un puro en su despacho para celebrar un buen acuerdo. Después de todo, tampoco sería para tanto saltarse la ley que protegía a los insignificantes hombres y mujeres que trabajaban limpiando la oficina.

Cuando se oyeron las patas de una silla arrastrando por el suelo supe que Stefanie se había sentado enfrente de Goosens. Me di la vuelta. Me pidió que me sentara a su lado, pero yo me quedé de pie, observándolos a los dos desde donde estaba. Podía hacer lo que quisiera; yo también podía romper las reglas. Me recosté sobre el alféizar. La situación era perfecta: Stefanie y Goosens, uno enfrente del otro, como el presentador de un programa televisivo y su huésped separados por la barrera que formaba el escritorio, y yo, la audiencia, fuera de su espacio.

Goosens comenzó la conversación.

—Otto Petersen, ¿eh? Espero que sepan algo de economía, no como aquel idiota que estaba investigando antes. ¿Cómo se llamaba?

—¿Inspector Huizen? —dijo Stefanie.

—No, no era ese. El de la policía de Ámsterdam.

—¿Moerdijk?

—Sí, ese. Un perfecto idiota.

La voz de Goosens llenó toda la oficina al llamar a nuestro jefe idiota. Me imaginé que aquella voz podría llegar a llenar la planta entera e incluso romper los cristales de la ventana si se lo proponía.

—¿En qué sentido? —preguntó Stefanie, que cruzó los brazos y empezó a mover el pie en el aire.

—No dejaba de insistir en lo del dinero. Decía que había desaparecido y que tenía que tenerlo yo —dijo Goosens y soltó una carcajada—. ¿Se lo imagina? Pero qué va, si todavía tuviéramos ese dinero no habría problema.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Lo perdimos, por supuesto.

Stefanie asintió. Se saltó cinco golpes con el pie y preguntó:

—¿Cómo?

Goosens cogió un bolígrafo retráctil y pulsó la parte superior.

—Otto hizo una mala inversión.

Cogió unos cuantos folios del montón de la esquina y empezó a leer al tiempo que garabateaba algo con el bolígrafo, que parecía diminuto entre aquellos dedos enormes cuyas yemas gruesas eran como zanahorias puestas del revés.

—Necesitaría más detalles, por favor.

Tras levantar la mirada un segundo, comenzó a escribir de nuevo.

—Ya se lo expliqué todo al otro policía y no lo entendió. No tiene sentido tener que repetirlo todo otra vez.

Entre sus labios carnosos se formó una diminuta sonrisa. El de arriba era todavía más grueso que el de abajo, aunque los dos seguían siendo proporcionalmente pequeños dentro de la enormidad de la cara.

—Caballero, por favor, conteste la pregunta.

Firmó los papeles que estaba leyendo, dejó el bolígrafo en la mesa y miró a Stefanie.

—¿Qué le parece si se lo escribo todo y se lo mando por correo electrónico para que alguien que pueda entenderlo le eche una ojeada?

Stefanie puso los dos pies en la mesa y se recostó en la silla.

—Responda ahora —dijo con tranquilidad y determinación.

—Ya le he dicho que no tiene sentido. —Cogió más papeles del montón—. Usted no lo entendería y yo no haría más que perder el tiempo.

—Si lo prefiere, también puede acompañarnos a la comisaría para que podamos

seguir hablando allí.

Goosens volvió a coger el bolígrafo, lo pulsó tres veces por la parte de arriba y tachó algo de la primera hoja.

—Supongo que no sabe lo que es una *call*.

—Sé lo que es.

—No me refiero a una llamada telefónica.

—Ya sé a lo que se refiere.

Goosens resopló, le dio la vuelta a la hoja y escribió algo en la siguiente.

—Bueno, pues Otto las vendió a finales de 1994, cuando la bolsa bajó, pero enseguida volvió a subir, de modo que perdió mucho dinero y el fondo se esfumó. ¿Contesta eso a su pregunta?

—¿Por qué no cerró la posición?

Goosens levantó las cejas. Yo no la había entendido, así que supuse que sería algún término jergal.

—Dijo que la había cerrado. ¿Hemos terminado? Tengo una reunión dentro de cinco minutos.

Stefanie ni se inmutó.

—Pero usted tenía que estar al corriente.

—¿De qué?

—De las posiciones que tenía. Tuvieron que hablar de ello.

—Le pedí que las cerrara cuando ya había perdido veinte millones en bolsa. Él me dijo que lo había hecho, pero no era verdad.

—¿Había trabajado antes con Otto Petersen?

Goosens se levantó, irguió su enorme mole y habría ido hacia la ventana si yo no

hubiera estado allí. Dio un paso hacia mí, pero al verme se desvió hacia la librería que tenía detrás de la mesa.

—Estuvimos tres años en ABN antes de fundar Petersen Capital.

—¿Por qué no Goosens Capital?

Apoyó el brazo en un estante que crujió por el peso y apretó los labios antes de decir lo que no quería decir.

—Otto puso casi todo el dinero —admitió.

Se metió la mano en el bolsillo como si quisiera proteger las monedas que pudiera llevar.

—¿O sea que él tomaba las decisiones sobre las inversiones?

—No, él gestionaba una cartera, Europa, y yo la de Estados Unidos.

Una cartera, como las de los *tipsters*. Corredores de apuestas, pero con una posición más alta en la escala social. Goosens empezó a tamborilear con los dedos en el estante.

—Pero tomaba las decisiones para Europa.

—Sí.

—Entonces, ¿no hubo nada insólito en lo que hizo?

Goosens guardó silencio.

—Cuando decidió no cerrar la posición —continuó Stefanie—, era su cartera, ¿no? O sea, que podía hacer lo que quisiera.

—Sí, pero debería habernos informado a los inversores y a mí, no falsear las declaraciones.

—Claro.

Volví a mirar por la ventana. Otto Petersen como superior, más poderoso que aquel hombre, creaba un perfil distinto. No era alguien que había hecho algo que

Goosens le hubiera pedido, sino que era un socio superior a él, el que puso el capital, el que tenía el dinero en un mundo en el que eso era lo único que contaba.

—¿Hemos acabado? Tengo que irme.

—¿Era típico de él? —dije mirando por la ventana.

—¿Cómo?

—Me refiero a Otto Petersen. Falsear la información, mentirle a usted y a los inversores, ¿era típico de él? —Me di la vuelta—. ¿Había hecho algo parecido alguna vez?

Goosens se apartó de la librería.

—No —contestó con aspereza—, no creo. En mi opinión, la situación se le fue de las manos. Estaba perdiendo dinero, la empresa que había fundado y todo su capital, y no sabía qué hacer. A lo mejor la que le dijo que mintiera fue su mujer, no me sorprendería en absoluto, o tal vez pensó que la suerte podía cambiar. Solo tenía que esperar a la siguiente jugada, otro lanzamiento de los dados, un nuevo cambio en el mercado, y nadie llegaría a enterarse jamás. Pero la suerte no cambió.

—Le agradezco su colaboración —dijo Stefanie al tiempo que se levantaba, pero sin darle la mano.

Yo tampoco se la di y me limité a seguir a Stefanie a lo largo de los pasillos que formaban las filas de mesas en las que otros seguían lanzando los dados.

—Es un sapo gordo y resbaladizo —comentó Stefanie cuando nos metimos en el coche—. A ver si encuentro los datos sobre la inversión que causó la pérdida. Pero, por desgracia, parece que Goosens no tenía ningún móvil, si es que lo que nos ha contado es verdad —dijo antes de ponerse el cinturón de seguridad.

En la calle, el paso de los coches y los tubos de escape habían teñido la nieve de gris.

—Hay muchas razones por las que Geert-Jan Goosens habría querido matar a Otto Petersen —rebatí—. Para cuando soltaron a Otto, Goosens ya había

fundado su propia empresa. Y si era suya, no tenía nada que ver con Anton Lantinga.

—Exacto. Lantinga y él fundaron cada uno su propio fondo de inversión.

—Entonces no tendría ningún interés en tener a su antiguo socio en la calle, contando su versión de los hechos en los mismos clubes, en los mismos campos de golf y en los mismos bares.

—Supongo que ahora entenderás por qué quiero coger a alguno de ellos. —Stefanie se paró en un semáforo en rojo y me miró—. A alguno de los grandes, de los que se creen omnipotentes, de los que se creen que están por encima de todos y de todo, incluso de la ley.

—Mira en los informes de la primera vez que se investigó el fraude —señalé—. Ahí tiene que estar toda la información sobre las inversiones.

El semáforo se había puesto en verde y ya estábamos de nuevo en camino.

—Es verdad, ahí lo encontraré todo. ¿Y qué sabemos de Lantinga? Es una pena que esté en Nueva York.

—Volverá pronto.

—Espero que no se dé a la fuga.

—Si lo hace estaría admitiendo que es culpable. Estoy segura de que Anton Lantinga estará de vuelta cuando nos ha dicho.

Stefanie quiso pararse en un centro comercial para tomarse un café. No era el lugar que yo habría elegido para tomarme una dosis de cafeína, pero no tenía ganas de discutir. Me bebí el mío despacio, disfrutando del sabor amargo y la sensación de calor en la lengua. La cafeína me corrió por las venas y me despejó un poco. Los ruidos de la cafetería eran molestos, como una sábana áspera hecha de sonidos que nos envolvían, pero no me importó.

—¿Quieres saber lo que significaba toda esa palabrería sobre inversiones? —me preguntó Stefanie.

En realidad, no. Solo quería descansar y disfrutar del café.

—Sí —mentí.

—¿Sabes lo que es una *call*?

—No.

Un camarero pasó con una bandeja llena de bebidas, varias cervezas, unos cuantos cafés y dos porciones de tarta. Parecía tarta de manzana y tenía buena pinta. Si hubiera estado sola me habría pedido una, pero en aquel momento, con Stefanie, estaba segura de que no me habría dejado comérmela en paz.

—Las opciones *call* son derechos de compra. Te permiten comprar algo a un precio determinado, que se llama precio de ejercicio.

El camarero le llevó las bebidas a un grupo de estudiantes que estaban en la esquina, saltándose las clases para dedicarse a la vida social.

—Así que, si compras una opción *call* es porque esperas que el mercado vaya al alza. Por ejemplo, imagínate que compras una opción *call* sobre acciones de Shell a un precio de ejercicio de cien euros, por lo que tendrías derecho a comprar una acción de Shell a cien euros. Si el precio de la acción supera los cien euros, con tu *call* le sacas dinero, porque tienes derecho a comprar por cien euros cuando en ese momento vale más. Entonces se dice que tu opción está *in the money*.

En la mesa que estaba detrás de Stefanie, una mujer con un montón de bolsas alrededor de la silla estaba intentando que la hija, de unos cuatro o cinco años, se tomara un zumo de manzana. La pequeña llevaba dos coletas atadas con gomillas adornadas con copos de nieve.

—Así que, si vendes una opción *call*, como hizo Otto Petersen, consigues dinero en el momento, pero tienes que venderla al precio de ejercicio de la opción. O sea, que si la has obtenido con un precio de ejercicio de cien euros, tienes que venderla por cien euros aunque el precio en bolsa haya subido a doscientos.

La niña se estaba bebiendo el zumo con una pajita roja..., no, no se lo estaba bebiendo, estaba haciendo burbujas en el vaso. La madre se tomó el café con leche y miró por la ventana a la gente que estaba fuera del centro comercial.

—Fue una estrategia que le funcionó durante mucho tiempo, ya que Otto

conseguía dinero por la venta de acciones que luego caían hasta quedarse prácticamente sin valor. Pero con el paso del tiempo, el éxito se convirtió en fracaso, porque al ganar más, también tenía que invertir más. Hasta que todo se fue a la mierda. Petersen vendió la última *call* del AEX, el Amsterdam Stock Exchange, los precios se dispararon y perdió una fortuna. Y la empresa entró en quiebra.

Cuando la niña sonrió vi que le faltaban las dos paletas.

—¿Así se entiende mejor?

Aparté la vista de la niña y miré a Stefanie.

—Sí, mucho mejor, gracias.

La madre metió un dedo por debajo de una de las coletas de la niña y empezó a enrollarse el pelo alrededor del dedo hasta que la coleta desapareció y luego lo soltó. La coleta se convirtió en un tirabuzón. La niña movió la cabeza de un lado a otro, se metió un dedo en la boca y se volvió a alisar el pelo con el dedo mojado.

—Mamá, no me gustan los rizos —protestó en voz alta.

Sonreí. Y la madre también. Nos miramos.

—Desde luego, para Petersen habría sido mejor quebrar que terminar en la cárcel. Tenía que saber que el mercado iba a cambiar —dijo Stefanie.

La madre me miró otra vez y volvió a sonreír.

—Termínate el zumo, tesoro —dijo—. Tenemos que ir a por papá.

—Tiene que ser Anton Lantinga —concluyó Stefanie—. Deberíamos presentar el caso ante el comité para que se nos asigne un equipo de verdad y detener a Lantinga en cuanto llegue a Schiphol.

—Por ahora, el inspector jefe quiere que nos encarguemos Hans, tú y yo —le dije.

Stefanie se terminó el café.

—Sí.

Yo también me lo terminé. Estaba deseando irme.

En la oficina, Hans ya había empezado a dibujar su esquema en la pared. La pizarra que teníamos delante de nuestras mesas estaba llena de fotografías y líneas negras. La víctima ocupaba el lugar central. El esquema era distinto del que yo había hecho en mi casa y eso era lo más importante, que cada uno lo veía a su manera. Las líneas de Hans eran espirales con punta de flecha, como cables de teléfono que se alargaban por la pizarra. Había puesto las fotografías de dos hombres arriba.

El segundo era Goosens, pero no reconocí al primero: un hombre de mediana edad con un esmoquin.

—¿Quién es ese? —pregunté señalando la fotografía.

—Anton Lantinga, el financiero filantrópico la noche del estreno de *Tosca* en el Concertgebouw —leyó.

Claro. Los dos hombres que habían fundado sus empresas sobre las ruinas de Petersen Capital, Anton Lantinga y Geert-Jan Goosens, estaban en lo más alto del esquema de Hans. Los antiguos socios de Otto ocupaban el espacio que yo le había reservado a Karin, la viuda de Otto Petersen. Stefanie era la que nos hacía fijarnos en el dinero.

Stefanie se acercó a la pizarra para observar la fotografía de cerca.

—No ha cambiado mucho —dijo—. Está más tranquilo que la última vez que lo vi, pero mantiene ese halo de dinero.

Karin también estaba despampanante con su vestido azul marino sin mangas.

—¿Son de la misma noche?

—Sí, un acto benéfico para Unicef. Por lo visto, hace muchos.

En la fotografía que Hans había pegado al lado de Anton se veía a Geert-Jan Goosens con una débil sonrisa y una pluma en la mano; era como si estuviera a punto de firmar la nómina de alguien y se regodeara al compararla con la suya.

—Será de un folleto corporativo, supongo —dije—. Sigue teniendo la misma mesa.

Hans se rio.

—¿Cómo lo hacíamos antes de Google?

—Es mucho más fácil con la gente a la que le gusta la publicidad —contestó Stefanie mientras cogía la silla de Thomas y se sentaba.

Yo me apoyé en su mesa de cara a la pared. Hans tenía el rotulador en la mano y estaba delante de la pizarra como un profesor de Geografía, joven aunque entrado en carnes, y con las mangas tan cortas que llevaba las caderas por encima de su sitio.

—No pega, ¿verdad? —dije al tiempo que cogía un bolígrafo de la mesa de Thomas y empezaba a jugar con él.

—¿Quién?

—Otto Petersen. Destaca como un dedo escayolado.

—Bueno, eso es porque es el único que está muerto —se rio Stefanie.

—No me refiero eso —repliqué y me levanté—. Miradlo: gordo, con la barba de dos días...

—Acababa de salir de la cárcel —rebatía Hans mientras daba unos golpecitos con el rotulador sobre la fotografía—. Es normal que parezca distinto.

—Quiero ver otra foto. Quiero una en la que se vea cómo era hace diecinueve años, cuando todavía era rico y poderoso, como los demás. —Miré a Stefanie—. Tiene que haber alguna en el expediente del primer caso Petersen Capital.

—No hace falta. Es evidente lo que pasó.

—Coge todo el expediente cuando lo consultes.

Me senté en el borde de la mesa sin que los pies me llegaran al suelo.

—Iré a por él mañana. —Se recostó en la silla, como si temiese que fuera a

mandarla a por el expediente en ese mismo momento—. Pero ese esquema habla por sí solo. El caso está clarísimo, ¿no? Otto Petersen organiza todo para ver a Anton Lantinga al salir de la cárcel, furioso por que su amigo se haya estado acostando con su mujer mientras él estaba dentro. Le pide a Karin que vaya a recogerlo para quitársela de en medio y poder hablar con Anton cara a cara. Pero las cosas se le van de las manos, discuten y Lantinga le dispara a Petersen. Lo ve Wouter Vos. Caso resuelto. Ahora lo único que tenemos que hacer es ver si podemos pillar al viejo ese, Piet Huizen, por aceptar sobornos u obstaculizar la justicia.

Se levantó, le cogió el rotulador a Hans y escribió el nombre de mi padre en la pizarra.

—Dejadlo en paz.

Era muy distinto ver su nombre allí puesto. Una cosa era escribirlo en la intimidad de mi casa y otra muy distinta era que lo pusieran en la pizarra de la oficina.

—No podemos.

—Claro que podemos.

—No, no podemos. El inspector jefe Moerdijk quedará como un idiota si no hacemos algo contra la policía de Alkmaar —replicó Stefanie, que completó el esquema haciendo una flecha entre mi padre y Anton Lantinga.

—¿Por qué?

No podía apartar la mirada de aquella flecha, que además me recordó a lo que me había dicho mi madre sobre el dinero de mi padre.

—Es un caso demasiado fácil como para que Moerdijk no consiguiera resolverlo. No sería bueno para él.

—¿Y a ti qué más te da? —empecé a decir, pero Hans se sentó a mi lado y me pinchó con un bolígrafo, así que me callé.

—Si no es bueno para él, no es bueno para mí —me soltó—, y no estoy dispuesta a arriesgar mi carrera por un policía jubilado. Tenemos que dejar bien

claro que los informes no nos llegaron, así que tenemos que ponerle las cosas difíciles a la policía de Alkmaar. —Dejó el rotulador al lado de la pizarra y se limpió las manos en la falda—. Nos vemos mañana.

Esperé hasta que se dejaron de oír sus pisadas para levantarme y borrar el nombre de mi padre.

—Stefanie tiene razón —dijo Hans—. Eso le facilitaría las cosas al jefe.

Negué con la cabeza.

—Lo veo difícil.

—¿Crees que no hizo nada?

—No lo sé.

Volví a mi mesa. Hans me miró.

—No lo sé —dije un poco más alto—. Lo retiraron del caso porque lo jubilaron. Lo obligaron a jubilarse. A lo mejor estaba enfadado y solo quería hacer esperar a los de Ámsterdam en vez de servirles el caso en una bandeja de plata. Luego tuvo el infarto y no pudo enmendar nada. ¿Quién sabe? Pero es imposible que Lantinga tuviera nada que ver con todo eso.

Y allí estaba, mi primera mentira para cubrir a mi padre. Y además era la mejor de las mentiras, con una parte de verdad. Una mentira que hasta yo podía llegar a creerme.

Hans se encogió de hombros y se dio la vuelta en la silla.

—Si tenía los informes debería estar en la pizarra —farfulló mirando al ordenador.

Al contrario que Stefanie, pensé con amargura, yo sí estaba arriesgado mi carrera por un policía jubilado.

—Ah, se me olvidaba —añadió Hans sin dejar de mirar a la pantalla—, Thomas ha estado aquí. Volverá al trabajo mañana.

Por la noche, en casa, las cortinas ocultaban el mundo exterior. La foto de boda de mis padres ocupaban el puesto de honor en la repisa. Mi madre la odiaba, así que solía esconderla cuando venía a casa; por su bien y por el de la foto. Yo la entendía. De hecho, no había más fotos en el piso. La de mi boda desapareció en una hoguera de llamas felizmente destructoras.

Conseguí la foto de mis padres un sábado, tres décadas antes. Mi madre y yo salimos a dar un paseo y, cuando volvimos, nos pusimos a limpiar y ordenar. Salieron cajas que llevaban años sin ver la luz del sol. Salió ropa que nunca se había puesto. Me llamó la atención una caja turquesa y quise abrirla, pero mi madre se adelantó. Sabía lo que había dentro. Cuando la abrió, el olor polvoriento de secretos de familia flotó en el aire. Escondida entre un montón de aburridísimas fotografías de miembros de la familia que era mejor no recordar estaba la foto de boda de mis padres, en un marco de plata precioso. A mi madre le encantaba el marco, pero odiaba la foto. No le gustaba verse al lado de mi padre, los dos tan jóvenes y con aquella sonrisa de esperanza y felicidad que la frustración le arrancaría de cuajo en pocos años, igual que me había pasado a mí. No le gustaba verse cogida de su brazo mientras él la rodeaba con el otro por la cintura, prueba de que hubo un tiempo en que disfrutaba con un contacto físico tan cercano. Quise quedarme con aquella foto en cuanto la vi. Faltaba una semana para que empezara el régimen de visitas y quería ver cómo era aquella figura prohibida, el hombre del que jamás hablábamos, pero al que me parecía tanto que su participación en mi creación resultaba evidente. Era el primer recuerdo que tenía de haberle mentado a mi madre. Le dije que quería la foto porque parecía una princesa. Que estaba guapísima. Conforme iba formando tímidamente aquellas palabras, temía que mi madre descubriera la mentira y rompiera la foto para castigarme. Pero la deslizó por la mesa. La cogí y salí corriendo a mi cuarto, porque no quería que se diera cuenta de lo contenta que estaba. Ella se quedó con el marco.

Cogí la foto de la repisa, con su modesto marco negro, y la acerqué a la luz. Mi padre era mucho más alto que mi madre. Le quité el polvo con la manga de la chaqueta. Me estaba arriesgando mucho por él. Si alguien descubriera lo que estaba haciendo, me suspenderían inmediatamente. Me senté en el sofá con la foto en la mano. Si perdiera el trabajo, ¿qué iba a hacer? Incluso trabajando, lo que me permitía mantener un contacto diario con mis compañeros, se me hacía muy difícil seguir adelante. ¿De verdad que mi padre se merecía que me jugara todo aquello?

Me fui al despacho y cogí un bolígrafo para terminar el esquema. El trabajo era lo único que me daba estabilidad, lo único que me ayudaba a no perder la cabeza. Cuando estaba trabajando era otra persona. Era capaz de pensar con claridad y tener un objetivo en la vida. Sabía que estaba haciendo algo importante, algo que merecía la pena. Además, el tener que fingir que todo iba bien de algún modo me ayudaba a soportar el paso de los días, como si lo que estaba fingiendo se hiciera realidad. Solo hablaba del caso en el que estábamos trabajando. Era como si intentar descubrir a un asesino me ayudara a olvidar que me había acostado con uno.

Borré el apellido de Karin Petersen con t pex. Sopl  sobre el líquido denso para que se secara. Si no trabajara, mi vida se quedará vacía, exactamente igual que mi vientre, igual que se quedará mi mente. Mi madre vendr a para atizarme, me dir a que tenía que buscarme otro trabajo, que estaba tirando mi vida a la basura. Se sentar a frente a mí, me mirar a hasta que toda la cara se le plagara de arrugas de preocupación, pero no me entender a. Mis días se volver an tan oscuros como ya eran todas mis noches. Me pasar a todo el día mirando al techo, contemplando mis errores como los caballos de un tiovivo.

Hasta que no pudiera más.

Escribí el nuevo apellido de Karin en el recuadro. Al lado puse: «Su marido se asegur  de que no estuviera en casa». Añadí una línea curva entre los cuarenta millones de euros que habían desaparecido y Geert-Jan Goosens, y anot  su declaración de que el dinero se había perdido en bolsa.

Mi madre me dir a también que el trabajo era lo que me había llevado a estar como estaba. Y tendría parte de razón. Ahora que Thomas volvía al trabajo, estaba más preocupada que nunca por que alguien llegara a descubrir lo que había hecho.

CAPÍTULO 13

Al día siguiente, Stefanie estaba dándonos una clase sobre los caprichos del mercado de valores y las inversiones financieras. Yo era muy mala estudiante, pero como estábamos todos juntos en eso intenté hacer como si la estuviera escuchando. Lo mismo hacía Hans, o a lo mejor a él le interesaba de verdad.

—Tenemos que rastrear el dinero —dijo Stefanie. Por lo menos no se había dado cuenta de que había quitado el nombre de mi padre de la pizarra—. Así que tenemos que indagar. Según Goosens, se perdieron cuarenta millones de euros en bolsa.

Escribió la cantidad en el centro de la pizarra y la rodeó con un círculo; por arriba, la línea no se tocaba, pero ya la arreglaría yo cuando se fuera.

—El inspector jefe Moerdijk creía que lo tenía Goosens —añadió y escribió el nombre debajo—. Y Goosens dice que se perdió en una única inversión. —Se volvió hacia Hans y señaló con el rotulador—. Es posible. He estado mirando las cotizaciones del AEX a principios de 1995. Hubo un cambio muy fuerte en el mercado. Si estaba del lado equivocado pudo costarle mucho dinero. Para perder cuarenta millones tenía que tener una posición de... —Se volvió hacia la pizarra como una buena profesora y escribió los cálculos: números enormes con signos de multiplicación, divisiones, sumas y restas—. Estas serían cifras normales. —Se encogió de hombros—. Es posible —repitió.

Como en el colegio, los números me hicieron perder el interés enseguida.

—¿Has podido mirar el expediente del primer caso Petersen Capital? —pregunté—. ¿Has visto las pruebas?

—Lo tengo en mi despacho. Si quieres, podemos mirarlo juntas.

—No, a ti se te dan mucho mejor los números.

—Entonces, ¿qué es lo que queremos saber?

Escribió «1.» en la pizarra y me miró.

—¿Qué pasó con el dinero? —respondí obediente y Hans sonrió.

—Muy bien. —Lo escribió y volvió a darse la vuelta hacia mí—. Pero ya hemos visto que pudo perderse en bolsa.

Esperó a que asintiera, así que asentí. Luego dibujó una flecha irregular entre la palabra «dinero» y los cálculos que acababa de hacer antes de escribir «2. ¿Qué sabía Goosens?» sin preguntarnos.

Yo no tenía ni idea de cómo íbamos a descubrirlo y volví a pensar en que Thomas estaba a punto de llegar. Durante las semanas que siguieron al descubrimiento del cuerpo de Wendy, Thomas y yo apenas habíamos hablado. Él estaba molesto desde el principio por tener que volver a trabajar en el caso Leeuwenhoek. Bueno, no, eso no es verdad. Él entendía por qué teníamos que repasar el caso. Después de todo, solo faltaba un mes para el decimoquinto aniversario de la desaparición. Todos los periódicos volverían a publicar un montón de fotos y criticarían el trabajo de la policía por no haber sido capaz de descubrir qué pasó. Teníamos que demostrar que estábamos haciendo algo. Lo que a Thomas le molestaba era la forma en que el jefe había distribuido el trabajo. A Hans le había pedido que investigara a todos los pedófilos conocidos de la zona, a mí me pidió que me encargara de los padres y a él le dijo que tenía que volver a escuchar las cintas, que era lo que nadie quería hacer: revisar lo que había hecho el equipo anterior y encontrar los errores que habían cometido nuestros compañeros. Pero todos sabíamos que eso era lo que a Thomas se le daba mejor: detectar matices en las voces y en los rostros que a otros les habían pasado desapercibidos, fisgonear en los errores de los demás.

—Y habría que ver cómo descubrimos el fraude en la primera investigación —añadió Hans.

—¿Puede que Geert-Jan Goosens fuera a denunciarlo a la policía? —pregunté apartando de la mente la idea de que Thomas pudiera descubrir mis errores.

—Quién sabe. Si podía incriminar a Petersen manteniendo su reputación intacta, puede que lo hiciera —dijo Hans.

—Tienes razón —concordó Stefanie—, tenemos que saber cómo lo descubrimos. Los casos de fraude solo se parecen a los de la droga en una cosa: necesitas que alguien te informe. Se necesita un chivatazo. El soplo de un empleado desairado si estamos hablando de finanzas o de un miembro de la banda cabreado en el caso de las drogas.

Me llamaron por teléfono. Los de recepción me dijeron que era Piet Huizen. Les pedí que me lo pasaran.

—Lotte Meerman —dije.

Hans y Stefanie estaban concentrados en la pizarra, pero no quise arriesgarme y atendí la llamada con el saludo oficial.

—Hola, Lotte —dijo mi padre—. He estado pensando en los informes.

—¿Y?

—No entiendo cómo pudieron perderse. Vinieron dos policías a por ellos y se lo di todo.

—Ya.

Quería decirle que no iba a ayudarlo a confesar, que tendría que buscarse a otra persona para eso. Quería decirle que dejara de mentirme. Me puse a dibujar círculos en la libreta, cada vez más chicos y apretados, hundiendo el bolígrafo en el papel.

—Pero tú dices que las cajas no llegaron a Ámsterdam.

Me llamaron por la otra línea. Tapé el teléfono con la mano y le pedí a Stefanie que lo cogiera en la mesa de Thomas.

—Deberías hablar con ellos —estaba diciendo mi padre.

—¿Te acuerdas de cómo se llamaban?

Stefanie intentó llamarme la atención pero la ignoré.

—Sí, claro. Me acuerdo de todo lo que pasó aquel día —dijo y se rio—. He tenido mucho tiempo para pensar en todo aquello. —Se notaba que estaba intentando parecer sincero.

Stefanie colgó y gesticuló como si fuera urgente. Cuando vio que seguía sin hacerle caso, arrancó una hoja de mi bloc de notas, escribió algo y se inclinó sobre mi mesa.

—¿Y quiénes eran? —lo apremié.

Stefanie me puso el papel debajo de la nariz. «Lantinga está en el aeropuerto», decía. Me volví hacia ella y fruncí el ceño.

—Un día antes —susurré.

Stefanie asintió.

—Un hombre y una mujer.

—Espera, espera. —Arranqué la hoja de los garabatos de la libreta y dije—: Dime.

Me picaba la curiosidad.

—El hombre se llamaba Freek Veenstra y la mujer era Stefanie Dekkers.

—¿Stefanie Dekkers? ¿Estás seguro?

Me volví para mirarla. ¿Mi padre la conocía?

Stefanie levantó las cejas al oír su nombre.

—¿Qué? —susurró.

Negué con la cabeza para decirle que todavía no podía hablar.

—Sí, completamente seguro —afirmó mi padre.

—Stefanie está aquí.

—Entonces, se acordará.

Tapé el teléfono con la mano, aunque no del todo, para estar segura de que mi padre oyera la negativa que estaba a punto de llegar.

Me aclaré la voz y le pregunté a Stefanie:

—¿Tú fuiste a recoger los informes de Piet Huizen?

—¿Qué? —exclamó perpleja.

—Hace doce años. ¿Fuiste a Alkmaar a recoger los informes?

—No —dijo y señaló el reloj—. Han llamado de Schiphol. Tienen a Anton Lantinga retenido en el aeropuerto. Nos están esperando.

Asentí y quité la mano del teléfono.

—Stefanie dice que ella no fue.

¡Pues claro que no fue! Todo sería mucho más fácil si mi padre dejara de mentir para variar.

—Pero...

—Tengo que irme. ¿Podemos hablar de esto después?

—Claro. ¿Tienes mi número?

Me lo apunté en la misma hoja, me despedí y cogí el abrigo a toda prisa. Stefanie y yo cruzamos la entrada y nos dirigimos hacia el aparcamiento.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Pues claro. Ya hemos hablado muchas veces de esos informes. Me habría acordado.

—¿Y qué hay de Freek Veenstra?

—¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Piet Huizen dice que Freek Veenstra y tú fuisteis a la comisaría de Alkmaar a recoger las cajas que contenían todos los informes del caso de Otto Petersen.

Stefanie silbó al ver la fila de coches del aparcamiento. El conductor de un coche rojo contestó irritado con un par de destellos de las luces largas.

—¿Veenstra? ¿No se había jubilado ya? Fue más o menos entonces. Puedo comprobarlo. —Me miró por encima del techo de su coche—. Aunque no va a servir de nada. Está claro que está mintiendo, y seguramente por dinero —añadió

antes de subirse al coche.

Anton Lantinga estaba detenido en una pequeña sala del aeropuerto. Una voz de fondo anunció el retraso de varias salidas y llegadas a causa de la nieve en tres idiomas distintos. El policía de Schiphol, que había estado con él la media hora que nosotras tardamos en llegar, salió de la habitación. Allí no había ni rastro de los tonos verde pálido de nuestra sala de interrogatorios. Los agentes inmobiliarios definirían aquel tipo de decoración como «ladrillo visto», aunque no quedaba tan bien cuando no era solo una parte, sino las cuatro paredes enteras. Me estremecí y me crucé de brazos para protegerme de la humedad que despedían las paredes.

Stefanie se acercó al hombre, que estaba sentado en la otra parte de la mesa. Anton estaba pálido, pero acababa de llegar de Nueva York después de pasarse toda la noche en el avión. Tenía el pelo rubio, de color miel con algunos mechones grises, peinado hacia atrás con la raya a un lado. Se levantó y le dio la mano.

—Policía de Ámsterdam, supongo.

Stefanie asintió en silencio por una vez.

—Mi esposa ya me advirtió que tal vez vinieran aquí —comentó tranquilamente.

Cerré la puerta, con lo que se interrumpió la voz multilingüe que urgía al señor Van Dam a presentarse en el mostrador de embarque del vuelo KLM con destino a Estambul.

La incipiente calvicie de Anton daba la impresión de una frente despejada que no quedaría nada mal para un profesor de Matemáticas. Los ojos, la nariz y la boca estaban muy juntos, como si les preocupara ocupar demasiado espacio en la cara y hubieran decidido acercarse un poco más de lo normal a la zona destinada al pensamiento. Stefanie levantó los papeles y los volvió a reordenar al azar. Me miró y levantó las cejas como si tuviera que darle permiso para empezar a hablar. Yo me habría encogido de hombros, pero en lugar de hacerlo, asentí.

Anton se pasó la mano izquierda por la cara y luego frotó el lujoso reloj de oro, como si aquel gesto pudiera acelerar el paso del tiempo.

—¿Vamos a tardar mucho?

—Espero que no. Soy la inspectora Dekkers y mi compañera es la inspectora Meerman.

Stefanie sonrió y Anton sonrió a su vez con un gesto automático que me incluyó a mí también. Tenía los dientes demasiado rectos y en las mejillas no había rastro de barba incipiente, por lo que seguramente se había afeitado la noche anterior en el avión o tal vez al llegar.

—Estamos investigando el asesinato de Otto Petersen, su antiguo socio...

—No era mi socio, era mi empleado.

—Su empleado —se corrigió Stefanie— y el exmarido de su esposa.

—Sí, me lo dijo Karin. Espero poder ayudarles, aunque no entiendo por qué no han podido esperar a que llegara a casa. Petersen lleva muerto más de diez años.

Le observé los labios, finos, en busca de alguna señal de superioridad, pero no la encontré.

—¿Dónde se encontraba la noche del asesinato de Otto Petersen?

La chaqueta de Stefanie, del color de las monedas de un céntimo, tenía grandes arrugas a la altura de las caderas, donde la falda se le había arrugado al sentarse.

—En casa.

Por el contrario, la chaqueta azul marino de Anton no tenía ni una arruga, al igual que la parte de la camisa blanca que se le veía y la corbata de razas azules y amarillas. Parecía que acababa de salir de una reunión de negocios, más que de un avión tras ocho horas de vuelo.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

—Estaba solo.

Miré la libreta y empecé a hacer garabatos, pequeños círculos que luego rellenaba con el bolígrafo. Anton estiró el cuello para ver qué estaba escribiendo. Yo me la acerqué un poco más y dibujé otro círculo.

—Vieron su coche delante de la casa de Petersen.

—No, por favor, otra vez no. —Anton se inclinó y puso las manos sobre la mesa—. Karin me dijo que ahora contaban con más información. —Miró a Stefanie y negó lentamente con la cabeza—. Pero no tienen nada nuevo, ¿no es así?

—No puedo decírselo.

—Esto es una locura —murmuró—. Después de tantos años, tenemos que volver a pasar por todo aquello otra vez. —Empujó la silla hacia atrás como si fuera a levantarse, pero luego se lo pensó mejor—. El tipo ese es idiota.

Stefanie se reacomodó en la silla y el escote de la blusa le cayó hacia abajo dejando al descubierto la parte superior del pecho, que intentaba liberarse del sujetador de encaje azul.

—¿Quién?

—El testigo.

—¿A qué testigo se refiere, Anton?

Frunció el entrecejo al oír que lo llamaba por su nombre de pila y volvió a frotar el reloj.

—Yo no estaba en Alkmaar aquella tarde, así que es imposible que nadie me viera allí. Por lo tanto, tiene que tratarse del mismo testigo que mintió la otra vez. Por el amor de Dios, no lo creerán, ¿no?

—Parece sincero.

—Afirma que vio mi coche. Pero, desde luego, no me vio a mí. Supongo que habrá más personas que se hayan comprado el mismo coche.

—Pero ninguna de ellas quería matar a Otto Petersen.

—Ni yo tampoco.

—¿Solo quería hablar con él, pero la situación se precipitó?

Stefanie se inclinó hacia él invadiendo su espacio, pero Anton no se inmutó. La

miró fijamente a los ojos y afirmó:

—Yo no estaba allí. No fui yo.

—Entonces, ¿me está diciendo que le prestó el coche a alguien?

Anton suspiró profundamente y apoyó la barbilla en la mano derecha.

—Mi coche no estaba allí. Yo no estaba allí.

—A lo mejor era Otto Petersen el que quería matarlo a usted. ¿Se llevó Otto una pistola cuando se vieron? ¿Fue en defensa propia? ¿Un accidente?

Suspiró de nuevo y miró a Stefanie entrecerrando los ojos.

—Ya se lo he dicho. Yo no estaba allí. No vi a Otto Petersen aquella tarde.

—¿Iba a irse pero Otto llegó a casa antes de lo esperado? ¿Es eso?

—No, me despedí de Karin por la mañana temprano. Yo no estaba allí.

—Pero alguien vio su coche.

—Alguien dice que vio mi coche.

—¿Y por qué iba a mentir?

Anton se recostó en la silla.

—Ya, ¿por qué?

Tras una pausa, repitió:

—¿Por qué?

—¿Conoce al testigo? —quise saber.

Con el rabillo del ojo, vi que Stefanie me hacía un gesto casi imperceptible negando con la cabeza. Bajé la mirada. En el suelo, al lado de la mesa, estaba el maletín de piel marrón de Anton. No estaba bien cerrado y se veía un libro bastante grande que seguramente había estado leyendo en el avión.

Anton miró al techo y respiró hondo antes de contestarme.

—No, no sé quién es el testigo.

—¿Cuánto le pagó a Piet Huizen? —preguntó Stefanie.

Anton levantó las cejas.

—¿A quién?

—A Piet Huizen, de la policía de Alkmaar. Porque usted le pagó, ¿no es así? Para que se deshiciera de los informes.

—Yo no le he pagado nada a nadie. —Se miró el reloj y se lo movió en la muñeca—. Acabo de llegar de Nueva York. No he pedido un abogado y creo que eso demuestra mi intención de cooperar, de ayudar a resolver el asesinato del primer marido de mi mujer. También podría haberme quedado en Estados Unidos.

—En ese caso habríamos solicitado la extradición. Le agradecemos que haya vuelto, pero también le agradeceríamos que colaborara de verdad y nos contara lo que pasó aquella tarde.

—Yo no lo sé porque no estaba allí. Estaba en mi casa.

—Pero no puede probarlo.

—Karin me llamó cuando volvió a su casa y encontró el cadáver de su marido.

—¿A qué hora fue?

—A las siete.

—Habría tenido mucho tiempo para ir de Alkmaar a Ámsterdam. A esas horas solo hay tráfico en el otro sentido.

En ese momento entendí por qué mi padre no había arrestado a Anton. Un testigo que afirma haber visto un coche no es suficiente para llevar el caso a los tribunales. «No tenemos suficiente», escribí en la libreta, aunque luego taché la última palabra y cambié la frase: «No tenemos nada».

Stefanie vio lo que había escrito y concluyó el interrogatorio.

—Gracias, eso es todo —se despidió y arrastró la silla hacia atrás.

—Espere —dijo Anton mientras sacaba una agenda Moleskine del maletín de piel—. ¿Cómo se llamaba el hombre que ha mencionado antes? ¿Al que se supone que le pagué?

—Piet Huizen.

—Gracias —contestó sonriéndole educadamente a Stefanie antes de apuntarse el nombre de mi padre.

Al volver a meter la agenda en el maletín, el libro gordo se deslizó y vi el título. Anton Lantinga se había estado leyendo la segunda parte de *Harry Potter*.

En el coche, de camino a la comisaría, Stefanie y yo acordamos que teníamos que volver a hablar con Wouter Vos para conseguir una declaración más formal y aclarar unos cuantos detalles. Llamé a Wouter con el móvil. No parecía sorprendido de oírme y me dijo que estaría encantado de hablar con nosotras al día siguiente por la tarde.

CAPÍTULO 14

Cuando llegué a la oficina después de hablar con Anton Lantinga vi que Hans tenía razón: Thomas había vuelto. Me sonrió con su cara de chico guapo desde la mesa que estaba enfrente de la de Hans. Tenía el pelo revuelto y se había puesto una camiseta azul, como había hecho todos los días desde que lo conocía. Una vez me explicó que era porque su mujer le había dicho que le resaltaba el color de los ojos. Me sorprendió que estuviera casado.

—Hola, Thomas, ¿qué tal las vacaciones? —lo saludé intentando fingir que no me preocupaba su regreso.

—Muy bien, gracias. Nos hemos ido dos semanas a Verbier a esquiar con los niños.

—Bueno, pues me alegro de que ya estés aquí.

—Hans me ha hablado de tu nuevo caso. Dice que lo tienes controlado.

—Supongo, aunque no tenemos mucho: una buena suma de dinero desaparecida, un asesinato de hace doce años sin resolver y un testigo que ha vuelto a aparecer.

—Y un chico atracando una gasolinera.

No comenté nada.

—¿No estás orgullosa de lo que hiciste? —dijo con un tono deliberadamente sarcástico.

—Pues no, la verdad es que no.

—Pero él disparó primero. Había una cámara de seguridad. He visto las cintas.

—Ah, ¿sí? Creía que acababas de llegar.

—Ya sabes que me encanta ver las cintas, u oírlas, las dos cosas. Sobre todo si sales tú.

Me sonrió con ironía, pero no quise picar el anzuelo porque sabía que eso era lo que él quería. Así era Thomas.

—Los de Asuntos Internos me han dicho que solo es una formalidad —continuó—. Dicen que no entienden muy bien por qué entraste, pero que a partir de ahí está todo claro: te identificaste como policía, lo avisaste y él te disparó.

—¿Y por qué te lo han dicho a ti antes que a mí?

—No lo sé. —Me volvió a sonreír con su cara de chico guapo. Los dientes blanquísimos destacaban al lado del moreno típico de los esquiadores—. De todas formas, ha sido agradable verte en las cintas, en vez de limitarme a oír tu voz. ¿Cuántas horas de grabaciones había?

Ni siquiera intenté fingir que no sabía que se refería al caso de Wendy Leeuwenhoek.

—Muchas.

—Sí, muchas. Pero no grabaste todas las conversaciones, ¿verdad, Lotte? Tendré que decírselo al fiscal, porque no queremos ocultarle nada, ¿no? Además, si yo lo sé, estoy seguro de que el abogado de la defensa también lo descubrirá.

—Sí, es una pena que la confesión no esté...

—No estoy hablando de la última conversación. Me refiero a las otras, a las que tuvisteis que tener pero no están grabadas, o si las grabaste, no llegaste a entregarlas.

—Todo lo que hablamos se grabó —objeté.

—No, estoy seguro de que no se grabó todo. No sé cuántas conversaciones mantuvisteis ese asesino y tú, pero está claro que tienen que faltar varias. A lo mejor deberías hablar con el fiscal y asegurarte de que lo sepa.

—Lo grabé todo —insistí.

—Está bien, Lotte. —Se levantó y cogió la chaqueta del respaldo de la silla—. Si tú no quieres decírselo, se lo diré yo. No voy a dejar que el juicio se hunda por tu culpa. El fiscal tiene que saberlo.

—Sin mí, el juicio se hundirá. Pero puedes contarle al fiscal lo que quieras.

—Sí, eso haré.

Di un respingo cuando me puso la mano en el hombro al pasar por detrás de mí de camino a la puerta.

—Llegué ayer —explicó— y voy a trabajar con la unidad de André Kamp. Solo he venido para ver cómo estabais, pero ya veo que no me necesitáis aquí.

—¿En qué está trabajando Kamp?

—En varios robos en gasolineras.

Me tranquilicé..., claro, por eso André Kamp había interrogado a Ben la mañana de después del disparo.

—Así que por eso has visto las cintas.

Era bueno saber que en realidad Thomas las había visto por un motivo profesional, y no personal.

—Sí, pero tu chico no cuadra con el perfil. En los otros robos participaron dos o tres personas, todas armadas hasta los dientes.

—Ben llevaba un arma.

—Pero era de otro tipo y de distinto fabricante. Además, los robos han continuado después de detenerlo a él. Ya hablaremos de esto más tarde. Ahora tengo que irme. Me esperan para una reunión con mi nuevo equipo. —Se paró con la mano en el marco de la puerta—. Habla con el fiscal, Lotte. Sea lo que sea de lo que hablaste con Paul Leeuwenhoek, la defensa encontrará a alguien que os viera juntos y lo usarán como testigo —dijo y, sin esperar respuesta, se dio media vuelta y se fue.

La primera vez que hablé con el padre de Wendy sin grabadora fue por casualidad. Ya llevábamos un mes con la investigación y el montón de cintas que documentaban las conversaciones que mantenía con Paul y Monique había crecido rápidamente. Los padres no habían querido ponerse de nuestra parte durante años. Pensaban que no habíamos hecho un buen trabajo y siempre estaban dispuestos a mostrar sus sentimientos ante la prensa. El jefe me pidió que me los ganara, que me acercara a ellos y me hiciera su amiga, así que pasé

mucho tiempo con los dos. Quedaba con Monique Leeuwenhoek un par de veces por semana. Me pasaba por su casa después del trabajo, solo para tomarme un té con ella, para charlar, las dos solas, con discreción, sin que mi presencia resultara una amenaza. No me parecía mal pasarme todo el día estudiando los archivos buscando algo que pudiera incriminarla y luego sentarme a charlar con ella por la tarde. Tenía que creer que aquellas visitas me llevarían a algún lado y que tarde o temprano Monique me diría algo que necesitara saber. Lo mismo hacía con Paul, y grababa todas las conversaciones.

Pero un día me encontré con Paul en un bar de Leidseplein. Yo estaba allí con una amiga y él estaba solo. Se nos acercó y nos pusimos a hablar. A mi amiga le gustó. No estaba segura de si ella sabía quién era y no tenía forma de decírselo. No estaba dispuesta a irse, le llevó bebidas y estaba claro que quería que me fuera a mi casa, pero no lo hice. Había bebido demasiado, pero no me puse en evidencia. Me limité a mirarlo, a escucharlo, a reírme de sus chistes, pero no dije casi nada. Sabía controlarme. Vi cómo la miraba con sus ojos verdes. Estaba claro que quería ligar con ella. Yo lo veía todo y lo observaba.

Paul nos acompañó a la salida cuando mi amiga dijo que tenía que irse.

Cuando me despedí, me puso la mano en el hombro.

«¿Te veré mañana? —me dijo—. Me gusta hablar contigo».

Me sonrió y la intensidad de su mirada me caló los huesos. Todo el barullo de Leidseplein, la gente que iba de bar en bar, el tranvía que pasaba, la banda horrible que no dejaba de tocar en la acerca..., todo desapareció.

«Me encanta cuando me haces preguntas —prosiguió—, la atención que pones en cada palabra que digo».

Se había levantado viento y se me puso el pelo en la cara. Él me lo echó para atrás y el tacto de sus dedos fue como una leve descarga eléctrica que me erizó la piel.

Cuando llegué a casa, cogí una foto de Paul, Monique, su exmujer, y su hija Wendy y la estuve mirando durante mucho tiempo. Quería meterme en aquella fotografía, ocupar el sitio que Monique había dejado en la familia cuando se divorció de Paul. Me imaginé en su lugar, con el brazo de Paul por encima de mi hombro en actitud protectora. Me tumbé en la cama, con los ojos abiertos, y supe

que era imposible. No le podía contar a nadie que lo había visto.

La segunda vez que lo vi sin la grabadora, después de haber grabado muchas conversaciones con él, se creó un ambiente sorprendentemente íntimo. El saber que lo que estábamos diciendo no lo escucharían después Thomas ni el resto del equipo le dio al encuentro una intimidad que al principio me llenó de felicidad, pero que más tarde se convirtió en un serio motivo de preocupación.

Pero ahora, bajo los brillantes focos de la comisaría, lo que de verdad me preocupaba era la primera vez: ¿mi amiga se acordaría? Al día siguiente me llamó para preguntarme si creía que ella le gustaba. No le contesté ni que sí ni que no. Pero a estas alturas ya tenía que saber quién era. Es imposible que no lo hubiera visto en los periódicos. Hasta es posible que ya hubiera sumado dos más dos. ¿Podría ser un testigo para la defensa? ¿Qué podía contar? ¿Debería llamarla para...? ¿Para qué? ¿Para advertirla o para rogarle que no dijera nada? Seguramente, eso empeoraría las cosas. No podía decirle nada.

¿Qué sería lo que Thomas había notado en las cintas? Imaginé que Thomas tenía que referirse a algo de lo que estuvimos hablando aquella noche. Tendría que escuchar todas las cintas, todas las conversaciones, para encontrar en qué nos habíamos equivocado, o más bien, en qué me había equivocado. Pero no quería volver a escuchar todas aquellas cintas otra vez, horas y horas de su voz. Recordé que eso era lo que a Thomas se le daba mejor. Eso era lo que Thomas había estado haciendo durante toda la investigación: escuchar las cintas, tomar notas de los matices y detalles que pudieran indicar que algo faltaba. Es imposible que él le dijera nada a la defensa, ya que Thomas no haría nada que pudiera poner en peligro el juicio, pero seguramente iría a hablar con el fiscal. No me quedaba más remedio que apretar los dientes y esperar la llamada.

Aquella noche se impusieron las preocupaciones y las pesadillas, y tuve que salir a conducir otra vez, aunque no me paré en ninguna gasolinera.

CAPÍTULO 15

En el expediente leí que la madre de Otto Petersen tenía algo más de ochenta años, pero cuando me miró no la noté insegura. Llevaba el pelo blanco y largo recogido en una serie de moños flojos entrelazados. Nada de rulos. Y se había puesto un jersey negro de cuello vuelto y unos pantalones que le quedaban ceñidos en las finas caderas y luego se acampanaban.

—Buenos días, señora Petersen —le dije—. Soy la inspectora Lotte Meerman, del CID de Ámsterdam. Estamos reexaminando la información que tenemos sobre el asesinato de su hijo. ¿Podemos hablar un momento?

Esperé a que me contestara. A lo mejor debería haber empezado con una conversación un poco más ligera a modo de introducción.

—¿Podemos pasear? —propuso.

La sonrisa le arrugó la *crêpe de chine* color champán de las mejillas.

—¿Cómo?

—Si tiene tiempo, me gustaría salir a dar un paseo. —Me miró las botas—. Parecen hechas para la nieve.

Pensé que sería mejor salir que quedarse en el diminuto salón de la anciana, que, inevitablemente, tenía la calefacción demasiado fuerte.

—De acuerdo —asentí.

Me alegré de que Stefanie se hubiera quedado en Ámsterdam, porque ella no habría querido salir a dar un paseo. Stefanie tenía otros asuntos que atender, por lo que habíamos quedado más tarde en casa de Wouter Vos.

Esperé en el pasillo con el abrigo puesto. Unos muebles demasiado grandes, restos de una vida pasada, ahogaban el piso, que era una vivienda de protección oficial situada a la sombra de una casa de reposo en el borde de un parque.

—¿Lleva mucho tiempo en esta casa? —le pregunté cuando volvió con un jersey negro, una bufanda rosa y unas buenas botas.

—Estoy bien aquí —susurró mientras señalaba hacia la casa de reposo con la mano nudosa antes de cerrar la puerta. Entre los nudillos abultados llevaba una alianza—. Mi hijo me compró el piso cuando falleció mi marido. Unas amigas mías vivían aquí, así que pensé: «¿Por qué no?».

Embocó un sendero de piedra que cruzaba el parque. Las ramas sin hojas se tocaban por encima de nuestras cabezas como los travesaños abovedados de una catedral al aire libre dedicada al invierno. Los rayos del sol se colaban entre los huecos con una luz tan débil que necesitaban la fuerza de la gravedad para alcanzar el suelo.

La señora Petersen avanzaba con paso seguro y movía los brazos con la energía de un niña a la que después de pasar demasiado tiempo encerrada en casa por fin la habían dejado salir.

—Y no me arrepiento —continuó—, porque además al principio viajé mucho.

Tenía que esforzarme para seguirle el ritmo mientras nos adentrábamos por el sendero.

—¿Sus amigas siguen aquí? —le pregunté jadeando levemente.

—Sí, somos cinco. Fuimos al colegio juntas. Ada ya no está tan bien de salud, pero las demás seguimos yéndonos de vacaciones, nos damos paseos, nos apuntamos a cursos, visitamos museos... Somos un buen grupo. Pero ellas ya se asustan cuando ven un poco de nieve. Les preocupa caerse y romperse la cadera.

—¿A usted no?

—Yo ya llevo una semana sin salir y la verdad es que necesitaba un poco de aire fresco, así que le agradezco su compañía, independientemente de cuál sea el motivo que la haya traído hasta aquí —dijo mirándome a los ojos.

—Como le he dicho, estamos reexaminando el caso de su hijo.

—No creo que pueda ayudarle. Yo no sé mucho.

—Mucho, no. Pero ¿algo?

La señora Petersen se encogió de hombros.

—En realidad no sé nada, pero ninguna madre querría admitirlo.

—¿Cómo era?

—¿De pequeño?

—O de mayor.

—Es peligroso pedirle a una anciana que reavive sus recuerdos —se rio con el sonido de la campanilla del árbol de Navidad de mi madre—. Era un niño bueno. Siempre muy bien adaptado.

Nuestras botas se movían por la nieve al ritmo del canto de un pájaro que se oía en uno de los árboles. Miré hacia arriba, pero no lo vi. A la derecha, medio escondidos entre las copas de los árboles, se entreveían el borde de una jaula del tamaño de un hombre y la esquina de una malla negra que sobresalía entre las ramas nevadas. Debía de ser una pajarera o una jaula de monos vacía cuyos habitantes se habrían trasladado a otro lugar más adecuado para pasar el invierno.

—Se adaptaba demasiado bien —añadió de pronto—. Otto parecía una persona distinta de un año para otro.

Delante de la jaula había un cartel en el que se suponía que debía decir lo que era, pero estaba tan herrumbroso que no se leía nada. También había una zona de cemento a la que se podían subir los niños para meter las manos entre los barrotes.

Seguimos caminando en silencio. El frío me había agarrotado las mejillas, como si la humedad de la piel se hubiera convertido en diminutos cristales de hielo, pero no me importaba. Allí, en aquel parque helado con una anciana como única compañía, era como si el tiempo se dilatara. No sabía cuánto rato llevábamos andando, aunque a juzgar por el frío que notaba en la parte de las piernas que no me cubría el abrigo, supuse que debían de haber pasado unos quince minutos.

—Siempre estaba cambiando —prosiguió—. Se le veía en la ropa y hasta en la cara.

—¿Cambiaba la forma de vestir?

—No, no era eso. —Tras otro silencio, añadió—: Él era lo que la gente esperaba que fuera. Nosotros lo llamábamos nuestro «niño cambiado» —se rio—, como si hubiera salido de un cuento de hadas. —Me miró. Se le habían salido unos cuantos mechones de las horquillas—. Mi marido era un granjero, ya sabe, un hombre sencillo, y mis padres también. Yo era lista, creo, aunque nada especial. Pero Otto era distinto, un niño superdotado, como decían en el colegio. Siempre fue el primero de su clase.

Sus ojos brillaron con una mezcla de orgullo y tristeza. No había más que verla para saber de dónde había sacado su hijo toda su inteligencia. Yo nunca me habría referido a ella como «nada especial». Seguramente había pertenecido a una clase y generación en las que la inteligencia de las mujeres pasaba desapercibida.

—Le concedieron una beca —siguió contándome—. Fue el primero de nuestra familia que logró ir a la universidad. Ninguno de nosotros podía decirle cómo tenía que comportarse ni lo que debía hacer. —Tiró de la bufanda hacia arriba para taparse mejor el cuello. Se le veían los dedos tan nudosos y retorcidos como las ramas de los árboles—. Tuvo que aprender a adaptarse desde niño. Cuando estaba en el colegio, estudiando con los hijos de médicos y abogados, quería ser como ellos y hablar como ellos. Era muy ambicioso. Soñaba con el éxito y el dinero. Era un deseo que le ardía por dentro. Vivía para eso.

—¿Llevaba amigos a casa?

—No, nunca.

¿Cómo habría vivido la pérdida de su hijo? ¿O lo habría perdido ya muchos años antes, cuando iba a la universidad y hacía de todo para borrar cualquier rastro que pudiera tener de la forma de hablar de sus padres, su aspecto y toda su vida? ¿Lo habría perdido entonces?

—¿Y Karin? —le pregunté.

—Eso fue mucho, mucho después. Cuando se casó con ella, era su secretaria. Pensó que era lo que tenía que hacer.

—No sabía que era su secretaria.

—Ahora ha cambiado mucho.

Los árboles que nos rodeaban nos aislaban del resto del mundo creando uno distinto, sin color, hecho tan solo del negro de las ramas y el blanco de nieve. Seguimos caminando sin hablar. Dentro del parque ni siquiera se oía el ruido de los coches, y tampoco había niños. Seguramente ya habían vuelto al colegio tras las vacaciones de Navidad.

—¿Te gusta Karin? —dije al cabo de un rato, y mi aliento añadió algo más de blanco al mundo que nos rodeaba.

—Nunca viene a verme, pero no la culpo. Sí, me gustaba cuando se casaron. Pero no estoy segura de que me guste en lo que se ha convertido.

—¿A qué se refiere?

La anciana me llevó por un camino que se adentraba a la izquierda.

—Como hizo Otto, ella también cambió la voz, el aspecto y la forma de comportarse. Se parecían mucho y querían lo mismo, adaptarse.

Empecé a notar frío en los dedos a pesar de los guantes y me metí las manos en los bolsillos.

—Su hijo tuvo que pasarlo muy mal cuando se hundió la empresa.

No me contestó.

—¿Señora Petersen?

Me miró.

—¿Eres su nueva novia?

—¿De quién?

—De Otto. Con tantas preguntas...

—No, señora Petersen, soy de la policía, ¿se acuerda?, ¿el asesinato de su hijo?
—le dije lo más delicadamente que pude.

—Ellos lo engañaron —resonó con fuerza en el parque helado.

—¿Ellos?

—Geert-Jan Goosens, Anton Lantinga... Son gente de dinero. Niños ricos de padres ricos. Todo lo contrario que Otto —añadió mirándome antes de bajar la voz—. Tal vez fue culpa nuestra.

—¿Los ha conocido?

Negó con la cabeza, y al hacerlo se le escaparon otros mechones del moño.

—No, pero fueron juntos a la universidad.

Goosens no nos lo había dicho.

—Y después Karin tuvo una aventura con Anton.

La señora Petersen se rio.

—Bueno, pero eso ya se lo esperaría Otto. ¿No es lo que pasa en todas las películas y en todos los libros? Cuando te meten en la cárcel, tu mujer se va con uno de tus amigos. Aunque seguro que le habría gustado que lo esperara, que se hubiera quedado a su lado.

Se cruzó de brazos metiendo las manos debajo de los codos.

—¿Tiene frío? ¿Quiere mis guantes? —dije mientras me quitaba uno. Saqué la mano y cogí la suya. Era como un trozo de cristal helado—. ¡Se está congelando! —exclamé.

—Estoy bien.

Se miró la mano. La tenía blanca con unas motas rosa. Me quité el otro guante y le cogí las dos manos entre las mías, teniendo cuidado de no frotárselas hasta que entraran en calor. Mientras tanto, ella se quedó muy quieta, mirando por encima de mi hombro hacia los árboles del parque.

—Tome —le di mis guantes.

—Estoy bien —insistió.

—No, no está bien. Póngaselos.

Se los metí como se les pone a una niña pequeña. Levantó las manos y separó los dedos. Me entró frío y me tiré de las mangas hacia abajo para taparme las manos.

Un trozo de nieve cayó de una rama y aterrizó en el suelo con un fuerte plof. Los árboles se abrían dando paso a un lago. Unos patos y unas cuantas fochas se apiñaban en la pequeña zona asediada por el hielo.

—Deberíamos haber traído un poco de pan —comentó la señora Petersen—. Pobres criaturas.

—He leído en algún sitio que el pan no les sienta bien.

—Pero es mejor que nada, ¿no?

Un ánade real con las alas verdes relucientes estaba acercándose a la orilla del lago, seguro de que le daríamos de comer.

—Vámonos. No tenemos nada para ellos. Es cruel seguir dándoles esperanzas —dijo, se dio media vuelta y se alejó.

Miré a los patos, fijándome en sus andares, y me acordé de cuando les daba de comer con mi madre en Vondelpark. Se engullían bolsas y bolsas de pan. Nunca les hizo ningún daño. Cada domingo había más patos que la semana anterior. Recordé la sensación de cuando mi madre me tenía de la mano, transmitiéndome seguridad y manteniéndome a salvo. Seguí los pasos de la señora Petersen. La nieve se chafaba y crujía bajo mis pies. Las botas se me hundían uno o dos centímetros antes de aguantar mi peso.

Si Otto se había adaptado tan bien a los distintos ambientes, ¿qué le habrían hecho aquellos años de cárcel? ¿Se habría vuelto un hombre violento? ¿Habría pensado que tenía que matar al amante de su mujer?

—¿Fue a visitar a Otto a la prisión? —le pregunté.

La señora Petersen levantó la mirada, aunque seguramente estaba más ensimismada que yo.

—Sí, voy todos los meses.

Dio unos pasos y se paró.

—No, no voy... iba —se corrigió.

Se sacó las manos de los bolsillos y se frotó los brazos.

—Y estaba cambiado —le dije, y ni siquiera fue una pregunta.

—Él no dejaba de cambiar. En la cárcel engordó y adquirió un vocabulario más grosero. Empezó a hablar como su padre, con un acento más regional.

—¿Agresivo?

—Conmigo no.

—¿Le hablaba alguna vez de lo que quería hacer cuando saliera?

—Sí, me dijo que quería meterse en política. Estaba bromeando, claro. Me dijo que solo había una profesión en la que era una ventaja que te pillaran metiendo las manos en la caja.

Sonreí pero no contesté. Dejé que pasara el silencio.

La señora siguió hablando, aunque su voz se convirtió en un susurro que apenas se oía sobre los crujidos de la nieve.

—Me habló de venganza.

—Venganza, ¿por qué?

—No me lo dijo.

Todo cuadraba. Otto se organizó para ver a Anton, su amigo de la universidad, que le había quitado a su esposa. ¿Y acaso no le había quitado el negocio también?

Volvimos a salir a la calle que llevaba a la casa. Se resbaló en el suelo, que estaba un poco inclinado, y la cogí del hombro para que no se cayera. Cuando llegamos a la puerta me acordé de lo que quería pedirle.

—¿Tiene alguna fotografía de Otto de cuando era joven?

—Tengo que tener alguna de la universidad, con un grupo de amigos.

Entró y volvió enseguida. Debía de tenerla cerca. Me dio la foto y los guantes.

—Me la devolverá, ¿no?

—Por supuesto.

Estaban todos los amigos juntos, Otto Petersen, Anton Lantinga y Geert-Jan Goosens, un poco más jóvenes y delgados, junto con otro hombre que no reconocí. Pero también había una cara que me resultaba muy familiar por la televisión y los periódicos: Ferdinand van Ravensberger, cuyo sobrino afirmaba que había matado a alguien.

Stefanie no mostró ningún interés en la colección de arte de Wouter y pasó por delante de los cuadros sin pararse. Ya había estado un rato esperándome fuera del edificio.

Wouter llevaba unos vaqueros y un polo de Ralph Lauren. Había hecho limpieza. Ya no había revistas de informática por el sofá y el ordenador que estaba construyendo había desaparecido del salón. Volvimos a las preguntas de siempre, así que nos describió el coche de Anton y nos contó otra vez la misma historia.

—¿Vio a Anton? —preguntó Stefanie.

Wouter negó con la cabeza. El pelo engominado no se le movió en absoluto y los rizos de la nuca permanecieron en su sitio.

—Solo vi el coche.

Se encendió un cigarrillo y nos ofreció. Me sorprendió cuando Stefanie lo rechazó. Seguramente, no le pareció apropiado.

—Luego oí que le habían disparado a alguien y le conté a Piet Huizen lo del coche.

—De acuerdo. Cuéntenos lo que pasó entonces —le pidió Stefanie mientras sacaba el bloc de notas para que quedara claro que aquella era la parte que le interesaba—. ¿Declaró ante el inspector Huizen?

—Sí, fui a la comisaría y firmé.

—¿Vio lo que el inspector Huizen hizo con la declaración?

Quería interrumpir aquellas preguntas pero no podía. Tendría que haberme imaginado que volvería a centrar el interrogatorio en mi padre.

—No —dijo Wouter—. Lo escribieron a máquina, lo firmé y ya está.

Stefanie tomó apuntes.

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber Wouter—. ¿Ha pasado algo con la declaración?

La miré implorándole que no dijera nada, pero me ignoró.

—Ha desaparecido —dijo—. No está en los informes.

—Pero qué cabrón —soltó Wouter—. Con perdón.

Stefanie le dio a entender con un gesto que aquella imprecación no le molestaba en absoluto.

—O sea, que por eso se libró —dijo Wouter—. Siempre me ha sorprendido que no arrestaran a Anton.

—No tengo más preguntas —dije y me levanté.

—Siento las molestias —dijo Stefanie—, pero necesitaremos que declare de nuevo. Si le parece bien, escribiré la declaración y usted puede venir a firmarla a Ámsterdam.

—Sí, o a lo mejor podría firmarla aquí, en Alkmaar.

Stefanie se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Wouter nos acompañó a la puerta. Stefanie no se fijó en los cuadros ni siquiera al salir. Yo me paré un momento ante la pintura del sueño, admirando durante unos segundos los brillantes colores antes de darle la mano a Wouter y seguir a

Stefanie por las escaleras.

Cuando abrió la puerta de su coche se paró.

—Es un testigo fiable —afirmó—, pero no podemos conseguir una condena basándonos únicamente en su declaración.

Saqué del bolso las llaves del mío.

—¿Por qué le preocupaba tanto a Anton? —susurró Stefanie—. No entiendo por qué le pagó a Piet Huizen para que se deshiciera de esos informes.

—No creo que lo hiciera.

—Es verdad. Lo más seguro es que Piet Huizen rompiera la declaración en ese mismo momento. Pero tenía que haber algo más. ¿Otro testigo, tal vez? ¿Más pruebas?

—No lo sé.

—Es raro —dijo.

Se metió en el coche y cerró la puerta de un portazo. Esperé en la acera hasta que arrancó y el coche empezó a moverse. De pronto se paró con la ventanilla abierta.

—Apuesto a que están escondiendo algo más —dijo—. De todas formas, te veo en la comisaría.

Volvió a cerrar la ventanilla antes de que me diera tiempo a contestar.

Ya me estaba familiarizando con la comisaría de Alkmaar y la chica de piel láctea de la recepción.

—Necesito hablar con Ronald de Boer otra vez —le dije.

Como la vez anterior, marcó el número de memoria.

—Hola, Ronald, la inspectora de Ámsterdam está aquí. Quiere hablar contigo.
—Se dio la vuelta y habló al teléfono en voz baja para que no pudiera oírla. Se rio, volvió a darse la vuelta hacia mí y dijo—: Ahora mismo viene.

—Gracias.

Ronald me esperó en los ascensores.

—Es agradable, la secretaria —le dije y enseguida me arrepentí.

—Hola, Lotte. ¿Qué pasa?

Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie pudiera oírnos. El pasillo estaba vacío.

—¿Podemos hablar de los informes del caso Petersen?

—Vamos a tomar un café.

Lo seguí a la cafetería. Nos sentamos en una mesa de la esquina del fondo, cerca de la ventana, y nos tomamos el café en un vaso de plástico marrón con cucharillas de plástico blancas. Por encima del hombro de Ronald vi el amplio canal que unía Alkmaar y Ámsterdam. Unos cuantos barcos mantenían el hielo abierto. Las gaviotas los seguían, esperando que el movimiento de los motores llevara peces a la superficie. Hasta las gaviotas estaban más relajadas allí que en Ámsterdam, se quedaban planeando más tiempo en el aire y se zambullían menos. El canal, más ancho que una autopista, nos recordaba que nos encontrábamos por debajo del nivel del mar.

Me incliné hacia Ronald y bajé la voz.

—Cuando se perdieron los informes, ¿había alguna mención...? ¿Se mencionaba el dinero?

No estaba dispuesta a admitir la posibilidad de un soborno ante los compañeros de Ámsterdam, pero tampoco le estaba diciendo nada nuevo a Ronald.

Frunció el ceño.

—Nunca me ofreció dinero.

—No, no me refiero a eso. Quiero decir... ¿Crees que él cogió dinero? ¿Mi padre?

—¿Cogió? ¿Quieres decir... robarlo?

Suspiré, frustrada por que quisiera que pronunciara todas y cada una de las palabras; por que quisiera asegurarse de que no me iba a decir nada que yo no supiera. Era evidente que seguía sin confiar en mí.

—Un soborno —expliqué—. Una de mis compañeras cree que pudo aceptar dinero de Anton Lantinga para que se deshiciera de los informes.

—No creo —dijo lentamente, observándome con atención unos segundos.

Dio un sorbo al café, hizo una mueca y cogió un azucarillo de la mesa de al lado. Mientras lo removía, la luz dejó al descubierto unos arañazos en la alianza de oro.

Yo entendía su preocupación y me recosté en la silla.

—Yo lo cubriré, pero me gustaría saberlo.

Tenía derecho a saberlo.

Ronald asintió.

—Hubo rumores. Ya has estado en su casa... Se le hicieron preguntas.

Sí. Tal y como pensaba.

—¿Se lo has preguntado directamente a él? —me preguntó Ronald.

—No.

—A lo mejor deberías dejar las cosas tal y como están y no preocuparlo demasiado. Piensa en su corazón. Y llámame si puedo ayudar en algo, da igual la hora que sea.

—Gracias, Ronald. Necesitaré toda la ayuda que pueda conseguir.

Levanté el vaso entre las manos. El plástico dejaba pasar el calor del café y disfruté de la sensación de ardor en los dedos, como un ligerísimo y maravilloso dolor.

—Vi a la madre de Otto esta mañana —comenté.

Ronald se rio. Tenía uno de los colmillos doblados y le sobresalía un poco.

—Si me hubieras llamado antes te habrías ahorrado el viaje. Pero, en fin, ¿te ha dicho algo?

Saqué del bolso la fotografía que me había dado la señora Petersen y la deslicé por la mesa rodeando un poco de azúcar que se había derramado.

—Estaba extrañamente lúcida cuando mataron a su hijo —dijo Ronald—. Hablamos con ella varias veces, pero no nos llevó a nada.

Se encorvó sobre la foto mientras se tocaba la ceja, por lo que los pelos grises del extremo exterior, más largos que los demás, se le quedaron levantados.

—Petersen, Goosens, Lantinga y este de aquí —dijo señalando al último con el dedo—. ¿Es Van Ravensberger?

—Sí, pero no sé quién es el otro.

—Yo tampoco.

—Salí a dar un paseo con ella.

—¿Para qué?

—Quería salir. Parecía sana de mente —expliqué y di un sorbo—. No sabía que no lo estuviera, aunque luego me di cuenta al ver lo frías que tenía las manos. Me sentí fatal. ¿Te lo imaginas, una anciana que vuelve con signos de congelación después de darse un paseo con una oficial de policía?

—Seguro que está bien.

—Eso espero. Estábamos a menos cinco y la dejé salir a pasear sin guantes.

Recordaba haber alargado las manos hacia las de ella, el roce de su piel, la hinchazón de las articulaciones abultadas como el fruto de la fina rama de un sauce y sujetarselas así hasta que la vida volviera a ellas. Era el primer contacto físico que había tenido en las últimas semanas.

Ronald pescó un paquete de chicles en el bolsillo y sacó un uno. Mientras masticaba, veía cómo movía la mandíbula de izquierda a derecha, recogiendo todos los trocitos de comida que se le habían quedado entre los dientes. Me terminé el café, me despedí y regresé a Ámsterdam.

Volví a sentirme a salvo cuando por fin estuve de nuevo en mi coche verde, de camino a la comisaría. ¿Fue una casualidad lo que hizo que me equivocara y doblase en el cruce equivocado, el que llevaba a la casa de mi padre? ¿Un desliz freudiano al volante? Aunque, ya que estaba allí, pensé que podría entrar a verlo. Mi madre no tenía por qué enterarse.

Toqué al timbre, pero no se acercaron pisadas a la puerta. Por lo visto, no había nadie en casa.

CAPÍTULO 16

El reloj de mi mesa marcaba las 13:57 cuando entré en la oficina. Hacía días que el inspector jefe Moerdijk se había llevado todos los documentos, papeles y fotografías, pero la mesa seguía vacía. La documentación del caso Petersen no había reemplazado aún a la anterior. Las dos cajas blancas de cartón, que alguien había puesto contra la pared, ya estaban llenas otra vez, con todos los papeles que había esturreado por el suelo de nuevo metidos en sus carpetas verdes. Pero eran los papeles del inspector jefe Moerdijk. Aquellas páginas estaban escritas con su letra. Yo tenía la libreta llena de círculos y cuadrados, sin ninguna idea personal sobre el caso. Había gastado demasiadas hojas, así que las arranqué. Los bordes finos de las páginas se quedaron enganchados a la espiral como prueba evidente de mi torpeza. No sabía por qué, pero mi cerebro no quería ponerse en marcha.

—¿Cómo era la madre de Otto Petersen? —preguntó Hans.

—No estoy segura. Creía que podría darnos información útil, pero luego un inspector de la policía de Alkmaar me dijo que no está en su sano juicio. Me gustaría saber qué pensaba el jefe en el momento del asesinato.

Levanté las carpetas, las puse en vertical, abrí la primera y enseguida encontré la transcripción del interrogatorio. El inspector jefe había hablado con la madre de Otto en septiembre de 2002. En aquel momento estaba ingresada. La habían encontrado en su casa dos semanas antes, muy descuidada y malnutrida. Qué finos tendría los dedos. Apoyé la frente en la mano para esconder la cara detrás de una cortina de pelo negro y corto mientras leía. El inspector jefe Moerdijk había hablado con ella, pero con Ronald no hubo forma de que mantuviera una conversación con sentido. Tuvieron que buscarle algún sitio en el que pudiera quedarse cuando le dieron el alta en el hospital, pensé. Estaba claro que su hijo no le había comprado el piso si ella seguía viviendo en una casa mata a los pocos meses de su muerte. ¿Qué parte de verdad habría en todo lo que me había contado?

—Recibieron un chivatazo. Siempre he dicho que tenía que haber un soplón, ¿o no? —resonó la voz de Stefanie mientras cruzaba la oficina con un puñado de páginas impresas que zarandeó delante de mí para celebrar que ella tenía razón.

¿Cómo era posible que siempre apareciera en el momento exacto en que yo me

sentaba a mi mesa?, pensé irritada. Tendría que preguntarle a Hans si asomaba la nariz cada media hora para ver si había llegado. O a lo mejor su oficina daba a Marnixstraat y me veía al entrar.

—Pero no sé quién es. No lo dice.

Se paró delante de mí y se apoyó en el escritorio vacío de Thomas. No sabía si Thomas se había unido a la unidad de André Kamp de modo permanente o si solo le estaba echando una mano temporalmente. Tarde o temprano, el jefe tendría que decírnoslo.

—Aquí —dijo al tiempo que leía la página como una actriz aprendiéndose el guion—, aquí se menciona un soplo anónimo —siguió explicando y empujó las páginas hacia mí—. El que fuera, un hombre o una mujer, presentó pruebas. No he encontrado todavía lo que es, pero tuvieron que ser concluyentes. Sin embargo, no testificaron en el juicio.

Miré por encima de los papeles, pero enseguida volví a bajar la mirada hacia las anotaciones del jefe.

—¿Ni siquiera a puerta cerrada? —dijo Hans.

—No.

Me hizo un gesto para que le pasara los papeles y se los di.

—Tiene que haber algo escrito —dijo pensativo—, algo a lo que el soplón tuviera acceso. Tal vez fuera un gestor de riesgos u otro socio.

Stefanie se encogió de hombros.

—Un gestor de riesgos es una posibilidad. Tienen que firmarlo todo, con lo que de haber algún negocio ilegal, la responsabilidad recaería sobre él.

—Y si Otto hacía oídos sordos... —continuó Hans—, lo lógico sería recurrir a Goosens para que hablara con Otto primero.

—Goosens dijo que no sabía nada de todo esto —le dijo Stefanie.

—Puede que esté mintiendo —rebatió Hans.

—Está claro que está mintiendo —concordó Stefanie—. Es imposible que no supiera nada. Por cierto, todavía no he encontrado la transacción con la que se perdió el dinero.

Rebusqué en el bolso hasta que encontré la fotografía de la universidad. Independientemente de lo que pudiera recordar o no la madre de Otto, aquella foto era real.

—También se le olvidó mencionar...

Detrás de mí, alguien llamó al marco de la puerta.

—Perdón —dijo una voz que conocía muy bien.

Al darme la vuelta, vi a mi padre, con la nariz sonrojada por el frío. Sacó un pañuelo y se frotó aquella nariz que tanto se parecía a la mía. Tenía el pelo salpicado de copos de nieve.

—¿Qué hace aquí? —protesté sorprendida.

—He venido a ver a Stefanie Dekkers.

Se quitó las gafas y limpió la condensación de los cristales con la manga del abrigo.

—Soy yo —dijo Stefanie.

Miré fijamente a mi padre, observando su reacción al oír la voz de Stefanie.

—No, no es usted —negó estrechando los párpados al tiempo que perdía el color de las mejillas.

—Deme su abrigo —dije y me puse de pie.

Cuando le levanté el abrigo de los hombros, vi que el pelo se le había quedado un poco pegado hacia arriba y me entraron ganas de alisárselo, porque estaba claro que estaba intentando cuidar el aspecto. Se había vestido atentamente para la ocasión, con unos pantalones azul marino con la raya muy marcada, una chaqueta gris, una camisa y una corbata. Los zapatos todavía arrastraban algunos trozos de nieve, pero se veía que eran del mismo tono gris de la chaqueta.

—Gracias —contestó.

—Y bien —dijo Stefanie con dureza—. ¿Quién es usted?

—Perdón, todavía no os he presentado —dije desde detrás de la espalda de mi padre—. Este es Piet Huizen.

—Ah, el famoso Piet Huizen —dijo Stefanie, todavía con el ceño fruncido, mientras levantaba el dedo para señalar a la pizarra—. Lleva ahí mucho tiempo.

Mi padre se acercó y observó los diagramas.

—Estáis exactamente donde yo me quede. Tiene gracia.

—Este es Hans Kraai —dije.

Mi padre le tendió la mano.

—Encantado de conocerle.

—Igualmente. Siéntese —lo invitó Hans señalando al escritorio vacío que había al lado de Stefanie—. Cuantos más, mejor.

Mi padre pasó de largo, se sentó en la cuarta mesa y se volvió hacia ella.

—Usted no es la Stefanie Dekkers que estoy buscando.

Stefanie levantó las cejas. Habría levantado solo una si hubiera sabido hacerlo.

—Usted no vino a Alkmaar, supongo —dijo mi padre.

—Ya, eso es lo que le he dicho a Lotte.

—¿Hay otra inspectora que se llame igual?

—No, creo que soy la única.

—¿Y Freek Veenstra?

—Se jubiló hace años y ya ha fallecido.

Mi padre se desplomó en la silla. Miró por la ventana. Por el cristal chorreaban los copos de nieve como diminutos caracoles blancos dejando su rastro de humedad tras ellos.

Stefanie lo miró con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Qué hizo con aquellos informes? —preguntó.

Mi padre apartó la vista de la ventana.

—Vinieron dos personas a recogerlos. De la policía. Stefanie Dekkers y Freek Veenstra.

—Sin embargo, yo no fui y Freek Veenstra ya estaba jubilado.

Mi padre dejó pasar varios segundos en silencio.

—Dijeron que se llamaban así —dijo con voz cansada.

—¿Se identificaron?

Piet se encogió de hombros.

—Estaba esperando a dos policías que tenían que venir de Ámsterdam para llevarse los informes y allí estaban.

—¿De dónde sacó los nombres?

—Me los dijeron ellos.

Stefanie se enderezó en la silla y estiró la espalda lo más que pudo.

—¿De dónde sacó esos nombres? Porque nadie fue a por los informes, ¿no? Usted se deshizo de ellos.

—No, dos...

—No le creo.

—Stefanie, cállate —dije con más autoridad de la que hubiera querido mostrar.

—Lotte...

—Lotte...

Stefanie y mi padre pronunciaron mi nombre al mismo tiempo. Me estremecí al ver que usaba mi nombre de pila, pero parecía que nadie se había dado cuenta. Stefanie lo había dicho más alto y seguramente los demás no lo entendieron.

Quería levantarme, ir hacia él, ponerme detrás y apoyarle las manos en los hombros como gesto protector. Era un impulso estúpido. Me acordé de la otra vez, cuando me entraron ganas de abrazarlo en una de las primeras visitas de los fines de semana pero no lo hice.

Lo vi en cuanto me bajé del tren. Estaba allí, viendo cómo la gente pasaba por delante de él a toda prisa. Me gustó cómo observaba cada una de las caras. Quise levantar la mano, saltar y gritar: «¡Aquí! ¡Aquí!», pero no lo hice. Con trece años me preocupaba muchísimo lo que los demás pudieran pensar de mí. Respiré hondo dos o tres veces y me dirigí hacia él. «Hola, papá», le dije y él dijo algo sobre lo mucho que se alegraba de verme. Quería darle un abrazo o un beso en la mejilla, pero me contuve. Ya se estaban abriendo paso las dudas. Si se alegraba tanto de verme, ¿por qué no había querido verme antes?

Mi padre frunció el entrecejo, miró por encima de mí y preguntó por mi madre. Tuve que admitir que se había bajado en la parada anterior a la de Alkmaar. Él empezó a enfadarse con ella por haberme dejado sola. El impulso de abrazar a mi padre se ahogó ante la necesidad de defender a mi madre. Intenté explicarle que tuvo que volver a Ámsterdam, pero él no me escuchaba, no paraba de decir que era una irresponsable, totalmente inadecuada para cuidar de mí —«ya, pero es la única que está dispuesta a hacerlo», le contesté en silencio—, que solo tenía doce años y que no debería viajar sola. Pero no tenía doce, tenía trece. Me metí las manos en los bolsillos y le dije que mi madre tenía cita con el médico, que tenía que volver a casa o llegaría tarde. Él me dijo que era peligroso que viajara sola, aunque no lo era. Aquello era Alkmaar, y yo estaba acostumbrada a salir sola a montar en bicicleta por los alrededores de Ámsterdam. «No sabes lo peligroso que es», me dijo.

Bajamos las escaleras en silencio y, de pronto, como si no hubiera pasado nada, me preguntó qué quería hacer aquel día. Me encogí de hombros. Para entonces, ya solo quería volver a casa.

Hans pasaba la mirada de mi padre a mí y de mí a mi padre. Ronald había dicho que nos parecíamos, aunque él ya sabía que yo era su hija.

—Seamos amables, Stefanie —intervino Hans—. Después de todo, este hombre es compañero nuestro.

—Lo era —replicó Stefanie antes de girar la silla hacia él, cruzar las piernas y mirarlo de arriba abajo.

—Entonces, ¿dos personas fueron a recoger los informes? —resumió Hans.

—Sí.

—¿Y dice que los estaba esperando?

—Sí. El comandante dijo que Ámsterdam se encargaría del caso. Le pedí a Ronald de Boer, mi compañero, que me ayudara a empaquetar las cajas. El jefe nos dijo que teníamos dos horas para hacerlo.

—Y entonces llegaron.

—Sí. Nos llamaron de recepción para decir que ya estaban allí. Un poco antes de lo previsto, si no me equivoco.

—¿Cuánto antes?

—No sé, una hora o así. Pero me acuerdo de que pensé que estabais deseando quitarme el caso.

—¿Y qué pasó después?

—Bajé las cajas. Las dos. Las cogieron, las metieron en el coche y se fueron.

—¿Iban de uniforme?

—No, de paisano.

Hans me miró.

—Pudo ser cualquiera.

Asentí en silencio. No entendía qué hacía mi padre allí, hablando de aquello, poniéndose en el centro de la atención, mintiendo descaradamente.

—¿Por qué no les pidió que le enseñaran los distintivos? —preguntó Stefanie.

—Esperaba a dos personas y aparecieron dos personas. Supongo que no quería complicar aún más las cosas.

—¿Complicarlas?

—Bueno, no quería servirles el caso en una bandeja de plata. Estoy seguro de que lo entenderán. En parte, era una cuestión de orgullo.

—No era precisamente una bandeja de plata.

—Teníamos al testigo y seguimos el mismo camino que ahora están siguiendo ustedes. —Señaló la pizarra que tenía detrás—. No tienen más de lo que teníamos nosotros. Si no les hubiera hablado del testigo, ni siquiera habrían llegado tan lejos.

—Estamos atascados en el mismo punto —dijo Stefanie—. Hemos seguido sus pistas falsas y hemos terminado en el mismo callejón sin salida.

—El inspector jefe tampoco llegó a ningún lado —dije e inmediatamente me mordí la lengua.

Stefanie me miró.

—Y tú sigues empeñada en irte por las ramas en todo lo que se refiere al caso Petersen.

—Yo solo estoy diciendo que el jefe...

—Podríamos hacer un retrato robot —me interrumpió Hans—. ¿Se acuerda de aquellos dos policías?

—Hans, no tiene sentido. Esos dos no existen —replicó Stefanie con dureza.

—Sí, me acuerdo —afirmó mi padre.

—¿Es que soy la única que ve que está mintiendo? ¡Por el amor de Dios!

—Stefanie...

—Ni Stefanie ni nada, Lotte —me soltó—. No haces más que obligarme a hacer todos los preparativos, a examinar toda la parte de las finanzas, y cuando encuentro algo, me ignoras y en vez de hacerme caso a mí, te dedicas a escuchar lo que dice un viejo mentiroso y conspirador. —Se levantó y dejó caer las carpetas que había traído encima de los informes del inspector jefe sobre Otto Petersen—. No vuelvas a contar conmigo para allanarte el trabajo.

Salió a grandes zancadas y cerró de un portazo. La oímos alejarse por el pasillo.

—Vamos a encender el ordenador —dijo Hans mientras se acercaba a la mesa en la que estaba mi padre—. Tiene el programa para hacer los retratos robot. ¿Sabe usarlo?

—Si está hecho para la policía no puede ser muy complicado.

—Le echaré una mano —se ofreció Hans.

—¿Café? —propuse.

No podía quedarme allí viendo cómo mi padre se inventaba un par de caras. Parecía muy sincero. Se le daba muy bien ocultar lo que realmente había pasado. Me acordé de lo que pensé en la comisaría de Alkmaar unos días antes, cuando me di cuenta de que era capaz de mentir con tanta facilidad sobre lo que había pasado en la investigación de Wendy Leeuwenhoek porque había estado contando las mismas mentiras una y otra vez. A lo mejor mi padre se creía lo que estaba diciendo porque había conseguido convencerse a sí mismo a lo largo de los años de que él no había hecho nada mal, de que realmente existían esas dos personas que se había inventado.

—¿Leche y azúcar? —le pregunté a mi padre.

Asintió.

Cuando volví, habían creado dos rostros perfectos de un hombre y una mujer a los que no había visto jamás.

Esperé a que se terminara su café y luego lo acompañé a la parada del tranvía. No tardaría mucho en llegar a la estación y coger el tren para Alkmaar. Había

dejado de nevar y ya se veían entre las nubes algunos espacios azules. Se resbaló en la acera cubierta de nieve y yo lo cogí por debajo del brazo para darle equilibrio, igual que había hecho con la madre de Otto Petersen, igual que haría con cualquier desconocido que necesitara ayuda.

—¿Cómo está tu madre? —me preguntó.

—Bien. Le conté que fui a verte.

—Ah.

—Sí, y le molestó que te hubiera enseñado el coche antes que a ella.

Se rio. Soltó una sonora carcajada que le salió del estómago y me atravesó la piel. Aparté el brazo y nos miramos.

Se le apagó la sonrisa.

—Lo siento —dijo—, no tiene gracia.

—No, no, en realidad sí la tiene.

La parada estaba en Leidseplein. Las terrazas de los bares estaban frías y vacías, y las luces que intentaban atraer a los clientes se veían demasiado chillonas y desesperadas a la luz del día. Le di la espalda al bar en el que me había tomado unas copas con Paul Leeuwenhoek y en el que me di cuenta de lo atraída que me sentía por él.

El tranvía llegó chirriando por la esquina, tocando la campana para llamar la atención de quienquiera que no lo hubiese oído llegar a pesar del chirrido que producían las ruedas de hierro sobre los raíles de hierro.

Las puertas se abrieron y mi padre subió las escaleras de atrás. Movida por un impulso repentino, lo seguí de un salto. Él se dio la vuelta para mirarme y sonrió. Nos abrimos paso entre un grupo de turistas japoneses que probablemente se habrían subido en Rijksmuseum, unas dos paradas antes. Iban muy abrigados, con gorros y bufandas. Habían tenido que encontrar una buena oferta para venir a Ámsterdam en aquella época del año. Mi padre apoyó la tarjeta en el lector para pagar el viaje a la Centraal Station. Nos sentamos detrás de una chica que estaba hablando por el móvil en inglés. Cuando colgó, hizo otra llamada, esta

vez en alemán.

Cuando se abrieron las puertas entraron unos estudiantes jóvenes, y con ellos el aroma dulzón de la marihuana.

—Ronald me contó lo del infarto —dije y me volví para mirar a mi padre—. Lo siento, no lo sabía. Si lo hubiera sabido te habría llamado. Antes de ir a Alkmaar la semana pasada, quiero decir.

Mi padre suspiró y apoyó los brazos en el respaldo del asiento que tenía delante. La ligera encorvadura de la espalda se hizo más pronunciada.

—No pasa nada. Ya estoy bien. Aquello fue hace doce años.

—¿Después de jubilarte?

—Tuve el infarto el mismo día de la jubilación. Es triste, ¿no? Estaba muy apegado a mi trabajo.

—Sí, lo entiendo. —¿No era exactamente eso lo que yo había estado temiendo durante el último mes?—. A mí me pasaría lo mismo. El trabajo es lo único que tengo.

«Y lo estoy arriesgando por ti», pensé.

—¿Qué pasó con...? —dijo señalándome la mano.

—Se fue con otra mujer.

El tranvía se puso en marcha.

«Me dejó por otra más joven y yo intenté reemplazarlo con quien no debía».

—Lo siento.

—Fue hace un año. De todas formas, a ti no te gustaba.

—No lo conocía, que no es lo mismo. —Tosió—. El trabajo ayuda a olvidar.

—¿Cómo seguiste adelante sin el trabajo? —le pregunté tan bajo que apenas se me oía con el ruido del tranvía.

Si el inspector jefe descubriera que aquel hombre que estaba sentado a mi lado era mi padre, no tardaría nada en descubrirlo por mí misma.

—Me pusieron medicación y la verdad es que eso me ayudó —dijo.

A lo mejor debería haberme tomado las pastillas azules del bote que tenía en la mesita de noche. La idea de perder el trabajo me asustaba tanto que tuve que obligarme a pensar en otra cosa. Mi padre volvió a toser.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, es solo un picor en la garganta.

Se quitó un guante y sacó un caramelo del bolsillo. Le quitó el papel y me ofreció uno. Negué con la cabeza.

—La verdad es que fue difícil —continuó—. No tenía nada más. Era un agujero negro.

—Tendrías que habérmelo dicho. ¿Mamá lo sabía?

Asintió en silencio.

—Pero el trabajo tampoco es fácil —dijo después—. No es como irse de pícnic, aunque tú eso ya lo sabes, ¿no, Lotte?

—Sí —dije tan bajo que ni siquiera sabía si me había oído.

—Si alguna vez quieres hablar, ya sabes dónde estoy —dijo—. He visto tantas cosas que ya no hay nada que pueda sorprenderme ni impresionarme.

Le sorprendería si le contara que me había acostado con un asesino; y no solo que me había acostado con él, sino que había estado enamorada de él. Me había enamorado tanto de Paul que por primera vez en mucho tiempo había albergado la esperanza de poder crear una nueva familia, de sustituir a mi exmarido con un hombre que me quisiera más, con aquel hombre que había pasado por lo mismo que yo, la pérdida de una hija y la posterior ruptura de su matrimonio.

Pero no podía arriesgarme a hablar con mi padre de eso. Tenía que cambiar de tema. La pregunta que me había estado dando vueltas en la cabeza desde los

retratos robot, desde que mi padre les había dicho a Stefanie y Hans que habían ido dos policías a recoger los informes, salió de pronto al descubierto.

—De todo lo que has dicho hoy en la comisaría, ¿hay algo que sea verdad?

Se le marcaron todas las arrugas de la cara.

—Pues claro, todo. ¿Por qué?

Me mordí el labio. No quería contarle lo que mi madre me había revelado. Cuando dijo que nada podía sorprenderlo, ¿se refería a eso? ¿Había aceptado dinero y por eso creía que nada de lo que yo pudiera hacer podría impresionarlo?

El tranvía dobló a la izquierda después del edificio de la universidad y pasó por el Grand Café Luxembourg, donde Stefanie conoció a su marido, Patrick. El tranvía pitó para avisar a unos estudiantes que estaban cruzando sin mirar. Volvieron a saltar a la acera como gatos, riéndose pero molestos.

—¿Por qué me lo preguntas, Lotte? —insistió—. Tendría que haberles pedido los distintivos, pero tenía la cabeza en otra parte.

Quería preguntarle sobre el dinero del que me había hablado mi madre, y con el que Stefanie estaba tan obsesionada, pero decidí no hacerlo.

—Solo quería saber si de verdad te acuerdas de todo o si también hay algunos huecos que estás intentando rellenar.

—No, no, me acuerdo de todo. ¿No te pasa que hay algunos momentos, momentos decisivos en un caso o en la vida real, que se te quedan grabados en la memoria y no se te vuelven a olvidar jamás? Ese es uno de los míos.

Asentí. Para mí, uno de esos momentos fue cuando conocí a Paul. No quería recordarlo, pero era como decía mi padre, se me había quedado grabado en la memoria. Lo primero que me llamó la atención de Paul fue la edad. Se veían claramente los estragos que el dolor y la presión habían causado en él. Cuando lo llamé para quedar con él, reconocí la voz que ya conocía por las cintas. Pero las voces no cambian mucho. Lo había visto tantas veces en la televisión y en las fotografías de los periódicos que tenía la sensación de que ya lo conocía. No se me ocurrió pensar que habían pasado quince años desde las entrevistas que su mujer y él le concedían a la prensa para pedirle a la gente que los ayudara a

encontrar a su hija. Cuando lo conocí, el pelo oscuro ya se le había teñido de gris y en los ojos verdes se le leían años de sufrimiento. No tuvo que decirme que había sufrido por la desaparición de su hija; pensé que se le veía en la cara, que todo ese dolor estaba allí, clarísimo para cualquiera.

«¿Te importa que grabe la conversación?», le pregunté. Todo tenía que hacerse según las reglas.

«Claro que no. Haría cualquier cosa con tal de encontrarla —me dijo—. Lo que sea».

¿Cómo me hacía sentir aquel recuerdo? ¿Sucia? ¿Idiota? ¿Ingenua? Y el recuerdo de mi padre, ¿lo haría sentirse mal también?

—¿Cómo te sientes al pensar en el caso Petersen? —le pregunté.

—Fue mi último caso y no lo resolví. Es un asunto pendiente. Aunque la verdad es que no había vuelto a pensar mucho en él hasta que apareciste tú, Lotte. No sabía por qué no se había llegado a resolver. Supuse que tal vez la declaración de Wouter Vos no había llevado a nada. Sin embargo, ahora me siento culpable, porque resulta que tendría que haberles pedido a aquellos dos que se identificaran antes de entregarles la documentación, así que ahora parece que fue por mi culpa.

En ese momento pensé que entendía lo que estaba haciendo: estaba intentando que siguiéramos una dirección determinada. A lo mejor era porque quería compensar el daño que había causado doce años antes. Me sentí tentada de seguir la dirección que nos marcaba mi padre para ver adónde nos llevaba.

El tranvía tomó una última curva y mi padre y yo llegamos a la Centraal Station. Nos despedimos rápidamente entre la multitud que salía como hormigas de un hormiguero que alguien acabara de pisar. Me abrazó. Yo no le abracé a él, pero tampoco me resistí. Me limité a quedarme inmóvil y dejar que me abrazara él a mí. Luego se fue hacia el andén número 13 y yo me quedé en el *hall* de la estación, como una piedra en mitad de un río, con la muchedumbre pasando a mi lado a raudales. A la derecha se oía a un músico callejero tocando *Tulips from Amsterdam* con el órgano y a la izquierda sonaban unas zampoñas. Mi padre no miró hacia atrás. Por lo menos, aquella vez no lloré.

Volví a casa dando un paseo para tomar un poco de aire fresco. Pasé por el

edificio de la nueva línea de metro que estaba enfrente de la Centraal Station y por delante de los restaurantes turísticos de Damrak y las tiendas de Nieuwmarkt. Unos jóvenes marroquíes que estaban pasando por delante de una tienda que vendía vaqueros y camisetas de moda empezaron a quejarse. Sus voces se mezclaron con las palabrotas de una canción rap que se oía desde la tienda. Ante el jaleo me volví a mirarlos, un reflejo de los tiempos en los que solía patrullar por aquellas calles, aunque ya hacía diez años de aquello. En cualquier caso, a las vocales y consonantes de aquel idioma les faltaba el matiz de agresividad que precede a la violencia. No eran más que adolescentes afirmándose como grupo.

En verano se reunían muchos jóvenes delante de las tiendas, pero en aquel momento hacía tanto frío que nadie se paraba ni a mirar los escaparates. Un vendedor de licores ofrecía gratis un gorro de lana, blanco y con pompones naranja, a quien se dejara unos veinticinco euros o más, y los puestos ambulantes estaban haciendo su agosto vendiéndoles orejeras a los turistas que no habían previsto el frío. De vez en cuando pasaba alguna pareja mayor, pero la media de edad de la gente que paseaba por Nieuwmarkt estaba por debajo de los veinte. Las tiendas sabían muy bien a qué clientela se dirigían: la música a todo volumen creaba una barrera sonora en la puerta que las protegía de la gente mayor, como yo, para que no entráramos por error e hiciéramos perder el tiempo a los dependientes, que estaban demasiado ocupados hablando entre ellos. Solo los jóvenes, con pérdida de audición permanente por poner la música demasiado fuerte en el iPod, se sentían cómodos probándose la ropa en unos probadores en los que había que gritar para oírse.

Me sentí aliviada cuando llegué al final de Kalverstraat. Doblé a la derecha después del mercado de las flores, dejé atrás el McDonald's y el olor a patatas fritas, y los cambié por las filas inodoras de las cajas de bulbos y tulipanes de los invernaderos. Otras dos calles, diez minutos más caminando por aceras llenas de nieve medio derretida y por fin llegué a mi canal. Vi el reloj con forma de carruaje que adornaba el gablete del tejado de mi casa. Sabía que tenía suerte de vivir allí. Tenía suerte de tener un trabajo que se me daba bien. Hasta pensé que tenía suerte por haber visto otra vez a mi padre.

CAPÍTULO 17

—Está en casa —dijo Stefanie—. Van Ravensberger va a estar en su casa hoy.

No aparté los ojos de la pantalla de mi ordenador. Me sorprendía que hubiera tardado tanto. Yo llevaba esperándolo desde que su sobrino nos contó lo que había oído y Stefanie dijo que quería coger a su tío por lo que fuera. Stefanie no había vuelto desde que salió resoplando de la oficina el día anterior, y a mí no me había importado en absoluto. Tener que proteger a mi padre sin que nadie se diera cuenta era agotador.

—He hablado con su secretaria —dijo—. Nos recibirá a las diez.

El reloj de la esquina izquierda de la pantalla marcaba las 8:47.

—¿Dónde trabaja?

—Vamos a su casa. Está en Blaricum.

—Eso está a menos de una hora de aquí. Me paso por tu oficina dentro de unos quince minutos.

Sabía cuánto se tardaba en llegar a la pequeña municipalidad de Blaricum porque había ido varias veces. Mi exmarido quiso comprar una casa allí cuando ganó su primer millón. Era donde vivían muchos de sus compañeros del golf y pensó que nos vendría bien para estar a la altura de nuestro nuevo estatus social porque allí era donde vivían los ricos, rodeados de una campiña estupenda que además estaba muy bien comunicada con Ámsterdam. Era donde las mujeres jugaban al tenis y los hombres se la jugaban a ellas. Pero los precios estaban por las nubes y comprarse un piso pequeño en una zona cara del país no era lo que él tenía en mente, así que nos quedamos donde estábamos, en nuestra casa de Zaandam, en el norte de Ámsterdam, la casa a la que nos mudamos poco antes de casarnos. A mí no me importó. Blaricum no me parecía un lugar en el que pudiera encajar.

En vez de irse, Stefanie se acercó a la pizarra tropezando con mi silla al pasar.

—¿Quién es esa? —preguntó señalando el retrato robot de la mujer que había usado su nombre cuando fue a recoger las cajas que le dio mi padre.

—¿Por qué? —quise saber.

—Su cara me suena.

—¿Y la de él?

—No estoy segura. Puede ser —dijo mientras la observaba más de cerca.

—Son los dos que fueron a Alkmaar.

—Ah, vale —comentó dando un paso atrás—. ¿Es una actriz? ¿Una deportista?

—Si la conoces... —empezó a decir Hans.

—Se lo inventó todo —lo interrumpió Stefanie.

—Pero la mujer que usó tu nombre te resulta familiar —rebatí.

—No me gustan las adivinanzas. Te veo dentro de quince minutos.

Pasó los dedos por encima de mi mesa mientras salía y los detuvo un instante sobre la pila de carpetas del inspector jefe Moerdijk, que seguían allí desde el día anterior.

—¿Te ha servido de algo?

—¿Cómo?

—El trabajo de Moerdijk. ¿Era lo que te esperabas?

Me tomé un poco de tiempo antes de contestar, intentando imaginar por qué querría saberlo. Era difícil juzgar al jefe. Por una parte, no había entendido la complejidad financiera del fraude de Petersen y había pensado que Goosens podía tener un móvil que en realidad no existía. Yo no podía reprocharle que no entendiera todo aquello, aunque también podría haberse buscado a alguien del departamento de Fraudes Fiscales para que lo asesorara, igual que Stefanie me estaba ayudando a mí. Pero por otra parte, me había apoyado muchísimo con el caso de Wendy Leeuwenhoek al asignarme una parte importante del trabajo en mi primer caso en esta unidad después de dejar la de André Kamp. Lo primero que se me vino a la cabeza fueron los apuntes que había hecho a lápiz en los

márgenes, mientras que mis informes estaban completamente limpios.

—Es muy diligente —dije.

Stefanie se rio sin ganas.

—Diligente... Sí, diligente sí que es.

Me puso la mano en el hombro al pasar y yo giré tanto la silla que se cayó.

—Hasta ahora —se despidió riéndose.

Salió moviendo las caderas más de lo normal, por lo que la ropa interior le marcaba las pistoleras bamboleantes como un par de almohadas fuertemente atadas por la mitad con un trozo de cuerda.

Cuando se dejaron de oír sus pasos, Hans abrió la boca para decir algo, pero yo lo interrumpí levantando la mano.

—No lo digas, no quiero oírlo. Vas a hacer algún comentario sobre su presencia en nuestro equipo y no tengo ningunas ganas de pararme a pensarlo. Ya la tenemos aquí mucho más tiempo del que me gustaría.

Abrí el informe otra vez y observé la escritura enmarañada de las anotaciones.

—Solo iba a decir que ha reconocido a esa mujer.

—Sí.

Sin embargo, a mí no me sonaba de nada.

—Tienen que conocerse de algo —dijo Hans—. La mujer que usó su nombre tiene que saber que Stefanie Dekkers trabaja en la policía; o alguien que lo sabía le dijo que usara su nombre.

Se levantó y se estiró.

—Y lo mismo vale para Freek Veenstra —añadió.

Se acercó a la pizarra y dibujó una flecha recta entre los retratos robot y Anton Lantinga.

—Los dos trabajaron en el caso Petersen Capital —siguió razonando—, Freek Veenstra y Stefanie Dekkers.

Se dio media vuelta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Fue uno de sus primeros casos, ¿lo sabías? —me preguntó.

—Encaja perfectamente —dije, pero no le conté la verdad: que mi padre se había deshecho de aquellos informes y que nadie había ido a recogerlos—. Ella fue a recoger el ordenador de Anton Lantinga. Me contó que él se quedó líbido y que, para ella, aquel fue su mejor día de trabajo.

—En ese caso, él se acordaría de su nombre.

La sonrisa de suficiencia de Hans me acompañó por el pasillo mientras me dirigía hacia la oficina del departamento de Fraudes Fiscales. Stefanie habría interpretado el que hubieran usado su nombre de una forma completamente distinta: no habría dudado en decir que mi padre había cogido el directorio de la policía y había elegido a dos miembros del departamento de Fraudes Fiscales para que pareciera más plausible, pero que ahora que ella trabajaba en el caso, le había salido el tiro por la culata porque habíamos descubierto el engaño. Y ahora que sabía que mi padre había aceptado un soborno, pensé que seguramente tendría razón.

La casa que Van Ravensberger poseía en Blaricum era tal y como me la imaginaba: imponente. Stefanie llamó al timbre. Yo no me esperaba que viniera él a abrirnos la puerta, pero allí estaba: Ferdinand van Ravensberger, el tío de Ben, que había sido el que había empezado todo aquello al intentar dispararme en la gasolinera. Me lo esperaba más alto, y sin embargo tenía mi misma estatura. Era un hombre enjuto y recortado y lucía un corte de pelo que apestaba a dinero; nada más verlo, ya te imaginabas a alguna chica echándole horas y horas para ir cortándose de uno en uno. De los tres hombres que habían ido juntos a la universidad —Van Ravensberger, Lantinga y Goosens—, Ferdinand van Ravensberger parecía el más joven con diferencia. Era atractivo, y se me hizo difícil imaginármelo como el tirano malhumorado que describía su sobrino.

—Inspectora Stefanie Dekkers, departamento de Fraudes Fiscales.

Stefanie sonrió abiertamente mientras lo decía. Tal vez aquello era con lo que soñaba todas las noches, con el momento en que lograría arrear a Van

Ravensberger o a cualquier otro famoso. Le mostró el distintivo.

Yo le enseñé el mío.

—Inspectora Lotte Meerman, CID.

—¿CID? —dijo al tiempo que se le tensaban todos los músculos del rostro.

Entrecerró los párpados y observó el distintivo antes de volver a mirarme.

Asentí.

—De acuerdo, pasen. ¿Tiene algo que ver con Ben? —Se adentró en el pasillo y abrió una puerta a la derecha—. Vamos a entrar aquí, mi despacho fuera del despacho.

Mientras nos dejaba pasar noté el olor a jabón, pero ni rastro de ninguna loción para después del afeitado. En cuanto entramos, cerró la puerta.

El despacho de su casa consistía en dos habitaciones. La más pequeña parecía ser una sala de reuniones con una mesa de cristal y acero inoxidable y ocho sillas. Una puerta de cristal la comunicaba con la otra, que era seis veces más grande que nuestra oficina, en la que trabajábamos cuatro personas. En un extremo estaba la mesa de Ferdinand con tres pantallas de ordenador, y en el otro, la pantalla de plasma estaba puesta en el canal de la CNN y una señora estaba hablando sobre la situación en Afganistán. Frente a la puerta de la sala de reuniones había una cristalera con contraventana que en verano debía extender el despacho hacia el jardín.

—CID y Fraudes Fiscales.

Silenció a la señora de la televisión con el mando a distancia y se sentó.

—Eso significa que no es por Ben, ¿no? Fraudes Fiscales no vendría aquí a por él —dijo más para sí mismo que para nosotras y ninguna de las dos reaccionamos—. Vengan, tomen asiento.

Tenía una voz profunda, ni ronca ni aguda, sino tan clara y potente como la enorme campana de una iglesia. Si en algún momento hubiera querido cambiar de trabajo, podría haberse dedicado a dar las noticias por televisión: en cuanto

hubiese empezado a hablar, todo el mundo se habría parado a escucharlo.

Me senté en uno de los sillones Le Corbusier de delante de la mesa, un artilugio de acero y cuero negro increíblemente cómodo. El sillón desprendía un olor típicamente masculino: cuero y tabaco. Stefanie se sentó a mi lado, pero no la miré.

—Estamos investigando un caso de asesinato —dije mirándolo a los ojos.

Van Ravensberger se cruzó de brazos y se inclinó hacia delante.

—¿Y ahora es cuando van a preguntarme dónde estaba no sé qué día de 1973?

—No ha pasado tanto tiempo —repuso Stefanie con frialdad—. Estábamos reexaminando el asesinato de Otto Petersen y estamos seguros de que está relacionado con el fraude de Petersen Capital.

Van Ravensberger asintió.

—Petersen, claro. ¿Cuánto tiempo hace de aquello? —Se relajó, se rascó la parte de atrás de la cabeza y sonrió con tristeza—. Perdí mucho dinero en aquel fondo.

—Hace doce años del asesinato y diecinueve del fraude. Estamos hablando con los inversores para descubrir cómo funcionaba el fondo. ¿Qué puede decirnos de Otto Petersen, Geert-Jan Goosens y Anton Lantinga? —preguntó Stefanie.

—No conocía bien a Petersen. Yo trataba principalmente con Geert-Jan.

No quise interrumpirlo, aunque por la fotografía que me había dado la madre de Otto Petersen sabía que estaba mintiendo. Quería ver adónde lo llevaba todo aquello, darle suficiente cuerda para que se ahorcara él solo.

—¿Habló con él después del fraude?

—Al día siguiente, después de que todo el asunto se hiciera público, llamó para disculparse.

El sonido estridente de mi móvil interrumpió de pronto a Ferdinand con su tono de llamada de teléfono antiguo. Había probado varios tonos, pero sabía por experiencia que si el móvil no me sonaba como un teléfono normal, no

contestaría. Stefanie se volvió hacia mí y me miró enfadada.

—Perdón —dije y abrí el bolso.

Lo primero que toqué mientras rebuscaba fue el marco de la foto que me había dado la señora Petersen. No me podía creer que no la hubiera puesto todavía en la pizarra. Fui a Alkmaar precisamente para conseguir esa foto y después se me olvidó por completo. Pensándolo bien, ni siquiera le había dicho a Stefanie que la tenía. Iba a decírselo la tarde anterior cuando de pronto apareció mi padre. La decoración redondeada del marco de plata era como olas heladas bajo los dedos. El móvil seguía sonando, así que abrí un poco más el bolso.

—¿Se acuerda de cómo le hablaba? —continuó preguntando Stefanie.

—Azorado, creo. Como si no pudiera creerse que aquello hubiera pasado.

Ferdinand dirigió la mirada hacia el bolso. Dejó de hablar y frunció el ceño. No estaba segura de si era por la interrupción o porque había visto la foto. Saqué el teléfono.

En la pantalla leí que era Hans. Hice un gesto para disculparme ante Stefanie y Ferdinand mientras les decía «perdón» con los labios, me levanté y contesté.

—Hola, Hans. ¿Qué pasa?

Pasé por delante de una librería repleta de DVD y me volví para seguir viendo a Stefanie y Van Ravensberger mientras ellos seguían hablando.

—Hola, Lotte. Lo siento, pero ha llamado Anton Lantinga y he pensado que deberías saberlo.

Cogí un DVD de una de las estanterías. La cubierta era blanca y escrito en negro con todas las letras separadas decía: «Entrevista Nova, 23 de diciembre de 2012».

—¿Qué quería? —le pregunté bajando la voz.

Leí los lomos de otros DVD. «Entrevista NOS Journaal, 15 de junio de 2012», «Entrevista CNN, 3 de marzo de 2013». Ferdinand van Ravensberger tenía una inmensa colección de las grabaciones de sus apariciones en la televisión. ¿Qué

clase de hombre guardaría una colección como esa de su propia imagen?

—Quiere hablar contigo —dijo Hans.

—¿Sobre qué?

Dejé el DVD en su sitio y miré por la ventana. Dos niños vestidos con trajes de esquiar y unas botas de nieve rojas idénticas estaban haciendo un muñeco de nieve delante del rododendro del amplio jardín de césped. Habían puesto dos bolas de nieve una encima de la otra. La niña se quitó la bufanda y se la puso al muñeco donde se suponía que tenía el cuello. Eran demasiado pequeños como para ser los hijos de Ferdinand van Ravensberger, a no ser que tuviera una nueva esposa más joven que él, claro, aunque su sobrino había dicho que seguía casado con su primera mujer.

—No lo sé, solo ha dicho que quiere que vayas a su casa esta tarde a las ocho —dijo Hans.

—Gracias, Hans. Lo siento, tengo que irme. Estamos en mitad de un interrogatorio. Gracias por llamar.

Colgué y me volví a reunir con los otros.

—Geert-Jan se fijó en Petersen, al que admiraba —estaba diciendo Ferdinand—, y así fue como se creó su reputación.

—¿En qué sentido? —preguntó Stefanie.

—Salió de la sombra de Petersen y creó su propia empresa —explicó Ferdinand.

—Solo que usted dejó de invertir con él —sonrió Stefanie.

—No, no, yo le di cinco millones de euros y para cuando Petersen salió de la cárcel, los había cuadruplicado. Me devolvió el dinero y mucho más —aseguró y alargó la mano señalando el despacho para que nos fijáramos en lo que había conseguido hacer con ese dinero—. Y siguió. He ganado mucho con él. Ha sido la mejor revancha que podía tener.

—¿Y Anton? —quiso saber Stefanie.

—No hablaba con él —afirmó Ferdinand.

—¿Nunca ha hablado con él? —pregunté y me senté en el sillón Le Corbusier.

Ferdinand empalideció ligeramente bajo lo que debía de ser un bronceado de invierno artificial.

—¿Cree que Geert-Jan Goosens no tuvo nada que ver con el fraude? —preguntó Stefanie intentando volver a la línea original del interrogatorio.

Pasó la mirada de mí a Stefanie e intentó colocar los hombros hacia atrás buscando una postura más relajada.

—De no ser así, no habría vuelto a invertir con él. Quise hacer ese gesto para que los demás inversores me siguieran. Las acciones son más claras que las palabras.

Desde luego. Ferdinand van Ravensberger le dio un voto de confianza a Goosens con su dinero, que era lo único que importaba en esos círculos. Estaba segura de que otros inversores lo habrían visto y habrían seguido su ejemplo. ¿Qué consiguió a cambio? ¿Toda su riqueza actual se debía al dinero que Goosens le había hecho ganar?

—¿Qué pasó, en su opinión? ¿Cómo perdió todo aquel dinero Petersen Capital?

—Fue por culpa de Petersen. Él siempre pensaba que no podía equivocarse. A sus ojos, él todo lo hacía bien. Era el mercado el que se equivocaba, el que tenía que reconocer su error y volver sobre sus pasos para adaptarse a su forma de ver las cosas.

Van Ravensberger nos miraba únicamente a Stefanie y a mí. Ni una sola vez miró a los niños que estaban jugando más allá de la ventana. Los cristales tenían que tener aislamiento acústico porque no se los oía.

—Entonces, ¿por qué ocultó las pérdidas?

Ferdinand van Ravensberger se encogió de hombros.

—No creo que las ocultara, sino que más bien pensó que no tenía por qué hablarnos del tema. Nosotros no éramos más que inversores, ya sabe. El cerebro

era él. Él tomaba todas las decisiones sin necesidad de justificarse.

Y a Ferdinand van Ravensberger no podía gustarle algo así. La colección de entrevistas en DVD demostraba hasta qué punto se sentía importante. Para alguien con tanta autoestima, el que no lo consideraran digno de recibir información debió de ser todo un insulto. Pero sentirse insultado no es razón para matar a alguien siete años después. Además, el dinero que había ganado con Goosens le habría ayudado a superarlo. Estaba más claro que nunca que Ferdinand van Ravensberger no había tenido nada que ver con el asesinato de Petersen. Por lo menos, el dinero y el trato que recibió no podían ser los motivos. En cualquier caso, yo seguía intrigada por la relación que la fotografía revelaba entre ellos, una relación que Ferdinand no había mencionado aún.

—¿Ya era así en la universidad? —pregunté.

—¿Perdón?

—Ha dicho que Otto se consideraba el cerebro y que por eso no le comentó nada. Pero usted lo conocía desde los tiempos de la universidad, ¿no?

—No lo conocía muy bien.

—¿Quiere decir que no lo conocía tan bien como a Geert-Jan Goosens y Anton Lantinga?

—Sí, a ellos los conocía mucho mejor.

—Pero ha dicho que nunca ha hablado con Anton.

—No hablé con él sobre el fraude de Petersen Capital.

—Pero hablaría con él de otras cosas.

—Sí, pero de nada relacionado con el trabajo.

—Y Otto no era su amigo.

—No.

—¿Porque él se creía mejor que usted?

—No era eso.

Ferdinand se tomó un momento antes de contestar y miró al techo como si quisiera buscar inspiración.

—Él estaba siempre con nosotros, pero no participaba realmente en nada, no hacía nada, solo nos seguía como un hermano pequeño. Nos observaba y luego hacía lo que tuviera que hacer. Siempre estaba imitándonos, no tenía ideas propias.

—¿Y eso les molestaba?

—Sí, a veces.

Sonó el teléfono de la mesa. Ferdinand esperó unos segundos para ver quién era y luego dijo:

—Lo siento, tengo que contestar.

Se le veía aliviado por la interrupción. Se dio media vuelta y habló tan bajo que no logré entender ni una sola palabra por más que lo intentara. Aparte de las evidentes mentiras, Ferdinand van Ravensberger se mostraba abierto con nosotras, muy dispuesto a contestar a todas nuestras preguntas. Sin embargo, las mentiras me hacían dudar de todas sus respuestas.

—¿Qué quería Hans? —quiso saber Stefanie.

—Dice que ha llamado Anton Lantinga y que quiere hablar con nosotras.

—¿Ha dicho por qué?

—No.

—Entonces, ¿vamos ahora?

—No. Ha dicho que nos espera en su casa a las ocho.

—No puedo volver muy tarde, pero te acompañaré —dijo Stefanie.

Asentí. De todas formas, no quería ir sola y, desde luego, Stefanie no estaba dispuesta a quedarse atrás.

Sonrió de oreja a oreja.

—Va a confesar —susurró—. Es eso.

Yo no estaba tan segura, pero no quise contradecirla. No sabía qué podía ser, pero no me parecía probable que fuera a confesar.

Ferdinand terminó su llamada y se disculpó.

Stefanie siguió con su línea de interrogatorio:

—Otto Petersen podía resultarle molesto, pero cuando montó su empresa invirtió con él.

—Yo le di el dinero a Geert-Jan y él me habló de la empresa que estaba montando con Petersen.

—¿Le pareció buena idea?

—Yo nunca me fie de Petersen, pero Geert-Jan era un buen amigo. Me pidió el dinero, me pareció que sus ideas valían la pena e invertí con ellos.

—Así que perdió todo su dinero en la empresa de su amigo.

—Como he dicho, me lo devolvió y me hizo ganar una fortuna.

—¿Cree que estaba al corriente del fraude?

—No creo que nadie supiera nada.

—Puede que la mujer de Otto lo supiera.

—Tal vez, pero solo si él creía que tenía que saberlo. Lo más seguro es que la mantuviera al oscuro.

—¿Para que no hablara con los inversores?

—Ni con nadie. Cuando más de dos personas saben algo —contestó Ferdinand con una sonrisa—, deja de ser un secreto.

Stefanie condujo de vuelta a la comisaría. Durante el viaje pensé en los secretos

que pudieran saber más de dos personas. Me pasé un buen rato mirando por la ventana, más allá del débil reflejo de mi cara. Pensé que a Paul le gustaba mi cara, deseaba mi cuerpo. Me pregunté si se lo habría contado a su abogado, y si el abogado intentaría usarlo. ¿Sabrían más de dos personas lo que había pasado entre Paul y yo? Yo jamás se lo contaría a nadie, de eso estaba segura. No quería que nadie llegara a saber algo así sobre mí.

Lo que Ferdinand van Ravensberger nos había contado acerca de Otto Petersen, que los observaba cuando eran estudiantes para intentar imitarlos después, encajaba perfectamente con lo que me había dicho su madre: que era su «niño cambiado». ¿En qué se habría convertido estando en prisión?

CAPÍTULO 18

La A-9 hacia Alkmaar ya me resultaba familiar después del tercer viaje en una semana. Llevaba la música puesta y el ruido del motor se sumaba como una nota más en la oscuridad. Empecé a canturrear en voz baja *Safe from Harm*, de Massive Attack, y miré hacia el lado para ver si Stefanie seguía durmiendo. Tenía la cabeza apoyada en la puerta y tan solo el cinturón de seguridad la mantenía erguida. Roncaba suavemente. Además de la radio también se oía el zumbido de la calefacción, que luchaba contra el frío para mantenernos a una buena temperatura. Como en mis paseos nocturnos, tenía la sensación de que el coche me protegía del mundo exterior, en el que los campos cubiertos de nieve resplandecían a la luz de la luna y los pueblos y casas relucían a intervalos irregulares como luces de Navidad que ya han perdido su antiguo vigor. En el carril contrario, los coches envueltos en un halo de luz se me abalanzaban como si fuéramos a chocar hasta que en el último momento giraban a mi izquierda siguiendo la dirección que marcaba la barrera central.

La carretera brillaba por un instante bajo las luces del coche y enseguida desaparecía entre las ruedas. Los kilómetros se fueron consumiendo hasta que el estadio de la circunvalación de Alkmaar se impuso sobre la luz de la luna. Los días de partido, el estadio se tragaba a miles de seguidores atraídos por su luz del mismo modo en que una bombilla llama a las polillas. Acudían andando o en bicicleta, luciendo los colores rojo y blanco del equipo en bufandas y camisetas, y llegaban seguros de la victoria, sin que se les pasara por la cabeza la remota posibilidad de una derrota ni el tener que volver a casa con los sueños rotos.

Salimos de la autopista y adelantamos a unos ciclistas que iban vestidos como hombres Michelin para protegerse de las gélidas temperaturas. Una sirena sonó en la distancia y una luz azul rasgó la oscuridad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Stefanie, que acababa de despertarse.

—Un coche de policía. Ya estamos llegando.

Unas flores de hielo trataban de instalarse en las esquinas del parabrisas, pero la calefacción las destruía nada más florecer.

Tenía el estómago encogido. Cuando la gente quería hablar, no tenía por qué ser algo bueno. Que te cuenten la verdad puede ser una experiencia dolorosa.

Anton había dicho a las ocho. La luz verde del salpicadero marcaba las 19:23. Teníamos mucho tiempo para llegar a Bergen. Antes de quedarse dormida, Stefanie no hacía más que decir que le parecía evidente que Anton quería confesar que había matado a Otto Petersen y que intentaría convencernos de que había sido en defensa propia. Seguro que ya había pensando en lo que se iba a poner para la rueda de prensa. Sin embargo, yo estaba segura de que se equivocaba. Tenía que ser por lo de los informes. Porque, si no, ¿para qué se había apuntado el nombre de mi padre?

Quería acelerar y llegar lo antes posible, pero tenía que ir más despacio para no llegar demasiado pronto.

En Bergen, todas las casas tenían las cortinas cerradas contra el frío y la oscuridad. Me imaginé la multitud de pecados que se esconderían tras aquellos trozos de tela: parejas discutiendo, gente comiendo en un silencio cargado de resentimiento, niños gritando. O peor aún. Peleas, gente pegándose con los puños o hiriéndose con palabras, un ladrón entrando por la ventana trasera. Mi madre tenía razón. Un efecto secundario de mi trabajo era que siempre te esperabas lo peor de la gente. Y eso era porque siempre veías lo peor de ella. Era un trabajo que alteraba la percepción del mundo.

Nos adelantó otro coche de policía, que dobló por la misma salida que había tomado la luz azul. Era la calle que llevaba a la casa de Anton y Karin Lantinga. Las casas gigantes que se alzaban a ambos lados de la calzada proclamaban la riqueza de sus dueños.

Al final de la calle había varios coches de policía y una ambulancia. Levanté el pie del acelerador y continuamos a paso de peatón.

—Mierda —dijo Stefanie.

Apagué la radio. Seguí adelante con la esperanza de ver el número 32 antes de llegar a las sirenas. Sin embargo, al calcular los números ya me di cuenta de que aquellos vehículos de emergencia estaban aparcados delante de la casa de Anton. En el fondo, ya lo sabía. No me había equivocado al esperarme lo peor.

—Pues ya no nos va a decir ni pío. ¿Crees que Karin se habrá cargado a otro marido de un disparo? —bromeó Stefanie como si aquello tuviera gracia.

—Cállate.

Era culpa nuestra. Si no le hubiéramos presionado, si no lo hubiéramos puesto entre la espada y la pared... Sabía que aquello había pasado porque quería hablar con nosotras. Esperaba que no se hubiera suicidado; o a lo mejor había tenido un infarto él o Karin. Aparqué detrás de la ambulancia, abrí la puerta y le enseñé el distintivo al paramédico con una mano mientras cogía el abrigo con la otra.

—¿Qué ha pasado? —Le oí preguntar a Stefanie.

No me paré a oír la respuesta. No quería oír una explicación. Quería verlo. Me puse el abrigo mientras caminaba, no podía perder ni un segundo. Un *flash* iluminó la oscuridad del cielo. Un fotógrafo, o sea, que no se necesitaban ambulancias para nada. ¿Quién había sido, Karin o Anton?

Me dirigí a toda prisa hacia el camino que cruzaba el jardín que un montón de pies estaban pisoteando. Conforme iba sumando mis huellas a las de mis compañeros de la policía local, la nieve bajo las botas me hablaba de muerte. Los árboles altos se erguían como los empleados de una funeraria vestidos de negro en los bordes del sendero blanco. Mientras me acercaba a las luces de los fotógrafos pasé por delante de una fila de arbustos. Al doblar la esquina del arriate vi los pies de un forense ataviado con lo que podría ser un traje de camuflaje: el blanco del plástico era idéntico al blanco de la nieve. Entre las pisadas, entre las huellas de la gente que fotografiaba, examinaba y estudiaba el cadáver, se veía el rastro que había dejado un pájaro, unas huellas diminutas que iban desde el arriate hasta una caseta. Seguí el rastro del pájaro con la mirada para no tener que mirar el cuerpo que descansaba sobre un charco de nieve roja. Tenía el corazón encogido y notaba un nudo enorme en el lugar en el que se unían los aros del sujetador. Mostré mi distintivo, aunque a nadie en concreto, y me obligué a acercarme al cadáver. Las lágrimas se me helaron como pequeños témpanos afilados. La escarcha me quemó la cara y me ardieron los pulmones al respirar el aire helado.

Miré el reloj. Eran las ocho, la hora exacta en la que se suponía que íbamos a hablar. El cuerpo llevaba unos vaqueros, unos mocasines marrones y un jersey azul marino de cuello de pico encima de una camiseta. ¿Por qué no llevaba abrigo? Estábamos bajo cero. Tuvo que pensar que saldría solo un momento. ¿Había oído algo? ¿Había visto a alguien?

Una mano me cogió del brazo y yo me solté sin apartar la mirada del cadáver. Estaba tumbado hacia la derecha y tenía un agujero en la sien izquierda. Pudo

haber sido un disparo a bocajarro. Tenía que tener rastros de pólvora en la piel.

—Lotte, ¿qué haces aquí?

La mano me volvió a coger del brazo con más insistencia. No quería que me limitaran los movimientos, así que tiré con más fuerza, pero no me soltó. Levanté la mirada y vi que era Ronald de Boer. El pelo se había liberado de su estricto control y se le había amotinado sobre la frente. Otro *flash* del fotógrafo le iluminó el rostro en la oscuridad. Las arrugas le cruzaban la cara como líneas de lápiz negro sobre la piel, que se le había quedado tan pálida que parecía del mismo gris de los ojos.

—Se suponía que iba... que íbamos a ver a Anton esta tarde.

—¿Íbais, quiénes?

—He venido con Stefanie Dekkers.

Ronald imprecó en voz baja. Miró por detrás de mí para ver quién había cerca y me tiró del brazo hacia una esquina más oscura y solitaria del jardín.

—Tenemos que tener cuidado —dijo.

Se quitó un guante, me puso la mano debajo de la barbilla y me acarició la mejilla con el pulgar. El tacto de su piel sobre la cara helada me produjo una sensación de calor y me entraron escalofríos por los brazos. Se me contrajo el estómago.

Ronald se me acercó un poco más.

—Tu padre ha estado aquí esta tarde —susurró.

Su aliento me llegó a la oreja y me estremecí. Distinguía la nube blanca de su respiración con más claridad que sus palabras. Me rozó la mejilla con la barba incipiente. Me tambaleé y le puse la mano en el hombro. El pelo le olía a tabaco. Cerré los ojos.

—No todos los que están aquí se preocupan por él.

Di un paso atrás y lo miré. No me estaba mirando a mí, sino al grupo de gente

que rodeaba el cuerpo de Anton.

—Sí, lo sé —le dije.

—Sé que lo sabes. Déjame esto a mí, Lotte. Yo me encargo de todo.

Me volvió a acariciar la mejilla con el pulgar; era como si tuviera el dedo cubierto de granos de arena.

—Lo protegeré —me aseguró—, igual que la otra vez.

—Pero...

—Ya hablaremos.

Me puso la mano en la nuca, en esa parte tan vulnerable de la piel que antes me protegía el pelo, y me la acarició antes de marcharse hacia el grupo.

Yo me quedé allí, viendo cómo se alejaba.

Se acercó a Stefanie y le dio la mano. Ella le ofreció un cigarro del paquete que siempre llevaba en el bolsillo. Dos luces diminutas brillaron muy cerca la una de la otra. Ronald señaló hacia mí con el cigarro en la mano. Stefanie asintió mientras aspiraba nicotina hacia los pulmones y luego exhaló una nube blanca cancerígena.

Salí del jardín y me encaminé por el sendero que llevaba a la casa cavernosa. La puerta estaba entreabierta y la empujé un poco más pasando los dedos sobre el llamador con forma de león de bronce que mostraba los dientes con un rugido eterno. Me paré en la entrada. El suelo era de parqué y de los techos altos colgaba una lámpara de araña. Los espejos de las paredes daban la impresión de que el espacio era aún más amplio. La gente que había entrado había dejado el suelo lleno de barro mezclado con nieve y los espejos reflejaban aún más la suciedad. Me limpié las botas lo mejor que pude para no seguir ensuciando una casa tan limpia. Oí una voz detrás de una puerta que estaba a mi izquierda. Una voz de mujer. Estaba llorando. Seguí el sonido y empujé la puerta.

Karin estaba hecha un ovillo en una esquina del salón. Se había escondido detrás de los muebles del comedor como un animal asustado, con las rayas del empapelado como los barrotes de una jaula. Seguía teniendo un moño al estilo

de Grace Kelly, pero se le habían salido unos mechones que le caían por la cara. El lápiz de ojos negro se le había corrido como si fuera un enorme moratón y tenía las arrugas tan enrojecidas que daba la sensación de que se acabara de cortar con una cuchilla.

—¿Qué haces aquí? —me gritó—. Esto es culpa tuya. Ya le dije que no...

—Que no, ¿qué?

Se tiró del collar, una única fila larguísima, y se lo fue pasando por los dedos, perla a perla, como si fuera un rosario.

—No me ha quedado nada. Nada.

Con la otra mano sacó el BlackBerry.

Me acuclillé a su lado.

—Señora Lantinga, lo siento mucho. ¿Tiene idea de quién ha podido ser?

Karin miró a la agente de policía que la estaba acompañando y luego a la puerta. Yo miré un momento hacia atrás para ver qué estaba mirando, pero no vi nada. Solo oí los pasos de los demás policías por el pasillo.

—No voy a hablar con usted. No tengo intención de suicidarme —me dijo sin apartar la mirada de la puerta.

—¿Quiere que la cierre?

Negó con la cabeza y se enjugó las lágrimas con la mano izquierda. El BlackBerry no paraba de vibrar mientras ella le pasaba el pulgar por el sensor con un gesto compulsivo sin dejar de mirar a la puerta en ningún momento.

—¿Ha oído algo?

—Un disparo. Le dije que no hablara con usted ni con el señor mayor.

—¿Qué señor mayor?

—El policía jubilado, un tal... ¿Huizen?

Estaba muy tensa y asustada, como si estuviera a punto de atacar al primero que entrara por la puerta. En aquel momento parecía de la misma edad que la madre de Otto Petersen.

Me senté en el suelo a su lado y las dos miramos a la puerta. Su ligero perfume de jazmín y manzana era el lejano recuerdo de tiempos mejores. Dos forenses pasaron por el pasillo. Esperé a que se fueran.

—¿Vino aquí? —le pregunté en voz baja.

—Sí, sobre las seis. No estuvo mucho tiempo y no entró.

—¿A qué hora...?

Miré a la agente de policía esperando que pudiera contestarme. Así por lo menos podría ahorrarle la pregunta a Karin.

Pero contestó ella.

—Oí el disparo justo después de las siete —dijo Karin— y llamé a la policía inmediatamente.

Una hora antes de la reunión. Me acordé de las sirenas que vimos pasar en el tramo que llevaba de Alkmaar a Bergen.

—Usted sabe quién ha sido —dije—. Cuénteme qué ha pasado.

Se tapó la cara.

—Por favor, no pregunte. Déjelo.

Parecía agotada.

—No puedo dejarlo. Su marido está muerto, usted dice que es culpa mía..., y parece culpa mía. Necesito saberlo.

—Primero Otto y ahora Anton —dijo como si escupiera las palabras.

—¿Ha oído algo? ¿Ha visto algo? ¿O a alguien?

Se encendió una luz roja en el BlackBerry, pero Karin ni lo miró. Se quedó

mirando a la puerta en silencio.

Quería hablar con mi padre, pero no podía porque tenía que volver a Ámsterdam con Stefanie. Si hubiera estado con Hans no me habría importado, pero Stefanie estaba tan convencida de que mi padre estaba implicado y tan empeñada en clavarle las uñas para que el jefe saliera mejor parado esta vez, que no podía arriesgarme.

Tuve que quitarme el abrigo para conducir porque era demasiado voluminoso, por más que dentro del coche siguiera haciendo frío. El olor de la calefacción se notaba ya, pero todavía tendría que esperar un poco a que el ambiente se caldeara de verdad.

—Te he visto —dijo Stefanie, que seguía oliendo al humo del tabaco que se había fumado con Ronald.

—¿Que me has visto? ¿Cuándo?

—Con el inspector de Alkmaar, Ronald de Boer. Os he visto juntos.

No dije nada.

—Pero no pasa nada —continuó—. Haz lo que quieras. No se lo voy a contar a nadie.

Puse la radio. Una mujer estaba dando el tiempo: se esperaba más frío para los próximos días, pero con menos probabilidad de nevadas. Stefanie alargó la mano y cambió el canal. Siguió cambiándolo, apretando el botón cada vez que oía a alguien hablando hasta que encontró uno con la música de ABBA y se sintió satisfecha. La carretera estaba prácticamente desierta. Sin la nieve de la semana anterior, el trayecto se hizo mucho más fácil. No tardaríamos más de cuarenta y cinco minutos en llegar a Ámsterdam.

—Así que Anton Lantinga no mató a Petersen —dijo.

—Esperaremos a ver qué dicen los forenses, pero parece el mismo *modus operandi*.

—¿Se encargará la policía de Alkmaar?

—No estoy segura. Los informes...

—¡Olvídate de los informes!

—Son importantes.

—Sí, ya, bueno. Entonces, ¿Goosens? ¿O crees que Karin ha podido matarlos a los dos?

—Estaba destrozada y asustada.

Subí el volumen de la radio y empecé a cantar con Agnetha *The Winner Takes It All*.

—He hablado con Ronald —dijo Stefanie.

Mientras tanto, yo seguía el ritmo de la música dando golpecitos con los dedos sobre el volante.

—Dice que no tiene ni idea de quién ha podido matar a Anton. Pero él trabajó en el caso original, ¿no? —quiso saber.

Entramos en el túnel de Noordzeekanaal y se perdió la emisora.

—Sí.

—Es muy atractivo. Tienes suerte —dijo—. Espero que no nos quiten el caso después de todo el trabajo que hemos hecho.

—Serán dos semanas de trabajo.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Sí, lo sabía. Pensé en lo que me había dicho Ronald, que protegería a mi padre. Como yo, Ronald debía de pensar que necesitaba que lo protegieran de sí mismo.

CAPÍTULO 19

Todavía estaba oscuro cuando cogí la bicicleta para ir al trabajo. La dinamo rodaba como la bolita del BlackBerry la noche anterior, cuando Karin no dejaba de darle vueltas con el pulgar. No había dejado de pensar en sus lágrimas y el cuerpo de Anton con el tiro en la sien en toda la noche. Sin embargo, en lugar de salir a dar uno de mis paseos nocturnos con el coche, lo que hice fue ponerme a trabajar. Me había pasado casi toda la noche en el despacho.

No tardé más de siete segundos en cambiar el esquema y tachar con una cruz el nombre de Anton Lantinga en su recuadro, pero después ya no me quedó nada que tuviera sentido, a no ser que el testigo, Wouter Vos, hubiera visto a Karin conduciendo el coche de Anton. Me quedé mirando el papel unos diez minutos o así, y luego cogí el títex y borré la cruz con la que había tachado a Anton. Mi esquema era sobre quién había matado a Otto Petersen, o sea que, a menos que no tuviéramos pruebas de que se tratara del mismo asesino, Anton tenía que seguir en el esquema del primer asesinato.

La madre de Petersen me había dicho que su hijo le había hablado de venganza. Pero ¿qué pasaría si la idea no fuera vengarse de Anton por su aventura con Karin, sino de vengarse por la quiebra de la empresa?

Dibujé otro recuadro con el delator anónimo del que hablaba Stefanie. Van Ravensberger admitió que había recuperado la mayor parte de las pérdidas gracias a las inversiones de Goosens. ¿Eso fue lo que pasó con el dinero? Para mostrar esta segunda posibilidad, tracé otro semicírculo punteado, concéntrico al primero, que relacionaba a Goosens con los cuarenta millones de euros desaparecidos.

Me detuve un momento con el rotulador sobre la línea que conectaba a Anton con mi padre. Hasta aquel momento solo ponía: «¿Le pagó?», pero, aunque no quisiera, por debajo de la flecha tuve que escribir: «Lo vieron en la casa de Anton».

Después de pasarme otra media hora mirando la página medio en blanco con el cerebro totalmente en blanco, lo dejé. Me fui a mi cuarto y me eché unas cuantas pastillas azules en la mano. Eran pequeñas y parecían gominolas de mora. Me llevé la mano a la boca, pero luego cerré el puño y volví a meter las pastillas en el bote.

Ahora, en la bici, el movimiento rítmico de las piernas al pedalear me estaba ayudando a calentar las pantorrillas heladas. El asesinato de Anton tenía que arrojar nueva información. Quería hablar con nosotras, y era evidente que eso había obligado al asesino a actuar. ¿Se lo habría dicho a alguien? Además, nosotras no éramos las únicas con las que quería hablar. También habló con mi padre y, ¿quién sabe?, a lo mejor había estado hablando con alguien más.

Las luces de un coche me alcanzaron el hombro antes de adelantarme, por lo que tuve que apartarme hacia un lado y salir de la parte limpia y cubierta de sal de la calzada. Dejé mis huellas en la capa de nieve sucia del arcén y por un momento dejé de pensar en Anton. El viento y el frío me llenaron los ojos de lágrimas y tiré del cuello forrado del abrigo hacia arriba para protegerme la cara. La bufanda que me tapaba la boca estaba llena de puntitos blancos donde el aliento se había condensado formando unas diminutas partículas de hielo. Por lo menos, aquella noche no había vuelto a nevar. Seguí pedaleando por delante de los puestos de flores en los que más tarde venderían aquellos tulipanes que parecían de hielo y contemplé la decoración de las paredes de la comisaría. Las figuras simbolizaban el deber de la policía de ayudar y proteger. Desde luego, no habíamos conseguido proteger a Anton Lantinga. Encontraría a su asesino, me prometí, aunque su mujer no quisiera. Le puse la cadena a la bicicleta y entré en comisaría.

Estaba en mi mesa, con mi primer café del día, cuando entró Hans.

Se sentó y encendió el ordenador.

—He pedido una lista de todos los empleados de Petersen Capital en 1995. Estoy seguro de que esos dos —dijo señalando los retratos robots de la pizarra— trabajaban allí. La lista nos llegará hoy o mañana.

—¿Sabes lo de Anton? —le pregunté.

—¿El qué?

—¿El qué? —repetí mientras dejaba la taza en la mesa y empezaba a escribirlo en la libreta al tiempo que lo decía en voz alta—. Lo mataron de un disparo antes de que llegáramos. No pudo decirnos nada.

—¿Hay alguna pista? ¿La mujer ha visto algo?

Yo sabía que había visto a mi padre. Tendría que habérselo dicho a Hans, pero negué con la cabeza. Me acordé de Karin, muerta de miedo, mirando fijamente la puerta sin dejar de darle vueltas al sensor del BlackBerry.

—O, más bien, creo que vio algo pero no quiere contárnoslo.

—¿Y qué dijo el abogado?

—¿Qué abogado? —pregunté.

—¿No había ninguno?

Fruncí el ceño.

—¿Anton no llamó a ningún abogado para que lo acompañara ayer mientras hablaba con vosotras?

—Yo no vi ninguno, aunque aquello estaba lleno de gente, entre los policías, los forenses y los paramédicos de la ambulancia, así que a lo mejor había alguno.

—¿Registrasteis la casa para ver si estaban los informes?

Volví a negar con la cabeza.

—No, la policía de Alkmaar se estaba encargando de todo.

—Qué pena, pero bueno. Aparte de pedir las listas, he estado mirando otra vez tus apuntes del interrogatorio de Ferdinand van Ravensberger de ayer, sobre todo la parte que se refiere a todo el dinero que ganó con Goosens, que es muy interesante. Tenemos: dos empleados de Petersen Capital. Sí —dijo cuando levanté la mano—, ya sé que no es seguro, pero, si a Stefanie le suenan sus caras, lo más probable es que fueran empleados de la empresa. Y fueron a Alkmaar a por los informes. ¿Con cuánto tiempo avisaron al inspector Huizen?

—Él dijo dos horas.

¿Por qué había tenido que ponerme mi padre en aquella situación, obligándome a mentirle a Hans? Me sentí mal por no poder mencionar la posibilidad de que mi padre hubiera destruido aquellos informes a cambio de dinero y no poder decirle que ni siquiera me había molestado en buscarlos.

Hans aspiró aire entre los dientes.

—Eso es poco —dijo—. Es poco para ponerse en contacto con alguien, quiero decir.

—¿Crees que alguien lo supo antes que él?

—Podría ser, no sé. De todas formas, no sabemos si estaban protegiendo a Anton Lantinga o a Goosens.

—O a Karin.

—Comprobé su coartada ayer. Fui a hablar con el guardia de seguridad de la cárcel. Sigue allí, en el mismo puesto, y se acuerda muy bien de todo. Me dijo que estuvo allí hasta las cinco y media y después se fue a Alkmaar. —Hans se rio—. Dice que se acuerda de ella porque estaba muy mosqueada. Dice que no hacía más que imprecicar contra su marido por haberla obligado a conducir con aquella lluvia y que encima tendría que volverse a casa sola. Hasta se acuerda de que había muchísimo tráfico. Dice que estaba escuchando la radio y que se rio con su compañero imaginándose lo cabreadísima que estaría Karin. Pero la coartada se mantiene: no pudo darle tiempo a volver a Alkmaar para matar a Otto Petersen.

Me sentí decepcionada y aliviada al mismo tiempo.

—¿Pudo matar a Anton? —preguntó Hans.

—No lo sé.

Volví a acordarme de cómo hacía rodar la bolita del BlackBerry sin parar. ¿Podía ser que lo que la asustara de verdad fuera la posibilidad de que la descubriéramos?

—Si le hubieran disparado en la casa, a lo mejor —razoné—. Pero me parece difícil que ella le pidiera que saliera para dispararle allí fuera.

—Así que tenemos una buena cantidad de dinero desaparecida, o tal vez no, y unas ganancias alucinantes, según Ferdinand van Ravensberger, para los que invirtieron su dinero en el nuevo fondo de Goosens —resumió Hans.

—Creo que Stefanie estaba bastante convencida de que no se perdió el dinero — dije—. Pero ¿tú crees que a lo mejor Goosens les pagó a los primeros inversores con los fondos que malversó Petersen?

Hans estaba siguiendo los mismos razonamientos que yo había seguido la noche anterior.

—Podría ser, ¿no?

—¿Estás seguro de que todos los inversores de Goosens ganaron dinero? — pregunté mientras sacaba la fotografía del bolso—. A lo mejor solo fueron Goosens, Lantinga y Van Ravensberger. ¿Y qué hay del delator?

—Pero si hubiera algo corrupto en todo eso, Van Ravensberger no te habría dicho nada sobre esas ganancias.

—No lo sé, se le veía con ganas de contárnoslo. Si Goosens le hubiera hecho llegar el dinero a su cuenta, Van Ravensberger ni se habría enterado. El inspector jefe Moerdijk siempre pensó que había sido Geert-Jan Goosens, o por lo menos que él se quedó el dinero. —Eché la silla hacia atrás y miré al techo—. Ahí va otra posibilidad —especulé—: Goosens incrimina a Petersen por el fraude prometiéndole que le daría una parte del dinero cuando saliera, pero luego le dispara. Anton lo sabe y le preocupa que Goosens intente incriminarlo a él también, y por eso decide hablar con nosotros.

—Pero también está el testigo de Alkmaar.

—Vale, entonces Goosens y Anton se reparten el dinero. Anton sigue en la casa de Karin, Wouter Vos lo ve, mata a Petersen... Y luego, ¿qué? ¿Quiere confesar?

—No, no creo.

El teléfono sonó e interrumpió nuestras especulaciones.

—¿Es que no nos van a dejar en paz? —farfullé.

Me gustaba lanzar ideas con él para ver cuál podía cuadrar, por más que esta vez supiera que las mías no iban bien. Cogí el teléfono.

—Lotte Meerman.

—Hola, Lotte, soy Ronald de Boer —me dijo..., como si no hubiera reconocido su voz.

Me dejé caer hacia atrás en la silla y miré al techo. Una araña había encontrado refugio contra el frío que hacía fuera y ahora vivía en la esquina.

—Hola, Ronald. ¿Tienes algo nuevo?

—El arma es distinta.

Estuve a punto de imprecisar, pero no lo hice. Al fin y al cabo, un hombre había muerto.

—Interesante —dije.

—Sí. Y esta vez han disparado desde más lejos. No han encontrado pólvora en la cabeza de Anton.

—Aun así, puede ser la misma persona. Han pasado doce años entre los dos asesinatos.

—No creo. Déjanoslo a nosotros.

—Sí, claro. Por cierto, no has encontrado los informes en la casa de Anton, ¿no?

—Lotte, déjame a mí, ¿vale? Yo me encargo de esto.

—Pero estamos avanzando un...

—No hundas más a tu padre con todo esto —suspiró.

El ruido que hizo al suspirar me recordó a cuando me habló al oído la noche anterior y a lo que dijo sobre cubrir a mi padre.

—El inspector Huizen estuvo aquí el miércoles.

—¿El inspector Huizen? Vale, o sea que hay alguien contigo ahora mismo. Muy bien, pues lo tendremos entretenido —se rio.

—Estuvo aquí —repetí— y nos hizo un retrato robot de los que recogieron los informes.

—Lotte, piénsalo, se deshizo de...

—Stefanie los reconoció. ¿Te lo dijo?

—Solo me dijo que no se fía de él.

—Sí, bueno, pero eso es por otros motivos. De todas formas, los reconoció. Es importante.

—Lotte, déjalo. Tu padre..., en fin, creo que está más metido en esto de lo que pensamos.

Era imposible que mi padre hubiera matado a nadie.

—No creo.

—No quieres creerlo, que es distinto —replicó más fuerte y con más determinación.

—No, Ronald, de verdad que creo que...

—Por última vez, Lotte, déjalo. No lo hundas más con todo esto.

Me habría gustado decirle que no lo estaba hundiendo, lo estaba rescatando. Entendía perfectamente que mi padre hubiera podido aceptar un soborno, pero nada más. Sin embargo, tenía que tener cuidado con lo que decía delante de Hans.

—Yo lo conozco mejor que tú. Trabajé con él —dijo Ronald con aspereza—. Créeme, yo sé lo que..., bueno, de lo que es capaz, supongo. Lo siento, Lotte, pero tengo que dejarte. Te llamaré en cuanto sepa algo más.

Colgó.

Estaba en mi mesa favorita de la cafetería con mi almuerzo de siempre, un sándwich de queso, una manzana y un vaso de leche. No estaba progresando, pensé, porque estaba dejándome llevar por las emociones, mientras que tendría que dejarme guiar por la cabeza, como había hecho siempre. Tenía que olvidar que el inspector Huizen era mi padre, dejar a un lado los prejuicios, buenos o malos, que pudiera tener y remitirme a los hechos.

Saqué del bolso la libreta, la fotografía que me había dado la señora Petersen y los dos retratos robot de los impostores a los que mi padre les había dado los informes. Miré al retrato robot que había puesto a la izquierda, me tomé un sorbo de leche y miré al canal por la ventana.

Unos niños estaban tirando ladrillos al hielo. En los otros canales había gente patinando. La temperatura había llegado a menos diez la noche anterior a causa de los cielos despejados, pero yo no tenía tan claro que el hielo aguantara. En el Singelgracht, los barcos rompían el hielo todos los días, pero no zarpaban hasta el mediodía, así que la capa de hielo que se había formado por la noche era una tentación para ellos.

Volví a mirar las imágenes y las puse en el borde de la mesa: una foto que me había dado una señora demente y dos dibujos hechos por un señor mayor. Sonreí. No parecían pruebas muy convincentes.

Los niños volvieron con unos escombros. Parecían las losas que mantenían los bancos del parque pegados al suelo. Cogieron una de ellas y la balancearon hacia delante y hacia atrás. Casi me parecía oírlos contar: a la de una, a la de dos..., antes de soltarla. Me incliné hacia la ventana para verlo. La losa cayó sobre el hielo y se deslizó, pero no lo rompió.

Dibujé un círculo en la libreta y lo rellené. Wouter Vos había visto a Anton Lantinga en la casa de Otto Petersen, pero eso no quería decir que Anton hubiera matado a Otto. Y ahora que Anton estaba muerto, parecía aún menos probable. Karin tenía una coartada de hierro. Lo que nos llevaba a Geert-Jan Goosens. El inspector jefe Moerdijk se alegraría de saber que había tenido razón desde el principio, y a lo mejor eso sería suficiente para que Stefanie dirigiera su atención hacia un sujeto más interesante que mi padre. Sin embargo, Ronald pensaba que los asesinos de Anton y Otto eran dos personas distintas. Seguramente, Anton quiso confesar y por eso nos llamó. Pero alguien quiso impedir que hablara. ¿Que hablara de qué? ¿De un asesinato o de un fraude fiscal?

Uno de los niños empezó a deslizarse sobre el hielo y se acercó al centro del canal, donde la capa sería menos profunda. Saqué el móvil y lo puse encima de la mesa. Su amigo lo siguió, pero se quedó más cerca del borde, donde la capa de hielo sería más resistente. El que estaba en el centro empezó a dar saltos. Cogí el móvil. El niño dejó de saltar y cruzó al otro lado patinando. Volví a dejar el móvil en la mesa y le di un bocado al sándwich.

Anton podría haberle disparado a Otto Petersen y Karin a Anton. No era la misma pistola, pero podían tener una pistola en casa. Él quería confesar, ella no, discutieron y la pistola se disparó. Karin estaba destrozada porque lo había matado. Podría ser, pero el problema era que a Anton le dispararon fuera, no en la casa. De todas formas, no me convencía.

¿Para qué habría ido mi padre a su casa aquella noche?

Me terminé el sándwich de un bocado, me metí la manzana en el bolso y me fui a la oficina.

Dos horas más tarde me llamó Ferdinand van Ravensberger diciendo que quería venir a la comisaría para verme. En vez de decírselo a Stefanie —la emoción habría sido demasiado para ella—, le pregunté a Hans si estaba libre aquella tarde. Me acordé de las palabras de Ferdinand la mañana anterior, cuando dijo que si varias personas conocían un secreto, dejaba de serlo, y sentía curiosidad por saber qué era lo que quería dar a conocer.

Ferdinand y su abogada llegaron a la comisaría al cabo de una hora. Hans y yo los recibimos en la sala de abajo, que aunque no era tan austera como la sala de interrogatorios, estaba bien equipada para las grabaciones.

Ferdinand iba vestido como un verdadero hombre de negocios. La chaqueta gris, la camisa blanca y la corbata azul era un atuendo mucho más formal que el del día anterior. A lo mejor tenía una reunión después, o tal vez quería darnos una impresión distinta. A pesar del bronceado artificial, se le veía cansado. Su abogada me dio la mano y se presentó como Ellis. Tenía el pelo cano, corto y rizado, y el color de su ropa hacía juego con el de Ferdinand, aunque no estaba tan bronceada ni parecía tan cansada, por lo que lograba mantener la atención típica de los buenos abogados, que siempre están preparados para interrumpir a sus clientes en cuanto están a punto de decir algo útil.

Ferdinand fue directamente al grano.

—Quiero decirle algo que creo que es importante, aunque puede que ya lo sepa. Ayer vi que tenía esta foto —dijo mientras abría el maletín y sacaba la misma fotografía que me había dado la madre de Otto Petersen, aunque la suya no tenía marco—. No sé quién se la daría, pero supongo que tiene algo que ver con mi sobrino.

—Eso no puedo decírselo.

—No importa. De todas formas, la tiene, así que quiero contarle la verdad de lo que pasó con este hombre —dijo señalando al joven que estaba entre Anton Lantinga y Geert-Jan Goosens—. Es Carl Beerd, aunque me imagino que eso ya lo sabe.

Me di cuenta de que había pasado algo por alto y que, en realidad, el hombre al que nosotros nos referíamos como «el otro» era importante.

—¿Podría contarnos su versión sobre lo que le pasó a Carl Beerd? —preguntó Hans con cautela y yo se lo agradecí sinceramente porque estaba demasiado molesta conmigo misma como para preguntarlo.

—No sé lo que les habrá contado Ben, pero Carl falleció en un accidente, un accidente de tráfico. Conducía yo. Era 1987 y estábamos pasando por un invierno tan riguroso como este.

Miró a su abogada. Ella asintió y Ferdinand continuó:

—Volvíamos de clase y yo iba conduciendo el coche nuevo de Carl. Íbamos cuatro en el coche. Compartíamos piso.

—¿Quién más iba en el coche?

—Anton Lantinga y Ellis.

—¿Usted iba en el coche?

Me sentí idiota por haber dado por hecho que Ellis fuera la abogada de Ferdinand, por más que lo pareciera.

—Yo iba detrás de Ferdi, Anton iba a mi lado en el asiento de atrás y Carl iba delante, al lado de Ferdi —dijo Ellis.

—Cuando perdí el control del coche, patinó, derrapó bruscamente a la derecha y nos estrellamos contra una farola. Nadie llevaba puesto el cinturón y Carl se llevó la peor parte. Nos llevaron a todos al hospital con varias heridas, pero Carl fue el único que no salió de allí. No se despertó del coma.

Ferdinand se quedó en silencio y Ellis le cogió la mano.

—¿Quiere un poco de agua? —le pregunté.

—No, estoy bien. Quiero terminar con esto.

—Por supuesto.

—No habíamos bebido. Nos hicieron la prueba de alcoholemia y estábamos limpios. El hielo de la carretera y las marcas se veían claramente, y el veredicto fue que se había tratado de una muerte accidental.

Por eso no había encontrado nada cuando consulté los antecedentes penales.

—Hace unos años, Ben oyó algo sobre esta historia y siempre ha pensado que había algo más. Tiene demasiada imaginación. Así que cuando ayer vi que tenía la foto, pensé que seguramente le habría contado su versión también.

—¿Qué le hizo pensar eso?

Suspiró.

—Ben lleva seis meses insistiendo para que le dé dinero. Tiene una buena paga, por supuesto, pero lamentablemente parece que se esnifa el dinero.

Ellis le lanzó una mirada de reproche.

—Es una forma de hablar, claro. No quería decir que... —Tosió, esperó un momento intentando ordenar las ideas y luego añadió—: Quería más dinero. Me dijo que le contaría a todo el mundo que había matado a un hombre. Yo me negué a dárselo y empezó a amenazarme. La semana pasada, su padre, mi hermano, me llamó para decirme que habían atracado la gasolinera. Por supuesto, en aquel momento pensé que habría sido mejor darle el dinero, así no habría montado esa farsa con su amigo, que además les salió tan mal. Pero, por otra parte, también pienso que si ha sido capaz de dispararle a una policía, lo mejor que pude hacer fue dejar de darle dinero.

—¿Por qué dice que fue una farsa?

Ellis contestó por él.

—Conocemos al chico que trabaja por la noche en la gasolinera. Va a la universidad con Ben. Eso es todo.

—¿Así que cree que...?

—No creo nada. Fue una estupidez, una ridiculez, eso es todo.

—¿Dónde estaba ayer por la noche? —le preguntó Hans a Ferdinand.

—¿A qué hora?

—Entre las seis y las ocho.

—Estábamos en casa, cenando. —Miró a Ellis—. ¿No?

—Yo llegué de la oficina sobre las seis o seis y cuarto, y tú ya estabas en casa. Pasamos toda la noche en casa.

—¿Había alguien más con ustedes? —pregunté.

—Bueno, nuestra hija vino a recoger a nuestros nietos —dijo Ferdinand.

Por lo menos eso explicaba quiénes eran los niños.

—¿A qué hora llegó?

—Se llevó a los niños a las siete.

Ninguno de los dos me preguntó por qué quería saberlo.

—¿Quién les contó lo de Anton? —preguntó Hans.

—Geert-Jan nos llamó esta mañana, después de que lo llamara Karin. —Ferdinand y Ellis se miraron—. Por eso estamos aquí, para que no pierdan el tiempo investigándonos a nosotros y se concentren en encontrar a quienquiera que haya matado a Anton.

Parecía una respuesta ensayada. La pareja había debido de sopesar las consecuencias de venir a la comisaría después de que los llamara Geert-Jan y seguramente habían hablado acerca de lo que Ben habría podido contarnos sobre Carl Beerd y el accidente. Había sido una jugada inteligente, adelantarse y venir

directamente a declarar. Yo los creí y también pensé que lo que nos habían dicho sobre los hábitos de Ben era interesante.

—Si hemos terminado aquí —dijo Ferdinand— nos gustaría irnos. Pero, por favor, no duden en llamarnos si lo necesitan.

Hans les explicó que necesitábamos una declaración sobre los chantajes y amenazas de Ben y les dijo que eso nos ayudaría a investigar la reciente avalancha de robos que estaban teniendo lugar en las gasolineras. Ferdinand asintió.

—Mi mujer y yo estaremos encantados de ayudar, ¿verdad, Ellis?

Hans se marchó con ellos para encargarse de las formalidades, mientras que yo me quedé en la sala pensando en que estaba perdiendo la sagacidad por completo. O la cabeza. ¿Cuánto hacía que no comía de un modo decente? ¿Cuánto tiempo hacía que no dormía una noche entera? ¿Por eso me estaba costando tanto pensar?

Me temblaban las manos. Mi mente siempre había sido mi mejor baza. Estaba convencida de que mi capacidad para pensar y observar era lo que me hacía ser buena en mi trabajo. Pero ya no era capaz de hacer ninguna de las dos cosas: al principio malinterpreté las miradas que se intercambiaban Ferdinand y Ellis creyendo que ella era su abogado, mientras que en realidad era su mujer. Estaba viendo lo que esperaba ver, en lugar de ver la realidad.

Cogí la libreta y escribí todo lo que se me había escapado. En primer lugar, siempre había pensado que Ben estaba mintiendo cuando nos dijo que su tío había matado a una persona, y sin embargo no era totalmente mentira, sino una mentira a medias, como las mías, con una parte de verdad. Tendría que haberme dado cuenta. Por otra parte, ya hacía tiempo que tenía aquella fotografía, pero lo único importante que había visto en ella era que Ferdinand van Ravensberger conocía a Otto Petersen y Anton Lantinga, y no me había molestado en buscar quién podía ser «el otro», el que no conocíamos. Por último, había dado por supuesto que Ferdinand se presentaría con su abogado, pero no, había venido con su mujer, puesto que ella también había vivido aquel accidente y además constituía su coartada para el día anterior; o tal vez había venido para darle apoyo emocional.

¿Seguía siendo capaz de dedicarme a aquel trabajo? ¿Debía tomarme unas

vacaciones? Sin duda, no estaba en condiciones de realizar un buen trabajo. Estaba demasiado concentrada en los errores del pasado. De hecho, estaba tan afectada que esos mismos errores me estaban llevando a cometer otros nuevos.

Pero, entonces, ¿en qué se quedaban el resto de mis conclusiones: que mi padre había aceptado un soborno, que Anton Lantinga o él habían destruido los informes, que Anton había sido asesinado porque quería confesar algo? ¿Qué parte de todo eso no era verdad? ¿O tal vez eran verdades a medias? ¿O puede que fueran verdades que no parecían verdad?

Me quedé un rato mirando mi lista de errores y solo vi una salida: decirle al inspector jefe que Piet Huizen era mi padre, aceptar la suspensión y dejar que Hans se encargara del caso. Era lo único que podía hacer, aunque pusiera a mi padre en peligro. Si por lo menos Stefanie no estuviera tan empeñada en ir a por él para proteger la reputación del jefe...

CAPÍTULO 20

Seguía hecha un lío cuando salí de la sala para ir a informar a mis compañeros sobre lo que Ferdinand van Ravensberger nos había contado sobre su sobrino. Hans les daría las declaraciones más tarde, así que yo solo quería ponerlos al día.

El equipo que estaba trabajando en los robos de las gasolineras estaba ocupado, de modo que me quedé en la puerta. Thomas y André Kamp estaban mirando unas fotografías. No había vuelto a ver a André desde el día del interrogatorio de Ben y no sabía si Thomas se quedaría a trabajar en aquella unidad de forma permanente.

—Hola, chicos, siento interrumpiros —dije.

—Hola, Lotte, ¿qué tal? —contestó André.

—Acabo de estar con Ferdinand van Ravensberger. Nos ha dicho que su sobrino ha intentado hacerle chantaje. Ben se gastó todo el dinero que tenía en cocaína y lo más seguro es que lo del robo de la gasolinera haya sido un montaje que planeó con un amigo de la universidad.

Thomas me traspasó con la mirada.

—Vaya, gracias, Lotte. ¿Y qué te crees que estamos haciendo aquí? —me dijo levantando la voz—. ¿Que nos rascamos mientras esperamos a que llegues tú para contarnos lo que ha pasado? ¿Que necesitamos que te presentes aquí con tu maravillosa mente para que nos demos cuenta de que hay algo que no cuadra?

—Solo estaba intentando...

—Sí, ya, solo estabas intentando interferir y llevarte toda la gloria. Ya sabemos lo que estás haciendo. Conseguir tu foto en los periódicos para que publiquen cómo «resolviste el caso». Y no son más que mentiras, ¿o no, Lotte?

—Lo siento, Thomas.

—Y ahora entras aquí pavoneándote, hablándonos sobre el chico ese al que le disparaste. Además, estos días habrías podido preguntarle a André qué hemos descubierto, pero, claro, ni te has dignado a pasar por aquí. —Se levantó, pasó a

mi lado y se paró a un metro de mí—. No te hemos visto el pelo hasta ahora, cuando crees que tienes más información que nosotros. Pues que sepas que tenemos al otro chico, el de la gasolinera. Lo detuvimos ayer. También le hice un análisis de sangre a Ben cuando lo arrestaron, así que sabemos lo de la cocaína. Su amigo estaba molesto, nos dijo que Ben te había disparado porque estaba colocado. Así que ya estábamos al corriente de la valiosa información que te has rebajado a compartir con nosotros. Muchas gracias, Lotte. Te lo agradecemos inmensamente.

Me miró a los ojos unos segundos y luego se volvió y se dirigió hacia su mesa.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —le dijo con un tono deliberadamente tranquilo a André y pasó otra página del álbum de fotos.

Ni siquiera André me miró.

Me fui.

Al salir de la comisaría empecé a temblar y me encogí en el abrigo. Tiré del cuello hacia arriba lo más que pude para que el viento no me pelara la nariz y las mejillas. Los canales estaban desiertos. Los coches aparcados y las bicicletas con sus débiles luces rojas y los guardabarros blancos colocadas todas muy cerca en las barras de estacionamiento eran las únicas señales de vida. La gente que no tenía que salir se había quedado en casa junto al fuego. Se decía que si uno se tumbaba en la nieve, tendría visiones y sueños maravillosos hasta morir congelado. Sonaba bien. Aunque tampoco es que tuviera muchas ganas de tocar los montones de nieve gris que se acumulaba en el arcén, donde la nieve se mezclaba con la suciedad de la calle. Me sentía vencida por toda la ansiedad que había acumulado aquel día, además del cansancio de tantas noches sin dormir. Seguí caminando.

En la oscuridad, los edificios de ambos lados empezaron a resultarme extraños. Seguí el camino de todos los días, pero de pronto no supe si tenía que doblar a la izquierda o a la derecha. Me paré. Miré a mi alrededor, pero todas las casas me parecían iguales. No había nada que me ayudara a distinguirlas. Pero, entonces, ¿para dónde tenía que ir? No sabía por qué, pero pensé que tenía gracia. Doblé una esquina y volví a girar una y otra vez hasta que ya no supe ni por dónde había llegado hasta allí, ¿con el canal a la izquierda o a la derecha? Me flaqueaban las piernas. Había un banco que miraba al canal. Aparté la nieve con

la mano y me senté a descansar un momento. Estaba agotada y la mente me estaba jugando una mala pasada. El banco estaba helado y el frío me subió por todo el cuerpo desde la parte de atrás de las piernas. Estaba tan cerca del borde del canal que habría podido meter los pies por debajo de la funda de una barca si hubiera sido medio metro más alta. Se me cerraron los ojos; era incapaz de mantenerlos abiertos. Oí pasar un coche por detrás de mí y enseguida se hizo el silencio y me envolvió la oscuridad.

Algo me estaba tirando del brazo. Alguien me estaba hablando al oído.

—Despierta, despierta —me decía, y mi cuerpo obedeció a aquella voz, aunque yo solo quería volver a quedarme dormida, ahora que por fin estaba consiguiendo dormir sin sueños, pero la mano que me tiraba del brazo no me dejó—. No, no, quédate conmigo. Abre los ojos.

La cabeza se me cayó hacia delante y el tirón me despertó por completo. A mi lado había un policía de uniforme. Su compañera estaba hablando por la radio.

—Está bien —le dijo el policía—. Está consciente. Se ha despertado.

Me ayudó a levantarme.

—¿Puedes? ¿Estás bien?

Sí y no. Di un paso adelante, pero tenía las piernas entumecidas y se negaban a obedecer las órdenes que les dictaba con el cerebro.

—Es peligroso quedarse dormido con este frío —me dijo.

—Lo siento, estaba...

Tenía la boca tan pastosa que fui incapaz de pronunciar con claridad y solo me salió una especie de siseo cuando traté de decir «esperando».

—¿Qué te pasa? ¿Te has tomado algo?

—No, no.

Me entraron ganas de reír. No habría estado tan agotada si me hubiera tomado las pastillas. Por fin estaba empezando a notar las piernas y puse los pies en el

suelo con más firmeza.

—Tienes suerte de que te hayamos encontrado —dijo—. ¿Dónde vives?

Me quité el guante y me puse la mano en los labios para calentármelos. Cuando logré hablar de nuevo, le di mi dirección. La mujer apagó la radio y me miró.

—Te conozco —dijo.

Asentí. A mí también me sonaba ella.

—Lotte Meerman.

Tenía los dedos entumecidos y me costaba sacar el documento de identidad.

—No te preocupes —me dijo al tiempo que me cogía la mano—. Sé quién eres.

—Estoy agotada —dije.

La policía sonrió y por un segundo se le iluminaron los ojos.

—Todos hemos seguido la noticia —dijo.

Su compañero me miró.

—Lo siento, no te he reconocido. El pelo...

Le resté importancia con un gesto. Me cogió del brazo y nos encaminamos hacia mi casa.

—Te llevaremos a casa y te ayudaremos a entrar en calor.

Su amabilidad hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Abrí la puerta del portal con cierta torpeza y varios sonidos me acompañaron nada más entrar: primero, el débil silbido de uno de mis compañeros al ver el portal de mármol con la lámpara de techo y luego el sorprendente eco de varias botas por los peldaños de madera. Al llegar a la primera planta abrí la puerta de la derecha. El tramo de escaleras de mi piso tenía la madera más oscura. Menos pies lo habían pisado y arañado a lo largo del tiempo, y conservaba un olor a carpintería y serrín que los escalones de abajo ya habían perdido.

La policía me dijo que se llamaba Ingrid y se sentó a mi lado mientras su compañero, Erik, me preparaba una taza de té.

—Te ayudaremos a volver a entrar en calor —dijo.

Y así fue como tuve en mi piso a una persona más de las que habían estado allí jamás. Me sentí muy sola cuando se fueron.

CAPÍTULO 21

A la mañana siguiente me fui a la comisaría bajo la helada luz del sol. Me pasé media hora buscando la bicicleta y ya estaba convencida de que me la habrían robado cuando me acordé de que el día anterior me había ido con ella y había vuelto andando. Por la noche estuve tentada de tomarme una de las pastillas azules, pero no sucumbí a la tentación. Seguía convencida de que podía salir adelante sin medicación. No había dormido mucho, pero por lo menos había podido pensar en Anton Lantinga, Otto Petersen y mi padre. La ventaja de haber cometido más errores era que seguía teniendo algo en lo que pensar.

Las casas cubiertas de nieve del canal parecían una postal, una de las famosas escenas que pintaban los artistas del siglo XVII. En el mío, la gente estaba patinando, los agujeros del hielo estaban bien marcados y había señales debajo de los puentes en los que las capas de hielo no llegaban a unirse. En el canal siguiente, los barcos turísticos que pasaban cada hora rompían el hielo. Se habían recibido numerosas solicitudes pidiendo que cesaran las travesías de los barcos turísticos en esta época del año para preservar la capa de hielo y que pudieran organizarse más actividades de patinaje. Si le veían algún tipo de compensación, estaba segura de que las agencias de viaje no pondrían muchas pegas. De todas formas, sus barcos navegaban prácticamente vacíos en enero.

En cuanto entré en la oficina, Hans me dio dos folios.

—Tengo la lista de toda la gente que trabajaba en Petersen Capital en 1995 — dijo.

—¿Hay fotos?

—No, ninguna.

—Pues va a ser difícil, pero podríamos hacer una cosa. Podríamos pedir la lista de empleados de Omega Capital desde 2004 en adelante. Si alguien de Omega recogió los informes, eso nos llevaría directamente a Karin y Anton. Esos dos tuvieron que pedírselo a alguien en quien confiaran, alguien que se llevaran de Petersen Capital a Omega, alguien que haya trabajado con Anton durante todo ese tiempo.

—Podría ser.

—No te veo muy convencido.

—Es demasiado complicado. Creo que deberíamos empezar por la lista de Petersen Capital, y si encontramos a alguien, luego vemos si tiene alguna relación con los Lantinga o con Goosens. Puedo poner sus nombres en Google y ver si encuentro alguna foto.

Yo solo lo había dicho para ver si podíamos alargar la lista de nombres, de forma que pasara más tiempo antes de que se diera cuenta de que aquellas dos caras no eran más que el producto de la imaginación de mi padre.

—También puedes buscar en Facebook.

Sonrió.

—Sí, es verdad. Nuestro nuevo favorito —dijo y miró a la pantalla de su ordenador.

Me sonó el teléfono y me acerqué a la mesa para contestar. Era Ronald otra vez.

—Hola, Ronald —saludé.

Hans me miró y me encogí de hombros. Yo tampoco sabía para qué me llamaba.

—¿Tienes noticias? —le pregunté.

—Solo quería asegurarme de que... —guardó silencio unos segundos— estás siguiendo mi consejo.

—¿Tu consejo sobre qué?

Suspiró.

—¿No te convencí ayer, verdad?

—No. Y no, no lo voy a dejar.

—Te estás equivocando, Lotte. No sigas. Déjalo.

—Ronald, no puedo dejarlo. Ha habido otro asesinato. Tenemos que descubrir qué pasó con esos informes.

—Lotte, por favor.

—No, Ronald. Estamos haciendo progresos.

—Ya sabes que no encontramos nada en la casa de Anton.

—Sí, lo sé, pero estoy segura de que...

—Tu padre dijo que los había visto en el cobertizo sobre las seis de la tarde.

—Ah, ¿sí?

Le hice una señal a Hans. Aquello era interesante. A ver si al final iba a ser verdad que Anton mandó a alguien para que los recogiera. Pero, entonces, ¿mi padre no los había destruido? ¿Los había vendido? Eso era distinto. No sabía lo que significaba, pero sabía que era importante.

—Nosotros llegamos a las siete —prosiguió Ronald—, pero no encontramos nada. No había trozos de papel ni pruebas de que los hubieran quemado. Ahora me está mintiendo a mí también, Lotte. Está mucho más implicado en todo esto de lo que pensaba.

Oí la advertencia de Ronald, pero no le hice caso. Puse la mano en el teléfono, aunque sin taparlo del todo para que Ronald pudiera oírme, y le dije a Hans:

—El inspector Huizen vio los informes en la casa de Anton.

Hans me levantó el pulgar y se dirigió hacia la pizarra con el rotulador en la mano.

—No estás siendo objetiva —protestó Ronald enfadado.

—No, eso no es verdad.

—Creo que no deberías estar en el caso.

—¿Y tú, después de todo lo que me contaste en Alkmaar la última vez?

Por el ruido del picaporte de la puerta y el olor a tabaco que siguió, supe que había llegado Stefanie y que tenía que tener más cuidado con lo que decía.

—Yo nunca he pensado que sea mejor de lo que es. Lo conozco mucho mejor que tú. Siempre he sabido cuáles son sus defectos y los he aceptado, no como tú...

¿Cómo se atrevía a hablarme así de mi padre? Puede que Ronald hubiera trabajado mucho tiempo con él, pero yo lo conocía mejor, porque mi padre era como yo.

—Me alegro de que el inspector Huizen haya visto esos informes —dijo al teléfono en voz alta.

—Lotte, por favor...

—Adiós, Ronald. Ya hablaremos.

Colgué.

—¿Una pelea entre amantes? —dijo Stefanie.

—¿Por qué no te callas y ya está?

—Esa es una respuesta maleducada e innecesaria.

Stefanie se fue a la mesa de Thomas y se sentó.

—Los vi juntos la otra tarde, Hans, cuando encontramos el cuerpo de Anton —le dijo con una sonrisa estampada entre el rojo fuerte del pintalabios—. Se les veía muy unidos e íntimos como para ser dos personas que acaban de conocerse o que solo se han visto un par de veces. Y también era un lugar un tanto extraño como para comportarse de aquel modo, con el cuerpo de Anton todavía en el suelo.

—No había nada íntimo. Todo es producto de tu imaginación —repliqué.

—Sea como sea —continuó—, he venido para deciros que ya lo tengo. Es un disquete.

—¿El qué?

—La prueba. —Ante mi mirada desorientada, explicó—: ¿Os acordáis del soplón? ¿La prueba? Bueno, pues la he encontrado en los archivos. Es un

disquete con dos documentos. Uno es el rendimiento oficial del fondo, el que Otto Petersen le dio a los inversores, y el otro es el rendimiento real. Sus cuentas ocultas.

—¿Y las cuentas ocultas muestran...?

—Todas las pérdidas que sus inversiones le ocasionaron a Otto Petersen.

—¿Quién nos dio el disquete?

—No lo sé. Tendremos que investigar...

—¿Esto? —le interrumpí mientras cogía la lista de los nombres de los empleados de Petersen Capital.

—Sí. —Cuando la miré desde mi mesa, Stefanie estaba sonriendo con una mueca extraña. —Ya veo que te me has adelantado otra vez.

—Ha sido él —dije y señalé a Hans.

—Bueno, en cualquier caso, ahora que tenemos las cuentas ocultas nos será mucho más fácil averiguar qué pasó. Lo que nos dijo Geert-Jan Goosens era verdad. No hubo malversación de fondos. Petersen cometió ciertos errores, hundió el fondo e intentó ocultarlo —dijo y se encogió de hombros—. Eso nos quita de en medio toda una lista de sospechosos.

Stefanie se acercó a la pizarra y miró lo que Hans estaba escribiendo.

—¿Sabes lo que me ha dicho Ronald de Boer?

—Ni idea —contesté.

—Pues me ha dicho que durante todos estos años ha estado cubriendo al inspector Huizen. Él cree que Huizen destruyó esos informes.

Me senté en la silla y me sentí desfallecer, pero mantuve la misma expresión para que Stefanie no se diera cuenta de mi reacción. ¿Por qué le había contado eso, si a mí me había dicho que iba a proteger a mi padre? ¿Por qué se lo había dicho a ella, si yo tenía que sacarle las palabras con sacacorchos cada vez que hablábamos del soborno? ¿Por qué se lo había contado, si a mí me había dicho

que tuviera cuidado, que hay gente que no se preocupa por él? ¿A qué estaba jugando? ¿Por qué nos estaba poniendo las cosas tan difíciles, desacreditando aún más el testimonio de mi padre a los ojos de Stefanie? Me daba vueltas la cabeza. No tenía sentido. Así que eso era: no tenía sentido, con lo cual lo más probable era que no le hubiese dicho nada. Stefanie estaba mintiendo, se lo había inventado para que pareciera que Ronald estaba de acuerdo con ella. Eso era. Asquerosa conspiradora. El corazón dejó de latirme tan rápido.

—¿No te lo ha dicho? ¿Estabais demasiado ocupados hablando de otras cosas? Pues es una pena. En fin, ya podemos coger esto y tirarlo al cubo de la basura — dijo Stefanie mientras alargaba la mano por encima del hombro de Hans y cogía los dos retratos robot de la pizarra.

Me apresuré a quitárselos de las manos antes de que lo hiciera de verdad.

—No —repuse y me volví hacia Hans—. Seguiremos buscando a estas dos personas hasta que sepamos quiénes son. Es importante. No pienso rendirme. — Doblé los retratos con cuidado, me los metí en el bolso y me senté—. Creo que Ronald de Boer se está equivocando. Puede que lo estén presionando demasiado.

—Quiere que dejemos de hacer lo que estamos haciendo —afirmó Hans. No era una pregunta.

—Pues no lo va a conseguir. Nosotros vamos a seguir adelante —dije antes de coger el lápiz y empezar a mirar la lista de los empleados de Petersen Capital sin hacerle caso a Stefanie cuando vino a ver lo que estaba leyendo.

Se apoyó en el respaldo de la silla y me susurró al oído:

—¿Por qué es tan importante, Lotte?

Di un respingo y solté un taco para mis adentros mientras dejaba una raya enorme en el folio con el lápiz.

CAPÍTULO 22

Había estado esperando la citación desde la pelotera del día anterior con Thomas. Por su carácter vengativo tendría que haberme imaginado que llamaría al fiscal en cuanto dejó de gritarme. Si no hubiera molestado a Thomas, no habría tenido que ir aquel día a la reunión que llevaba tanto tiempo intentando evitar. Cuando me llamó el fiscal Kraan en persona para pedirme que me personara en su despacho, sabía que no lograría retrasarla ni un minuto más.

Amsterdam Zuid, donde se concentraban todos los fiscales, siempre me había parecido muy distinto al centro, donde yo trabajaba y vivía. Al ser un barrio del sur, la arquitectura que me iba encontrando ya no era del siglo XVII, sino del XIX; las calles estrechas se ensanchaban formando canales con grandes aceras, y en lugar de bloques había casas. Después, cuando me acerqué al lugar de la cita, el paisaje volvió a cambiar para convertirse en una serie de edificios nuevos y grandes avenidas. Era como viajar en el tiempo dando un salto de cuatro siglos en un trayecto de quince minutos.

El fiscal Kraan, o Michael, como me pidió que lo llamara, me recibió en su despacho. Estaba sentado a la mesa, en la que tenía un montón de carpetas desparramadas, y enseguida me di cuenta de que eran las mías. Estaba mirando las fotografías de mi pequeña, las de mi carpeta verde. Estaba leyendo mis apuntes. Estaba tocando mis fotos.

Estaba tan concentrada mirando aquellas fotos, comprobando qué informes tenía abiertos sobre la mesa y cuáles no, que no me di cuenta de que me había tendido la mano hasta que la movió para retirarla. Farfullé una disculpa y le di la mano justo antes de que la situación se volviera incómoda.

—Inspectora Meerman, gracias por venir y le ruego que me disculpe por no haber podido reunirme con usted antes. Creía que vendría a entregarme los informes en persona y contaba con que en ese momento hubiéramos podido hablar sobre la investigación.

—Estaba trabajando en un nuevo caso.

—Sí, eso me dijo el inspector jefe. Estaba muy preocupado por los asuntos que había tenido que dejar para venir.

Michael Kraan cogió unos folios y los dejó caer otra vez sobre la mesa.

Los reconocí. No eran importantes. Pero no estaba segura de lo que haría si trataba la foto de Wendy con el mismo descuido. Los papeles eran una cosa, pero mi pequeña era otra.

—También he estado trabajando con Thomas, que me ha ayudado a abrirme paso entre tantas horas y días de grabaciones y me ha señalado los puntos en los que es más probable que la defensa se detenga a formular sus preguntas. Pero, claramente, de lo que necesito hablar con usted es acerca de la cinta que falta.

La cinta. No había cintas. Era buena señal.

—No grabó la última conversación con Paul Leeuwenhoek.

—Así es. La investigación estaba oficialmente cerrada. Usted mismo la cerró, si no me equivoco.

—Sí, creíamos que teníamos al asesino.

—Exacto. Así que fui a hablar con Paul para darle la noticia.

Me estaba volviendo buena en eso. ¿Cuántas veces habría contado la nueva versión de los hechos? Ya hasta me estaba convenciendo de que aquello fue lo que pasó.

Hans me llamó aquella tarde, eufórico, porque habían arrestado a un hombre por el asesinato de Wendy. Por lo visto era un pedófilo al que él había estado investigando. Hans me dijo que había estado en su casa y había encontrado un sótano lleno de fotos de Wendy. El pedófilo le había confesado que había matado a Wendy cuando se la encontró sola en el parque y que había quemado el cadáver. El fiscal dio por concluida la investigación y yo dejé de grabar. Fui a ver a la madre de Wendy y se lo dije. Monique reaccionó de un modo extraño, casi como si fuera un anticlímax para ella y no llegara a creérselo. Después fui a la casa de Paul y nos tomamos unas copas. Yo creía que habíamos arrestado al asesino y bajé las defensas. Me dejé llevar por los sentimientos. Ya que sabía que era inocente, me sentí aliviada. También fue triste, porque con la muerte de Wendy se rompía mi sueño de formar una nueva familia, pero por lo menos estaba empezando una nueva relación. Pensé que aquello pondría un punto final para Paul, y que podría seguir adelante conmigo.

—¿Y se lo dijo así, sin más? —preguntó el fiscal.

—Sí, de pronto me dijo que el cuerpo de Wendy estaba enterrado en el jardín.

Estábamos desnudos y en la cama. Él estaba jugueteando con mi pelo cuando empezó a hablar.

—Después de todos estos años.

—Me dijo que quería contar la verdad, que necesitaba confesar.

Y creía que me había puesto en una posición en la que me sería imposible contárselo a nadie, que no me quedaría más remedio que guardar silencio.

Cuando me desperté, noté sus ojos verdes clavados en los míos. Yo no había dormido mucho, una media hora o así. El sol de la tarde penetraba por el extremo de las cortinas. Me estaba mirando con una intensidad que no había visto jamás en él, ni siquiera una hora antes. Sonreí al recordar su cuerpo sobre el mío, dentro de mí. Me cogió un mechón rubio y se lo llevó a los labios. Noté el tirón cuando se me acercó. Se enrolló el mechón entre los dedos. Seguí sus movimientos con la cabeza y disfruté de la sensación de su boca en la mía.

«No deberíamos estar haciendo esto», dijo. El olor de su aliento no me echó para atrás, como me habría pasado con cualquier otra persona y en cualquier otro lugar.

«No pasa nada, ya no eres un sospechoso», dije, y por primera vez admití que lo había sido. «Eres inocente. Caso resuelto». Mi propia voz me sonó engreída de lo satisfecha que estaba. Mientras tanto, Paul me estaba pasando la mano por la barriga, bajando poco a poco. Formaríamos una familia perfecta. Los dos nos sentiríamos completos.

«Pero estoy seguro de que esto va contra todas las reglas, ¿no? —insistió—. ¿Qué diría tu jefe si lo descubriera?».

«No tengo ninguna intención de contárselo».

«Apuesto a que nada de lo que te pueda contar ahora podría ir a juicio», dijo.

Sonreí.

Siguió jugueteando con el pelo.

«Qué pelo tan bonito —susurró—, tan rubio, del mismo color que el suyo. He estado callado durante quince años, pero ahora volverán todas las fotos y volverá a hablarse de lo mismo en todos los periódicos. No es fácil. Cada día duele más. Hay momentos en los que creo que no voy a poder más. Necesito contárselo a alguien». Me miró con sus ojos verdes. «¿Sabes que está aquí?», dijo.

Lo estaba acariciando y de pronto me paré. Creo que hasta el corazón se me paró. Me quedé sin respiración.

«¿Aquí?», repetí.

«La enterré aquí —dijo—. El hombre que habéis arrestado... No fue él».

Aparté la mano y la puse en la cama. Busqué la pistola con los dedos pero no la encontré. Por encima de su hombro vi que la había puesto en la mesita de noche. Debí de quitármela mientras dormía. Bajo su agradable sonrisa entrevi algo que no había notado antes. ¿Cómo era posible que no me hubiese dado cuenta? En ese momento lo vi con total claridad; ahí estaba, debajo de todo su atractivo. Ahora me estaba dejando ver su secreta frialdad. Oh, Dios mío, lo había planeado todo.

«¿Dónde está?», susurré.

«En el jardín».

«Pero miramos...».

«La traje mucho después —dijo—, del parque. Cuando la policía dejó de buscar en la casa».

Movió los dedos hacia abajo, pero ya solo me provocaba repulsión.

Le paré la mano.

«Monique tenía razón —dijo—. Decía que no eras muy espabilada. Por eso pensé que serías perfecta: recién divorciada, necesitada, fácil de manipular. Tenía que contárselo a alguien. Ahora volverán a salir las fotos en los periódicos, todo el mundo empezará a hablar otra vez... Tenía que encontrar a alguien que oyera

mi confesión. La primera vez que salí limpio —continuó mientras seguía pasándome la mano por el pelo—, busqué a gente que no supiera hablar nuestro idioma y se lo conté. Pero no es lo mismo si no lo entienden. Tú eres perfecta. No has grabado nuestra última conversación, no tienes pruebas. Y te has acostado conmigo, ¿cómo podrías explicarlo en el juicio? No tienes más que a un pedófilo, al que mandarás a prisión. Tú sabrás la verdad, pero no podrás hacer nada. ¿Cómo te hace sentir eso? —sonrió—. Será mejor que guardes tu secreto: mandarás a un inocente a la cárcel».

«¿Por qué la mataste? ¿Fue un accidente?».

Me pasó el dedo por la barbilla y dijo: «¿Qué más te da? No lo sabrás nunca».

Intenté calcular el ángulo y el espacio que quedaba entre los dos antes de golpearle con el codo en la barbilla. Se oyó el crac. Se le cerraron los ojos y la cabeza le cayó sobre el colchón. Cogí la almohada con las dos manos y se la puse a pocos centímetros de la cabeza. Tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para no apretársela contra la cara, pero al final la tiré al suelo, cogí la pistola, comprobé que no le hubiera quitado las balas, le apunté y esperé a que recobrar el sentido.

La voz del fiscal me sacó de mis dolorosos recuerdos.

—Después, cuando lo interrogaste...

—Yo no lo interrogué —lo corregí.

Aquella vez, ni siquiera tuve el valor de observar el interrogatorio.

—Sí, lo sé, fueron Hans y Thomas, pero se negó a hablar con ellos.

—Eso me dijeron.

—Se negó a firmar la declaración y se negó a contestar a las preguntas. Si no hubiera sido por el cuerpo...

—Ya.

—Llegó con la mandíbula rota.

El fiscal esperó, pero no contesté.

—En su informe, usted declaró que le había golpeado en defensa propia —apremió.

—Está todo ahí.

El fiscal Kraan cogió unos papeles.

—Quería hablar de esto con usted. La defensa sostiene que deberíamos retirar el caso por violencia policial.

Eran las mejores noticias que recibía en todo el día. Estaba exultante, pero no quise que se notara porque Michael Kraan no lo entendería, pensaría que estaba orgullosa por haberle pegado a Paul Leeuwenhoek. Era imposible que entendiera por qué me alegraba en realidad.

—Tengo que decir —continuó el fiscal Kraan— que estoy intrigado con esas cintas. Por sus conversaciones y la forma en que hablaban parece que se llevaba bastante bien con Paul.

—Me caía bien. Tengo que admitir que nunca pensé que fuera el culpable, hasta que me lo dijo y encontré el cuerpo.

—¿Y ahora no le queda ninguna duda?

—Estoy segura de que él la mató.

—¿Tiene alguna idea sobre el motivo y cómo lo hizo?

—La madre nos dijo que debió de darle un bofetón a Wendy. Ella cree que la niña se cayó y se golpeó la cabeza contra una piedra.

Cuando Hans y Thomas la interrogaron, yo estaba en la sala de observación. Quería oír lo que Monique iba a decir, aunque estar en la otra parte del cristal me seguía pareciendo demasiado cerca.

—Dijo que a su hija le encantaba salir a jugar —continué— y que nunca quería volver a casa cuando la llamaban para cenar. Según ella, Paul es un poco irascible.

A mí me pareció más bien frío y calculador.

—Sí, lo sé —dijo el fiscal—. Eso es lo que va a declarar. —Tras un instante de silencio, añadió—: Pero ¿usted qué cree? ¿Le dijo algo?

—No me dijo cómo ni por qué.

Entendía por qué Monique se aferraba a esa versión de los hechos. Tendría que vivir con ello. En mis sueños, Paul golpeaba a su hija con un ladrillo. No estaba enfadado. Solo estaba intentando ver si era capaz de hacerlo y que no lo pillaran. Después de esas pesadillas, salía a darme una vuelta con el coche hasta que me tranquilizaba. Tanto la versión de mi sueño como la teoría de Monique encajaban con la declaración del forense. La mía conllevaría una condena más larga, pero no podía probarla. Además, la defensa preguntaría por qué Monique no vio rastros de sangre en Paul cuando volvió a casa.

—Estoy de acuerdo con Monique. Seguramente, eso fue lo que pasó —dije.

Por lo menos era una versión que respaldaba la declaración de su exmujer.

—Es muy cruel, esconder el cuerpo de su hija, volver del parque y decir que no la encontraba. Y luego pedirle a su mujer que lo ayudara a buscarla. Buscar por todas partes menos por el parque, porque decía que él ya había buscado allí.

—Ha mantenido a su mujer entre el dolor y la esperanza durante todos estos años.

—Es un hombre cruel y sin corazón —dijo el fiscal esforzándose por encontrar las palabras adecuadas para describirlo.

A mí me parecieron bien.

Cuando se quitó la máscara, por fin vi al Paul real. Vi lo calculador que había sido y cuánto empeño había puesto hasta lograr ponerme en la situación en la que me encontraba. Había estudiado cada una de sus palabras y acciones con antelación. Yo había aceptado sus insinuaciones —recién divorciada, como él dijo, y muy insegura— y caí en la trampa. Pero su error fue contármelo. Jactarse. Había sido tan engreído como para contárselo a alguien que no pudiera hablar. O eso creía él.

En mis peores momentos, en plena noche, a veces me preguntaba si habría reaccionado de otra forma si él hubiera seguido mostrándose cariñoso y amable. Si me hubiera dicho que había sido un accidente, si me hubiera pedido ayuda. A la luz del día lograba convencerme de que habría reaccionado igual. Pero por la noche, conduciendo por la autopista en la oscuridad, a veces me preocupaba pensar que a lo mejor habría guardado silencio, habría intentado cubrirlo. Por suerte, esa posibilidad no se presentó.

—¿Cree que su mujer lo sabía?

—No creo. Monique seguía hablando de Wendy como si estuviera viva.

Aunque Paul y Monique hubieran hablado de mí a mis espaldas, o por lo menos eso fue lo que me contó él, nada de lo que Paul había dicho apuntaba a que su mujer pudiera saber algo sobre la muerte de Wendy.

—Ya sabe que en el juicio analizarán minuciosamente toda su actuación.

—Sí, lo sé.

—¿Hay algo que debería saber antes de ir a juicio?

—No se me ocurre nada.

Vi la foto de Wendy y por primera vez en mucho tiempo la vi por lo que era realmente: no una versión anterior de mi Poppy, sino una niña por sí misma. La fotografía estaba vuelta hacia mí. Con su regadera, Wendy me miraba con los ojos cargados de reproche y su sonrisa mellada. Me imaginé cómo me escupiría las palabras por el agujero del diente que le faltaba: «Mi padre me mató y tú no te diste cuenta. Estabas demasiado ocupada con tus problemas, esperanzas y deseos como para preocuparte por mí. Tú solo me veías como la sustituta de la hija que perdiste».

Yo no habría podido salvarla, Wendy ya llevaba quince años muerta cuando conocí a su padre, pero eso no me hacía sentir mejor. No podía seguir mirando aquella foto ni un segundo más. No entendía cómo había podido cogerla, mirarla y acariciarle las coletas hasta la semana anterior.

Se terminaron las preguntas y salí a toda prisa del despacho del fiscal. Tenía que escapar de aquellas fotos. Dejar a aquella niña atrás. Entré corriendo en los

servicios, justo a tiempo para vomitar. Caí de rodillas al suelo y me encorvé sobre la cerámica casi blanca, casi limpia, con las dos manos en el váter y la cabeza inclinada, como si estuviera rezando. El olor a orina y vómito se mezcló y alargué la mano para tirar de la cadena. Las lágrimas me rodaron por las mejillas, se me revolvió el estómago y la garganta me ardió al arrojar el sándwich de queso y el café.

Mientras seguía en el suelo, leyendo las frases previsiblemente repugnantes de la pared sobre el tamaño de las partes de este-y-el-otro y lo que este-y-el-otro le habían hecho a no-sé-quién, pensé que había hecho bien al intentar evitar aquella reunión: había sido exactamente tan dolorosa como sabía que iba a ser.

Aquella noche no comí nada. No me preparé nada. No podía ni ver la comida. Seguía teniendo arcadas al recordar. Me senté en el sofá con las luces apagadas, mirando las paredes mientras dejaba pasar los minutos. Luego me puse el abrigo y salí.

Eran las diez y media, todavía temprano para la noche del jueves, y los bares estaban repletos de estudiantes, en su salida más importante de la semana antes de volver a la casa de sus padres para pasar el fin de semana, y de gente que había salido para tomarse una copa después de cenar o de haber estado en el cine. El Grand Café Luxembourg, por el que había pasado el otro día con mi padre de camino a la Centraal Station, estaba lleno y se oía hablar a la gente. Me sentí como si fuera de nuevo estudiante, como si tuviera veinte años menos y todavía fuera tan ingenua como para pensar que lo sabía todo y que podía hacer lo que quisiera. El ruido que formaba tanta gente hablando a mi alrededor me envolvió como una manta agradable. Pedí una copa de vino blanco en la barra. Sabía que solo tenía que esperar unos diez minutos antes de que se me acercara alguien, ya que todo el mundo había bebido lo suficiente como para atreverse a ser más sociable de lo que sería en la vida real. Solo tenía que mirar a alguien un par de veces para que se me acercara.

El hombre que elegí era bastante atractivo, ligeramente robusto y en la flor de la vida. Me invitó a dos copas más en cuarenta y cinco minutos. Estuvimos hablando del tiempo, las noticias, el Ajax y el trabajo. Su trabajo, no el mío. Era un contable de una empresa importante y había salido con sus compañeros para desfogarse después de un día de mucho trabajo. Hizo un gesto hacia el otro extremo de la barra, donde se suponía que estaban sus compañeros. Yo no vi a nadie mirándonos, pero había bastantes grupos de amigos que habrían podido

serlo. Me daba igual que me estuviera mintiendo o no.

El inevitable momento llegó cuando me dijo que iba a salir a fumarse un cigarro y me preguntó si quería acompañarlo. Le dije que sí. Al cabo de unos cinco minutos helándome allí fuera me di cuenta de que aquello había sido una tontería. Lo aparté cuando intentó besarme. Lo volvió a intentar con más insistencia y yo le empujé más fuerte.

—¡Putá frígida! —me gritó cuando salí corriendo hacia el tranvía.

Era más de medianoche cuando me eché todo el contenido del bote de somníferos en la mano. Me sorprendió lo ligeras que eran las pastillas..., y lo difícil que era tomar la decisión de no tragármelas todas de golpe.

CAPÍTULO 23

No fue fácil ir a ver al jefe. No me había dicho para qué quería verme, pero por el tono de voz con el que me habló sabía que era importante. Iba a ser difícil. Además, el dolor de cabeza que tenía, con punzadas por debajo del ojo derecho, seguramente por haber bebido con el estómago vacío, no me lo habían quitado ni las tres tazas de café que me tomé.

Me miró con indignación. Entrecerró los párpados e hizo una mueca de disgusto nada más verme.

—Cierra la puerta.

Se me empezó a revolver el estómago. Me senté en la silla, con la espalda recta, manteniendo el control de mi cuerpo.

—Lotte, he recibido una información que espero que puedas negar.

Se me encogió el estómago y empecé a sentirme mal.

—¿En qué estabas pensando? ¿Te has vuelto loca?

Dio un manotazo en la mesa y me sobresalté. El corazón me dio un vuelco, tanto por el susto como por lo que sabía que estaba por llegar. Estaba segura de que lo descubrirían antes o después. Cuando Thomas me preguntó por las conversaciones que no había grabado, lo supe.

De pronto me quedé sin fuerzas. Se me hundieron los hombros. Estaba agotada, pero una pequeña parte de mi mente se relajó. Me sentí aliviada por no tener que seguir fingiendo. Me había pasado semanas mintiendo, a la prensa, al jefe, a mis compañeros y a todos los que me felicitaban por haber descubierto el cuerpo de Wendy Leeuwenhoek. A lo mejor se terminaban las pesadillas si contaba la verdad. Tal vez por eso confesaba la gente. Confesabas y afrontabas las consecuencias.

¡Las consecuencias! Iba a perder mi trabajo. A lo mejor hasta iba a la cárcel.

—Te he llamado porque tengo que hablar contigo sobre el inspector Piet Huizen. Me han dicho que es tu padre. ¿Es cierto?

Tardé un momento en entender lo que me estaba diciendo. Me quedé mirándolo en silencio.

—Venga, Lotte, es una pregunta fácil. ¿Piet Huizen es tu padre?

Por un instante pensé que podría decir que no, pero descarté la idea en cuanto se me ocurrió. Era imposible que la policía no descubriera la verdad. Estaba en el certificado de nacimiento. Además, conocía lo suficiente a Moerdijk como para saber que lo habría comprobado antes de llamarme a su despacho. Él ya sabía lo que le iba a decir.

—Sí, es verdad.

El nudo que se me había ido soltando en el pecho volvió a apretarse.

—¿En qué estabas pensando?

Estaba pensando en confesar. Estaba pensando en contar la verdad. Estaba pensando en decirle que había hecho de todo por olvidar, pero ya...

—Creía que...

—¿Que no era importante?

Se estaba poniendo cada vez más rojo. Parecía una bomba a punto de explotar.

—No, no iba a decir eso.

Respiré hondo. Me costó reorganizar las ideas. Necesitaba tiempo para adecuarme al motivo por el que me había llamado.

—Creía que Ben van Ravensberger estaba mintiendo.

—¿Y luego, cuando te diste cuenta de que era verdad?

—Pero no era verdad. Sabemos que Ben se lo inventó. Ferdinand van Ravensberger nos explicó...

—¡Joder! —Al oír el taco enderecé la espalda—. ¡Deja de poner excusas! ¡Me tienes harto! Me mientes, no me mantienes informado, tengo que ir yo a la fiscalía a llevar tus informes del caso Leeuwenhoek, trabajas en un caso en el

que está implicado tu padre, que ahora es el principal sospechoso...

¿Mi padre era el principal sospechoso? Habían asesinado a Anton Lantinga porque yo estaba investigando el asesinato de Otto Petersen, ¿y ahora mi padre era el principal sospechoso? Repliqué antes de pensar lo que iba a decir:

—Él no puede ser.

—Precisamente por eso no trabajamos en casos en los que esté implicado algún miembro de nuestra familia —dijo—. No puedes ser objetiva, no ves con claridad y te empeñas en defenderlo. Piet Huizen estaba en la casa de Anton Lantinga media hora antes de que le dispararan a Anton. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar que podías seguir en el caso? ¿Cómo has podido mantenerme al margen? —Se pasó una mano por el pelo y respiró hondo—. ¿Hans lo sabe?

—No, no se lo he dicho a nadie.

No me preguntó si Stefanie lo sabía, lo cual era significativo.

—Eso es bueno. Por lo menos no tendré que suspenderlo a él también.

—¿Va a suspenderme?

—Durante un mes. Ya hablaremos después. Ya veremos si puedes mantener tu puesto.

—¡Pero estamos a punto de resolver el caso!

—Ni se te ocurra protestar, Lotte. Tienes suerte de que no te despida en este mismo instante.

—Pero...

«Pero ¿qué voy a hacer?» era lo que quería preguntarle. Sin embargo, no le correspondía a él contestar a esa pregunta. Me ardían los ojos. Aquello solo había sido un pequeño error. Había cometido errores mucho más graves, y ahora me suspendía por romper una regla insignificante, precisamente ahora, cuando estaba a punto de aportar una contribución real al caso. Pero, sí, sabía que tendría que habérselo dicho a Moerdijk, sabía el riesgo que estaba corriendo.

—Los informes —empecé a decir.

—Lotte, cállate. ¡Cállate! No haces más que empeorar las cosas cada vez que abres la boca.

Sabía que si encontraba la forma de explicar mi situación, si pudiera demostrarle que no estaba haciendo nada malo, no perdería el trabajo. No perdería mi único refugio. Todavía estaba a tiempo de confesar, pero sabía que no me saldrían las palabras, solo lágrimas..., y era imposible que él llegara a entender lo mal que me sentía y lo asustada que estaba. Me levanté.

—El único motivo por el que no te estoy despidiendo —dijo claramente el inspector jefe— es que te necesito aquí para testificar en el juicio de Paul Leeuwenhoek.

Aquello sí que era para reírse. Era una locura. La única razón por la que mi trabajo seguía a salvo era porque el jefe necesitaba que repitiera mis mentiras en el juicio.

—El fiscal me ha dicho que la defensa ha interpuesto una demanda por violencia policial. Es una pena que no tengas las grabaciones de la última conversación, de la confesión. Quiero que estés aquí para el juicio. Tenemos que estar seguros de que puedes testificar. Te avisaré cuando sepamos la fecha.

Salí y crucé el pasillo a toda prisa. Fui a mi mesa para recoger mis cosas y marcharme. Solo quería los bolígrafos y mi lápiz.

Hans me miró desde su mesa.

—¿Qué pasa?

—Me han suspendido.

Hans quería saber qué había pasado, pero yo tenía un nudo en la garganta y era incapaz de hablar. Era incapaz de hablar sin echarme a llorar.

—El arma, por favor —dijo el inspector jefe Moerdijk, que me había seguido desde su despacho y esperaba con la mano extendida.

Cogí mi Walther P5 con su funda —la iba a dejar allí de todas formas— y se la

puse en la mano. Más allá de los fortísimos latidos de mi corazón oí que Hans le preguntaba al jefe qué estaba pasando.

Stefanie llegó y se paró en la puerta, cortándome el paso cuando iba a salir. Seguro que había venido para disfrutar de las consecuencias de sus actos. Debí de investigar a Piet Huizen para intentar encontrar algo malo sobre él y, en lugar de eso, descubrió lo mío. Me abrí paso.

Me miró sorprendida y boquiabierta cuando la cogí del brazo para echarla a un lado.

—Lotte, ¿estás bien? ¿Te pasa algo?

Pues claro que me pasaba algo. No estaba bien porque ella se había chivado al jefe. «Cerde asquerosa —pensé—. ¿Cómo lo has descubierto? ¿Te lo dijo Ronald? ¿Miraste mi certificado de nacimiento?». Le di la espalda. No le grité ni le dirigí la palabra, sencillamente porque en ese momento no podía ni verla.

CAPÍTULO 24

A mi madre no le gustaba salir con tanto frío, y cuando vi lo delgada y pálida que estaba, me alegré de que se quedara en casa.

La seguí a la cocina. No me preguntó qué hacía allí, solo se puso los guantes y apiló unos platos sucios en el fregadero. Me llamó la atención que no los hubiera lavado la noche anterior. Por un breve instante dudé, preguntándome si debía contarle lo que había pasado, pero luego me decidí cuando pensé que se lo tomaría como una buena noticia.

—Me han suspendido.

Dejó de fregar. Estaba metiendo un plato en el agua y se paró a mitad de camino.

—¿Qué has hecho?

Se llevó la otra mano a la boca y tiró hacia arriba del guante con los dientes como queriendo evitar más preguntas.

No entendía por qué estaba tan afectada.

—He cubierto a papá y me han descubierto.

—¿Lo has cubierto? ¿Por qué?

—Por lo del dinero.

No me entendió.

—¿Qué dinero?

—El dinero del que me hablaste la última vez.

—Lotte, creía que ya habíamos terminado con eso.

Volvió a meter las manos en el agua espumosa.

—Creía que te alegrarías.

Mi madre volvió a dirigir sus ojos azules al fregadero, donde la espuma blanca ya cubría los platos sucios de debajo. Empezó a enjabonar.

—No, no me alegro de que hayas tirado tu carrera por la ventana. Sobre todo por tu padre. ¿Es definitivo?

Cogí el plato que acababa de fregar y lo sequé con un paño azul y blanco.

—Todavía no lo sé. —Dejé el plato blanco, liso, sin decoración, en su sitio—. Cuéntame lo que pasó entre papá y tú.

Mi madre seguía intentando evitar mis preguntas, pero yo necesitaba oírsele decir a ella. Necesitaba saber que había hecho lo correcto. Quería que me dijera cómo había descubierto lo del dinero; que me contara cómo se dio cuenta por primera vez de que estaba dispuesto a aceptar sobornos, e incluso cómo fue la primera vez que vio los billetes. Quería saberlo, porque estaba perdiendo mi trabajo por eso.

—Lotte, no pasó nada fuera de lo normal. No entiendo por qué estás siendo tan... tan...

Cogí un vaso, lo sequé y guardé silencio.

—Tan oficial —concluyó.

Cuando me dio otro vaso mojado estuvimos a punto de rozarnos con los dedos. El olor del detergente Lux era fuerte.

—Háblame del dinero —dije.

—¿Qué dinero?

—El dinero del que me hablaste la última vez. Mamá, ¿por qué me lo pones tan difícil?

—No te lo estoy poniendo difícil. Es un asunto privado. No entiendo para qué quieres saberlo.

Abrí el armario y con mucho cuidado puse el vaso encima de otro igual.

—El otro día me dijiste que papá estaba aceptando un dinero que no debía aceptar.

—Ah, eso.

—Sí, eso. ¿Cómo lo descubriste?

—No quiero hablar de eso.

—¿Ves? Ya lo estás haciendo otra vez.

—¿Haciendo, qué?

—Te comportas como si no fuera importante. Mamá, hemos vivido prácticamente pobres durante años y tú sigues sin tener casi nada mientras que él tiene una casa enorme, un BMW aparcado delante de la puerta, folletos de vacaciones carísimas...

—¿Y te habría gustado que nosotras hubiéramos tenido todo eso también?

Miró el plato que tenía en la mano derecha y comprobó que no le quedaran manchas.

—No, solo quiero saber por qué nosotras no podíamos tener una parte de todo eso.

—No era mi dinero, ya te lo dije. Yo dejé a tu padre, así que, ¿cómo iba a esperar que me diera una parte de su dinero?

—¿Te lo ofreció alguna vez?

—¿Así que de eso va todo esto? ¿Quieres saber si tu padre se preocupaba lo suficiente por ti como para pasarme dinero?

Dejé de secar y me quedé con el paño en la mano.

—No, yo...

—Pues sí, sí me lo ofreció. Me lo ofreció varias veces. Sobre todo después de que empezaran las visitas. Me llamó para decirme que quería hacer más por ti. Pero yo sabía de dónde salía el dinero y no podía aceptarlo.

Cogió otro plato y tiró en la basura lo que parecían restos de puré. No me gustó ver que se hubiera dejado tanto. El plato desapareció bajo la espuma del fregadero.

—¿De dónde salía el dinero?

—¿Ya estamos otra vez con eso?

Me dio el plato limpio.

—Sí.

Cogió un vaso y le dio varias vueltas fregándolo con el estropajo hasta que los restos de zumo de naranja desaparecieron antes de contestar.

—Era de ella, ¿vale? Era su dinero.

Soltó el vaso, se quitó uno de los guantes y lo tiró con fuerza en el agua con jabón. Le salpicó en la cara y las burbujas se esparcieron por la encimera. Las gotas de agua le caían por las mejillas como si fueran lágrimas. Apretó los labios. El guante se llenó de agua sucia y se hundió.

—¿De ella? ¿A quién te refieres?

—A la tal Maaike, su mujer de ahora. Ella lo contrató como guarda de seguridad para varias propiedades que poseía. Pero él hacía mucho más que eso por ella. Tanto, que no tuve más remedio que dejarlo cuando lo descubrí.

Se secó la cara con la mano.

—¿Por qué no me lo contaste, mamá?

—¿Qué te tenía que contar? ¿Que tu padre me dejó por una mujer más rica? ¿Que la casa en la que vive, el BMW que tanto te gusta y las vacaciones son todo cosas que paga ella? ¿Que el dinero que me ofreció para cuidar de ti era de ella?

Enderezó la espalda, se quitó el otro guante y lo tiró al fregadero. Igual que el otro, flotó un momento antes de hundirse entre la espuma.

—Entonces, ¿por qué era tan distinto? —susurré para no gritar.

Me sentí como uno de aquellos guantes, hundiéndome en el agua sucia poco a poco.

—¿El qué?

—Siempre me has dicho que mi ruptura con Arjen era distinta de la tuya con papá. Vine a pedirte ayuda. Vine a pedirte consejo. Y tú no hacías más que decirme que tu divorcio fue distinto. Pero la verdad es que a mí no me suena tan distinto. Me parece exactamente igual.

Estaba levantando la voz por más que intentara no hacerlo. Quería gritarle por haberme hecho sentir culpable cuando dejé a Arjen. ¿Cómo había podido ser tan altiva conmigo, haciéndome creer que todo era culpa mía, que yo había hecho algo malo, que podría haber salvado mi matrimonio, cuando a ella le había pasado exactamente lo mismo? Me acordaba muy bien de lo que me dijo: «¿Qué has hecho?», y sin embargo ella sabía perfectamente que a veces tú no haces nada, simplemente te pasa, porque la gente que te rodea decide irse con otra persona por el motivo que sea y tú no puedes hacer nada por impedirlo.

Quitó el tapón del fregadero y el agua se coló por el sumidero, dejando al descubierto los restos de la cena.

Me tragué las lágrimas.

—Mamá, tú siempre me has hecho creer que lo que pasó entre papá y tú fue distinto. Siempre me has dicho..., siempre me has dado a entender que fue algo importante.

—Y lo era.

—No me refiero a eso. Te dije que Arjen tenía una amante y que la había dejado embarazada, y tú me dijiste que no podías ayudarme porque lo que pasó entre papá y tú fue muy distinto.

—Lo de tu padre fue solo por el dinero.

—Yo creía que ese dinero venía de otra parte —le dije en voz baja por lo mucho que me avergonzaba pensar lo fácil que me había resultado creer eso—. Creía

que estaba aceptando sobornos.

—¿Sobornos? ¿De qué hablas?

—Creía que había pagado su casa con el dinero de algún soborno y que por eso lo dejaste.

¿Eso era lo que yo había querido creer? ¿Para que mi mal comportamiento pareciera menos deplorable al ser hija de un policía corrupto? Porque entonces lo habría llevado en los genes y no sería responsabilidad mía. En ese momento me di cuenta de que si bien había intentado protegerlo a él, más que nada lo que estaba haciendo era protegerme a mí misma porque me aterrorizaba vivir sabiendo que yo era el tipo de policía que era capaz de destruir pruebas y alterar la escena de un crimen.

Me sentía peor por lo que había hecho en la casa de Paul Leeuwenhoek que por haberle disparado a un chico joven en una gasolinera. Incluso me sentía peor por la limpieza que siguió que por haberme acostado con él, aun cuando el haberlo hecho me provocó tal repugnancia que durante días no fui capaz de mirarme al espejo ni soportar que nadie me tocara. Sin embargo, el sexo había sido un acto dictado por la debilidad de la carne, mientras que la limpieza fue un acto premeditado, dictado por lo que consideraba una mente inteligente. Por lo menos, en el caso de mi padre, era verdad que había intentado protegerlo. El resto solo había sido un intento de protegerme a mí misma.

Mi madre dio un paso hacia el fregadero.

—A lo mejor habría sido más fácil si hubiera estado aceptando sobornos —dijo y se rio con amargura—. A lo mejor habría preferido que fuera un criminal, en lugar de estar acostándose con una mujer rica.

—Mamá...

—No, ¿tú no querías que hablara?, pues déjame hablar. Llegaba a casa con todos esos regalos, los regalos que ella le hacía: una camisa nueva, un jersey, unos guantes de piel. Ni siquiera intentaba esconderlos. Me decía que se los había dado ella. ¡Me lo decía! ¿Te lo puedes creer? Me lo decía porque quería tener la conciencia tranquila. No quería hacer nada a mis espaldas. —Se sentó en el suelo de la cocina, junto al frigorífico—. Así que lo que hacía era restregármelo por la cara. Aquello era lo peor.

—Mamá...

Me agaché hasta que llegué a su altura y la abracé. Oía a la crema Nivea que había estado usando desde hacía cuarenta años.

—Se suponía que no tenía que ser así. Se suponía que el matrimonio era para siempre. Se suponía que tenía que serme fiel.

Tembló entre mis brazos. Se le notaban las costillas bajo la piel. Parecía que no había carne en medio. Cuando hablaba, notaba su aliento en el oído. Me susurraba tan cerca que parecía que me estaba hablando dentro de la cabeza.

—A veces, cuando estabas en el colegio, cogía el tren a Alkmaar. Luego cogía el autobús hasta su casa, me escondía detrás de un árbol y los observaba. Él entraba con ella, por lo visto nuestra casa no era suficiente para ella, y los veía. Cuando llegaba tarde, sabía lo que había hecho por la mañana. Y me daba cuenta de lo que pasaba. Era todo por el dinero. Me dejó por una mujer de dinero, para poder vivir en una casa grande y conducir su coche, para tener todo lo que quería y no se podía permitir. Por eso era distinto. Arjen te dejó por una mujer más joven y más guapa, pero tu padre me dejó por una mujer más rica. ¿Es que no ves que es totalmente distinto?

—Mamá...

Así que lo de mentir lo había sacado de mi madre, no de mi padre. No sabía si quería pegarle o abrazarla, pero como ya la estaba abrazando, me pareció más fácil seguir así. ¿Quién era yo para juzgarla? Yo había sacado mis propias conclusiones. Había pensado que estaba aceptando sobornos. Mi madre no me había obligado a cubrirlo, no me había dicho que estuviera aceptando sobornos. Había sido un malentendido. Había sido culpa mía. Mi trabajo, mi vida y mi carrera se iban al traste por un malentendido. ¿Cómo había podido pasar?

—Y luego me dijo que quería verte —me susurró al oído—, pero él ya tenía otra mujer, otra casa... ¿por qué iba a tener que quedarse con la niña también?

—¿Cuándo fue eso? —Tenía que tener cuidado para no apretarla demasiado entre mis brazos, aunque no pude evitar que se me tensaran todos los músculos—. ¿Cuándo quiso verme?

—Desde el principio. Pero yo no quería que te viera. No quería que tu padre y su

amante te engatusaran con su dinero. Porque entonces no habrías sido feliz en esta casa, no te habrías sentido satisfecha con lo que yo podía darte. No podía dejar que pasara eso, tenía que protegerte, así que no dejé que te viera hasta que fuiste lo suficientemente mayor como para tomar tus propias decisiones. Y creo que has decidido bien.

Estaba claro que había sido ella la que había saboteado las visitas desde el principio, mientras que yo creía que me estaba protegiendo. Y fui a Alkmaar yo sola y mi padre y yo acabamos discutiendo porque la defendí.

«¿Y qué hay de mí? —quería decirle—. ¿Qué pasa con mi niñez? Tú siempre me decías que no quería verme. ¿Cómo crees que me sentía?». Creía que no me quería, que no contaba nada para él. Y era la rara del colegio, porque además de que mis padres estaban divorciados, lo que no era común entonces, tampoco veía nunca a mi padre. Las otras niñas me ponían motes, se metían conmigo diciendo que era tan fea que ni siquiera mi padre quería verme, que estaba tan decepcionado conmigo que ni siquiera quería que habláramos. Cuando se lo conté a mi madre, me dijo que mantuviera la cabeza alta, que reaccionara y les plantara cara. Podría haberme dicho la verdad: que mi padre quería verme, pero que ella no quería que mantuviera el contacto con él.

Sin embargo, le dije:

—Mamá, no pasa nada.

—Sí que pasa —dijo sin saber a lo que me refería.

La cabeza me daba vueltas.

—Es un adúltero —susurró—. Se merece un castigo. No debería tener una buena vida, con su nueva mujer, en su casa enorme. Debería ser él el que tuviera una vida difícil, con dos trabajos. No yo —dijo levantando la voz.

Me aparté un poco y ella se secó los ojos con la manga y respiró hondo como diciendo: «Ya está bien de llorar». Yo me levanté, pero no le di la mano para ayudarla a levantarse.

—Lo siento, mamá.

—Ahora preferiría que te marcharas, Lotte. Gracias por ayudarme con los platos.

Cogí el abrigo y bajé otra vez aquellas escaleras.

Cuando salí, me metí en el coche y vi pasar a los ciclistas. ¿Cómo había podido equivocarme tanto?

CAPÍTULO 25

—Me han suspendido —dije manteniendo a raya la cabeza y los sentimientos como una niña de doce años que le está diciendo a su padre que la han echado del colegio por algo que no había hecho, sonando insolente y a la defensiva al mismo tiempo.

—¿Por qué? —Frunció el ceño, con lo que se le formaron grandes arrugas de preocupación en la frente. Luego se apartó y dijo—: Entra.

Me cogió el abrigo y lo colgó.

Lo seguí por el pasillo. Se oía música clásica por unos altavoces invisibles. Pensé que sería Mahler, aunque no estaba segura. El olor a limón era todavía más fuerte que la otra vez.

—Por esto, claro —repliqué—. Por trabajar en este caso y no decirles que eres mi padre.

Me molestaba que no lo entendiera.

—¿No se lo dijiste? —Me puso la mano en el brazo, pero yo la aparté—. ¿Y por qué no? Perdona, siéntate y hablamos. ¿Quieres un café?

Asentí y se fue para la cocina. Lo seguí.

—Me extrañaba que te dejaran trabajar en el caso.

Puso dos tazas debajo del chorro de una máquina de café de acero inoxidable.

—Ha sido una tontería. Tendría que habérselo dicho.

Se dio la vuelta y me miró por encima del hombro.

—Pero ¿por qué no lo dijiste?

—Pensé que no pasaría nada. Por venir a verte, quiero decir. Era imposible que Ferdinand van Ravensberger matara a Otto Petersen. Pensé que podría venir a hablar contigo...

El ruido de los granos de café moliéndose ahogaron mis palabras. No quería decirle que había ido a su casa para no tener que hablar sobre Wendy Leeuwenhoek con el fiscal, que temía que el fiscal quisiera hacerme preguntas que me resultarían difíciles de contestar y que esperaba poder quedarme con las fotos de Wendy más tiempo. Me apoyé en la encimera de mármol. El borde se me clavaba en la cadera. Cogí la botella de lavavajillas, Ajax de limón, y la removí.

—Dame —dijo mi padre—. Perdona, es que estaba fregando los platos.

Abrió el armario de debajo del fregadero y puso la botella al lado de otros productos de limpieza. Echó un poco de leche en una jarra de acero inoxidable e hizo espuma. Luego me la echó en la taza, enjuagó la jarra y la dejó en el fregadero.

Miré a mi alrededor. Tenía muchísimos electrodomésticos y cacharros de cocina comparado con la cocina de mi madre y sus tarros llenos de hierbas.

—Creía que tendrías a una señora de la limpieza —comenté.

—Y entonces, ¿qué iba a hacer en todo el día? —Me dio mi taza y se llenó la suya—. Ha sido un buen cambio. Volver a tener un trabajo de verdad —bromeó, aunque enseguida dejó de sonreír—. Siento haberte metido en problemas.

Le di un sorbo al café y el sabor amargo me inundó la boca.

—No es culpa tuya, los problemas me los he buscado yo sola —repliqué, aunque luego me corregí—: En realidad, ya los tenía, así que no te preocupes. Cuando Ronald me contó lo del infarto, tu último día de trabajo, lo de los informes... — ¿Solo habían pasado diez días de aquello? Era como si hubiera pasado una eternidad—. Creo que no estaba razonando con claridad. Debería haberlo dejado todo ahí y contárselo al inspector jefe, pero no lo hice. Creí que era mi deber protegerte.

—Pero yo no necesito que nadie me proteja de nada, ya te lo dije.

—Sí, lo sé, pero una compañera seguía insistiendo en lo del soborno y el dinero que se perdió. —Señalé con una mano a mi alrededor—. Y yo había visto tu casa, tu coche. Tú tenías mucho, mientras que mamá y yo no teníamos nada —suspiré—. Lo que decía me hizo reaccionar. Era fácil pensar que había algo

detrás.

—Es todo de Maaïke. Ha tenido éxito y ha trabajado mucho durante todos estos años. —Parecía cansado—. Nada de esto es mío.

—Venga, papá, vamos a sentarnos.

—Supongo que he tenido suerte. —Me dio una palmada en la espalda—. Y me he sentido muy orgulloso de ti durante todo este tiempo. Tu carrera, los casos en los que has trabajado... Tengo un álbum de recortes, ¿sabes?

—Me sentía bien haciendo algo por ti —intenté explicar—. Me sentía adulta, responsable, como si así pudiera compensar los errores pasados, recuperar el tiempo perdido, aunque supiera que era inútil intentar cuidar de ti cuando no necesitabas que nadie lo hiciera, intentar cubrirte cuando has estado diciendo la verdad todo este tiempo.

Nos sentamos en el sofá, uno al lado del otro en la parte larga de la L. Me pasó un brazo por los hombros.

Me eché para atrás y lo miré un momento antes de recostar la cabeza sobre su hombro. Era incómodo, pero me sentí reconfortada.

—No tienes que explicarme nada —me dijo con cariño—. Pero ¿tú cómo estás? Pareces todavía más cansada que la última vez que te vi.

Me enderecé y me dejé caer contra el respaldo del sofá.

—He venido todo el camino llorando. Pero ahora..., ya no lo sé. Solo estoy cansada.

Cansada y vacía. En ese momento me acordé de una de mis primeras relaciones en la universidad. Durante semanas estuve muy inquieta, sin saber si quería seguir con aquel chico o no, lloré muchísimo sobre la almohada, pero no hice nada realmente. Y después Patrick me tiró a la basura. Tras recuperarme del orgullo herido, lo que me llevó unos treinta minutos en total, me quedó una sensación de vacío y me di cuenta de que las relaciones no tenían sentido y además hacían sufrir. Me dolió verlo en el salón de actos con su nueva novia y ver a todos mis amigos con su otra mitad, pero sobre todo, en los días que siguieron a la ruptura, lo que sentí fue un completo vacío. Sin embargo, por muy

sola que me sintiera, seguía siendo mejor que volver a pasar por todo aquello.

Me sentía otra vez vacía, sin una meta, ahora que sabía que todos mis esfuerzos por salvar a mi padre, todos mis sacrificios, habían sido en vano. Me dolían hasta los huesos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó mi padre.

—No lo sé —dije mientras volvía a pensar en las pastillas azules que tenía en la mesita de noche—. Lo primero, dormir. El inspector jefe me dijo que debería tomarme unas vacaciones, y seguramente lo haré. Hablaré con Hans mañana, se lo dejaré todo a él y volveré cuando lea en el periódico que ya lo ha resuelto.

—¿Y el asesinato de Anton?

—Eso ahora lo lleva Ronald. Hans va a trabajar con él, o por lo menos, eso creo. No he hablado con el jefe de eso. Sigo pensando que soy la única que puede resolver el caso —me reí—, pero ya no puedo. Me han suspendido y no quiero meterme en más líos. Así que, bueno, solo por curiosidad, y sin que tenga nada que ver con la investigación, ¿qué te dijo Anton Lantinga antes de que lo mataran?

—Tiene gracia. Cuando llegué allí, me miró y me dijo: «Ah, sí, yo te conozco. Me interrogaste un par de veces». ¿Te lo puedes creer? Estuve a punto de meterlo en la cárcel y apenas se acordaba de mí. Me llevó al cobertizo y me enseñó las dos cajas amarillas que empaqueté. Seguramente había leído algún informe, pero estaban como si nadie los hubiera tocado. Y me dijo: «Imagino que habrás tenido problemas por esto y me gustaría arreglar las cosas. Ya han pasado más de diez años y quiero que se sepa la verdad. Estoy cansando de tanto ocultar y mentir».

—No crees que le disparara a Otto, ¿verdad?

—No, estoy casi seguro de que él no fue.

Sonó el timbre. Mi padre se levantó y fue a abrir. Oí hablar a mi padre y a otro hombre. Me recosté en el sofá y pensé que a lo mejor ahora sería distinta si hubiera pasado más tiempo con él. Me imaginé las visitas de los fines de semana, alegres y divertidas. Me imaginé que íbamos al mercado de queso de Alkmaar los dos juntos y veíamos los puestos de grandes quesos con forma de

luna amarilla mientras los queseros recorrían la plaza luciendo los uniformes blancos y coloridos sombreros de los que tanto me había hablado mi padre, que decía que parecían conductores de ambulancia o médicos de excursión, con las tiras rojas de los sombreros flotando tras ellos como serpentinas de una fiesta. Me imaginé el sol brillando en el cielo y que mi padre me cogía de la mano, lo que estaría bien porque así no me daría miedo perderme entre la multitud. Me imaginé a la gente empujándome, el olor a queso y a dulces, pero no me preocuparía, porque mi padre me daría la mano y yo me sentiría segura.

Me restregué los ojos con la mano. No era tan ingenua, ni siquiera cuando me ponía a soñar. No habría habido sol. Seguramente habría llovido y habrían ocurrido cosas malas, como en aquella primera visita que mi madre había saboteado a propósito.

Se oyeron unos pasos por el pasillo.

—Hola, Lotte. No sabía que estabas aquí —dijo Ronald, tan bien peinado como siempre.

—¿Es una visita oficial? —le pregunté.

—¿Y la tuya?

—No, yo estoy fuera del caso, solo me estoy tomando un café con mi padre.

—La mía tampoco es oficial —contestó y se sentó en la otra parte del sofá. Mi padre se sentó a mi lado—. Por lo menos, esta vez. —Miró a mi padre—. Lo siento, Piet. Uno de mis compañeros está convencido de que le disparaste a Anton porque aquella tarde estuviste allí. Yo sé que no tuviste nada que ver con aquello y por eso he venido a avisarte. Seguiré protegiéndote —le aseguró y me miró—, y a ti también, Lotte.

—No necesito que me protejas —repliqué, pero él me ignoró.

—¿Te dijo algo Anton? ¿Algo interesante?

—La verdad es que no —dijo mi padre—. Solo me enseñó los informes, que estaban en el cobertizo.

—Pero tú dijiste que no habíais encontrado nada —le dije a Ronald.

—No. Miré allí pero no había nada, solo dos rastros de huellas desde el jardín hasta el cobertizo. Una era de Anton...

—Y la otra mía —dijo mi padre. Sonaba resignado—. ¿Quieres los zapatos que me puse ayer?

—Si no te importa...

Mi padre asintió y se fue a su cuarto. Se oyeron sus pasos por el pasillo y luego en el piso de arriba.

—¿Cómo estás, Lotte? ¿Estás bien? —me preguntó Ronald.

—Sí.

—Siento que te hayan suspendido. Vente a cenar conmigo esta noche y así hablamos de lo que sabes, de hasta dónde has llegado con la investigación.

Negué con la cabeza.

—No, gracias, Ronald, esta noche no. En cuanto llegue a mi casa, me meto en la cama.

Necesitaba descansar. Sabía que no sería capaz de ver a Wendy otra vez en mis sueños, de forma que me tomaría las pastillas que había estado evitando durante tanto tiempo. Estaba tan cansada que me pesaban los brazos.

—¿Cómo está Karin?

—Es más dura que una piedra. Hablaremos con ella muy pronto. Nos dirá a quién vio. —Sonó como una advertencia.

No entendía por qué me estaba diciendo eso. Nos quedamos en silencio hasta que volvió mi padre y le dio los zapatos. Parecían inofensivos, de piel gris con cordones grises que pasaban de un agujero de metal al otro, las suelas de crepé tan necesarias para la nieve, los tacones desgastados por el uso y la mancha blanca sobre la piel por donde le había llegado la mezcla de sal y nieve a los lados. Y sin embargo parecían tan importantes para Ronald cuando abrió una bolsa de plástico y le pidió a mi padre que los metiera. Él no quería tocarlos.

—Y que no se te olvide —le dijo Ronald—: si se te ocurre algo, cualquier cosa que Anton haya dicho, o que tú hayas visto, llámame.

—Claro —dijo mi padre y lo acompañó a la puerta—. Dale recuerdos a Ilse.

Ronald dijo que se los daría. No se volvió para despedirse de mí.

—¿Ilse es su mujer? —le pregunté a mi padre cuando volvió.

—Sí, es agradable, y muy cariñosa. Pero creo que ya la conoces.

—Ah, ¿sí?

—Es la recepcionista. —Debí de mirarlo con cara de desconcierto, porque añadió—: De la comisaría.

Sus sonrisas, sus miradas. Otra cosa de la que no me había dado cuenta.

—No lo sabía. Creía que tenían una aventura.

—No, llevan mucho tiempo casados, unos quince años.

—No lo sabía —repetí.

—Sí, él le encontró el puesto. Al principio ella quería ser policía, pero él pensó que no sería un buen trabajo para ella, así que le buscó un sitio desde el que pudiera ver todo lo que pasaba.

Me acordé de que me lo comentó la primera vez que fui a la comisaría de Alkmaar.

—¿Quieres otro café?

Estaba absorta en mis propios pensamientos y no me di cuenta de que me estaba cogiendo la taza.

—Siempre puedo con otro —le dije—. Gracias.

Se levantó y al cabo de un momento se volvió a oír el molinillo del café en la cocina.

—Vamos a cambiar de tema —dije cuando volvió con los cafés, aunque más que nada lo dije para dejar de pensar en la facilidad con la que encajarían todas las piezas si mi padre fuera culpable—. Hace mucho que conoces a Ronald, ¿no?

—Sí, trabajamos juntos durante casi veinte años. ¿Por qué?

—¿Por qué cree que tiene que protegerte?

—Es curioso, le dije que iba a ver a Anton y me dijo que no fuera. Dijo que yo estaba demasiado mayor y que era peligroso. No sé. Tal vez porque se sentó en el borde de mi cama junto a Maaïke cuando tuve el infarto. Es como si hubiera querido tenerme entre algodones desde entonces.

—Él me lo contó. Y todavía parece preocupado.

—Después de más de diez años. ¿Te lo imaginas?

Asentí. La verdad era que lo entendía, pero yo lo sabía desde hacía una semana.

A mi padre se le arrugó la cara al sonreír.

—Me alegro de que te preocupes por mí. ¿Te quieres quedar a cenar?

Miré el reloj. Iban a dar las cinco.

—No, gracias, papá. Me voy a casa. Estoy agotada.

—Te puedes quedar a dormir aquí, si quieres.

—Gracias, pero no voy a ser buena compañía esta noche.

—No importa. Para eso está la familia.

—Otro día, mejor.

—Estoy preocupado por ti, Lotte —dijo tras una pausa—. Me preocupa que no me preguntaras por el dinero, que no vinieras directamente a preguntarme. Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ¿no?

—Ahora lo sé.

—Si quieres que hablemos de algo...

—No, papá, estoy bien.

—No, Lotte, no estás bien, y no es bueno guardárselo todo dentro. Yo no se lo contaría a nadie y te entendería. ¿Por qué no lo intentas?

¿Hablar de lo que hice después del golpe que le di a Paul Leeuwenhoek? ¿Hablar de cómo alteré las pruebas?

—Papá, he hecho cosas de las que no me siento orgullosa.

—Eso nos pasa a todos.

Había dejado de sonreír. Me miraba serio y preocupado.

—Me equivoqué totalmente con Paul Leeuwenhoek.

Me enamoré tanto de él que no fui capaz de darme cuenta de cómo era de verdad, no lo vi hasta que se quitó la máscara, hasta que se mofó de mí por eso.

—Pero al final lo descubriste.

—Sí, eso sí.

Y le di un golpe en la cara, le apunté con una pistola y lo obligué a darse una ducha y a ponerse otra ropa.

—Siempre hay sospechosos con los que nos llevamos mejor que con otros, gente que queremos que sea inocente y gente que queremos que sea culpable. Pero las cosas no siempre salen como queremos. Hasta nuestros amigos han podido cometer crímenes.

Dijo la última frase en voz baja y me di cuenta de que no solo estaba hablando conmigo, sino más que nada consigo mismo.

—¿A ti también te ha pasado?

—Pues claro. Cuando llevas mucho tiempo en este trabajo te das cuenta de que hasta las mejores personas han podido evadir impuestos, que los miembros de tu propia familia pueden beber demasiado y ponerse al volante. No somos

responsables de lo que hacen, solo somos responsables de cómo reaccionamos después, de cómo hacemos frente a la situación.

Cerré los ojos y el recuerdo de cómo hice frente a la situación me invadió la mente.

Paul Leeuwenhoek tardó un buen rato en recuperarse del golpe, pero al final abrió los ojos.

«Levántate», le dije.

Se negó.

«Me está costando mucho contenerme y no dispararte —le advertí—, así que no me des una excusa porque puedes estar seguro de que apretaré el gatillo».

Sonrió.

Me entraron ganas de vomitar. Después de obligarlo a darse una buena ducha mientras lo apuntaba con la pistola en todo momento, necesitaba que se vistiera.

«Vístete —le ordené—. No, esa ropa no. Ponte ropa limpia. Sácala del armario».

Hizo lo que le pedí. No había dicho ni una palabra. Seguramente porque me leía en los ojos que no dudaría en disparar.

«Ahora baja las escaleras».

Empezó a decir algo, pero le apreté el cañón de la pistola en la nuca, donde lo había acariciado tan solo una hora antes. Intenté no pensar en eso.

«Baja».

Bajó despacio los dos pisos. Abrí la puerta del sótano. Me miró antes de entrar. Cerré la puerta tras él, coloqué una silla de forma que atrancara el pomo y le puse una mesa detrás.

«Ya no importa lo que hagas», lo oí gritar. La voz me llegó amortiguada por la puerta.

Se equivocaba. Sí que importaba. Me fui a la cocina y abrí los armarios hasta

que encontré un par de guantes y una botella de detergente. Saqué varias bolsas de plástico y me las puse en el pelo y en los pies. No dejaba de llorar. Me sentía totalmente asqueada.

Subí a la habitación y quité las sábanas y la funda de la almohada. Las metí en una bolsa de la basura. Saqué unas sábanas limpias del armario e hice la cama. Pasé la aspiradora por la moqueta y limpié todas las superficies. También limpié el cuarto de baño de arriba. Cogí el peine, le saqué unos cuantos pelos y los esparcí por la cama y el suelo para que no pareciera que la habitación estaba demasiado limpia. Miré debajo de la cama, cogí el preservativo usado y lo metí en la bolsa de la basura. Cuando terminé de limpiar el piso de arriba me paré a pensar en qué otros sitios de la casa había estado; o más bien, en los que no debería haber estado y a los que no podría ir cuando llamara a la comisaría. Con un caso tan antiguo como este tendrían menos cuidado a la hora de dejar sus propias huellas por la casa. Los seguiría por todos lados. También estaban las copas de vino que habíamos usado, pero esas las dejé. No iba a fingir que no había estado allí. Solo tenía que ocultar lo que habíamos hecho durante dos horas.

Lo que habíamos hecho.

Lo que habíamos hecho y por qué Paul lo había hecho.

Nunca me habían usado así. Abrí la puerta del cuarto de baño de abajo y vomité. Me imaginé diciéndolo en voz alta: «Vomitó al pensar que había estado bebiendo con este asesino». Sería una buena excusa. Tiré de la cadena pero no limpié la taza con la escobilla. Volví a meter todos los productos de limpieza en el armario de la cocina. Salí y metí la bolsa de la basura en el maletero. La quemaría después. Paul no se saldría con la suya.

Cuando terminé, salí al jardín y empecé a excavar.

Me gustaba pensar que había hecho lo que tenía que hacer porque de otro modo el caso nunca habría ido a juicio, pero aquel día, sentada en el sofá de mi padre, no era capaz de aceptarlo.

—No estoy segura de haberlo hecho bien —le dije a mi padre.

—Tú no eres la responsable de lo que hayan hecho los demás, pero sí es responsabilidad tuya el llevarlos a juicio. Y lo has hecho, ¿no?

—Sí.

—Entonces no tiene sentido tener remordimientos.

Yo no estaba tan segura. No me sentía tan satisfecha como él parecía estarlo, pero aún albergaba la esperanza de que llegara un día en el que pudiera sentirme como él. Tal vez cuando me jubilara, después de otros veinte años de trabajo, podría mirar atrás y pensar que lo había hecho bien porque había encontrado el cuerpo de Wendy y le había dado a su asesino el castigo que se merecía.

—Es por no saber por qué la mató —dije—. No dejo de pensar en eso por la noche.

Eso, y el preguntarme si no había sido tan calculadora como Paul.

—En algunos de mis casos llegué a pensar que ni siquiera los asesinos sabían por qué lo habían hecho. Puede ser por un arrebato de ira o por dar un bofetón con más fuerza de la que pretendían usar. Es posible que no quisiera matarla.

Quería cambiar de tema y me acordé de una cosa que mi padre había dicho antes.

—Antes mencionaste que Anton te dijo que estaba harto de mentir.

Me había llamado la atención porque era muy parecido a lo que me dijo Paul Leeuwenhoek, aunque ya no creía que ese fuera el motivo por el que me había contado la verdad.

—Sí, me dijo que quería arreglar las cosas.

—¿De qué crees que quería hablar contigo?

—De cómo consiguió los informes, supongo.

—No pudo tener mucho tiempo para...

—No necesitaba mucho tiempo. No se tarda mucho en llegar a Bergen desde aquí. Pudo llamar a algún amigo.

—Pero alguien tuvo que decirle que podía ir a por los informes. Eso es lo que no

me cuadra. Vamos a usar los retratos robot...

—Tú no vas a hacer nada. Ya no estás trabajando —replicó con tono afectuoso.

—¿Crees que has hecho bien en darle los zapatos a Ronald? —le pregunté a mi padre tras beber un poco de café en silencio.

—¿Qué iba a hacer? ¿Negarme? Se presentaría aquí mañana con una orden de registro.

Asentí porque sabía que tenía razón, pero aquello no me gustaba nada.

—Tienes que tener cuidado. Consíguete un abogado.

—Yo no he hecho nada.

—¿Y desde cuándo importa eso?

Mi padre hizo una mueca ante mi cinismo.

—De todas formas, se descubriría que estuve allí. Karin me vio, me abrió la puerta.

—Sí, me lo dijo.

Lo que Ronald había dicho sobre interrogarla me pareció aún más amenazador.

—¿Cómo puede haber solo dos rastros de huellas si fuisteis a ver los informes y luego desaparecieron? —le pregunté—. Alguien tuvo que ir al cobertizo después.

—¿Anton?

—Puede ser. ¿Lo obligaría su asesino a ir a por las cajas? —dije mi suposición en voz alta para ver cómo sonaba—. Pero entonces habría tres rastros, aunque dos fueran de Anton.

—Ya no estás en el caso, Lotte.

—Los informes... —Sabía que tenía razón, pero mi mente seguía adelante con el razonamiento que había comenzado—. Los viste en el cobertizo. Pero cuando

Ronald llegó, poco después, ya no estaban. Alguien consiguió llevárselos justo a tiempo. Ten cuidado, papá.

De camino a casa puse la música lo más fuerte que pude y me puse a cantar, más que nada para no dormirme. Se me cerraban los ojos y solo conseguía tener los brazos en alto porque tenía las manos en el volante. Me costaba pensar en otra cosa que no fueran los coches que iban delante de mí y el largo camino hacia el sur. Las ideas me daban vueltas en la cabeza. Ronald se había llevado los zapatos de mi padre; solo había dos rastros de huellas que iban hacia el cobertizo; Ronald estaba casado con Ilse, la secretaria de recepción. Tenía que confiar en que Ronald y Hans pudieran resolver el caso. Yo estaba fuera; solo tenía que dormir.

Cuando llegué a casa me metí en el despacho, y después de mirar el esquema que tenía en la mesa de arquitectura, cogí el rotulador azul y lo completé con mis ideas. Cada vez que dibujaba una línea o un recuadro me sentía más abatida. No deberían haberme suspendido. Habría podido resolver el caso si me hubieran dejado. No me habrían suspendido si no hubiera intentado proteger a mi padre. Había intentado ser una heroína, sacrificarme por alguien que no necesitaba mi ayuda. Había sido un gesto tan inútil como el de aquel compañero que estuvo a punto de ahogarse en un canal de Ámsterdam después de saltar al agua para rescatar a alguien que solo se estaba entrenando para el triatlón. ¿Por qué me empeñaba en seguir pensando en lo mismo? ¿Por qué seguía trabajando en todo eso si el jefe no quería que lo hiciera?

Ya no me necesitaban; ya no podía seguir conteniendo los malos pensamientos sobre Paul Leeuwenhoek con el dique que formaba el trabajo. Agarré el rotulador con fuerza y taché mis flechas y recuadros con líneas gruesas. Apreté demasiado fuerte y el papel se rompió por uno de los bordes por los que lo tenía pegado a la mesa. Tiré el rotulador contra una esquina, me subí a mi cuarto, me quité la ropa y me senté en la cama. ¿Qué iba a hacer al día siguiente, y al otro, y al otro? Me eché varias pastillas azules en la palma de la mano.

CAPÍTULO 26

El timbre me despertó a las 9:22. Tenía la vejiga llena. Saqué la punta del pie para ver si hacía frío y enseguida lo volví a meter debajo del edredón. Estuve así otros diez minutos, pero las ganas de ir al baño se impusieron sobre el frío. Se me había olvidado encender la calefacción y empecé a temblar en cuanto me levanté. Me puse la bata y unas zapatillas de lana. Volvieron a llamar a la puerta. El cuarto de baño estaba helado. Se habían formado flores de hielo en el cristal y una ráfaga de aire helado se coló por la ventana y me alcanzó la cara. Por el fuerte olor dulzón de la orina supe que estaba deshidratada. Volvió a sonar el timbre; por tercera vez, quizá. Luego sonó el teléfono. Pero sin hacerle caso a ninguno de los dos, volví a meterme en la cama para calentarme los pies helados bajo el edredón.

Alguien empezó a golpear la puerta. Me eché el edredón por encima de la cabeza intentando escapar del resto del mundo, pero los golpes se fueron haciendo cada vez más fuertes hasta que sonaron como si alguien estuviera golpeando la madera con un martillo. Salí de la cama y me fui dando tumbos hasta la puerta.

—Ya voy.

—¿Lotte? ¡Lotte! —gritó un hombre con todas sus fuerzas.

Cuando abrí, me encontré a Hans delante de la puerta, frotándose la mano enrojecida con la mirada cargada de rabia.

—¿Es que ya no contestas al teléfono ni abres la puerta?

Me notaba el pelo de punta y aplastado, como un erizo atropellado, e intenté arreglármelo un poco.

—Estaba acostada.

Me olía el aliento y necesitaba una ducha.

—¿Acostada?

Ya me estaba gritando otra vez.

Intenté superar los efectos de la última pastilla que me había tomado. ¿Cuándo había sido? ¿Aquella mañana? ¿El día anterior?

—¿Qué día es? —quise saber. Tenía la voz ronca después de tanto tiempo sin hablar.

—¿Te pasa algo? ¿Estás enferma? —me preguntó al tiempo que la rabia se tornaba preocupación—. Es lunes por la mañana.

Tosí y por un momento me fallaron las piernas. Llevaba dos días sin comer.

—No estoy enferma, solo agotada. Llevo dos días durmiendo.

Me lo pedía el cuerpo, pero también me habían ayudado las pastillas. Durante las últimas cuarenta y ocho horas solo me había levantado para ir al cuarto de baño y llenarme el vaso de agua para tomarme más pastillas. Dos la primera vez y luego otras dos, cuatro en total. Dos días enteros se habían borrado de mi vida convertidos en oscuridad.

—¿Dos días? Entonces no sabes...

—¿Qué?

Me crucé de brazos para protegerme de lo que estaba por llegar. Todo el cuerpo me temblaba debajo del pijama.

—Vístete —me dijo con un tono que me asustó—. Tú vístete mientras te hago un café. ¿Tienes algo de comer?

—Tiene que haber algo en la cocina. Tenía pan, pero ya tiene que estar duro.

Me fui a mi cuarto, cerré la puerta y me puse un jersey, unos vaqueros y unos calcetines gordos. Mientras tanto, lo oía hacer ruido en la cocina, hasta que se oyeron sus pasos por el pasillo y se paró delante de la puerta.

—Ayer te llamé y te dejé un mensaje. ¿No lo has visto?

—Estaba dormida, Hans.

El teléfono me despertó un par de veces, pero sonaba tan bajo, atenuado por las

puertas cerradas que nos separaban, que me resultó muy fácil ignorarlo. Cuando volvió a sonar, pensé que si era algo importante, me dejarían un mensaje. Me incorporé un poco, cogí otras dos pastillas y dejé que el tiempo siguiera desapareciendo.

Abrí la puerta.

Hans levantó la mano y se disculpó:

—Siento haber gritado antes. Estaba preocupado.

Me apoyé en el marco.

—¿Qué te has tomado?

Pasó a mi lado y cogió el bote de las pastillas.

—Tengo la receta. Son para dormir.

—¿Cuántas te has tomado?

Se me acercó, me levantó la barbilla y me miró a los ojos igual que hacíamos con los drogadictos que nos encontrábamos en los bancos de los parques.

—¿Cuántas? —repitió cuando vio que no le contestaba.

Me encogí de hombros.

—Varias.

—Tómame el café —dijo.

Fui a la cocina para terminar de prepararlo. El pan ya solo podría comérmelo si lo tostaba, pero no quería perder tanto tiempo. Tenía que tener un paquete de galletas por alguna parte. Rebusqué por los armarios de cocina. Hans me siguió mientras hablaba.

—Sé que lo has pasado muy mal, y además ahora que te han suspendido, la verdad es que estaba muy preocupado por lo que me pudiera encontrar... Bueno, ya sabes a lo que me refiero —dijo y se aclaró la garganta—, podría haber sido peor.

Me eché el café y se me llenaron los ojos de lágrimas. En parte, porque me emocioné al ver que se preocupaba, pero también porque llevaba una eternidad sin comer.

—Hans —dije—, estoy bien. —Fue una mentira fácil—. Estoy bien —repetí tanto para él como para mí.

Encontré un paquete de galletas *speculaas* y lo abrí. No me había dado tiempo a peinarme. Me senté en el sofá y me tomé el café con dos galletas. Noté un calambre en el estómago por la repentina sucesión de comida y azúcar.

Hans me miró y dijo:

—Lotte, tengo malas noticias.

Apreté la taza con tanta fuerza que creí que se iba a romper.

—¿Qué ha pasado?

—Piet Huizen, tu padre...

En ese momento, en ese preciso instante, me imaginé a mi padre muerto, tirado en la nieve con un balazo en la sien izquierda.

—Lo han arrestado —terminó de decir, y casi me parecieron buenas noticias.

Pero no lo eran, claro.

—¿Y me has llamado?

Esta vez mi padre sí que había necesitado mi ayuda y yo no había hecho nada por él. Tendría que haberme dado cuenta. Tendría que haberme despertado.

—Pues claro, mira el contestador.

En la pantalla había doce mensajes.

Hans frunció el ceño.

—No son todos míos.

—¿Por qué lo han arrestado? ¿Cuándo ha sido?

—Por el asesinato de Anton Lantinga. Ayer por la tarde.

Me terminé el café y me eché un poco más.

—¿Karin...?

De pronto me sentí despejada y abierta a nuevas ideas. Ya no notaba el peso del pasado.

—Dijo que lo había visto, que le había abierto la puerta.

—Pero él no lo negó.

—Tienes que ver esto.

Me enseñó la lista de los empleados de Petersen Capital, la lista que estaba leyendo cuando me llamó el fiscal. Hans me dio la segunda página, la que no había visto. El nombre que conocía estaba casi al final, era el décimo por abajo, y en cuanto lo vi se me encogió el estómago. Wouter Vos. El testigo de Alkmaar había trabajado en Petersen Capital.

—Era el responsable del departamento de informática —dijo Hans.

—Así que el disquete, el que mandó el delator...

—Pudo mandarlo él.

Si lo hubiera sabido cuando fui a ver a mi padre...

—Anton no nos llamó solo a nosotros, también llamó a mi padre. Le dijo que quería contar la verdad. Mi padre fue y vio los informes, pero Anton le dijo que yo iba a ir después, así que mi padre los dejó allí para que los cogiera yo. Pero después desaparecieron. Ya te lo dije. ¿O no te lo dije?

Di varios sorbos, me estaba muriendo de sed.

—No, no me lo dijiste.

—Mi padre me lo dijo cuando ya me habían suspendido. De todas formas, yo no

los busqué, los buscó la policía de Alkmaar. Pero eso pudo ser mucho después.

Me terminé el café y me volví a llenar la taza. El corazón me latía tan fuerte que notaba las pulsaciones en el cuello. No tenía ni que tocármelo para tomarme el pulso.

Le pedí a Hans que me acompañara al despacho.

—Mira.

Señalé hacia lo que había añadido el viernes, los cambios del esquema, que estaban medio tachados por las cruces que había hecho con el rotulador antes de tomarme las pastillas.

—Perdona por como está, ¿se lee?

Esperé a que Hans asintiera y luego cogí el rotulador y tracé una línea curva desde el recuadro del delator hasta Wouter Vos.

—¿Y si Otto Petersen hubiera querido hablar con el hombre que destruyó su empresa? Al decir que vio el coche de Anton Lantinga justo antes del asesinato de Otto, Wouter Vos admitió que se encontraba en la escena del crimen.

Hans observó el esquema de la mesa de arquitectura.

—Eso ya lo pensamos, pero ¿qué pasa con tu padre? —dijo en voz baja, con cautela—. Viendo esto —señaló el papel—, se ve que tú ya sabías que estaba en la casa de Anton y que crees que le pagó.

Salí del despacho. Mis pasos parecían más seguros de lo que eran. Me dejé caer en el sofá y me terminé el café.

—Pero ya no. No creo que fuera así.

—Lotte... —Hans me había seguido.

—¿Qué vais a hacer ahora?

—Karin va a ir a la comisaría esta mañana.

—Genial.

Dejé la taza en la mesa, me levanté y me puse a dar vueltas.

—Lotte, para. Te estás acelerando con el café.

—¿Y cómo quieres que me tranquilice? Mi padre está en la cárcel.

Miré por la ventana y vi a unos niños tirándose bolas de nieve.

—No me puedo creer que no se haya derretido todavía —comenté.

—Lotte, siéntate, por favor. Me estás poniendo nervioso.

Me senté.

—Entonces, ¿qué te dijo tu padre cuando lo viste el viernes?

—Ya te lo he dicho, que vio a Anton. Y también apareció Ronald.

—Sí, fue a la casa de Anton, ya lo sabemos.

—No, quería decir que Ronald fue a la casa de mi padre. Y se llevó los zapatos.

—¿Qué zapatos?

—Los de mi padre. Ronald se los llevó el viernes cuando estuvo allí. Dijo que había visto sus huellas, que iban hacia el cobertizo. El cobertizo en el que estaban los informes.

—¿Así que Ronald sabía dónde estaban los informes?

—Creo que sí, creo que se lo dijo mi padre. Le dije a mi padre que tenía que tener cuidado y que se buscara a un abogado.

—Seguro que ya tendrá uno. Tendrías que haberme dicho que era tu padre.

—Tenía que protegerlo. Mis padres se divorciaron cuando yo era pequeña.

—¿Y no lo viste después, cuando ya eras un poco más mayor?

—Sí, alguna vez, pero mi madre no quería, así que en realidad mi padre y yo no hemos tenido oportunidad de conocernos bien. No quería molestar a mi madre, y

además creía que mi padre no me quería, pero no era verdad.

Se lo solté todo tal cual. Me sorprendió lo fácil que era admitirlo. De pronto, lo veía todo claro, como si me hubiera embargado una especie de omnisciencia que me empujaba a seguir hablando.

—Lotte, cálmate.

No me importaba lo que dijera Hans, acababa de darme cuenta de que mi madre había sido la que me lo había puesto todo tan difícil desde el principio, pero me callé.

—Stefanie y yo estuvimos hablando el viernes, después de que te fueras... — Hans me devolvió al presente.

—Esa cabrona. Ella consiguió que me suspendieran.

—No, no fue ella.

—Entonces, ¿cómo lo supo?

—Fue Ronald de Boer. Él llamó al jefe.

Jadeé.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Pero eso no tiene sentido. ¿Por qué iba a...?

—Por lo visto, pensaba que no podía hacer otra cosa. Dijo que no estabas siendo objetiva, que no veías las cosas con claridad y que estabas obstaculizando su investigación.

Dijo que iba a protegerme, y sin embargo nos había traicionado a los dos, a mi padre y a mí. Me acordé de la confianza con la que había hablado con Wouter Vos el día que me lo presentó. Hasta se lo dije a Stefanie.

—No sé qué pensar —dijo Hans—, pero te debo una por lo de Wendy Leeuwenhoek. Tú tenías razón y yo estaba equivocado, así que esta vez te daré

el beneficio de la duda.

Me entraron ganas de llorar al pensar que Hans creía que me debía algo. Desde luego, no tenía ni idea de por qué me lo debía.

Por la noche, cuando me sentía peor conmigo misma, me gustaba pensar que no me habría acostado con un asesino si no hubiéramos arrestado a otro hombre.

—Stefanie y yo hemos revisado los archivos de Petersen Capital, y su antiguo socio Geert-Jan Goosens tenía razón: todo el dinero se perdió en bolsa. Otto estaba intentando ocultar las enormes pérdidas. A lo mejor es por eso por lo que Karin ha vuelto al trabajo, para asegurarse de que no vuelva a pasar nada parecido.

—¿Ya ha vuelto? Qué pronto.

—Volvió casi de inmediato. Hoy la vamos a interrogar y le preguntaremos si fue alguien más después de tu padre. A lo mejor lo vio irse.

—Y pregúntale por Wouter Vos. Esa es la clave. —Estaba deseando ver la cara de Karin cuando Hans mencionara a Wouter—. Tienes que dejarme que lo vea.

—No seas tonta. Estás suspendida, ¿no te acuerdas? ¿Qué crees que puedes hacer?

—Tengo que sacar a mi padre de la cárcel.

Se oían los gritos de los niños. Hans me miró y se levantó.

—Si puedes entrar sin que te vean... —dijo.

—Gracias, Hans.

Se fue.

En cuanto cerró la puerta cogí el móvil para oír los mensajes del contestador. El primero era de Hans. Lo borré. El segundo también era suyo, así que también lo borré porque ya sabía lo que me iba a decir.

El siguiente era de una mujer: «Hola, Lotte, soy Maaïke». Me senté y dejé caer

la cabeza entre las manos. Ya sabía por qué me había llamado la mujer de mi padre. «Perdona que te llame, pero creo que deberías saber... ¿O a lo mejor ya lo sabes?... ¿Lo sabes?... Han arrestado a Piet. Por favor, llámame. Mi número es...». Lo dijo tan rápido que habría tenido que oír el mensaje por lo menos tres veces antes de conseguir escribirlo, pero no me sentía capaz de oír la voz de esa mujer tantas veces, así que lo borré.

El siguiente era de quince minutos después. Era Maaïke otra vez: «Todavía no me has llamado. He intentado llamarte al trabajo, pero me dijeron que no estabas allí. Por favor, llámame. Tu padre necesita que lo ayudes».

Lo borré.

«Hola, Lotte, soy Maaïke otra vez». Parecía más insegura. Le temblaba la voz. «¿Podrías llamarme, por favor? Te he dejado dos mensajes en el móvil y en el fijo. Estoy segura de que ya los habrás recibido, así que supongo que no quieres hablar conmigo, pero, por favor, llámame».

Lo borré.

«Hace tres horas que arrestaron a tu padre». Se le quebró la voz y la oí sonarse. «No habrás sido tú, ¿no? Es un hombre mayor. Y tiene el corazón delicado. Ya sé que yo no te gusto, y sé que me echas la culpa, pero, por favor, tu padre necesita que lo ayudes. Ya sé que no os lleváis bien, sé que lo pasaste mal de pequeña porque no lo veías, pero no es bueno que se lo hagas pagar de mayor. Él me dijo... me dijo que ahora os lleváis mejor, que ahora podéis hablar. Tú sabes que él no mató a Anton. Tú sabes que él no haría algo así, así que, por favor, suéltalo».

Lo borré y pasé al siguiente.

Un par de respiraciones y luego: «Perdona por lo que te dije antes. He sabido que te han suspendido, así que tú no has podido arrestarlo. Pero ¿le dijiste algo a Ronald? Si no, no lo habría arrestado. Si pudieras llamarme, te lo agradecería. Encontré a un abogado hace unas horas, así que no te llamo por eso, pero el abogado dice que sería bueno que lo llamas. Su número es...». Volvió a decir otros ocho números a toda prisa. «Si no quieres hablar conmigo, ¿podrías llamarlo a él, por favor?».

Lo borré, y el siguiente, y el siguiente, y el siguiente.

Y el último mensaje era de Hans otra vez.

Tenía que ir a la comisaría. Tenía que llegar antes que Karin. Esperaba que no hubieran desactivado mi tarjeta. No quería llamar a Maaïke, pero haría cualquier cosa con tal de sacar a mi padre de la cárcel.

CAPÍTULO 27

Me tembló la mano cuando puse la tarjeta en el lector. Se puso en verde. Aquel había sido mi refugio, el lugar que me había protegido del resto del mundo y, sin embargo, cuando se cerró la cancela blanca de hierro forjado me sentí como si fueran los barrotes de una celda. El jardín de la entrada seguía helado. Las minúsculas partículas de hielo que descansaban sobre las hojas de una planta brillaban bajo un débil rayo de sol. La nieve cubría las raíces de los arbustos y unas gotas de agua caían de los témpanos que se estaban derritiendo. Esperé un instante, lo justo para respirar profundamente tres veces en aquel jardín blanco y disfrutar de la sensación del aire helado en las mejillas. Dentro, mis antiguos compañeros estarían dando vueltas por los pasillos, hablarían entre ellos y me mirarían. Se me aceleró el corazón al pensar que pudieran darse cuenta. Volví a respirar hondo, empujé la puerta y entré. Nadie me lo impidió. A lo mejor ni siquiera sabían que me habían suspendido. Me entraron ganas de echar a correr hasta la sala de interrogatorios, pero me obligué a caminar despacio y con paso seguro, a fingir que todavía pertenecía a aquel mundo, como si aún siguiera haciendo mi trabajo. Eran las cinco y diez cuando me adentré en la protectora penumbra de la sala de observación.

Parecía que el interrogatorio acababa de empezar porque Hans todavía estaba mirando sus papeles y el abogado le estaba susurrando algo a su cliente al oído. Saqué el bolígrafo y mi libreta, dejé el bolso con mucho cuidado entre los pies y acerqué la silla al marco de madera de la ventana. Era la misma sala de interrogatorios en la que había estado Ben van Ravensberger dos semanas antes. Sin embargo, para mí todo era completamente distinto, ya no me sentía como si formara parte de todo aquello, había perdido la sensación de estar en casa, a gusto y segura a pesar de lo que había hecho. Me había convertido en una extraña que se hacía pasar por policía.

—El asesinato de su marido —dijo Stefanie.

Solo le veía la parte de atrás de la cabeza, las puntas del cabello entre rojizo y rubio que destacaban sobre la chaqueta gris. Seguramente había pensado que así quedaría más profesional, con un color más apagado que los tonos brillantes con los que se solía teñir. Me entró hambre, pero no podía arriesgarme a ir a la cafetería, de forma que me hundí en la silla lo más que pude, cogí el bolígrafo y empecé a garabatear en la libreta.

—¿Cuál de ellos?

Karin volvía a ser la mujer que conocimos en Omega. Aquella criatura atemorizada que intentaba defenderse agazapada en una esquina de la habitación había desaparecido y en su lugar ya estaba de nuevo Grace Kelly. Tenía las manos sobre la mesa. Llevaba una chaqueta negra de cuello redondo y una blusa blanca con los dos últimos botones desabrochados. Y estaba con su abogado, un hombre unos diez años más joven que ella.

—El de su primer marido, Otto Petersen. Su segundo marido, Anton, era uno de los sospechosos de ese caso.

—Pues se equivocaban.

—Eso parece ahora. Había pruebas de aquel caso, papeles e informes... que se perdieron.

—De eso tienen la culpa ustedes —replicó Karin con desprecio.

—Sabemos que esos informes estaban en su cobertizo la noche del asesinato, antes de que mataran a Anton.

—Entonces ya los han recuperado.

Levantó la mano hacia sus dos tiras de perlas. Me acerqué lo más que pude al cristal para observarlas mejor. Era el mismo collar que se estaba tocando compulsivamente la noche del asesinato de su marido. Las patas de gallo que se le veían con tanta claridad aquella noche ya no parecían tan profundas, pero aún seguían enrojecidas.

—Cuando llegamos, ya no estaban allí.

—Lo registraron todo centímetro a centímetro. Si estaban allí, tuvieron que encontrarlos —repuso y suspiró con gesto acusador—. ¿Me está diciendo que los han vuelto a perder?

Stefanie hizo caso omiso de la provocación.

—¿Sabe lo que pasó con esos informes después de que Anton muriera?

Me moví nerviosamente en la silla. Sí, los informes eran importantes, pero ¿no podrían pasar a la parte crucial? Me entraron ganas de gritarle por el cristal: «Por favor, Karin, díles la verdad. Díles a Stefanie y Hans que Anton estaba vivo cuando mi padre se fue y que alguien más fue a tu casa después».

—No.

—Creemos que usted o Anton estuvieron implicados en la sustracción de esos informes.

—No sé de lo que me habla.

Stefanie se recostó en la silla.

—Dos personas que usted conoce muy bien se presentaron en la comisaría de Alkmaar haciéndose pasar por agentes de policía.

La puerta se abrió detrás de mí y me sobresalté. No me moví, esperando que no me reconocieran desde atrás. A los tres segundos, la puerta volvió a cerrarse. Esperé a oír las pisadas. No hubo ninguna. Quienquiera que hubiese entrado tenía que estar esperando fuera. Tenían que estar mirándome. Se me puso la piel de gallina y tracé unos cuantos círculos en la libreta.

—No sé de lo que me está hablando —insistió Karin con el mismo tono desafiante.

Se enrolló el collar de perlas en el pulgar. Tenía las uñas cortas, se las había comido después de la manicura francesa de la semana anterior. Se rascó el brazo por debajo de la manga de la chaqueta.

—Señora Lantinga, necesitamos saber qué pasó con esos informes. No vamos a procesarla si está implicada, pero necesitamos saberlo. Es fundamental para descubrir al asesino de su marido. —Tras una pausa, Hans hizo un gesto y añadió—: De sus dos maridos.

Hans se movió hacia un lado y me tapó la vista. Miré hacia atrás con cuidado, pero no había nadie. El pasillo estaba vacío. Quien fuera, había decidido irse a otro sitio o se había equivocado.

Karin empalideció, como si le hubieran echado un poco de polvos de maquillaje,

pero no dijo nada, solo parpadeó tres veces.

—Señora Lantinga —continuó Hans—, ¿reconoce a estas personas?

Puso los retratos robot en la mesa. Hubo un momento en el que las caras de aquellos dos desconocidos fueron importantes, pero ya no suponían más que una pérdida de tiempo. Arranqué la primera página de la libreta, con los círculos, y la rompí por la esquina.

En cuanto miró los retratos, a Karin se le cambió la cara. Se le endureció la expresión y apartó la mirada lentamente.

—No.

—Por favor, vuelva a mirarlas atentamente. Creemos que han trabajado para ustedes en Omega, o incluso en Petersen Capital.

Fingió mirar los retratos. No sabía exactamente dónde estaba mirando, pero parecía que sus ojos miraban un poco más arriba del papel. Se recostó y negó con la cabeza.

—No pasa nada —dijo Stefanie mientras se inclinaba hacia delante y cruzaba las manos encima de la mesa—. Interrogaremos a todas las personas que hayan trabajado en ambas empresas, a todos sus amigos y los de Anton, a todos sus familiares y los de Anton, y descubriremos quiénes son. La única diferencia es que nos llevará más tiempo, en lugar de emplear ese tiempo buscando al asesino de su marido.

—Pero la policía de Alkmaar ya se está encargando de eso, ¿no? El inspector De Boer vino a verme ayer y antes de ayer.

Stefanie asintió.

—Sí, estamos trabajando juntos. Ahora, por favor, conteste a nuestras preguntas.

Karin miró por encima del hombro de Stefanie. Casi se cruzan nuestras miradas. Parecía que estaba mirándome la oreja izquierda. Me sorprendía que hubiera vuelto al trabajo tan solo cinco días después de la muerte de su marido, pero cuando uno tiene su propia empresa, no le queda más remedio. Además, como me dijo mi padre, el trabajo ayuda a olvidar, o por lo menos ayuda a pensar en

otra cosa.

—Y el inspector De Boer viene esta tarde a la oficina, ¿no es así? —dijo mirando a su abogado.

—Sí, esta tarde a las dos —afirmó el abogado—. Así que me gustaría saber por qué han hecho venir a mi cliente.

Alguien volvió a abrir la puerta y esta vez sí oí las pisadas. Me hundí en la silla, esperando que fuera alguien que venía a observar otra sala de interrogatorios.

Hans ignoró al abogado y siguió preguntándole a Karin.

—Su marido, Anton, admitió que tenía esos informes.

—Ah, ¿sí?

—Sí, se lo dijo al inspector Huizen.

Karin apoyó la barbilla en la mano, dejando a la vista la enorme piedra cuadrada del anillo, y sonrió.

Los pasos se me acercaron. No aparté la mirada del cristal, esperando que quienquiera que fuese no supiera que me habían suspendido.

—Creo que ya ha contestado varias veces a esa pregunta —protestó el abogado.

—No, no lo ha hecho —replicó Stefanie con brusquedad.

—¿Qué haces aquí? —me susurró una voz por detrás, a la altura de la oreja, y casi me levanto de un salto. Era el inspector jefe Moerdijk—. ¿Cómo has entrado?

Le enseñé la tarjeta. Sin decir una palabra, me la quitó de la mano y se la metió en el bolsillo. Sabía que me echaría de un momento a otro. Esperé a notar su mano en el brazo para sacarme a rastras de allí. Casi notaba cómo me lo apretaba.

«Por favor, no me obligues a irme hasta que no haya salvado a mi padre», pensé, pero no lo dije.

—¿Puede hablarme de su relación de trabajo con Wouter Vos? —estaba diciendo Hans.

El abogado se enderezó en la silla.

—Mi cliente no va a contestar a esa pregunta —dijo.

—Pero podrá decirnos si lo conoce.

Karin siguió retorciéndose el collar en el pulgar antes de poner las manos en la mesa.

—Lo tenemos aquí, como responsable del departamento de informática en Petersen Capital desde 1995. Está en la lista de Hacienda —dijo Hans.

No aparté la mirada de la expresión desafiante de Karin.

—Wouter Vos era el testigo de Alkmaar —dije en voz alta—. Trabajaba en Petersen Capital. Era el jefe de informática.

—Lo he oído. ¿Tu padre lo sabía? —dijo el inspector jefe con desprecio. Era una acusación.

—Arrestaron a mi padre ayer —dije.

No debería haber dormido.

Me volví a mirar a Moerdijk en la penumbra de la sala de observación. Estaba muy serio. Se sacó un bloc del bolsillo y lo puso en la repisa. Yo aparté el mío y miré de nuevo por el cristal.

—Tienes que irte, Lotte —me dijo con voz cansada—. No puedes estar aquí.

No podía moverme.

—Lotte, ¿me oyes?

Y entonces llegó el apretón en el brazo que estaba esperando. Asentí y me levanté con los ojos llenos de lágrimas porque no había conseguido nada, no había oído nada que pudiera cambiar las cosas. Había fracasado. Le había fallado a mi padre.

—Sí, trabajaba para nosotros —dijo Karin tan bajo que apenas la oí con el ruido de la silla que arrastré mientras me levantaba.

No sé por qué fue tan distinto oírle decir eso. Estaba en la lista, yo ya sabía que trabajaba allí, pero el que Karin lo admitiera en voz alta fue como si lo hiciera más real. Wouter Vos tenía un motivo para matar a Otto Petersen. El amigo de Ronald del colegio. Estaba tan preocupada por mi padre que el desayuno se me revolvió en el estómago.

La mano que me apretaba el brazo tiró de mí hacia la puerta alejándome de la ventana y de lo realmente importante. Tenía que confiar en que Hans y Stefanie lograran terminar lo que yo había empezado.

Nada más salir, Moerdijk me soltó y cerró la puerta para que no pudiera ver la sala de interrogatorios. Todo estaba perdido. Me sentí desfallecer mientras me dirigía hacia la salida con mi jefe. Me quedé sin palabras hasta que llegamos al jardín de la entrada. Era la última oportunidad que tenía para preguntar algo antes de que me obligaran a cruzar la cancela blanca.

—¿Quién fue a recogerlos? —le pregunté.

El inspector jefe Moerdijk frunció el ceño.

—¿A recoger qué?

—Los informes del caso Otto Petersen.

Se quedó callado. Un mirlo estaba dando saltitos alrededor de los arbustos, negro sobre la nieve.

—Fui yo —dijo—. Yo fui a la comisaría de Alkmaar, hablé con la secretaria de recepción y me dio una carpeta.

—¿Te la dio?

—Sí, le pregunté que si había algo más y me dijo que eso era todo.

—¿Cómo era la recepcionista?

—Lotte, han pasado más de diez años...

El mirlo alzó el vuelo y se posó en un árbol, desde donde expresó su descontento por nuestra presencia con una bonita melodía.

—Pero creo que era joven —continuó Moerdijk—, rubia y con la piel blanca. Parecía la hija de un lechero.

Entonces, ¿la mujer de Ronald ya trabajaba en la recepción en aquella época? El amigo de Ronald, el testigo, había admitido que Ronald había estado en la casa de Petersen antes de que le dispararan. Su mujer se encargó de la desaparición de los informes. Los dos rastros de huellas se convirtieron en tres después de que el inspector de policía fuera al cobertizo a buscar los informes. Toda la información importante había estado en las manos de mi jefe, las mismas manos que empezaron a empujarme hacia la puerta, las mismas manos que cerraron la cancela cuando salí. Desde la otra parte de los barrotes, el inspector jefe me miraba enfadado, con la cara entrecortada por las rejas, esperando a que me marchara.

No fui muy lejos, solo doblé a la izquierda dos veces hasta que llegué a la otra parte del canal, la que quedaba por detrás de la comisaría. Le mandé un mensaje a Hans: «El jefe me ha pillado, llámame», y esperé. La estatua que habían puesto en la pared de la zona nueva de la comisaría representaba a la dama de la Justicia, pero era una figura vengativa, que aferraba su espada dispuesta a desenvainarla cuando fuera necesario, como si incitara a sus enemigos a atacarla para poder manchar su hoja de sangre. Me fulminó con la mirada por mi falta de arrojo, furiosa por mi actitud. «Ni se te ocurra rendirte», me decían sus ojos. Le sonreí con tristeza: «No me rendiré». Esperé unos minutos. Sabía dónde tenían que ir Stefanie y Hans después.

CAPÍTULO 28

Tuvimos varias discusiones antes de coger la carretera del norte que llevaba a Alkmaar. Todas fueron sobre procedimientos, normas y reglamentos, pero ninguna sobre adónde íbamos. Stefanie no quería usar el equipo de grabación sin hacer antes el papeleo reglamentario, pero accedió cuando le pedí perdón por haberle gritado cuando me suspendieron. Ella se disculpó por haber acusado a mi padre. Estaba a punto de darle las gracias cuando de pronto me dijo que tampoco podía culparla por haber pensado lo que había pensado. Yo le expliqué que mi padre tenía dinero porque se había casado con una mujer rica, y entonces ella se rio y me dijo: «Y de tal palo, tal astilla», con lo cual se desvanecieron todas mis buenas intenciones.

Hans y Stefanie salieron del coche cuando llegamos al edificio en el que vivía Wouter Vos y yo me senté en el asiento delantero. Así levantaríamos menos sospechas. El coche de Stefanie olía a tabaco y había varios envoltorios de caramelos tirados por el suelo.

—¿Nos oyes bien? —preguntó Hans.

Le levanté el pulgar por la ventanilla. Se me hacía raro no notar el peso de la pistola en la cadera. Había un paquete de tabaco vacío en el salpicadero. Se dirigieron al portal. Stefanie no le llegaba a la altura del hombro y Hans caminaba despacio para que ella no se quedara atrás. Subieron los mismos escalones que habíamos subido Ronald y yo dos semanas antes.

Cuánto se había arriesgado Ronald, pensé en aquel momento, al presentarme tan pronto a Wouter. Si se hubiera jugado sus cartas de otra manera, si no hubiese intentado que me preocupara por mi padre, ¿habría dejado el caso? Después de aquel primer viaje a Alkmaar me quedó claro que el asesinato de Otto Petersen no lo había cometido Ferdinand van Ravensberger, a pesar de lo que pudiera decir su sobrino. Me imaginé lo que habría podido pasar si nos hubiéramos dado cuenta antes de que Ben van Ravensberger consumía una gran cantidad de cocaína y había intentado chantajear a su tío. Lo más seguro era que el caso se hubiese cerrado ahí. No se habría resuelto el caso de Otto Petersen y Anton Lantinga seguiría vivo. Pero como Ronald había intentado incriminar a mi padre por lo de los informes robados, pensando que de esa forma conseguiría que dejara el caso, lo único que consiguió fue que yo me empeñara aún más en

demostrar su inocencia.

De todas formas, también me acordaba de la conversación que mantuve con el inspector jefe sobre el testigo de Alkmaar y tuve que admitir que si no hubiera estado intentando ocultar lo que pasó durante la investigación de Wendy Leeuwenhoek, seguramente habría hecho lo que Ronald quería. Y cuando seguí investigando el asesinato de Otto Petersen, Ronald subió la apuesta: consiguió que me suspendieran y arrestaran a mi padre.

Era una pena que todo fueran suposiciones y no tuviera ni una sola prueba para demostrarlo. No teníamos nada con lo que poder demostrar que Wouter Vos hubiera sido realmente el que dio el chivatazo, aparte del hecho de que había tenido la oportunidad de hacerlo y que no nos hubiera dicho que trabajaba para Petersen Capital. Pero yo estaba decidida a conseguir todas las pruebas que hicieran falta para sacar a mi padre de la cárcel.

Estaba en el coche de Stefanie, sentada al volante y esperando. Llamaron al timbre, la puerta se abrió y yo me quedé en silencio, como si temiera que pudiera oírme si decía algo.

—Buenos días, Wouter —dijo Stefanie—. Policía de Ámsterdam. ¿Podemos entrar un momento?

Su voz se oía muy fuerte en el auricular.

—Por supuesto. No tengo mucho tiempo, pero pasen.

Wouter Vos parecía tranquilo, igual que la primera vez que hablé con él. Había sido un testigo fiable. Como decía Stefanie, nos gustaban los genios informáticos.

Oí los pasos por el pasillo. Me los imaginé pasando por delante de la colección de arte que llevaba al salón.

—Es un placer volver a verles. ¿Hoy no ha venido la agente de la otra vez? —preguntó Wouter.

—¿La inspectora Meerman? También vino con Ronald de Boer, si no me equivoco. ¿Lo conoce bien? —dijo Hans sin tono amenazador, como si estuviera charlando sobre algo insignificante.

—Sí, lo conozco desde el colegio.

—¿Eran amigos?

—Sí, era mi mejor amigo —dijo con tono sonriente—, ya sabe cómo son las cosas a esa edad.

—Esas amistades son para toda la vida.

Wouter no comentó nada más.

—En fin —dijo Stefanie—, hemos venido para comprobar algunos detalles de su declaración.

—Por supuesto. Pues vi el coche de Anton Lantinga...

—No, no me refiero a esa declaración.

Stefanie se quedó en silencio unos cinco o seis segundos para que Wouter entendiera de qué le estaba hablando.

—Queremos hacerle unas preguntas acerca del caso anterior, por el que Otto Petersen fue a la cárcel. El fraude de Petersen Capital. —Stefanie le hablaba como si fuera un comentario cualquiera que anticipaba una pregunta insustancial por la que se esperaba una respuesta sin mayor importancia—. Usted fue el que dio el chivatazo, ¿no?

—No.

Había contestado demasiado rápido. Me esperaba una respuesta un poco más elaborada, que adujera que él no sabía nada sobre eso. Pero sin Ronald allí, parecía que estaba perdiendo el tacto.

—¿No? Tenemos los informes aquí.

Oí el ruido de los folios.

—Usted era el jefe del departamento de informática de Petersen Capital en 1995, ¿no es así?

—No, yo no era el jefe. Solo trabajaba allí.

—En Hacienda aparece como responsable.

—Bueno... Estaba yo solo en ese departamento, así que supongo que se me podía considerar el responsable. Pero yo no me consideraba jefe de nada y tampoco me pagaban como si lo fuera.

Oí una carcajada que se convirtió en tos. Supuse que era Wouter.

—Alguien envió un disquete al departamento de Fraudes Fiscales de la policía de Ámsterdam en 1995. Contenía dos archivos. Uno de ellos, por lo que yo entiendo, debía de ser la información oficial, la que Otto mandó a los inversores, mientras que el otro contenía las cifras reales, las pérdidas que había sufrido y que estaba intentando ocultar.

—Enséñeme el disquete.

Siguió una breve pausa y luego oí el ruido del sobre acolchado que se había llevado Stefanie.

—No puede ser —dijo con tono resuelto. Seguramente se sentía aliviado—. No usábamos ese tipo de disquete en 1995. No sé de qué pruebas disponen, pero el disquete no puede ser ese.

—No, claro que no. Esta es nuestra copia. El original está archivado. ¿Qué pasó, Wouter? ¿Se dio cuenta de que Otto tenía una doble contabilidad? ¿Le pidió que lo ayudara? ¿Que recuperara los datos de la copia de seguridad? ¿Cuándo se dio cuenta de que estaba mintiendo?

Silencio.

—Otto se imaginó quién pudo delatarlo —dijo Hans— y por eso quiso verlo cuando salió de la cárcel, ¿no es eso? Y le pidió que fuera a su casa.

Me acordé de lo que me dijo la madre de Otto, que todo era por venganza y que a su hijo le importaba más la empresa que su mujer.

—Pero vio el coche de Anton allí fuera. ¿Él lo vio a usted? Tuvo que verlo. Y cuando las cosas se pusieron feas y usted mató a Otto... Por cierto, ¿de dónde sacó el arma?

Stefanie esperó un momento, pero Wouter no contestó.

—Entonces pensó un plan para que las sospechas recayeran en Anton. Era su palabra contra la de él. ¿Eso fue lo que pensó? Y mientras que no supiéramos que el delator había sido usted, no había nada que lo relacionara con Otto Petersen, por lo que usted no sería más que un inocente testigo. Y como era amigo de Ronald, la policía, es decir, Piet Huizen y Ronald de Boer, le creería.

—Tengo derecho a un abogado.

Sabía que iba a decir eso. Era solo cuestión de tiempo.

—Joder. Perdón. —El perdón iba más por mí que por Wouter—. Desde luego, haga esa llamada.

—Creo que tenemos problemas. —Oí decir a Wouter.

Su voz se iba haciendo cada vez más lejana, así que supuse que estaría saliendo de la habitación.

El parabrisas empezó a empañarse desde las esquinas. No me molesté en limpiarlo. De todas formas tendría que quedarme allí un buen rato. Stefanie y Hans tendrían que esperar al abogado para seguir con el interrogatorio. La nieve del techo comenzó a derretirse. Caían gotas de agua por el cristal. Miré el reloj: era mediodía. Todavía teníamos dos horas antes de que Ronald fuera a ver a Karin. Ronald, que debía de haberle dicho a Wouter que actuara como un testigo porque eso lo protegería. Ronald, que pudo haber organizado la desaparición de los informes con la ayuda de su mujer, que estaba en recepción. Ronald, que también pudo llamar a Anton en cuanto se enteró de que mi padre estaba fuera del caso. Aquello debió de ser una sorpresa desagradable. Seguramente pensó que se lo encargarían a él, pero cuando no lo hicieron, reaccionó rápidamente y sacó el nombre de Wouter de la ecuación. Al llevarse los informes desapareció el testimonio de Wouter, por lo que el inspector jefe Moerdijk nunca llegó a saber de él. Ronald nunca había cubierto a mi padre ante mi jefe, sino a su amigo. Después intentó manipularme a mí intentando levantar unas sospechas sobre mi padre que yo estuviera dispuesta a creer. Apoyé la cabeza contra el cristal. El frío de la ventanilla me tranquilizó.

Podía descubrir si mis sospechas eran reales hablando con la mujer de Ronald, Ilse, en recepción.

Podría hablar con ella, calculé, y estar de vuelta antes de que Hans y Stefanie se dieran cuenta de que me había ido.

Encendí el aire caliente para que se desempañaran los cristales y esperé a que volviera la visibilidad mientras veía pasar los minutos en el salpicadero. Encontré la palanca debajo del asiento del conductor para poder echar el asiento hacia atrás y no tener que conducir dándome golpes con el volante en las rodillas. Me puse el cinturón, arranqué y me fijé en cómo estaban los espejos antes de regularlos para volver a ponerlos tal y como estaban antes de devolverle el coche a Stefanie. Metí la marcha atrás y me puse en camino hacia la comisaría de Alkmaar.

Una vez allí me dirigí hacia la recepción con la grabadora encendida en el bolsillo. ¿Ilse sabría que me habían suspendido? Estaba al teléfono, con el cuello muy erguido, la cabeza alta, una oreja tapada por el auricular y el pelo de color mantequilla remetido por detrás de la otra, dejándole al descubierto la piel lechosa de la mejilla. Me imaginé sus tonos claros frente a la oscuridad de Ronald. Ilse me vio pero no interrumpió la llamada. Esperé, viendo entrar y salir a la gente. No había pensado en qué haría si apareciera Ronald. Miré el reloj. Eran las doce y media, así que todavía faltaba una hora y media para que fuera a ver a Karin. A lo mejor Ilse estaba hablando con él.

Por fin colgó y dijo:

—¿Sí? ¿Qué puedo hacer por usted? Ronald no está.

Sonreí y fingí estar de lo más tranquila.

—Qué pena. Pasaba por aquí y he entrado por si quería tomarse un café. — Señalé al coche—. Estoy esperando a que salga mi padre.

—¿Su padre?

Se puso blanca, así que Ronald no se lo había contado.

—Sí, Piet Huizen. Trabajaba con Ronald. Seguro que se acuerda de él.

—Ah, sí, por supuesto. Todos nos llevábamos muy bien con él.

Sonreí, y esta vez fingí gratitud.

—Es como si no hubiera pasado tanto tiempo desde que se jubiló.

—Doce años.

Asentí pensativa.

—Seguro que se acuerda de su último día aquí —dije.

—Estábamos todos muy preocupados después de lo del infarto.

—Mi padre me dijo que usted le envió flores.

No me había dicho nada por el estilo, pero seguramente lo había hecho. Le pegaba.

—Sí, es cierto, porque me sentía muy mal por lo que había pasado. Le tendría que haber echado una mano.

—¿Con qué?

El corazón me dio un brinco e intenté mantener un tono de voz tranquilo.

—Con las cajas. Tuvo que bajarlas por las escaleras porque el ascensor estaba roto y las dejó en aquella esquina —dijo señalando, pero enseguida bajó el brazo y se le apagó la sonrisa al ver la mía, esta vez sincera y triunfante.

—Eso no fue lo que nos contó la última vez. Nuestro inspector jefe, que trabajaba en el caso, asegura que usted solo le había dado una carpeta con unos cuantos folios. ¿Le dijo Ronald lo que nos debía entregar?

Ronald tendría que haber informado mejor a su mujer, decirle lo que podía contarnos y lo que no. A lo mejor Ronald no le había dicho nada porque le preocupaba que pudiera hablar. Parecía una buena mujer. Seguramente Ronald no le había dicho nada sobre Wouter Vos, mi padre, Otto Petersen y Anton Lantinga. Clavé la mirada en aquella piel tan blanca con la sonrisa vacilante en los labios.

Ilse parpadeó varias veces y se remitió un poco más de pelo por detrás de la oreja.

Me incliné sobre el mostrador, invadiendo a propósito su espacio.

—Fue una selección perfecta, suficiente para hacernos pensar en la incompetencia de la policía de Alkmaar pero sin llegar a levantar ningún otro tipo de sospechas. Ronald hizo un buen trabajo.

Aunque no me quedaba ninguna duda, saqué el móvil y le hice una foto a Ilse para enseñársela la inspector jefe.

—Bueno, no —dijo—, yo no...

—¿No habló con nuestro inspector jefe? Él dice que sí. Dice que usted le dio la carpeta de los informes. ¿Me va a decir que mi jefe está mintiendo?

—No, no, yo se la di, pero...

—Acaba de decirme que vio a mi padre bajando unas cajas por las escaleras y también ha admitido que solo le dio una carpeta con seis folios al inspector jefe Moerdijk. —Saqué la grabadora y apreté el botón de *stop* delante de ella—. Gracias, Ilse. Ha sido un placer.

Me miró sin decir nada más. Se estaba sonrojando visiblemente desde el cuello hasta las mejillas. Estaba segura de que llamaría a Ronald en cuanto me fuera.

Mientras me dirigía hacia la salida miré atentamente a todas las personas que bajaban por las escaleras o cruzaban los pasillos para ver si Ronald estaba volviendo al trabajo. No sabía lo que haría si lo viera, pero por su culpa mi padre había pasado una noche en la cárcel. Era más fácil echarle la culpa a él que admitir que mi padre estaba detenido porque yo me había tomado las pastillas y estaba durmiendo. Tenía que asegurarme de que no pasara ni una noche más encerrado y para eso tenía que conseguir que Karin admitiera que Wouter Vos había llegado a su casa cuando mi padre ya se había ido.

Me metí en el coche de Stefanie y crucé a toda prisa las calles de Alkmaar. Las ruedas se fueron tragando kilómetros y kilómetros de asfalto recubierto de nieve a medio derretir. En aquel coche, de un rojo que recordaba una señal de peligro, adelanté a dos conductores inseguros en cuanto llegué a un tramo más recto de la carretera. Tenía menos de una hora y cuarto antes de que Ronald fuera a ver a Karin, pero necesitaba hablar con ella antes que él, por más que me hubieran suspendido. Pisé el pedal del acelerador y el coche de Stefanie respondió con un

agradable aumento del sonido y la velocidad. No me importaba cuánto pudiera enfadarse cuando se diera cuenta de que los había dejado atrás a Hans y a ella. Yo no estaba haciendo aquello para arrestar a Wouter. Sonó el teléfono, pero en la pantalla vi que era Hans y no contesté. No quería que me lo impidiera.

Los pueblos pasaron volando a ambos lados de la autopista y, en la zona en la que las vías corrían paralelas a la carretera, un tren intentó mantenerse a mi altura mientras yo avanzaba como un rayo hacia el sur, acompañada por los *flashes* de las cámaras de velocidad, de vuelta a Ámsterdam.

CAPÍTULO 29

Quedaban veinte minutos para la cita de Ronald cuando subí los escalones que llevaban a la puerta de Omega.

—Karin, por favor —le dije a la recepcionista—. Es urgente.

No tuve que enseñarle el distintivo que no tenía porque me reconoció. Me acompañó a la sala de reuniones en la que se encontraban Karin y su abogado. Tenían un montón de papeles esparcidos por la mesa de cerezo y Karin tenía una pluma negra y dorada en la mano.

—Necesito que me diga la verdad —dije aun antes de que le diera tiempo a abrir la boca—. Podemos protegerla, pero necesito que me cuente lo que pasó en realidad.

Me acerqué a la silla, puse la grabadora en la mesa y la encendí, pero me quedé de pie.

Karin le puso el tapón a la pluma dorada, la dejó en la mesa, le dio la vuelta a unos papeles y los metió debajo de una copia de *Het Financieele Dagblad*.

Puse las manos en el respaldo de la silla de cerezo. Era la silla en la que me había sentado una semana antes, solo que esta vez estaba enfrente de Karin, que estaba sentada en la parte larga de la mesa, y no presidiéndola, como si hubiera cedido el mando. Bajo el perfume de manzana y jazmín se notaba el olor a sudor.

—Sé que está asustada —le dije intentando tranquilizarla—, pero también sé que tenemos que detenerlo y solo usted puede ayudarnos.

Recogió el resto de los papeles y los apretó entre las manos.

—Ronald de Boer llegará en... —miré el reloj— quince minutos. Ese es el tiempo del que dispone para contármelo.

Había encontrado mucho tráfico a causa de la nieve y había tardado más de lo que me esperaba en llegar a *Ámsterdam*.

—Dígame qué pasó después de la muerte de Otto y justo antes de la muerte de

Anton —dije.

Respiró hondo. En la pared tenía un premio a la mejor empresaria de Holanda. Karin se metió la mano izquierda en la manga derecha de la chaqueta y el ruido de las uñas mordisqueadas que le rascaban la piel se oyó en el silencio de la sala.

—Karin, por favor —apremié y miré a su abogado—. Por favor, convéncala. No tenemos alternativa.

El abogado me miró en silencio. En su rostro se leía una expresión tan comprensiva como fría y distante. Los latidos de mi corazón marcaban los segundos que me quedaban antes de que se terminaran los diez minutos. Tenía que decir algo, necesitaba hablar para no oírlos.

—Está bien —dije—, le diré lo que creo que pasó. Usted tenía razón, Otto quería quitarla de en medio para poder reunirse con alguien a solas. Pero no era Anton. No era por su aventura y su traición. Era por otra cosa. Quería hablar con Wouter, Wouter Vos, porque por culpa de su testimonio había quebrado la empresa y él había ido a la cárcel. Esa era la verdadera traición, ¿no?

Karin cogió el BlackBerry.

—Por lo visto, la pérdida de la empresa le dolió más que perder a su mujer.

A Karin se le escapó una breve sonrisa.

—Eso es verdad —dijo muy bajo.

El abogado alargó la mano y se la puso en el hombro, con lo que le arrugó la manga azul de la chaqueta.

Pero como había conseguido una respuesta, una reacción, seguí hablando.

—Anton ve a Wouter Vos cuando sale de la casa.

Karin asintió.

—Y se va —continué—. Wouter espera a Otto. Algo pasa y Wouter le dispara a Otto. Wouter sabe que Anton lo ha visto, así que se le ocurre declarar como testigo. Mientras que nosotros no sepamos que él fue el delator, y no

encontremos su nombre en los informes, Wouter no tiene ningún móvil, pero Anton sí. De forma que Wouter monta toda esta historia con su amigo del colegio, Ronald de Boer.

Algo le cambió en la expresión. Torció los labios nada más oír el nombre. Levantó la cabeza, y ahora que no estaba al otro lado de un cristal, pude observar que las arrugas de expresión que le rodeaban los ojos seguían enrojecidas e hinchadas, las marcas que dejan largos periodos de llanto.

—Puede que incluso se lo sugiriera Ronald —proseguí—, diciéndole que él se encargaría de llevar el caso a un callejón sin salida: mientras que él siga trabajando, jamás llegará a juicio. Pero después lo pasan a la policía de Ámsterdam. Y entonces Ronald la llama. Para que desaparezcan los nombres de Anton y Wouter, los informes se tienen que perder. Ronald no contesta a las solicitudes de Ámsterdam y todo desaparece. ¿Eso fue lo que pasó?

Nos mirábamos fijamente.

—Karin, esta vez no va a ser así. Ahora mismo se lo puede parecer, porque ya hace doce años del asesinato de Otto y no ha pasado nada. Pero esta vez es distinto. Ha muerto otra persona y usted es un testigo esencial. ¿No teme por su seguridad?

Karin desvió la mirada hacia algún detalle insignificante de la pared y volvió a meterse la mano en la manga. Mientras se rascaba, la tela se deslizó hacia arriba y se vieron las marcas rojas que se estaba dejando en el brazo.

Levanté la mirada hacia el fresco del techo, con sus barcos holandeses a toda vela.

—Después de la muerte de Otto había un cierto equilibrio, ¿es que no lo ve? —dije—. Usted y Anton deseaban la muerte de Otto tanto como Wouter Vos.

Su expresión me contradecía.

—Vale, a lo mejor usted no quería que muriera, pero su fallecimiento le facilitó las cosas, ¿no?

Se llevó la mano a la frente.

—Sí —susurró.

No le pedí que lo repitiera. Ya se había grabado y, de todas formas, no era importante.

—Wouter sabe que Anton no va a remover las aguas, ni usted tampoco, pero los dos están implicados en el robo de los informes. Era un equilibrio perfecto. Pero esta vez es distinto.

Saqué la silla y me senté.

—Karin, usted sabe que ahora es distinto.

Miré el reloj. Quedaban cinco minutos. En ese momento me habría gustado que Stefanie estuviera allí conmigo para que le pusiera un ejemplo financiero con el que Karin pudiera llegar a entenderlo.

—Usted ha trabajado mucho para esta empresa. Ha pasado de ser una secretaria a convertirse en la empresaria del año. Y sin embargo, todo se desvanecerá. Sus dos maridos han muerto asesinados. A no ser que detengamos a alguien, todas las sospechas recaerán sobre usted. Su reputación se hará añicos. Sus inversores se irán y la empresa se hundirá.

Karin miró a su abogado, y en ese momento supe que iba a hablar. Por fin había llegado hasta ella. Me quedé en silencio, contando mentalmente. Diez, nueve, ocho... y no llegué a terminar.

—Vino —dijo.

El abogado le puso la mano en el brazo otra vez y Karin se volvió para mirarlo.

—No tengo elección. Déjame hablar. Anton habría querido que hablara.

Me miró.

—Vino veinte minutos después de que se marchara el hombre mayor, el tal Huizen.

—¿Wouter Vos?

Asintió, y esta vez sí que señalé la grabadora, por lo que Karin repitió:

—Era Wouter Vos. Hacía años que no lo veía, pero no había cambiado nada. Estaba más elegante, iba mejor vestido, pero seguía siendo el mismo ser despreciable de siempre. Por culpa de las pérdidas de Otto tuvimos que despedir a mucha gente. Pensamos que reduciendo la plantilla tal vez conseguiríamos superar el bache.

Cerró los ojos y se pasó el dedo por debajo del párpado.

—Wouter Vos fue uno de los que despedimos. No tardó mucho en mandarle aquel archivo a la policía. Sabíamos que había habido un chivatazo, pero no supe quién había sido hasta la muerte de Otto. Mucha gente quería hundirnos, pero nunca pensé que pudiera ser Wouter. Parecía tan... —suspiró—, tan agradable. Es increíble.

Dejó caer la cabeza hacia atrás por el peso del moño y miró hacia el techo.

—Y allí estaba, en la puerta. Anton salió con él y no volvió. Oí el disparo. Me asusté y me quedé en casa. Me comporté como una cobarde.

Respiró profundamente un par de veces.

—Luego apareció Ronald de Boer con el resto del circo. Me dijo que bajo ninguna circunstancia podía revelar que Wouter Vos había estado allí. Me asustó.

Apartó la mirada del techo y la dirigió de nuevo hacia mí.

—¿Qué iba a hacer? Ronald de Boer era policía. Él lo ha organizado todo desde el principio. Incluso después de la muerte de Otto, Ronald de Boer fue el que se encargó de que nadie pudiera tomarse más en serio la palabra de Anton que la de Wouter, no mientras él trabajara en el caso, no mientras que no se supiera que Wouter Vos era el delator. Wouter le había disparado a Otto en defensa propia, dijo. Teníamos una hora para ir a recoger aquellos informes y todo acabaría. Sin los informes, no había declaración de ningún testigo y Ronald nos prometió que todo quedaría ahí. Así que Anton llamó a dos amigos suyos, antiguos compañeros de trabajo, y les pidió que se identificaran dando los nombres de dos policías que le habían jodido.

Se le endureció la voz al soltar el taco.

—Todo iba bien hasta que apareció usted. Usted, y sus preguntas, y su maldita compañera. La reconocí, pero ella no me reconoció a mí. ¿Cómo llamaría usted a eso? Equilibrio.

—Karin —dijo el abogado.

Me entraron ganas de darle un puñetazo por interrumpirla, pero supuse que era su trabajo.

—Anton estaba harto. Lo hablamos y decidimos que lo mejor sería devolver esos informes. Pero ¿cómo se enteró Wouter?

—No lo sé —dije.

Pero enseguida me acordé de que mi padre me dijo que se lo había dicho a Ronald y él le había aconsejado que no fuera. Me toqué la frente cuando me di cuenta de que mi padre había sido el que se lo había dicho a Ronald de Boer.

Se abrió la puerta detrás de mí. Karin miró y asumió una expresión entre asustada y enfadada. Al ver quién era, cogí la grabadora y me la metí en el bolso justo antes de que Ronald me agarrara el brazo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Cómo has podido, Ronald?

Me solté y le escupí las palabras a la cara.

—Tú has arrestado a mi padre. ¡Lo has arrestado para salvar a tu amigo! Trabajaste con mi padre durante años. Él confiaba en ti. Pero tú lo has traicionado para salvar a Wouter. ¿La amistad era más importante que cumplir con tu trabajo?

—Tu padre le disparó a Anton Lantinga. Eres la única que no ves las cosas con claridad.

Doblé la cabeza, asombrada de que siguiera mintiendo y manteniendo su versión.

—Wouter se fue antes de las seis y tu padre llegó cuando él ya se había ido. Lo

siento, Lotte —dijo y alargó la mano.

Yo la esquivé y él me sonrió.

—Por eso tuve que pedir que te suspendieran. ¿O cómo dirías tú? ¿La familia es más importante que cumplir con tu trabajo?

Señalé al bolso y dije claramente:

—Te equivocas. Está todo grabado. Fue al revés: Wouter llegó a la casa mucho después de que mi padre se hubiera ido.

El abogado de Karin lo confirmó.

Ronald se quedó líbido. No dijo nada durante unos segundos y el silencio se extendió por la habitación como una nube cargada de veneno.

—Está mintiendo —dijo y acto seguido me miró a mí—. Tu padre estuvo en la casa de Anton después de que Wouter se fuera. Y tú estás suspendida.

Karin movió la mano y empezó a decir algo, pero la interrumpí.

—Da igual. Está todo grabado.

Sonreí mirando a Ronald.

—Ah, y he hablado con tu mujer, que también me ha ayudado mucho. En cualquier caso, como te dirá Karin, Wouter se fue el último. Llegó veinte minutos después de que se marchara mi padre. —Le enseñé la grabadora—. Está todo aquí.

Hizo una mueca como si hubiera mordido un limón y yo le puse la mano sobre el áspero tejido de la manga.

—Gracias, Ronald. Te agradezco la forma en que has intentado protegernos.

El sabor a sarcasmo que me quedó en la boca era más adictivo que la cafeína.

—Yo...

Me sonó el móvil. Creía que Ronald me impediría el paso, pero se quedó donde

estaba, mirándome mientras salía al pasillo. Metí la grabadora en el bolso y me lo pegué contra el cuerpo sujetándolo bien con el brazo.

Miré la pantalla. Era Hans.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Dónde coño te has metido?

—Estoy en Ámsterdam, con Karin Lantinga. Ya lo tenemos. Tienes que retener a Wouter Vos ahí.

—Lo habría podido hacer si no te hubieras llevado el coche. Se ha escapado por la ventana de atrás hace casi una hora y no hemos podido seguirlo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Miré el móvil y vi las seis llamadas perdidas que había ignorado a propósito.

—Lo siento, no he oído el teléfono —mentí.

¿Hacia una hora? Sabía adónde se dirigía.

—¿Puedes llamar al jefe? —le pedí—. Dile que suelte a mi padre. Es inocente y tengo la prueba. Karin ha confirmado que Wouter Vos fue a la casa después de que mi padre se hubiera ido. Y, por favor, dile a mi padre que me llame en cuanto lo suelten.

Cuando bajé y puse la mano en el pomo de la puerta, esperé un segundo para recomponerme. Se me encogió el estómago al pensar que tenía que salir ahí fuera sin un arma para protegerme, pero no vacilé más que un par de segundos porque enseguida pensé en mi padre, que estaba en la cárcel, y abrí la puerta.

Salí del edificio y esperé en lo alto de las escaleras. El hombre que estaba esperando apareció. Iba caminando por el canal con la cabeza agachada como si estuviera sujetando el móvil pegado a la oreja. Sabía que iría allí para encargarse de los últimos cabos sueltos o deshacerse del último testigo, pero llegaba tarde para eso. Nuestras miradas se cruzaron cuando estaba a veinte metros de mí y colgó.

—Era Ronald —dijo levantando la voz.

Si se lo proponía, incluso podría oírse su voz a más distancia.

—¿Qué te ha dicho?

—Que debería entregarme.

—Se ha terminado, Wouter.

Las palabras me salieron junto con una nube blanca que se disipó enseguida. Me imaginé el sonido de mi voz llegando a su oído.

Wouter se quedó parado allí abajo y levantó la barbilla hacia la puerta.

—¿Karin ha hablado?

No sacó las manos de los bolsillos.

—Sí.

—Ronald le dijo que no hablara, pero yo sabía que lo haría. Él pensó que avisarla era una solución mejor que la que yo tenía pensada.

Por detrás de él pasó una mujer en bicicleta que llevaba a un niño pequeño en el sillín de atrás.

Lo vi mover la mano en el bolsillo. La nieve empezó a caer cortando el aire entre los dos. Yo seguía pendiente de la puerta, intentando oír si alguien la abría. Los segundos seguían pasando. Pensé que debía decir algo, pero no se me ocurría nada, así que me quedé en silencio, viendo cómo se le movían los rizos rubios en la nuca.

—Querrás la pistola —dijo.

En realidad, quería la mía. Hasta sentía el peso de mi propia pistola en la mano derecha. Pero no la tenía. El inspector jefe Moerdijk la tenía en el cajón de su mesa. Así que esperé. Esperé a lo que iba a pasar. No dije nada. Estaba totalmente concentrada en los movimientos que hacía con la mano derecha en el bolsillo. Un hombre pasó pedaleando muy rápido, seguido por un coche azul.

Sacó la pistola.

—Dámela —dije.

—Ronald te dijo que te apartaras del caso —replicó.

El pelo me hizo cosquillas en la barbilla, pero no me rasqué. Me quedé quieta donde estaba. Petrificada. Solo me permití mover los labios para decir:

—La muerte de Otto fue inevitable. ¿No fue en defensa propia?

Me acordé de los cuadros que tenía en la pared, en los brillantes colores de las pinturas de los sueños. Me acordé de cómo me miró Wouter cuando le pregunté si sus sueños eran tan brillantes como esos. Pero no, tenían que ser tan negros como los míos.

—Eso es lo que le dije a Ronald —asintió—. En cierto modo fue así, aunque a largo plazo.

Seguía apuntando al suelo. Me obligué a mirarlo a los ojos o a la boca conforme iba formando las palabras. Cualquier cosa menos mirar la pistola.

—Otto ni siquiera sabía usar la pistola —continuó—. Y allí estaba, vestido de blanco como un panadero gordo, apretando el gatillo sin quitarle el seguro. Se quedó pasmado al ver que no pasaba nada y empezó a maldecir al tío de la cárcel que le había dado el arma. Fue muy fácil quitársela y usarla —dijo moviendo la cabeza con pesar—. Seguiría viniendo a por mí, y a lo mejor la próxima vez lo habría conseguido. Tenía que deshacerme de él antes de que él se deshiciera de mí. Esa es la única razón por la que fui a verlo, para ver qué sabía.

Tragué saliva. No había sido en defensa propia, lo tenía todo calculado. Era un asesino y había venido para matar a la única persona que sabía la verdad. Ahora había alguien más que lo sabía y no dudaría en disparar.

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo. Tenía que reaccionar, pero estaba demasiado lejos para derribarlo. Si al menos hubiera tenido mi pistola, habría podido tener una oportunidad. Pero todas mis posibilidades de actuar se habían esfumado a causa de la suspensión y tuve que limitarme a observar cómo levantaba la pistola centímetro a centímetro. Una parte de mí quería que lo hiciera. La misma parte que había querido que Ben van Ravensberger me

disparara dos semanas antes; la misma que no podía olvidar la sensación de las manos de Paul por todo mi cuerpo, de sus dedos por mi pelo, por más que lo intentara. Sabía que no iba a recuperar mi trabajo. No después de aquel día. ¿Qué iba a hacer para vivir?

Al contrario que Ben, Wouter Vos no fallaría. Estaba demasiado cerca y no me daría tiempo a reaccionar. Tenía los pies congelados, petrificados en lo alto de la escalera. Miré la calle de reojo para asegurarme de que ningún inocente resultara herido, ningún niño jugando, ninguna madre en bicicleta. No miré la pistola. Seguí mirando fijamente a Wouter a la cara, viendo cómo se le levantaba el pelo engominado, esperando que el frío le empañara las gafas. Levanté los brazos enseñándole las palmas de las manos.

—No voy armada —le dije—. Baja la pistola.

No me tembló la voz. Seguía repitiéndome que si no dejaba de mirarlo a los ojos, no dispararía, aunque sabía que no era verdad.

Se sujetó la mano derecha con la izquierda.

Se abrió la puerta y el clic que se oyó rompió la tensión como la explosión de una bomba. Me sobresalté, pero seguí mirando a Wouter. Apartó la mirada, se le relajaron los hombros y sonrió, pero no bajó la pistola.

—Baja el arma, Wouter.

Detrás de mí, Ronald farfulló las palabras como si en realidad no quisiera decirlas.

Wouter no reaccionó. La pistola no se movió.

—Baja el arma —repitió Ronald con más seguridad.

—Todavía podemos librarnos.

—No. Esto termina aquí, Wouter. Te he protegido, pero has llegado demasiado lejos. Me has mentado.

Wouter abrió un poco más las piernas para no perder el equilibrio con el viento.

—Me juraste que Anton seguía vivo cuando te fuiste. Me juraste que no lo habías matado. Yo saqué esos informes del cobertizo. Yo amenacé a Karin Petersen. Te dije que no le dijeras a nadie que habías estado en la casa. Por Dios, ella creía que yo lo sabía. Baja el arma, Wouter, o te disparo.

A Ronald se le quebró la voz y tosió.

Wouter no contestó, pero quitó el seguro de la pistola. Si hubiera tenido la mía, aquel habría sido el momento en el que no me habría quedado más remedio que disparar.

—Eres mi amigo, Wouter, y no quiero hacerlo. Pero lo haré.

—Es culpa tuya, Ronald. —Wouter me señaló con la pistola—. Me dijiste que la tenías controlada. Me dijiste que habías conseguido que la suspendieran, pero aquí está. Esto no es tenerla controlada.

—Déjalo ya, Wouter. Estás amenazando a una inspectora de policía desarmada —dijo Ronald—. ¡Baja el arma!

Wouter movió los labios pero no dijo nada. Parpadeó. Estaba claro lo que iba a hacer. Muchos copos de nieve siguieron cayendo en aquellos pocos segundos de espera. El viento me acarició la cara como para darme consuelo. ¿El roce del viento helado sería lo último que sentiría? ¿El ritmo de mi corazón y el distante ruido del tráfico sería lo último que oyera? ¿El humo de los tubos de escape sería lo último que oliera? ¿Wouter y el canal congelado sería lo último que viera?

De pronto se oyeron unas sirenas, los tonos altos y bajos que se sucedían cada vez más cerca. Wouter apretó el gatillo. Oí el disparo. Alguien gritó. Una esquirla de hielo se me clavó en el hombro y me quemó. Caí de rodillas.

Se oyó otro disparo detrás de mí.

Vi a Wouter caer. Seguí mirando su cuerpo hasta que el dolor me derribó. El suelo de piedra me heló la cara.

No iba a morir. La barandilla negra de los escalones se erguía ante la nieve. Alargué la mano, agarré el frío metal y me enderecé hasta que logré sentarme. El dolor aumentaba con cada movimiento. Me llevé la mano al hombro y vi cómo la sangre se me colaba entre los dedos y me corría por la mano como un tatuaje

de henna. Aparté la mirada del chorro hipnótico y miré a Ronald. Tenía los ojos clavados en el cuerpo que había caído en lo más bajo de las escaleras.

Las sirenas cesaron.

—Lo siento —susurró Ronald.

Su voz se ahogó entre el ruido de los coches de la policía. Sabía que no me estaba hablando a mí.

Las pisadas se acercaron. Eran mis compañeros de uniforme. Miré hacia el lado y vi que Ronald estaba entregando su Walther P5.

—Tenemos que llevarte al hospital —me dijo un agente que no conocía, pero reconocí a Erik, que me había encontrado al lado del canal unos días antes.

Sonó el móvil. Sabía que era la llamada que estaba esperando, pero no podía dejar de apretarme la mano izquierda contra el hombro. Erik contestó al teléfono y me lo puso al oído.

—Hola, Lotte, soy yo. —Era mi padre—. Me han soltado.

—Qué bien, papá, me alegro.

Mientras esperaba a la ambulancia que se oía a lo lejos, la voz de mi padre formaba un río de palabras que me reconfortaban. Él siguió hablando aunque yo no dije nada, hasta que los paramédicos subieron las escaleras.

—Tengo que irme, papá —le dije. No quería preocuparlo—. Pero ¿puedo quedarme en tu casa un tiempo?

—Pues claro, Lotte. Te puedes quedar todo el tiempo que quieras. ¿Cuándo vienes?

El dolor disminuyó un poco y por fin me pareció soportable.

—Te llamo mañana.

Querían que pasara la noche en el hospital.

—Estoy deseando que llegues —dijo mi padre.

—Yo también —sonreí.

AGRADECIMIENTOS

Mucha gente ha dedicado su tiempo a leer esta novela o alguna de sus partes y les estoy muy agradecida a todos, y especialmente a Alan Buckingham, Caroline Buckingham y Chris Beton. Ellos me dieron muy buenos consejos sobre los personajes y la trama, y sus palabras me animaron a seguir escribiendo. Quisiera dar las gracias a mi agente Allan Guthrie, por todo el esfuerzo que ha dedicado a dar forma a mi novela y encontrarle un buen hogar, así como a Krystyna Green y a todos los de Constable & Robinson por creer en ella.

Título original: *A Cold Death in Amsterdam*

First published in the English language in the United Kingdom in 2015 by Constable, an imprint of Little, Brown Book Group.

Edición en formato digital: 2018

© Anja de Jager, 2015

© traducción: Carmen Ternero Lorenzo, 2018

© de esta edición: Algaida, 2018

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

administrador@editorialboveda.com

ISBN ebook: 978-84-16691-77-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.editorialboveda.com

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Agradecimientos](#)

[Creditos](#)